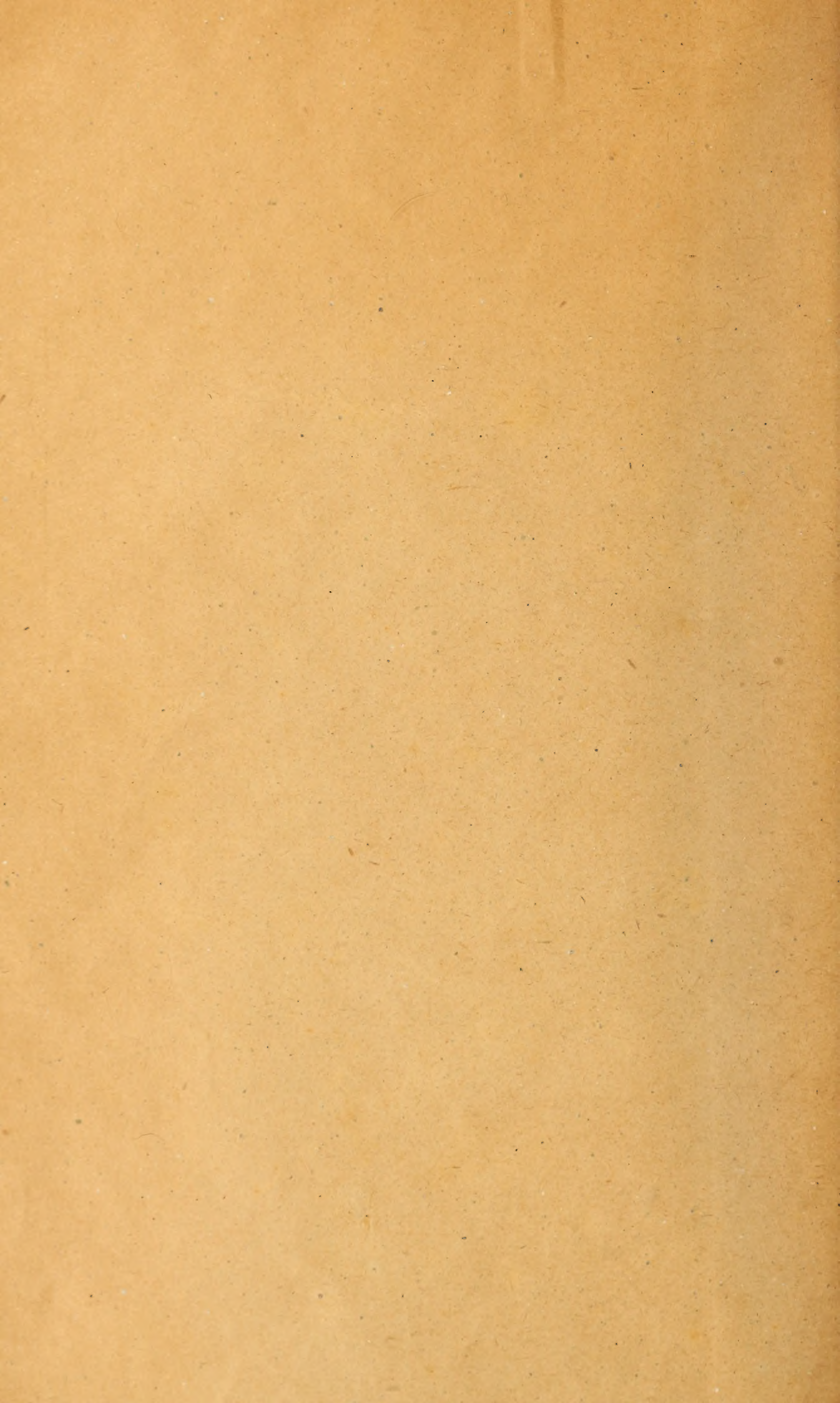






JUAN JOSÉ SOIZA REILLY



Confesiones Literarias



BUENOS AIRES

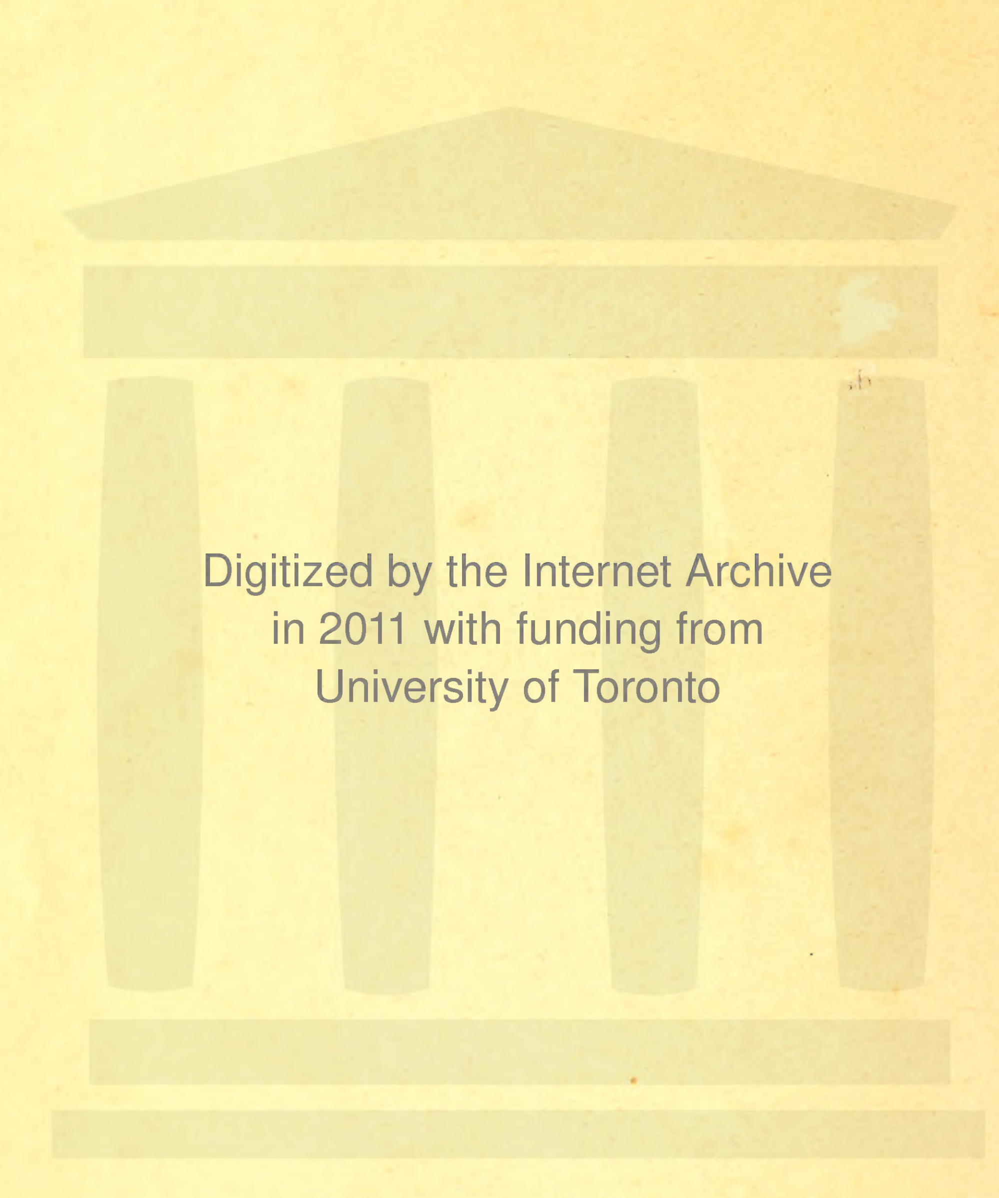
CASA EDITORA É IMPRESORA M. RODRIGUEZ GILES, CORRIENTES 1379

1908


LIBRARY
SEP 17 1968
UNIVERSITY OF TORONTO



Por Hohmann.



A LA CONDESA DE REQUENA

Doña GLORIA LAGUNA

Vos, condesa, que tenéis alma de bulevar y sangre de buen vino, diste realidad á mi loco ensueño... Os dedico, por eso, el presente breviario de emociones. Una mujer de vuestras altiveces, de vuestros caprichos y de vuestros pecados, es digna de merecer el libro de un poeta sin moral y sin fe. Soy un ¿poeta? que vaga por el mundo cantando por no matar, y riéndose de sí mismo para vengarse así de los demás...

Que vuestras manos de virgen y vuestros entusiasmos andaluces, santifiquen, señora, como en el fuego de un deleite carnal, la inocencia de mi literatura. Perdonadme. Son páginas agobiadas de vejez infantil...

❊ ❊

Si yo, condesa, fuera torero, ó si hubiera nacido en el Barrio de Triana, os daría para corona de vuestra cabellera, el rojo incendio de un clavel español... Pero, soy indio. La raza de mi abuelo Tabaré vibra en mis venas. Soy un salvaje. Y cumplo... Desde mi selva americana os dedico este libro. Os lo mando, condesa. Como en un estuche de maderas muy negras, he guardado en él mis alaridos. Y mis quejas. Y mis irónicos desprecios. Y mis ternuras. Y mis rabias... Hacia vos van todas ellas con las alas abiertas...

❊ ❊

Condesa: aproximad el oído...



CONFESIÓN INICIAL

Hace ya tiempo que los perros hostiles me persiguen ladrando... Y tienen razón. Ellos son perros. Además, yo no formo parte de la muchedumbre. Alimento mis sueños con el producto de mi propia huerta. Tengo mis creencias. Quiero más *lo mío* que *lo tuyo*. No copio las modas del Petronio de enfrente. Camino siempre solo. Tengo mi sendero. Ando sin bastón. Sin maestro. Sin ayuda. Sin miedo.

—¿Los perros me ladran?

Bueno. Hacen bien. Yo no soy de su misma estructura. Seré inferior, pero no soy igual. Ante ellos soy una incongruencia. Soy un felino. Soy un error de manicomio... Pienso las cosas á mi manera. Las digo tal cual las pienso. Y esto, en América como en la casa de mi vecino, es un grave pecado. Gravísimo... De vez en cuando, para dar gusto á mis rebeldías, me burlo. Me río. Ironizo....

* *

Es un libro anormal. Pero no peligroso. Será malo ó será bueno... ¿Eso busco?

—No.

Los dientes de los canes, saciarán su apetito en mi vieja juventud. ¿Qué me importa?... Lo merezco. No estoy en la comunidad. De todas maneras, merezco ese placer. Lo necesito. Cuanto más se me ladre, más anchura tomarán mis alas... Milagrosamente.

* *

—¿Libro anormal?

Sí.

Escrito en plena juventud, con fragancia de pañales nuevos, flota sobre sus páginas la rabiosa melancolía de las almas muy viejas. Al escribirlo no he pensado en el público. He

pensando en *mí mismo*... He extraído de mi propia carne sensaciones artísticas, y he sacado de mi propio cerebro, ideas que serán malas, que serán crueles, que serán falsas, que serán inútiles, pero que, por encima de todo, son ideas...

* *

—¿Una confesión?

Creed lo que os agrade. Una existencia, tormentosa y atormentada como la mía, sólo puede producir una obra como ésta. Así, falta de sentido común. Así, falta de lógica... ¡Qué encanto!

Me enorgullezco. Nada le debo á Dios. Nada le debo al Diablo. Ni á tí, hombre gordo que pasas. Ni á tí, académico real... Dios y el Diablo vivieron á menudo en mis horas. Pero, no triunfaron.

* *

Este libro caerá en medio de la multitud... Es preciso. Irá á la multitud, porque ella me repugna: tal es mi venganza. Yo necesito la multitud para mi triunfo. ¿Os explicáis, ahora la repugnancia que me inspira?

Este libro posee,—para mí,—varias virtudes. Es sincero... Aplaudo en él cosas malsanas. (Las aplaudo con sinceridad porque á mí me parecen cosas buenas). Aplaudo también en él cosas prohibidas. (Pero las aplaudo porque me parecen cosas bellas...)

* *

No soy anarquista. No soy socialista. No soy católico... *Yo, soy yo*... Nada más. Veo los hombres y la naturaleza al través de mí mismo... Y al afirmar esto no intento ser pedante: Sancho Panza y Juan de los Palotes, hacen lo que yo hago: ven las cosas al través de sí mismos...

* *

Y, por fin, á los crédulos: la verdad no siempre es necesaria para interpretar una belleza...



UNA BOHEMIA DE LA ARISTOCRACIA

Es imposible... Si yo fuera sacerdote escribiría en un latín de cementerio la vida de esta mujer encantadora. La escribiría como se escribe sobre un mármol la vida de una santa mujer que ya se ha muerto. La escribiría con la frialdad de la liturgia griega. Pero sintiéndome tan hombre, tan poeta y tan loco, no puedo. Es imposible escribir friamente, como se escribe un rezo, la historia de esta mujer de brasas, que siendo noble, vive en un siglo que no le pertenece. Gloria Laguna es un anacronismo. Ha tenido la desgracia de venir á la tierra

demasiado tarde. O, tal vez, lo contrario. Tal vez haya venido demasiado temprano. Ella lo sabe. Pero tiene bastante talento para no quejarse... Su alma, con alas de locura, con luz de ideas, con ardor de sol y con taciturnidades de penumbra, contiene todos los deseos que sólo se permiten en la biblia. Estando enclaustrada en la obligación severa de sus preclaros títulos paternos, se trepa á menudo sobre sus viejos pergaminos para estar muy cerca de los cielos y poder conversar con su amiga la luna. Hace bien. Por eso se la quiere... Es un jilguero. Posee el espíritu más casto y más iluminado de todas las mujeres. Incluso Teresa de Jesús... Hay que comprenderla para saber lo que es. Pero no tenéis que analizarla. Inútil sería vuestra tentativa. Hacer un estudio de su carácter ha sido la tarea que se han impuesto los más ilustres novelistas jóvenes de España. Ninguno lo ha logrado. Ni el mismo Pérez Galdós. Gloria Laguna es tan sutil, tan complicada, tan irónica, tan mala, tan Margarita, tan Ofelia, tan terrible, tan buena, tan dulce, tan maternal, que cuando queréis analizarla huye de vuestros dedos y se va. Vuela. Pero al irse os deja en el corazón los siete alfileres de un recuerdo. Un recuerdo que no borra ni la sal de los mares...

❊ ❊

Alguien pregunta:

—*¿Es una mujer?*

—*¿Es un hombre?*

No. Es una artista. ¡Ah! Yo sé que muchos lectores acorchados de sentido común, y que no ven más allá del linotipo, sonreirán con desprecio. ¡Qué me importa! Siempre es agradable saber que no se forma parte de la muchedumbre. La condesa de Requena no es un hombre, sin duda. Tampoco una mujer. Es algo más. Ya lo he dicho. Es una artista. Es una artista de su propia vida. Una artista que ha sabido modelarse una moral. Una moral embellecida por caprichos que en la tierra son raros, extraños, extranjeros. Hay que verla. Hay que oirla. Viéndola y oyéndola, se nota en la condesa de Requena la presencia de un temperamento vigoroso y débil que ama con amores de sultán y que no odia, ni castiga, para no tener luego la cristiana debilidad de perdonar. Hay que verla. Hay que oirla. Viéndola y oyéndola, he pensado que si el amor no existiera habría que inventarlo para ella. Pero

habría que inventarlo como se inventa un juguete en París. Un fantástico chiche de cartón dorado que pudiera entretener la nostalgia de una condesa triste...

* *

No es extraño que la vida de esta noble dama sugestione á todos los novelistas No se crea que ella sale por los caminos del desprecio como un Quijote en busca de molinos que romper. No. No es bastante cobarde para eso... Hace lo que hace, porque sí. No finge. No miente. No trata de seducir. Seduce... Si á los labios le asoma una palabra, la deja caer. Nada más. A veces esa palabra puede ser una flor. Pero, á veces, también, suele ser una piedra. El laberinto de su vida atrae. ¿No es acaso un peligro? Por eso, siempre está rodeada de valientes. Son escritores, poetas, bohemios. La observan, la estudian, la molestan. ¿Qué logran? ¿Qué consiguen? Nada. Esta condesa de sangre azul, legítima, tiene bajo el corpiño de dorados botones, un corazón fogoso de torero. En ella encontraréis todas las sorpresas. Mientras fuma como un chulo del Rastro, os dice al oído cosas de mujer sabia. Otras veces, mientras os dice frases terribles, envueltas en la ruda franqueza de los hombres, veis que tiene en los ojos, en la boca, en el gesto, la cándida inocencia de un buen pajarito...

—¡Un buen pajarito! Sí. Un buen pajarito. No os enojéis, condesa... ¡Un buen pajarito! Pero amable. Pero cariñoso. Pero bello... Uno de esos jilgueros que no hacen daño á nadie. Al contrario. Cuando puede, hace bien. Sólo que no siempre puede... Lo único que la entristece es que se opongan á la realización de sus caprichos. Y son caprichos de muy blanca pluma. Oponerse á ellos es cometer un crimen. Si Gloria algo desea, lo consigue. Y si no lo consigue insiste hasta lograrlo. Ya he dicho. Es una mujer de otro siglo. De otra vida. De otros hábitos. Ahora vive en el palacio de su señora madre. La marquesa es una ilustre é inteligente matrona que ocupa en la aristocracia española un sitial muy encumbrado. Pero no hablemos de ella. Hablemos de la hija. O mejor. Dejemos que la misma Gloria, sentada en el lujoso diván de sus antepasados, con las piernas cruzadas y el cigarrillo turco entre los labios nos cuente, con el encanto de la Scheherezada del rey asesino, el cuento novelesco, febril, estrellado y lunático de su dulce corazón de mariposa:

—"Me casé porque no sabía qué hacer. Y también para que mi novio me dejara en paz. Mi esposo, el marqués de Taracena, me quería. Yo... ¿Yo qué sé?... Yo no sé nada... Sólo sé que fuí á la iglesia. Me casé... Pero mi alma nunca ha comprendido la obligación de las cadenas. Nos separamos... ¿Quiere usted un cigarrillo?"



¿Verdad que es delicioso? Os habla de su amor y os ofrece un cigarrillo. Fumad. El tabaco turco viene de muy lejos. Oid:

—"Ahora estoy escribiendo un prólogo para un libro. No lo he leído todavía. Pero debe ser bueno cuando su autor, un joven desconocido, me lo ha enviado para que yo lo prologue. Este joven, que se llama Darío de Cadex, me dicen que es un chico muy modesto. Que vive mal. Me han dicho que pasa días sin comer. Que usa melena. Que es flaco. Que es triste. Que es poeta... Ayer recibí una carta de él, llena de tachaduras. En ella me comunica que sólo espera mi prólogo para que el editor le imprima el libro. Ya ve usted. Es un poeta. Tiene hambre y busca gloria. Yo le doy mi prólogo. ¡Pobre chico! ¿Pero usted no fuma?"

* *

Preguntadle si no piensa debutar con María Guerrero. Os dirá:

—"¡Oh, no puedo!" No me dejan... El año pasado pensé ir á Buenos Aires. Pero el público, que es imbécil porque no hace nada más que ser público, fabricó rumores contra Mariquita. La pobre ¡la quiero tanto! vino á verme y me confesó que no quería que yo fuera con ella. "La gente está diciendo que te quiero llevar como reclame", me dijo. Yo insistí. Mas ella no quiso. Mamá tampoco... Y ya sabe usted que somos nobles. ¡Oh, la nobleza!"

* *

Después, quiso tomar un mate amargo. Le dí el mío. Y con él, brindó. Brindó por los americanos... Aquel mate, alzado por la mano aristocrática de la condesa de Requena, en el lujoso palacio de los Laguna, hizo revivir en el fondo de mi espíritu orgullos campesinos. Y por cinco minutos quise ser Juan Moreira.

Niza.



LA VIDA INTIMA DEL ABATE PEROSI

—¡La vida íntima!

¿Pero es posible descubrir la vida íntima de los grandes hombres? No siempre. En Italia, sobre todo, los grandes hombres no bajan nunca de su pedestal. Y, cuando bajan, es para esconderse... Los exámenes psicológicos no pueden hacerse á simple vista. Es necesario tomar al hombre, dulcemente, de un brazo. Es necesario moverle su amor propio. Hacerle hablar. Calarle. Estudiar las "poses" premeditadas que improvisa. Después, es preciso tocar en su espíritu ciertos resortes de sensibilidad para que hable. Pero, es necesario hacerse en su presencia el pequeñito. El inocente. El tonto... Porque hay que dejarle que se infle, como un globo. Luego pincharle para que se desinfle... ¡Oh! Qué deliciosa sensación. ¡Verle caer en nuestras propias manos homicidas!... Y

hacerle decir cosas extrañas. Y, también, tonterías... Es un placer excitarle á que diga en frases, lo que piensa en la almohada... Ya comprenderéis que el trabajo resulta difícil. Muy difícil... Aunque se trate de interviewar á Juan de los Palotes, el periodista tiene siempre gran trabajo. Imaginaos, ahora, el trabajo que podrá dar un hombre célebre. Un hombre habituado á servir de cadáver á todos los visturís del universo. Un hombre que conoce el doble sentido de cualquier pregunta y que conoce la intención felina de cualquiera sonrisa. Es preciso estar muy enamorado del arte de confesar almas geniales, para no morirse de fatiga mental. Casi siempre el hombre célebre se encierra en su mutismo. Es su mejor coraza.

Por no decir algo que descolore su talento, os dice que está enfermo. Os dice que no puede hablar. En cambio, adivináis que está deseando deciros algunas bellas frases para que las publiquéis en el periódico... La fotografía—como complemento informativo,—facilita el examen psíquico de los interviewados. No lo digo sólo por los gestos que puedan adoptar. No. Retratarse es humano. Hasta Jesucristo, que era modesto, se dejó retratar en el pañuelo de la Verónica... Mas, no siempre la fotografía de una cabeza da idea de lo que aquella cabeza lleva dentro de sí. Mientras el fotógrafo prepara su máquina, el periodista examina al hombre de muy cerca. Y os lo digo por experiencia: no hay medio más eficaz para desnudar á un hombre célebre, que ponerlo frente al objetivo. Nadie quiere pasar á la inmortalidad con las guías del bigote torcido ó el gesto avinagrado. El esfuerzo que un sujeto hace para que la máquina oculte sus defectos, pone al desnudo sus debilidades. Pero esto es lógico. No hay que criticarlo... Recuerdo que en Buenos Aires, tuve que solicitar de un escritor muy conocido—que hace versos domésticos,—tuviera la bondad de permitir que un fotógrafo gastara con él una placa... Naturalmente, se negó. Todos se niegan... Se negó al principio. Pero, después, con una modestia deliciosa ,me dijo:

—"Vea, joven. Le seré franco. No quiero que me retraten. Estoy muy viejo... Le daré una fotografía de cuando tenía treinta años. ¿Quiere? Como mis versos son siempre juveniles, yo deseo que la posteridad me conozca siempre joven..."

¿Habéis comprendido? Rafael Obligado quería pasar á la posteridad... Este solo rasgo, es una confesión. A través de

estas palabras de hombre célebre se traduce su cerebro, su alma... Yo no quisiera criticar á este Gabino Eseiza domesticado. Su pudor es de viejo. Respetémosle. Nada más hermoso que el sincero orgullo de los tigres... Pero he citado el caso para convenceros de que no es necesario que un hombre os hable mucho, para que adivinéis lo que tiene en el corazón y en la cabeza. Pocas frases, bastan... En fin.

Así me ha ocurrido con Lorenzo Perosi: Yo no había encontrado nunca un hombre célebre que hablara menos y que tuviera una modestia tan sincera, tan franca, tan simpática, como este admirable joven sacerdote. No es necesario analizarlo para comprenderlo. Es de aquellos hombres cristianos que piensan lo que sienten. Que sienten lo que dicen... En la manera de accionar, en el modo común de vestir sus ideas, adivínase al hombre que no tiene ningún deseo de que lo conozcan. Cuando oye un elogio, dice:

—"Yo no tengo la culpa de que mi música parezca buena. Me sale así por casualidad... Pero á mí no me ha costado ningún trabajo hacerla. Tomo un papel y escribo. No es un mérito hacer una obra sin fatigas..."

Tenéis que pensar que quien os habla así es el autor de los famosos "oratorios"... ¿Conocéis la historia de este joven abate que á los 24 años era ya hombre célebre? Es una historia breve. Oidla. Sus labios nos la cuentan:

* *

—"Nací en Tortona (Italia). Mi padre era maestro de capilla en la catedral de dicho pueblo. Mis dos hermanos eran curas. En ese ambiente se modeló mi espíritu. A los 22 años—en 1894—vestí el hábito sacerdotal. Celebré mi primera misa en la Santa Casa de Loreto... Y nada más. Y nada más..."

* *

—¿Nada más?

No es cierto, agrego yo. Un día, siendo ya sacerdote, el padre de Perosi no pudo dirigir el coro. El hijo le reemplazó, improvisando en el armonium una maravilla musical. Allí empezó su carrera... Después, trajéronle á Roma. El 13 de diciembre de 1898, dió la primera audición pública de música sagrada, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Dirigió "La

resurrezione di Cristo". León XIII mandó en su representación al cardenal Rampolla. También asistió Mascagni... No tengo que repetiremos que fué un éxito. Colosal... La música vibrante del artista romántico conmovió las almas. Cuando el oratorio terminó, Mascagni se arrojó, emocionado, con su melena y con su orgullo, en los brazos del débil sacerdote. Rampolla, lleno de la roja pompa de los cardenales, le besó las manos como á un Papa del Arte... Y el corazón de muchas mujeres latió como un volcán... No ignoráis que hace poco se decía que el abate Perosi dejaría los hábitos. Hablábase de su matrimonio. Pero ,no. No es cierto. Perosi no se casará. Es demasiado modesto para hacer eso... Lo que hubo fué que una artista, muy bella, muy de París, enamoróse locamente del infantil abate. Pero él la rechazó como el San Antonio de Flaubert. Y ella loca,—más loca todavía,—fué á un convento. Encerróse á llorar...

* *

Si hay tanto corazón femenino que arde en pasiones por el joven maestro, no es ni por su rostro pulido ni por la fama que el curita tiene. Lo que entusiasma de amor á las mujeres, es oir su música sagrada. Porque es un extraño fenómeno. La música de Perosi, analizada artísticamente, no tiene la severidad, la austeridad, la religiosidad de las músicas místicas. No es una música que eleve á mundos de virtud, de paz, de oración, de sosiego. La música de Perosi es ardiente, es cálida, es apasionada, es varonil. De sus melodías brota una voluptuosa sensación carnal. Oyéndola, el ardor de la fiebre enrojece la sangre... Sucede con ella lo que con las diabólicas poesías de Santa Teresa de Jesús. Quitándoles el nombre de la Divinidad, son explosiones de amor salvaje y fuerte. Es un amor histérico de locura y de fiera.

* *

El 20 de julio, por invitación del amable ministro doctor Blancas, tuve ocasión de asistir á la ceremonia realizada en la Capilla Sixtina, con motivo de los funerales de León XIII. Perosi dirigió el "Benedictus" con un trozo del cual obsequió el maestro á *Caras y Caretas*. Pues bien, el éxito fué el de todos los años. La inspiración de Perosi no decae. Crece.

Cuando su música vibró en el templo, hubo en todos los ánimos una profunda sensación de misticismo raro. Y así sucede siempre. Hay en sus obras algo de Dios y no poco del Diablo.

* *

Ahora Perosi está mal de salud. Vive en las montañas con su vieja madre. El exceso de trabajo ha debilitado su cerebro. Pero no se queja. Todos los días viene á Roma. Va, trotando humildemente por las calles, hasta la "Scuola Pia Pontificia", donde instruye á más de 60 alumnos que cantan en la Capilla Sixtina. Allí fundó la "Escuela Cantorum", en 1904. Como Mascagni ó como Puccini pudiera ganar mucho dinero recorriendo los teatros. O haciendo óperas... Pero él no quiere. No quiere ir á París. Ni á América... Y es saludable la lección de orgullo que nos da: pudiendo ser millonario, se conforma con llevar la sotana raída. Hace poco un editor imprimió sin su permiso un "oratorio". Perosi lo demandó ante la justicia. Le pagaron una indemnización de cincuenta mil liras. ¿Sabéis lo que hizo? Dió las cincuenta mil liras á un asilo de pobres... ¿Y sabéis cómo escribe sus obras? Pues, en el mismo colegio. Mientras los alumnos repasan su lección, él borronea sus notas sobre un papel cualquiera. A veces, yendo por la calle, se le ocurre una idea. Se arrincona contra un muro y en el puño de la camisa la consagra, la apunta. Desprecia, como un niño, las drogas rancias de la toilette mundana. Es un hermano digno de Teresa la Santa...

Roma.



LO QUE DICE SOROLLA

Escenario: el taller de Sorolla. *Título de la obra*: Sorolla. *Protagonista*: Sorolla. *Público*: Sorolla. *Coro*: un grupo de periodistas...

Ya lo sabéis. Los periodistas siempre hacemos coro. También, á veces, solemos escuchar. Esta vez escuchamos. Pero oímos con la falsa humildad donde guardamos,—como los gatos sus retráctiles uñas,—nuestras observaciones más pecaminosas. Tristes observaciones que no pueden decirse en alta voz porque el sentido común las ha prohibido.... El taller, lujoso, amplio, lleno de cortinas y de juegos de luz, con perfumes de damas y sonrisas gentiles, era propicio á la voz de Sorolla, cuyo bello talento, tan sutil, tan vigoroso y tan nuevo, arranca aplausos de laurel á París y libras esterlinas á Inglate-

rra... Sorolla es un hombre pequeño. Muy pequeño. Demasiado pequeño. Figuraos un Juan Zorrilla de San Martín. Así, tan chiquitito, con una melena arisca que se enoja con el ademán nervioso de las manos, Sorolla se parece al lírico oriental hasta en el misterio extraño de la voz. Cuando está inmóvil, con la boca cerrada, con la lengua quieta, no podéis creer que ese hombre pueda ser capaz de hacer un cuadro en cuya tela el sol aparezca como una cosa real que deslumbra los ojos y que parece viva... Pero le oís hablar. Entonces aquel hombre pequeño se agranda por sobre sí mismo. Se escapa por encima de su corbata de bohemio francés. Su voz no es simpática. Es de un atiplado timbre femenino. Es una voz chillona que hiere, que lastima. Pero, al hablar, notáis que Sorolla pone tal entusiasmo en sus arengas; sentís que pone tanto fuego en sus frases; veis que vierte ideas tan dementes y tan sabias; experimentáis que infunde á sus palabras un ardor tan volcánico; escucháis,—emocionados,—cómo grita sus anatemas y sus chistes; adivináis que maneja la réclame con tanta habilidad; observáis que se defiende con un amor tan íntimo, y que pone, por fin, tanto talento y tanta paradoja en las cosas que dice, que al oirlo, creéis en un Sorolla de novela. Es un fantasma... No podéis creer que un hombre poco antes tan exiguo, haya tomado tales proporciones. Es que Sorolla, al hablar, se agranda poco á poco. Despacio, muy despacio, va perdiendo sus contornos legítimos. Por el calor de la palabra se derrite. Desaparece. Su físico precario crece. Y luego surge, grande, inmenso, enorme, formidable. Surge como un maestro redentor. Surge como un profeta. Surge como un artista loco. O surge como un apóstol que predica á los vientos sus teorías, sus hipérboles, sus contrasentidos, sus verdades, sus oropeles, sus hierros y sus oros... Sorolla es todo eso. Y es también algo más. (Algo más que no quiero decir para que no se ofendan ni los que, con error, lo vituperan, ni los que también con error, lo aplauden demasiado.) Por él no me preocupo. Es un hombre que ya no tiene nada que pedir á la gloria. Tal vez por eso no se enoja nunca con la crítica. Hace bien... Sus manos han conseguido todo lo que, en vida, puede lograr un hombre de sus méritos. Sus cuadros, tan hermosos, hechos con Vesubios de sol y con explosiones bellas, han pasado por todas las grandes ciudades donde se vende triunfo. En todas ha triunfado. El entusiasmo de los que saben comprender los matices de la pintura artística, ha sido siempre grande, siempre ruidoso, siempre

justo. Los yanquis y los ingleses, hábiles para comprender las virtudes de las locomotoras, del kerosene ó del carbón, se han echado sobre los cuadros de Sorolla, ansiosos de refinar sus paladares. Se los han disputado con el box extrangulante de los cheques y con la férrea piña de los trus... Hay ingleses que se gastan todo cuanto tienen en cuadros de Sorolla. ¿Queréis una anécdota? Me la contó un inglés: "Cierto cuadro del maestro valenciano hallábase expuesto en un gran museo de Londres. Era una barca. Una de esas barcas solitarias, que parecen cadáveres. Que parecen hombres. Hombres que se han tirado boca abajo, para morir mejor, sin ver el cielo... Aquella barca, en sí, no valía nada. Pero lo que valía, lo que la hacía valer como una joya era la lluvia de sol que la bañaba. El infaltable sol de los pinceles de Sorolla... El cuadro no podía ser de audacia más febril. En Londres casi nunca hay sol. ¡Siempre la niebla!... Una dama inglesa enamoróse de ese cuadro. Era una dama que poseía varios apuntes de Goya y una *cofia* de la reina Victoria. ¡Una cofia que sostuvo el cabello de la graciosa reina de Inglaterra!... La dama se interesó por la tela de Sorolla. Le dijeron el precio. Un precio enorme. Una suma capaz de alimentar al pueblo más hambriento de la India. La inglesa no tembló: era inglesa. Fué á su casa. Contó sus esterlinas. No le alcazaban... Buscó un coleccionista de reliquias históricas... E hizo esta cosa inaudita: vendió los apuntes de Goya y la cofia de la reina muerta... Con el producto pudo comprar el cuadro de Sorolla..." Vosotros no ignoráis que si esta inglesa se desprendió de una cofia de la reina Victoria para comprar un cuadro de Sorolla, fué sin duda, porque Sorolla sabe tocar el cielo con las manos.

* *

Pero volvamos al principio. Os decía que el famoso pintor habla con elocuencia. Habla mucho. Y cuando habla no lo escuchan solamente los que lo oyen, sino que él mismo, al hablar se escucha, se saboréa, se aplaude. Víctor Hugo gozaba igual placer. En Buenos Aires conozco algunos loros que imitan al maestro.

* *

—¡Sorolla!

Miradlo. Mientras con el carbón traza una admirable figura femenina, en un lienzo que es un precioso affiche, habla

de pintura, de arte, de la América. Dice cosas así:—(Taquigrafía).

—"En América se alimentan todavía de prejuicios malsanos. Por ejemplo: cuando tienen ustedes jóvenes capaces de estudiar las bellas artes en Europa, el gobierno los manda á Italia. A Roma especialmente. ¿Y por qué? Creen que la artística Roma de los tiempos antiguos es la misma Roma prosaica de los tiempos actuales. Como Italia ha gozado fama de poseer pintores y escultores sublimes, creen que todavía los tiene. Ese es un grave error. Y no creáis que esto pueda ser patriotismo. Soy imparcial. Mirad: el hecho de que Salamanca haya tenido la universidad más grande y más famosa del mundo, no significa que hoy todos los padres y gobiernos deban mandar sus jóvenes á estudiar derecho á Salamanca, con Unamuno... Se habla de ambiente y de otras bellas cosas italianas. Pues se hierra también... En ciertas ciudades de España, y en muchos otros países, el ambiente artístico, es mejor que en Italia. En la patria de Miguel Angel las bellas artes están hoy en plena decadencia. Hay bancarrota de maestros. Diríase que aquella tierra, pródiga en belleza, se siente ya cansada de dar genios. Hoy da comerciantes..."

* *

—¿Callemos? Es mejor. El maestro prosigue hablando. Y trabajando... (Nuestro coro calla de acuerdo con los gatos.) Después, alguien dice:

—¿Y su viaje á Buenos Aires, maestro?

—Me voy el año próximo. En Septiembre estaré allí, con mi familia. Primero iré á Londres. Abriré la exposición. Con los cuadros sobrantes, pasaré á Alemania. Y, en seguida, con el resto, cruzaré el Océano... Quiero ver aquello. Artal me cuenta prodigios de los argentinos. Yo no puedo quejarme. Su entusiasmo ha sido para mí, siempre sincero. He pintado hace poco un retrato del doctor Pellegrini, por encargo del señor Ramón Santamarina..."

La conversación se interrumpe. Entra una hermosa dama de Chile. Es Elena Ortúzar de Elguín. Su hermosura llena todo el taller de una emoción artística. Se explica. Es el alma, es la carne, es la viviente realidad de un cuadro de Sorolla...

Madrid.



EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Unamuno es un apóstol. Ha consagrado las más inútiles horas de su vida á la predicación de sus creencias domésticas. Además, es un sabio. Yo me inclino con respetuoso miedo ante sabios así. Anonadan. Aplastan. Desquijadan. Y no por eso dejan de ser buenos... El cerebro de Unamuno vive en eterna combustión. Es una fragua. Se provée de carbón en todas partes... ¡Figuráos que lee en catorce idiomas! Sabe, de memoria, la biblia. Recita el Corán. Ha leído todas las "Arengas" de Mitre. Puede repetir, uno por uno, los capítulos que escribió Cervantes. Conoce el nombre de todos los filósofos griegos. Habla en latín. Traduce del inglés. Escribe en italiano. Sabe teología. Conversa en alemán. Su idioma es el vascuence. Como Juan Pérez,—Juan Pérez Zúñiga,—conoce las raíces del lenguaje taurino. Ha estudiado á Niestzche. Odia á Zaratus-

thra. Comprende á Carlyle. Modula el catalán. Hace prosa. Hace crítica. Hace cuentos. Hace versos. Es rector. Dibuja. Juega á la pelota. Vive en Salamanca. Y en fin: fabrica pajaritas de papel... ¡Es un sabio! Ya veis. Y ante sabio tan sabio, justo es que los artistas se inclinen con respetuoso miedo... Igual cosa que ahora ocurría allá en los tiempos de San Pedro y San Pablo... ¡Oh, tiempos arcangélicos, de milagrosas maravillas! Tiempos en que los crédulos de Jerusalén dormían con la boca abierta,—como Jonás,—para que el Espíritu Santo entrara á sus espíritus... Yo no sé porque á Unamuno se le quiere tan mal. Siendo, como es, un sabio, su palabra orgullosa merece acatamiento. No obstante,—la juventud de América lo odia. Es injusta... en Europa también. Sus libros sufren la terrible inquisición del olvido. De cada diez lectores nueve tienen por nombre: Torquemada. Sus producciones literarias no encuentran sitio en los diarios de España. En Buenos Aires, á pesar de que "La Nación" lo protege con la honestidad de su antiguo prestigio, sus ideas hacen esgrimir adoquines... Y es, en verdad, una lástima. Las actuales generaciones no sienten devoción por los sabios ilustres. "Vivimos en plena corrupción estética"—diría el virginal Calixto Oyuela... Pero tendremos que arrepentirnos. Porque, sabed, hermanos míos, que no todos los siglos pueden dar á luz un cerebro como el de Unamuno. Ni un genio como el de Unamuno... ¡Oh!—*¡Unamuno! ¡Unamuno! ¡Unamuno!*

* *

Su solo nombre es ya una heroica bandera de combate. Unamuno es apóstol de verdades. Verdades en que nadie cree... Es el apóstol de los pobres de médula. Es el apóstol de los pobres que no gozan el goce de la buena sonrisa. Sus predicaciones están llenas de blancuras, llenas de fe, llenas de inocencia. Pero son adustas... Tienen por cuna los helados, los sapientes, los históricos muros de Salamanca. De allí salen sus ideas. De allí surgen. Vuelan. Van lejos. Luego huyen hacia los horizontes. Y allá se pierden en las desolaciones del vacío.

* *

He vuelto. Recluído ya en mi olvidada torre bohemia, pláceme saborear, cual un almíbar, los últimos recuerdos cerebrales. Mi pluma, siempre agitada por la epilepsia del apasio-

namiento, goza evocando lo que vi hace tiempo. Las visitas hechas en Europa á los hombres geniales han bañado mi espíritu en la más lamentable indiferencia. He vivido tanto tiempo entre las bambalinas de las almas célebres, que ya no creo en los libros. Ni tampoco en quienes los escriben. Sin embargo, es un placer cavar en la memoria. Es un suave deleite evocar las visiones que mis pupilas vieron... Por eso quiero evocar mi visita á Miguel de Unamuno.

* *

Yo estaba en Madrid. Desde allá, por telégrafo, pedí al sabio maestro hora para una cita. Amablemente, me llegó su respuesta: "*Con mucho gusto lo recibiré mañana*". Y fuime á Salamanca. Allí me emocioné. Como un niño temblé de emoción—de emoción india,—ante los artísticos ornamentos de los claustros donde fray Luis de León hizo versos y también teologías. Después, estreché la mano de Unamuno. Una mano fría Una mano de abate. Una mano que no tenía de eúskara, nada más que la franqueza con que vino hacia mí... La estreché con afección humana, ya que no lo pude hacer devotamente... Y hablamos. Hablamos. Es decir, habló Unamuno. Yo escuchaba. Su voz tenía suavidades de mártir. Muy simpática. Una voz profesoral, como la de Calandrelli. Unamuno no habla con la sinuosa severidad que emplea en sus artículos. Pero, aun hablando de cosas sencillas, pontifica. ¿Acaso no es un sabio? Es algo más. Es un apóstol. Oidlo predicar. He aquí su sermón:

* *

—"Yo nunca leo en francés. La influencia de la literatura francesa es malsana para la española. Ambas se contradicen. Los franceses son seres apasionados. Pero lógicos... Los españoles, son, asimismo, apasionados. Pero son ilógicos... No hay que imitar, amigo mío, las cocoterías de París. Vea usted á Rubén Darío: parece un cisne disecado. Lea usted á Lugones: sus versos son delirios mecánicos... La gente literaria, tanto en España como en América, no conoce el verdadero valor de las palabras. De ahí que su prosa resulte pesada. Y amorfa. Sin interés... Es como una babosa. Se arrastra. Babea... En la Argentina el hombre de más talento sigue siendo Sarmiento. A Sarmiento se le achaca el haber sido un innovador de

las letras. Introdujo voces extrañas en su idioma. Ah! ¡Su mérito más brillante estriba en eso!... En la sociología americana me ha llamado mucho la atención Carlos Vaz Ferreira. Es el primer psicólogo de América. Es de Montevideo. El año pasado estuvieron á visitarme dos argentinos diplomados: los doctores Carlos Rodríguez Larreta y Carlos Octavio Bunge. Muy amables. El doctor Bunge se quedó varios días conmigo. Gozamos el placer de visitar las cosas y las casas más célebres de Salamanca. ¿Ha visto usted la universidad? Es bella. Aunque ya no es lo que era en otros siglos. Actualmente casi no hay alumnos. Ni profesores. Nada... Cuando estaba en poder de los frailes, era otra cosa. Yo hago lo que puedo. Lucho. Tengo 43 años. Soy vasco... ¿Hay muchos vascos en Buenos Aires? Me dijeron, hace años, que allá, con excepción de Grandmontagne, casi todos los vascos eran lecheros... ¿Es cierto? Yo tengo gran fe en las montañas de mi región nativa. El pueblo vascongado es el único que puede salvar de la ruina á mi querida España. Hasta en literatura... Como el vascongado es, en palabras, el idioma más pobre de la tierra, los escritores eúskaros tenemos que escribir en español. ¿Conoce usted á Baroja y á Maeztu? No son vascos puros. El primero es hijo de un castellano y el segundo de una inglesa. Yo sí. Yo soy vasco por mis treinta y dos costados... ¡Figúrese usted si será pobre el idioma de los vascos, que en San Sebastián, existe una academia que distribuye premios á los que inventan malas palabras eúskaras... Pero el vascuence desaparecerá. Lo mismo el catalán. El catalán será destruído por los sudamericanos....

—¿Cómo?

—Claro. Siendo el comercio de América la fuente principal de la riqueza catalana, los comerciantes de Cataluña hállanse obligados á hablar en español. El catalán se empleará únicamente para vociferar en las conferencias socialistas. ¡El socialismo! Ahí tiene usted un peligro de que debe cuidarse la América. Tal vez yo sea un socialista cristiano. Pero no soy ortodoxo... Creo que tanto el socialismo como el catolicismo, deben ser vigilados de muy cerca. El catolicismo cuenta con rabiosos fanáticos. Igual el socialismo. De allí nacen los errores de la muchedumbre... Conviene, pues, que los curas lean libros socialistas. Así podrán atenuar con las nuevas ideas, el fanatismo de sus feligreses. Lo mismo

digo de los socialistas. Sus hombres dirigentes debieran ir á los conventos á estudiar teología..."

* *

El apóstol enmudece. Saca una tijera muy pequeña. Toma un papel. Y se entretiene en hacer pajaritas. Vedlo en la fotografía... Es su costumbre. Otra de sus costumbres es la moda de sus chalecos, cerrados hasta el cuello. No usa corbata... Esta clase de originalidades francesas, influye, salamanquinamente, no sólo en su indumentaria. Se extiende además por sus extraños modos de pensar. Unamuno arremete, con resistencia vasca, contra la Real Academia Española. Sin embargo, nadie más doctoral que él. Nadie más grave... Esto en sociología ó en literatura. En crítica ha seguido los rumbos artísticos de Antonio de Valbuena, su hermano en chistes fúnebres. Ambos maestros guardan una honrosa semejanza de criterios. Unamuno, aunque con más talento que Valbuena, habla del arte según su paladar. Lo comprende á su manera. Piensa que el arte literario estriba en escribir prosas como las que él escribe. Para Unamuno, Víctor Hugo es un mono. Flaubert un imbécil. Mallarmé, un payaso. D'Annunzio, un pobre loco... No los considera poetas. Es justo: no son de Salamanca... En cambio, por razones que ignoro, Unamuno se cree poeta. Y es razonable que lo crea. Para eso es apóstol... Su libro de versos contiene sabia prosa. Su musa es doméstica. Es mansa. Su lenguaje es honestamente familiar. Versifica empleando, con brillo, términos culinarios. En el Panteón de las glorias celestiales, ha de sentarse junto á Brillat-Savarin... Posee una delicada manera de poetizar. ¿Queréis un ejemplo? Leed, en su libro "Poesías" (pág. 12), la composición: "Denso, denso". Allí compara el corazón con una bordalesa "por cuya espita se escapa el sentimiento..." En seguida os dice que la vida es una sucesión de posadas. Y finaliza, con estos bellísimos cuatro versos. Versos armoniosos. Rítmicos. Encantadores. Oidlos:

> "Con la hebra recia del ritmo,
> hebrosos queden tus versos,
> sin grasa, con carne preta,
> densos, densos."

Y todo lo demás, así. ¿Comprendéis? Unamuno es un sabio. Y es un apóstol. Y es un poeta... En América no poseemos sabios como él. Ni apóstoles de sus ideas. Pero tenemos un poeta de igual inspiración. No lo nombro. No quiero hacerlo célebre... Pero ambos gozan de la inmortalidad de las postales...

* *

Por otra parte, el idealismo de Unamuno es racional. Tiene un pie en la casa de Kant. El otro en la de Hegel. Es amigo de ambos. Pero amigo desde la acera. Nada más. No penetra en la casa de ninguno de los dos. Hace bien. Se cuida... Unamuno siente la belleza á su manera. Por ello es que sus versos están hechos también á su manera. En su libro "La vida de Don Quijote y Sancho Panza" se retrató á sí mismo. Se retrató en uno de estos dos personajes... En "Amor y Pedagogía", mostrónos su habilidad haciendo pajaritas simbólicas... El espíritu de Unamuno contiene mucho tuétano. Mucha solidez. Muchas ideas... Por eso, cuando escribe, piensa en lo que piensa. No piensa en lo que escribe, como suelen hacer los ignorantes. Y así, su prosa encuentra resistencias. No en el cerebro. Pero sí en el oído..

* *

Hacéis mal, pues, jóvenes de América, en odiar á Unamuno. Su alma es de Apóstol. Su cerebro es de sabio. Su obra es de Salamanca, con perdón de fray Luis... Saludémosle. Mirémosle pasar con el respeto con que miramos lo que se va muy lejos. Mirémosle, cómo pasa. Por allá. Bien arriba... ¿No parece una nube?... Sí. Una nube que, rasando las altas estrellas, va á perderse, para siempre, en la espuma del mar...



EL ALMA LOCA DE SALVADOR RUEDA

—¿Queréis una sorpresa? Os la daré. Pero, en cambio, os pido que calléis. Que vuestros blancos dientes, armoniosa señora, no se asomen para morder con ironía la fe de mis creencias. Os prohibo la risa.

—¿Y la sonrisa?

—También. No hay que sonreir de las cosas extrañas. En ellas palpita la trágica virtud de Dios. No hay que sonreir de los fantasmas que embellecen la vida de los quijotes

pensativos. Hace ya tiempo que los locos, los genios y los niños se dieron la mano por arriba de los manicomios y por debajo de los evangelios. El vulgo dice por boca de los cuerdos que yo cometo á menudo un error. Un delito... ¿Cuál? Llamo locos á todos los artistas... Y hago bien. No debéis asustaros. Soy justo. El arte es un refinamiento de los nervios. La locura es así... Naturalmente, no todos los locos son artistas. Pero todos los artistas son unos eternos locos celestiales. Unos divinos locos que teniendo siempre á mano las estrellas se mueren de obscuridad, de tristeza, de hambre... Cándidos é ingenuos locos de los cielos que no llevan como los idiotas su locura en el cráneo, ni en los ojos, ni en el gesto. La llevan, como Cristo, en la sangre, en el espíritu, en el alma...

—¿Y la sorpresa?

¡Ah!... He aquí, condesa, que os quiero presentar un loco á quien conocéis mucho. Pero no os lo quiero presentar como poeta. Sería inútil. Como poeta ya lo conocéis. Habéis leído sus versos. Eso basta. Habéis saboreado su musa agreste y deliciosa que canta, que sueña, que blasfema, que ruge, que apostrofa, que reza, que lucha y que delira. Musa que cuando canta, canta para las madres. Musa que cuando lucha, lucha contra los leones. Pero lo que no conocéis es algo más exquisito. Se me prohibe que lo diga. Es un pecado. Y por eso lo digo...

—¿Qué es?

—No, señora. No tengáis temor. Es un misterio que, aquí, en España, todo el mundo murmura. Mas, nadie se atreve á decirlo en voz alta. ¿Conocéis á un poeta, autor de versos dulces, vigorosos, llenos de sol, bellísimos, que se llama...

—¿Será Salvador Rueda?

—El mismo. Sí. Lo conocéis. Pues bien: Salvador Rueda está loco... He ido á verlo y me ha dicho cosas magistrales. Es el hombre más original, más subterráneo y más sencillo que haya yo frecuentado en esta tierra. Su aspecto nada dice. Pero inquieta... Al verle pensáis en los compadritos del Riachuelo. Su pequeña figura es la de un mozo bravo del suburbio porteño. El saco, con hombreras, es de un gris muy antiguo. El chambergo, de alas moreirescas, contribuye á dar mayor exactitud á la imagen del compadrito criollo. Hasta lo parece en su modo habitual de apoyarse contra el muro. Viéndolo creéis que bajo el chaleco esconde la daga luminosa.

Hacedle hablar y veréis que, en verdad, lo que tiene bajo el chaleco es algo luminoso. Pero no es una daga. Es su corazón... Cuando habla, su cara, de facciones toscas, se ilumina con una inocencia de mujer. Os habla en frases entrecortadas. Sobre sus labios las palabras tiemblan. Se retuercen. Lloran... Os dice bellas cosas ingenuas. Divinas tonterías... Si vais á visitarlo á su modesta habitación—Glorieta de Quevedo, núm. 7, 2o. derecha, Madrid,—os llevará al balcón. Allí os dirá lo que sufre. Os contará que sufre un mal horrible. Un espantoso mal... No puede salir solo á la calle. Los carruajes y la gente lo marean. Si tiene que cruzar de una acera á la otra, hace que alguien lo lleve del brazo, y él cierra los ojos... ¡Pobrecito!... Sin embargo, es vigoroso el talento de este poeta insigne,—gloria de España, como dijo Mendés.—Poeta insigne de quien Querol ha burilado, en vida, un monumento... Y viéndolo, oyéndolo, pensáis en todo lo tan hermoso, tan fuerte, tan intenso que ha brotado de esa pobre alma loca... Ahora está empeñado en una noble lucha americana. Dice que los americanos deberíamos tener una literatura propia. Que no debemos recurrir ni á la literatura de Inglaterra, ni á la de Francia, ni á la de Noruega, ni á la de Barataria. Oid lo que me ha dicho:

—¿No tienen pampas? Pues canten en las pampas. ¿No tienen sauces? Pues canten en los sauces como los zorzales y no como los pájaros de Europa...

* *

Y en seguida háblame de su enfermedad:

—Tengo los nervios hechos un remolino. Pronto me practicarán una grave operación. Me han dado varias veces cloroformo. Dicen que algunos cloroformizados no retornan á la vida. Se quedan en el éxtasis eterno. Si me moriré por fin en ese sueño artificial que suprime el dolor humano? ¡Qué miedo! Desde niño me asalta la preocupación de la muerte. Es mi única infelicidad. A veces la visión de un entierro me recluye en casa y sufro ataques de asombro y de pavor. A veces mi olfato se irrita. Siento olor á cadáver. Quién habría de pensar leyendo mis obras, que en mi cerebro ha hecho nido el pájaro de la muerte. Pero, aparte de esa sombra trágica, soy robustísimo... El doctor Tolosa Latour, un gran

médico de niños, es quien me suministra el cloroformo. ¡Qué horror! Dios me libre del sueño total. Aún tengo que pulsar la lira y quién sabe si hasta ir á América. Allá me quieren mal porque les pido una literatura propia... ¿Verdad? Un periodista de mate amargo me criticó en un diario de Buenos Aires. Pero ¿qué importa? Era un periodista. Cada cual cumple su misión en la tierra. Hay ladridos que coronan de triunfo como los aplausos...

* *

Después sonríe. Y os abraza. Os apreta contra su corazón. Y os pide disculpa. De repente os dice que sus obras literarias valen poco. Pero de improviso su modestia se transforma. Su alma loca, loquísima, se indigna y levanta al cielo un penacho de orgullo. Es un gran poeta. Ante él, nuestro canario-tropical palidece. Los astros, el arte y la poesía le han enloquecido. Y tenía que ser así... No se nace impunemente en la cumbre de una montaña. Salvador Rueda nació en Málaga. En una aldea llena de elevados montes. En Benaque... ¿Comprendéis? Cuando niño bebió, allá, arriba, demasiado sol. Por eso vive en una atávica borrachera de cielo. Ojalá ningún médico cure su embriaguez celestial!





El ingeniero Leopoldo Lafosse

UN DRAMA DE AMOR CRIOLLO EN PARIS

Rubén Darío tiene un talento incorregible. Su cisne no está domesticado. A pesar de vivir en París, todavía místico, —y místicamente,—contempla con unción las estatuas de mármol. Va á los jardines. Acude á los museos. Se enamora de las esculturas. Prefiere la piel de Carrara á la piel de Afrodita... ¡Todavía!... Darío no envejece. No aprende. En la ciudad deliciosa de los bulevares y de los cocoteros; en la ciudad magnética donde la loca reina de Saba sube todas las noches á la ermita honesta del pobre San Antonio; aquí donde todo arde; aquí en donde las ofensas se lavan con un beso ó con cincuenta francos; aquí en donde hasta los entierros parecen ceremonias nupciales y en donde los casamientos parecen exequias fúnebres; aquí donde Dios se personifica en Luis de Oro; aquí donde el hombre encuentra el Finisterre de los paraísos terrenales;—aquí, en pleno Barrio Latino, frente al "Odeón", Rubén Darío, el enorme poeta con su enorme corazón de niño sabe sentirse americano... Lo he visto emocionarse ante una estatua fría. Una vieja fuente de los Mé-

diceis que está en el Luxemburgo, embriagóle los ojos... No me imaginaba que en París un poeta pudiera recordar que en los museos hay mujeres de mármol. Para que las viera, tal vez Darío me invitó á su fiesta:

—*¿Quiere usted venir al Luxemburgo?*

Y para gloria mía fuimos al jardín de las estatuas. Fuimos los dos juntos. Pero no como un padre que acompaña á su hijo. (Alguien habría dicho que éramos hermanos). Pasamos por entre grupos de niños resplandecientes y ante las estatuas de los reyes de Francia. La intención de Darío no era mostrarme reyes. Sólo quería mostrarme una columna extraña. Una columna erigida hace un año en el jardín y cuya belleza él sólo ha descubierto. Es una columna blanca.



La condesa María d'Arzac

En su cúspide cuadrada, un artista ha escrito en figuras de relieve un drama tempestuoso. Un drama que yo titulo: "El beso". Es un beso dividido en cuatro actos... El primero, es el beso de la vida. El segundo, es el beso de la madre. El tercero, es el beso del amor. Y el cuarto, es el beso final. El beso trágico. El beso de la muerte...

—*¡El beso del amor y el beso de la muerte!*

Contemplando la bella columna he sentido en los nervios la emoción de Darío. Los dos últimos actos son de una hermosura sonriente. En un costado veis labios de bocas que se apretan, que se estrujan, que se exprimen... Son labios que se unen, sobre el relieve de aquel mármol en el infierno

rojo de los besos. Los labios no se muerden. Pero se despedazan. Ese beso tiene garras y no dientes... En seguida mirais al otro lado. Y veis entonces, el beso de la muerte. Esa muerte que con sus adustos labios semejantes á manos de sepulturero, deja caer la dolorosa lápida de su blanco beso sobre la vida de un predestinado...

La vida de París es el conjunto de estos dos crueles octos. Todas las noches, mientras en un extremo de algún puente del Sena hay labios que se juntan por amor,—en la otra extremidad del puente, otros dos labios se juntan con la muerte para hundirse en el agua... Tal sigue siendo la tierra parisién. Y es bueno que así sea... El nirvana que más domina en Francia es el suicidio. No es que el suicidio pueda estar de moda. Petronio ya murió... Es que se ha convertido en una necesidad de los pulmones, de los cerebros, de los espíritus. Tanta fiebre, tanto delirio, tanta rabiosa desesperación de amor y de negocio, han traído el cansancio mortal. Y la gente se mata. Se mata con el prosaico desprecio de los albañiles que construyen ventanas para que pueda penetrar el oxígeno... Los diarios ya no saben en donde anotar las muertes prematuras. En tres líneas sintetizan diariamente una tragedia. Sin embargo, comentan hoy bastante el suicidio de un joven argentino. Es una de aquellas tragedias que, si son dignas de París, tienen en sus escenas tanta realidad y son tan vulgares, que se hallan todas ellas bien cubiertas de un romanticismo que emana furiosamente de nuestra sangre criolla. Algunos periódicos, entre ellos "Le Petit Parisien", dicen que una enfermedad fué la verdadera causa del suicidio. No es cierto. Las cartas que Leopoldo Lafosse deja escritas, pintan la dolorosa vía sagrada que recorrió su juventud. Había nacido en la provincia de Córdoba. Sus padres lo enviaron á Europa. Querían que estudiara para ingeniero. Estudió... Atraído por la electricidad, dedicó sus esfuerzos á esa peligrosa rama de la ciencia que, como la bacteriología y como la astronomía, produce en el ánimo sensaciones artísticas. Hace tres años volvió á Córdoba. Visitó á sus padres, ya viejos, que regentean un negocio de campaña en Cosquín. Luego regresó á París. Fué feliz. Hizo bohemia. Santos Dumond era su amigo de las horas nocturnas. Hubiérale sido mejor no regresar. París,—siempre París,—lo fué devorando poco á poco. No hay que culpar de su desgracia al verde ajenjo de los aperitivos. La culpa fué esta vez del verde ajenjo de un amor femenino...

—¡*Una vulgaridad!*

Tenéis razón. Una vulgaridad. Pero ¿hay algo más vulgar que la vida y la muerte? Sin embargo, la vida nos encanta. Sin embargo, la muerte nos asusta... Todo es vulgar. Desde las estrellas hasta los ferrocarriles. Todo. La vulgaridad de lo monótono se parece al perfume de las flores...

* *

Este buen muchacho, á quien he visto ayer por primera ó por última vez en los escaparates de la "Morgue", donde se exponen los cadáveres que carecen de hogar y hasta de nombre, vivía sin dolores, con ilusión, sin penas. La risa en sus labios no moría jamás. Lejos de su tierra, conservaba el alegre humorismo nacional. El ruido de su presencia, llena de cascabales, era conocido en los volcánicos cafés de la colina. Sus tangos eran triunfos. Pero de pronto, como perro que asalta en medio de la noche, un amor hundióle con rabia sus colmillos en el corazón. Mató sus alegrías...

Como en casi todos los teatros de París, en el "Moulin Rouge" trabaja una condesa. No creais que pueda ser una condesa de cartón. Es de pergaminos. Es de Legión de Ho-

— Vers onze heures du soir, la nuit dernière, place de la République, l'électricien Léopold Lafosse, vingt et un ans, demeurant 11, rue des Orteaux, qui souffrait d'une maladie incurable, s'est tiré une balle de revolver dans la tête. Il a été transporté dans un état grave à l'hôpital Saint-Antoine.

En "Le Petit Parisién"

nor... Una condesa auténtica. En Francia, las condesas encuentran muy variadas aplicaciones domésticas. Y también artísticas... Hay muchas. Algunas hacen versos. (Estas son las domésticas). Otras dirigen escuelas inútiles de canto. Las más viven en el silencio del núcleo legendario de las barricadas del 93. Y el resto, se entretiene en los escenarios de los teatros. Hay algunas que dan al público enseñanzas de arte. Pero las más enseñan otras cosas... Bailan. Piruetean. Saltan. Otras, encantadoras, ríen. Hacen reir. Aman. Se hacen amar. De lejos ó de cerca. Es lo mismo. De cualquier manera... Una de ellas suele presentarse al público como estatua viva. ¡Ufff! A esa, que es divina en su celestial aureola de epidermis,—Willy, el padre de *Claudina*, la consultó:

—¿No tiene usted rubor, señora condesa, de salir á la escena así tan... tan?...

—No, buen amigo,—replicó ella modestamente.—¿Rubor? En París? Rubor de qué?... Yo no salgo á la escena desnuda... Yo salgo con mis anillos...

Pues bien. Una condesa así fué la magnetizadora de Leopoldo. Vestida con la honestidad de sus anillos, aparece todas las noches en el fantástico proscenio del Molino Rojo. Embriaga. Domina. Es telepática... Se llama María d'Arzac. Su belleza no es exquisita. No es refinada. Pero efluye de ella ese enigma que es vigoroso porque nadie sabe de donde proviene:—el misterio de la simpatía...

Es grande la elocuencia de la ilustre dama cuando, vestida sólo con la luminosa elegancia de sus cincuenta anillos,



La condesa en los Campos Eliseos

recita versos épicos. Es una estatua muy original. Nada más. Y como lo original es lo que seduce á las cabezas jóvenes, ella encanta y atrae... Y por eso, atraído, encantado por la extraña pimienta de la noble condesa, el joven de las sierras se arrodilló ante sus resplandores, sin quejarse. La condesa María d'Arzac es prima del general Roulet. Los diarios lo dicen á cada rato. Y hacen bien. Ambos salen ganando con la mutua reclame...

Las relaciones de la artista con el joven estuvieron repletas de la novela superficial que cubre las cosas muy profundas. ¿Qué pasó entre ellos? Silencio. Harpócrates... Pasó la sombra de las tragedias. Y vino, para el pobre enamorado,

el último beso que estalla en la columna. En la sabia columna del jardín de los Médicis, cuya belleza descubrió Darío...

Terminemos. ¿Quereis saber algo más? El drama finaliza. Leopoldo escribió una carta para la condesa. Buscó un rincón obscuro para poder caer muerto sin profanación. Hubo una lágrima. Un revólver. Un cráneo que cruje. Un alma que se rompe. Un joven que muere por exceso de vida. Y, por fin, una condesa que á la noche siguiente del suicidio obtiene más aplausos que nunca.

La sangre del cadáver aumentó el fulgor de los anillos, que, como á las víboras, cubren á la condesa. Viéndola en el teatro, yo miro á lo lejos. Miro á través del mar.

Y veo, allá en las sierras cordobesas, á los dos blancos viejecitos que lloran. ¡Maldito seas París! Y los veo llorar sobre el antiguo mostrador del almacén en donde jugaba, cuando era pequeño, el Leopoldo perdido... No han gozado el consuelo de besar en la boca al hijo muerto. Lloran. Y mientras los viejos lloran, la condesa sonríe. Y todas las mañanas sale en su carruaje por los bulevares, por las Tullerías, por el Bois de Boulogne... Y los viejecitos continúan llorando, mientras la condesa, casi fea pero encantadora, prosigue vistiéndose ó desnudándose, con el resplandor honesto de otros nuevos anillos... ¡Maldito seas, París! Bendito seas!...



Después del suicidio de Lafosse

UNA ENTREVISTA CON S. M. EL REY DE ESPANA

—¡El Rey!

En el alma europea esta palabra retumba con mayor elocuencia que en nuestros oídos. América no ama á los reyes. Tampoco los desprecia. Los admira. Los ve con ojos terrenales. Nada más. Y es bastante... En Europa no acontece lo mismo. La ley atávica pone un velo en los ojos... En América un monarca no produce más emoción que un presidente. Por eso tal vez se nos llama salvajes. Si á Buenos Aires llegara un rey, la gente exclamaría al contemplarlo:

—¿Ese es un rey?

—Sí.

—No. ¡Es un hombre rico!

Y, como á hombre rico, las bellas criollitas estancieras, lo llenarían de flores y de... En este viejo mundo sucede lo contrario. Aquí nombrar al rey es persignarse. Hay mucha devoción de antigüedad. Las clases superiores, las clases aristócratas, son las que más devotamente miran á las testas regias. En cambio, el pueblo, el bajo pueblo que sabe las verdades más pronto que los sabios, comienza á tener para los monarcas una sonrisa irónica. Se ve que ya los reyes no caben en el mundo. Ni en la vida febril del siglo de las huelgas. Un rey requiere un teatro. Shakespeare mató con su lirismo á los reyes. Las óperas concluyeron de poner en ridículo su figura imponente... Cuando un rey habla, aunque sea á su criado, se supone que lo hace con música de Wagner... Figuráos aquello de:

—¡Alcánzame las medias!... do, re, mi, fa, sol...

Es horrible. Sin embargo, en Europa el progreso de las ideas liberales no tiene tantas estatuas como en Buenos Aires. Todavía se tiembla cuando pasa el rey. Aún los nervios se agitan cuando la figura de los últimos reyes,—Guillermo, Eduardo, Víctor Manuel, Alfonso,—pasa altiva y radiante entre gente que se pisotea por mirarlos...

Por eso, cuando se supo que yo deseaba realizar el pedido de la revista "Caras y Caretas", cuando se supo que yo de-

seaba conversar con su majestad el rey de España, la gente me miraba como se mira á un loco. Miraba la impaciente máquina fotográfica de mi compañero, el reporter gráfico José de Arce, como quien ve fantasmas en el aire. Hasta el entonces ministro en España, doctor Roque Sáenz Peña, con toda amabilidad, quiso quitarme de la cabeza la estupenda intención de ver al rey:

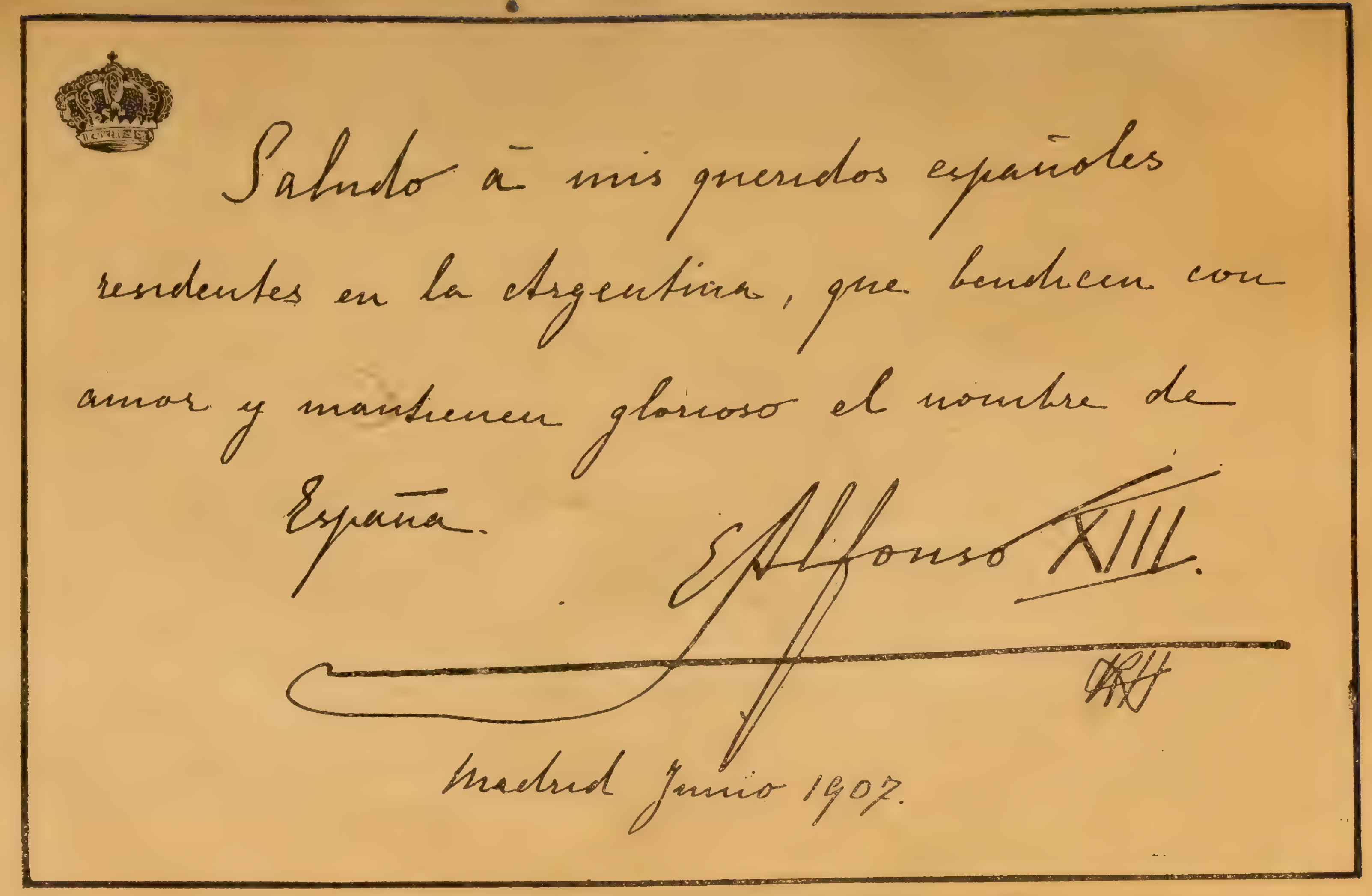
—¿Pero no sabe usted que los reyes no quieren conversar con ningún periodista? Cuando en palacio hay una ceremonia, los periodistas se quedan en la puerta... Allí esperan.

—Pero es que vengo de América. Tengo sangre fría. Soy indio. Quiero hacerle un reportaje.

—¿Un reportaje? Pero no sabe usted, hijo mío, que á los reyes no se les puede interrogar? Ellos hablan. Los demás contestan.

—No importa. Mejor para mí... Dejaré que el rey me haga preguntas. Será un bello espectáculo. Será la primera vez que un rey haga un reportaje á un periodista.

Sáenz Peña se sonrió. Ha sido periodista. Pero no pudo hacer nada. Tuvo que irse al Congreso de La Haya. Me quedé sin ayuda. Pero vencí. Saltando por encima de todos los protocolos obtuve la audiencia. ¿Vale la pena de contar la odisea? No le interesa al público. El rey de España me concedió una audiencia. Basta. Fui. Mi imaginación no resiste ni mi memoria tiene el espacio suficiente para guardar la imagen de tanto salón, de tanta sala, de tanto cuadro, de tanta galería, de tanto portero, de tanto lacayo, de tanta gente noble que hay que conquistar con sonrisas y genuflexiones. Aquello es estupendo. En las puertas de entrada, la infantería, la caballería, los alabarderos, la policía... Después los porteros de pantalón corto, guante blanco y el pecho lleno de medallas. Al pasar, los alabarderos os miran y os detienen. Mostrais el permiso. La papeleta de la audiencia... Luego, os hacen entrar á un salón granate. Después os llevan por un frío corredor. En seguida, os van deteniendo más porteros, más lacayos, más mayordomos. Todos de guante blanco y el pecho lleno de medallas. Luego pasais á otro salón. En seguida á un saloncito. Después os obligan á cruzar un patio. Un alabardero, de perita, os detiene. Mostrais la contraseña. Subís una escalera. Llegais sin aliento. Otro alabardero. Os impide el paso. Seguís. Ascendéis por una nueva escalera. Veis un piquete. Un oficial. Un lacayo. Adelante. Un alabardero os



Saludo á mis queridos españoles residentes en la Argentina, que bendicen con amor y mantienen glorioso el nombre de España.

Alfonso XIII.

Madrid Junio 1907.

Autógrafo obtenido por el autor para la revista "CARAS Y CARETAS"

ataja. Continuáis. Un caballero de frac os lleva á un saloncito. Esperais allí muchos siglos. Esperais tanto que, cuando vienen á llamaros, tenéis que miraros al espejo para convenceros de que no sois ningún cadáver encontrado en Pompeya... Otro caballero de frac, os lleva á otro salón. En silencio os hace sentar. Un alabardero, firme, vigila la puertecita sagrada, detrás de la cual S. M. tiene el gabinete de las audiencias personales. A todo esto, vuestra imaginación, movida por tan peligrosas aventuras, se siente llena de un temblor de miedo. Creéis vivir en plena novela de reyes mágicos y de palacios encantados. Se llega hasta pensar que un rey debe tener en la sangre algo de Dios. Y es tan fantástica la liturgia con que rodean al rey, que, cuando llegais al fin de salas y salones, cuando el imponente alabardero de la última puertecita azul, detrás de la cual está el monarca, os hace poner de pie, pues viene el secretario, sentís grandes deseos de correr, de escaparos, de meteros debajo del sillón, de esconderos en las colas del frac... Pero viene el secretario, y os dice:

—Entrad.

Entrais. Y creéis que os espera un sér supraterrestre. Créis que os va á recibir un rey muy malo. Un Borgia. Un Napoleón. Un tigre... ¿Y qué veis? ¡Oh, sorpresa! Veis... Mirad lo que yo ví:

Vi un jovencito. Un Felipe IV sin vejez. Un muchacho alto, delgado sin ser flaco. Una cara pálida. Muy triste. Dos grandes ojos bellos, que parecen asombrarse de estar en esa cara... Al entrar, me detuve. Saludé... Su majestad se puso de pie... (Aquel hombre que se ponía de pie, ¿era un rey?...) Sonrió. Al sonreir, la cara del monarca perdió toda tristeza. Una risa sana, de hombre alegre, le iluminó la faz. Me dió la mano. La estreché con fuerza. Hízome sentar... Después del terror que me habían infundido los alabarderos, aquel rey bueno, aquel rey amable, aquel rey siglo XX, aquel rey tan presidente de república, aquel rey tan hombre, tan inteligente,—aquel rey que sabía estrechar la mano de un periodista anónimo con el afecto de un compañero de la infancia; —aquel rey me pareció un rey digno de España. Un rey caballero. Un rey de alma española. Con mucho de Don Quijote y de Tenorio. Con mucho de Campeador y de patio andaluz... Con mucho de poeta. Con mucho de ¡olé! Con mucho de genial y con mucho de artista... Convenceos. Este regio muchacho, cuando haya sufrido un poco de experiencia

y de años, será el único que podrá traer á la fogosa España una resurrección de antiguos predominios. Otro rey no resistiría la evolución de las nuevas ideas. Este rey, á quien los enemigos del trono acusan de enfermo, de neurasténico, de austriaco, posee una inteligencia que le coloca muy por encima de los otros reyes. Es un monarca que sabe colocarse en su época. Es un rey con alma americana. Me habló, con entusiasmo, de la República Argentina. Oidlo:

—Hay allá muchos españoles. Es una tierra á donde voy muy á menudo con el corazón y con la fantasía.

—Los argentinos sienten por vuestra majestad gran cariño.

—He tenido ocasión de conocer argentinos de gran talento. El doctor Sáenz Peña,—mi amigo,—es una brillante personalidad intelectual. He leído en el "Ateneo" de Madrid, su hermoso discurso sobre la doctrina de Monroe.

—También el doctor Drago...—dije yo para sacarle una reflexión de contrabando.

—¡Ah! sí!... Leo con interés las discusiones que suscita la doctrina Drago...

—Parece que en La Haya ha sido recibida favorablemente...

El rey comprendió. Recordó que era rey. No podía decir su opinión franca. Por eso, golpeándome el hombro con una familiaridad típica en él, cambió de tema.

—También tienen ustedes por allá muchas chicas hermosas. Es la Argentina una tierra pródiga de bellezas. He conocido algunas damas bellas y gentiles.

Y en seguida:

—¿Conoce usted el tiro de paloma? Es un local espléndido. Vaya á verlo. Le gustará... Le haré dar un permiso para ver La Granja... Y muchas gracias por el hermoso regalo de "Caras y Caretas". Es precioso. Me admira mucho la exactitud de los detalles en esa reconstrucción gráfica del atentado de la calle Mayor, hecho por su revista pocos días después del incidente...

(Su majestad se refería al ejemplar que contenía la reconstrucción del carruaje destrozado por la bomba de Morrals, y cuyo dibujo, obra del maestro José María Cao, fué hecho con detalles transmitidos por el telégrafo.)

—Es admirable—agregó.

—Señor, es obra de un español.

—¡Oh!

En seguida, al despedirme, aproveché la ocasión de pedirle un autógrafo. Un saludo del rey transmitido por intermedio de "Caras y Caretas" á los españoles residentes en la República Argentina.

—¿Cree usted que en la República Argentina me quieren?

—En todas partes, señor.

—Bueno. Perfectamente. Pero... Allá no quieren á los reyes...

—Señor: en América, queremos á todos los hombres. Pero vuestra majestad es querido más que como rey como hombre de temperamento democrático y, además, por las simpatías personales que despierta su carácter humanamente amable...

—Vaya, vaya... Bien se ha ganado usted el autógrafo.

—Si fuera para vuestra majestad una molestia...

—No, hombre. Al contrario. Se lo daré mañana en La Granja.

Me estrechó, otra vez, la mano. Me incliné. Y salí pensando que Alfonso XIII era la personificación más legítima de un alma hermosa y grande, gloriosa y adorable: el alma de su pueblo, el alma de su tierra de sol y de altas cumbres: ¡España! Y en mi sangre sentí que ardía como olvidada tea, una secreta devoción atávica... Después pasé, como establece la costumbre, á saludar á su majestad la reina. Le besé la bella mano rubia. Y salí. Salí con el corazón que parecía un jardín primaveral lleno de rosas frescas...



César Lombroso leyendo "CARAS y CARETAS"

LOS DOS HOMBRES MAS CELEBRES DE ITALIA

—Lombroso...

—De Amicis...

¿Un paralelo? No, gentil inquisidora. Las montañas no son como las mujeres. Su belleza no debe medirse por la belleza ajena. No deben compararse... Las montañas son como el sol de ayer, como el sol de mañana. Son como los grandes genios... Se parecen. Pero no son iguales... Es, sin duda, por ello que entre César Lombroso y Edmundo de Amicis no cabe la geometría de ningún parelelo. Lombroso desnudo, vestido, en la calle, en la cátedra, en su casa, en el libro,

es siempre Lombroso. Exclusivo... De Amicis es, eternamente, á todas horas,—como siempre,—De Amicis. Unico. El primero anonada al mundo con su cerebro de anarquista ideológico. Un cerebro de loco. Un cerebro genial. Un cerebro lleno de esa sabia demencia de los dioses que es como la locura de los pájaros... El segundo emociona al mundo con su corazón sin epidermis. Un corazón genial. Un corazón de artista ebrio. Un corazón lleno de esa ternura con que las madres besan á los hijos más feos... Ya veis. Ambos son iguales. Y no se parecen. Sin embargo, ambos se parecen. Y no son iguales. Cada cual predica sus sermones desde la propia iglesia. Cada cual atrae devotos desde su propio altar... No cabe, por lo tanto, un paralelo. Si extiendo á los dos juntos sobre la dura mesa de mis autopsias cerebrales, es porque ambos, en Italia, representan dos términos. Dos estatuas. Dos tumbas... Siendo los dos muy grandes, resultan ya pequeños. No es que haya pasado la moda de sus genios. Es que el siglo de ellos ha muerto hace siete años. En la época de su monarquía,—la monarquía de los cerebros y la monarquía de los corazones.—los dos supieron iluminar las muchedumbres con una nueva luz no conocida. Los dos trajeron, cada cual á su templo, una nueva emoción. Lombroso trajo una flamante emoción de ciencia empírica. De Amicis trajo una nueva emoción sentimental. Ambos hicieron belleza. Exquisita belleza. Fuerza. Humanidad... Volcaron sus caudales en su siglo. Y como,—aunque sea una vulgaridad de rastacuero,—hay que darle siempre la razón á Niezstche, el siglo pasó llevándose la primicia de las dos emociones... Y quedaron ellos, los dos grandes maestros, muy solitos. Quedaron ellos como dos solitarios. Como dos monumentos. Como dos de esos viejos, de esos sagrados cañones, carcomidos por la antigüedad, que, luego de haber luchado con fuego, en los combates, sirven en las esquinas, como postes, para indicar el rumbo á los que vienen... Con la ciencia nueva que aportó Lombroso, no sé si el mundo ha ganado un progreso. Con la ternura nueva que inventó De Amicis, no sé tampoco si aumentó la belleza de las almas. Pero de cualquier manera, los dos abrieron nuevos caminos hacia los cementerios, hacia los manicomios, hacia las verdades. El uno los abrió en la psicología experimental. El otro en la romántica... Hicieron horizontes. Cavaron en la roca. Y descubrieron para nosotros, minas de oro, de carne, de espíritu, de hierro...

Y como el almanaque de sus años fué perdiendo las hojas, vinieron los gusanos. Los gusanos de otoño. ¡Terribles!... Por eso no es raro encontrar en América, en Europa, en Asia y hasta en Africa, imbéciles con más sabiduría que Lombroso y cretinos de corazón más dulce que De Amicis. ¿Sabéis por qué? Porque encontraron el camino abierto... Yo no quisiera jugar inútilmente, señora, al fúnebre ajedrez de las cavilaciones metafísicas. No me entenderíais... Pero me gusta repetiros para honor de los orangutanes, que los hombres se parecen en el alma á los cuervos. Conforme un sabio descubre una verdad ó tan pronto como un artista descubre cualquier fibra, todos los hombres se arrojan sobre el artista ó sobre el sabio para aprovecharse del descubrimiento. ¡Oh, los imitadores!... Y todos, por aquí ó por allá, pican y muerden. Todos quieren comer. Arrancan. Pelean. Sacan una piltrafa. Y, después, la digieren.... Así obtienen más sabroso producto. Porque como no perdieron tiempo en hacer ellos el descubrimiento, sóbrales tiempo para reformarlo... Tal es el destino de los precursores. Un loco divino inventa la fe cristiana. Y los que vienen detrás de él, aprovechan los diezmos estomacales de su religión... La vejez es la escalera de la juventud. La experiencia de los ancianos sólo sirve para convencerlos de que ya vivieron demasiado. Los dueños del ayer, del hoy y del mañana son los recién nacidos...

Así. Fué por eso... Al estar en presencia de Lombroso, mi espíritu se inclinó devotamente. No por devoción. Tampoco fué por lástima. Fué por filosofía. (Siempre es bueno, como ejercicio físico, inclinarse ante los cerebros poderosos que transformaron las razones del mundo). Estos grandes genios, cuando sienten en la columna vertebral el histórico peso de la gloria, no sufren el dolor de los desprecios juveniles. Al contrario. Un joven los hace reir. Nos ven llegar y sonríen. Sonríen viejamente al vernos venir repletos de luminosas creencias nuevas. De creencias extraídas de esas que ellos mismos tuvieron y que ya no sirven para nada, pues quedaron atrás... Es la eterna historia de la semilla que al dar una flor desaparece. Desaparece, huye, para que florezcan otras nuevas semillas.... Tal vez por eso nos contemplan los viejos con piedad. Nos miran, tal vez, con el encanto con que yo contemplo los orgullos artísticos de un potro corriendo por la pampa... Nos hacen con sus brazos una corona fuerte de cariños. Y nos tienen conmiseración... Nosotros, por

debajo del aula, sonreímos. Sí. También sonreímos. La sonrisa ilumina todas las edades... Hasta Lombroso, habituado á la seriedad de sus estudios, tiene una sonrisa alegre como la de un muchacho. Pequeñito, metido debajo de unos grandes anteojos, su sonrisa atrae paternalmente. Es un buen viejo. José Ingegnieros, que cuando menos piensa dice frases muy bellas, afirma que "Lombroso es un hombre genial, pero no inteligente". Y como al decirlo pensaba, sin duda, en otra cosa, Ingegnieros dijo una verdad... Oyéndolo hablar nótase en Lombroso la superficialidad de los hombres geniales. Os dice celestes tonterías. Pero de repente os hace estremecer. Os deslumbra con una idea luminosa y grande que le brota por quién sabe qué grieta de su volcán secreto... Ahora



Con Edmundo de Amicis, tres meses antes de morir.

está muy enfermo. Lo cuidan como á un niño. En un establecimiento hidroterápico de Voltaggio (Italia), disipa con la refrescante visión de las montañas la penumbra de su mal pensativo. Lo acompaña su esposa que es, también, su buena secretaria. Entre los dos se cantan. Ambos son, á pesar de las canas, pajaritos... Cuando los vi, hablaban,—con los ojos húmedos en tristeza,—de un imposible viaje á Buenos Aires Y hablaban, sobre todo de su hija, la inteligente esposa de Guillermo Ferrero, á quien ya conocéis... Lombroso está

enfermo de neurastenia. El espantoso mal de los que consumieron su cerebro pensando ó soñando; ese mismo mal que Lombroso estudia con las adivinaciones de su enorme talento, le devora el espíritu. Tanto nadó en el mar que al fin las olas lo tragaron con rabia. Nunca es bueno analizar fantasmas. La amistad de las sombras es como la de los reyes, como la de los gatos, como la de los locos...

Lo mismo ocurre con Edmundo de Amicis. Pero á la inversa... De Amicis, á fuerza de jugar con la ternura de los corazones, á fuerza de hacer malabarismo con la bondad que todo lo perdona, ha llegado á la vejez con ternuras de apóstol y con ingenuidades de redentor humanitario. No he visto hombre más bueno que De Amicis. Es socialista. Pero á la manera de los curas de aldea. Si tiene un pan, da la miga. Y él come la cáscara. O no come... Su temperamento, vibrante por las penas sufridas, tiene sonoridades de violín. Es habilísimo para conocer el corazón de los demás. Le debo una lección...

Este célebre caballero de bondades que ha sabido inventar un temblor nuevo para las almas jóvenes, es el escritor más leído de todos los de Italia. Y, tal vez, por eso es el que goza de menor prestigio literario. El lo dice. Lo cuenta alegremente:

—"Yo bien sé que no escribo para los hombres viejos. Escribo para los niños, para las mujeres. Y es mejor que así sea... Lo que me da pena, lo que me hace llorar como sobre una cuna enfriada por la muerte, es que esos niños á quienes mi lectura ha deleitado, se olvidan por completo de mí cuando llegan á ser hombres maduros..."

Pero el maestro se equivoca. No hay hombre que habiéndolo leído cuando joven, no recuerde ahora con agradecimiento, el llanto derramado sobre las páginas emocionantes de esa biblia de la ternura humana que se llama "Cuore"... Yo recuerdo mis frescos días escolares. La profesora, una bella, una buena muchacha que se murió de tisis,—la esposa de Víctor Arreguine,—casi siempre nos hacía leer "Cuore"... La lectura no estaba en el horario de la escuela, pero estaba en el corazón de la amable maestra. Tres veces por semana, cada uno de nosotros leía en alta voz un cuento. Los demás escuchaban... ¡Qué silencio! Las almas se agobiaban bajo el sentimentalismo de esos cuentos de niños; de niños guerreros; de niños ciegos; de maestritas que tosían con la desesperación

de sus pulmones: de niños vagabundos que cruzaban el mar, "desde los Apeninos á los Andes"... ¡Oh, qué días! Cuando la página concluía, la maestra lloraba. Lloraba con nosotros. Y era ridículo, pero de una sublime ridiculez celestial, el cuadro que ofrecía el colegio llorando. Llorando por un cuento...

Y como "Cuore" ha pasado por todas las escuelas de América, la influencia de la literatura de De Amicis es allí muy intensa. Muy grande... Se le quiere allá todavía. Y se le admira mucho más que en Italia... Ya sabéis que De Amicis pasa los veranos en las montañas del Gomain, al pie del nevado Cervino. Para verlo, para llevarle el saludo cordial de "Caras y Caretas" tuve que andar dos días entre las montañas sobre el duro lomo de las mulas de Aosta. Pero la recompensa fué maravillosa. De Amicis visto de cerca, es el mismo De Amicis de sus libros. Pero, también, como Lombroso, está enfermo. Pero no de neurastenia. Está enfermo de amargos desengaños, de dolor, de angutia. Con poca suerte en su hogar, separado de su esposa, por abismos morales, vive con su hijo Hugo. El otro hijo, Furio, se suicidó... Hugo es su consuelo. Pero también lo hace sufrir. Es un intrépido alpinista. Escala montañas con un valor de torinés enérgico. El padre, que lo ve desde su casa haciendo ascensiones sobre las altas nieves, tiembla ante el peligro de perder al único consuelo de su vida. Las montañas de Aosta tragan todos los días á los más arriesgados alpinistas.

—Parecen fieras. Devoran... ¡Tengo miedo!—díceme el escritor.

* *

De Amicis recuerda en cariño á las repúblicas del Plata. Estuvo, como sabéis, allá hace veinte años. Y de nuestra cultura nacional trajo bellos recuerdos. Escribió un libro "En el Océano". Ahora está escribiendo el prólogo que ha de llevar la traducción italiana de "Stella", la ruidosa novela de Emma de la Barra. La escritora argentina lo visita á menudo. Cultivan una vieja amistad.

Lombroso y De Amicis son para Italia glorias muy sagradas. No imperan ya sobre las almas ni sobre los cerebros, pero imperan como los héroes, sobre las memorias. Por eso ninguno de los dos debiera proseguir en el yunque. Han trabajado bastante. Nada de lo que ahora produzcan podrá servirles

para su monumento. Ya lo tienen construído. Ha sonado para ellos la hora del reposo mental. La hora de las estatuas. La hora de las peregrinaciones á Canaán. ¡Descansen sobre sus lauros!... Y que el viejo y fuerte leñador de cerebros y el blanco cisne de los lagos del alma, se aparten del camino. ¡Que abran paso á los nuevos fabricantes de sol! Italia tiene muchos...

VENECIA, 1907.



Catulle Mendés

CATULLE MENDES, REMY DE GOURMONT Y AUGUSTO RODIN

—Folies-Bergére...

Son las nueve. ¿Las nueve? Pero ¿también se cuentan las horas en Lutecia? Son las nueve de una noche en París... París, arde. Los Duval arrojan sobre los bulevares una multitud de estómagos repletos y de cabezas llenas. Pero, aun es temprano... Aun no es hora de que los ajenjos emocionen las almas. Aun es temprano para que los muy honestos alcoholes parisinos, abran el apetito de los besos. Los relojes que, en París, poco tienen que ver con las cadenas, han dicho en su lenguaje de metal, nueve palabras... Son las nueve. Es la hora de Juan de los Palotes y de María Antonieta. Es la hora en que monsieur Prudhomme sale á la calle, porque ha visto salir en ese instante á madame Girardin. Es la hora en que la virtuosa niña Vicentita Moreira—hija del estanciero

criollo,—se coloca el sombrero cuya forma y adornos ha copiado á una bella cocotte que vive en el hotel... Y, por ambas aceras, veis que los hombres y las mujeres andan á pasos lentos. Van. No vienen... Van hacia alguna parte. Lentamente. Sin agitarse... Ostentan, con vanidad, sus gallardías. Lucen, sin timidez, sus líneas curvas. Van en busca de un placer para el alma. Van al teatro... Y, por eso, á las nueve, los teatros, los circos, los conciertos; todas las grandes y pequeñas salas en donde hay un tablado y un artista, se iluminan con las radiantes llamas de un incendio... En el fondo obscuro de la noche, Folies-Bergére brilla como una brasa. Brilla y atrae. Pero hoy atrae y brilla mucho más que otras noches. Es que hay estreno. Y la fila de mujeres hermosas y de cabezas célebres, se desgrana en el hall y en el vestíbulo.

—¿Entremos?

Y Manuel Ugarte que conoce, como buen artista de los nervios, todas las fiebres de París, me lleva hacia el enorme teatro en donde Catulle Mendés estrena esta noche una...

—¿Una comedia?

—No.

—¿Un drama?

—No.

—¿Entónces?

Asombráos. Asombráos como yo me asombré. Catulle Mendés estrenará esta noche una silenciosa pantomima:

—¡Una pantomima!

Sí. Pero no os asustéis. Los poetas, en París, saben hacer de todo. Y, en París una pantomima puede ser, si se hace con talento y con alma,—puede ser, si se hace con entusiasmo y con poesía,—puede ser una joya. Una obra de arte. Una flor inmortal... Entremos. El argumento de la pantomima de Mendés, es una Vida. La vida siempre atormentada y siempre venenosa del pobre y, más que pobre, pobrecito Pierrot... ¡Pierrot, á quien Colombina, besa y enamora, odia y martiriza!... Nunca me agrada ver sobre la escena dramas que ya he vivido... Por eso, concrétome á mirar la gente de los palcos. Los terribles sombreros de las francesitas, cobijan blondas cabelleras en una continua agitación de pájaros. A su lado, el fondo austero de los negros fracs, presta relieve al brillo de las pecheras blancas... De repente, junto á un bonito rostro femenino, veo una cabeza que se instala en un

palco. Todo el público mira. Es una cabeza que debe ser genial. Lleva una gran melena digna de cubrir la testa de un león envejecido por los caprichos de una leona rubia...

—Es Catulle Mendés.

Y el nombre del mágico poeta que busco hace tres días, retumba en todo el teatro. Todo el teatro lo mira. El lo sabe. Y, sabiéndolo, se inclina sobre la baranda. Mira á la multitud para hacerse mirar. Y su gran corbata de bohemio, se abre sobre la pechera como dos alas grises... En seguida, las miradas del público vuelan hacia otro palco. Yo también miro. Pero no encuentro nada. Nada que me asombre. Sin embargo, algo que no es vulgar debe ocurrir allí... Miro. Y veo, por fin, cómo se asoma por un avancé una barba muy negra. ¿De quién es? ¿Del señor N. N.? No. Es una luenga barba que he visto en el Museo Grévin, en cuyas galerías los hombres más ilustres de Francia viven una existencia de cera espiritual...

—¿Conoce usted á ese hombre?

Pienso. Busco en mi memoria. Hojeo, mentalmente, el álbum de mis recuerdos gráficos. Y, por fin, allá, en el último folio, tropiezo con la presencia de ese rostro vulgar de zapatero. ¿Dónde lo he visto? ¿Quién es?

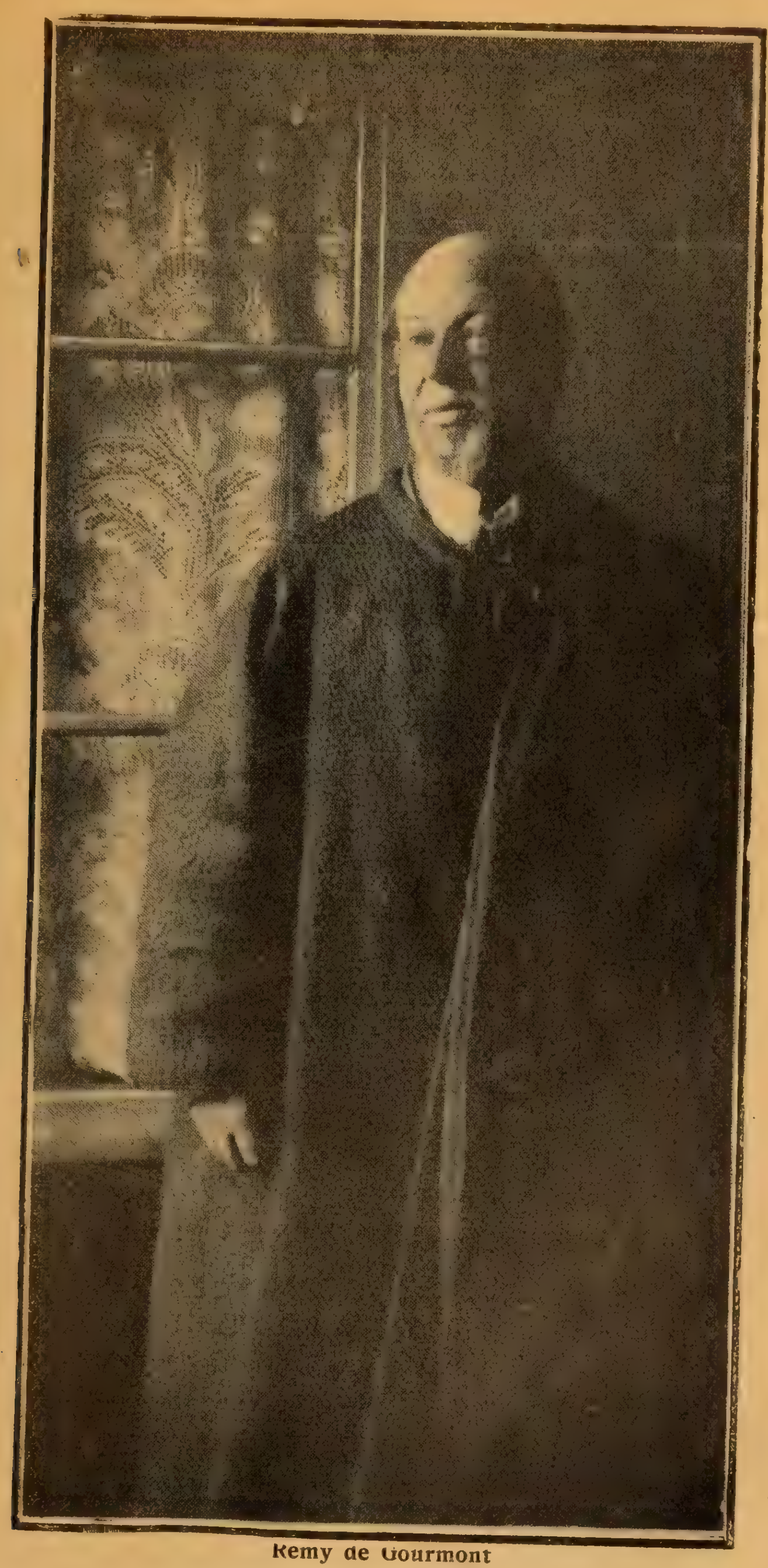
—Es Rodin. El célebre Rodin.

Y detrás de Rodin, tan pequeño á pesar de su gloria, se yergue una cara llena de manchas rojas. Es una cara fea. Llena de lamparones. Parecen cicatrices... ¿De quién podrá ser esa cara con ojos tan febriles? No debe ser de ningún espíritu vulgar. Es, sin duda, de un pensativo. Pero, debe ser también, de un pensador. ¿Quién podrá ser? Y, la misma voz, habla:

—Es Remy de Gourmont.

Y los tres grandes hombres, unidos en la confraternidad de este público anónimo, sugiérenme la idea de unirlos en un solo retrato literario, para presentarlos al público de América... ¿Acaso en el mundo de las artes francesas los tres no son tres reyes de regiones ideales? Figuraos á Catulle Mendés. ¿Cuál es su reino? La Belleza... Con su gran melena, ya plateada, y con su barba rojiza que desconoce las audacias del peine, pasa ante mí con los ojos abiertos y satíricamente juveniles. Pasa con el rostro que, en su color rosado, miente más de ochenta años. Pasa erguido y romántico. Pasa cantando bellas canciones. Dulces canciones parnasianas para

princesas y para modistas. Pasa narrando cuentos de pajaritos. Cuentos de flores que se mueren y que parecen novias.



Remy de Gourmont

Cuentos en donde los personajes son estrellas, elefantes ó perros... Y pasa, por el reino de todas las bellezas, cum-

pliendo su misión de rey. ¿No fué Mendés quien describió las mil y una noches de París? Esas mil y una noches que suelen vivir las buenas francesitas que después de reir por los inmensos bulevares, lloran, más tarde, de placer, de celos ó de hambre, sobre las consolaciones de la almohada!...

Figuráos ahora á Rodin. ¿Cuál es su reino? La Belleza, también... Yo le veo pasar. Pasa bajito y fuerte. Fuerte como un árbol que esgrime contra el viento sus ramas vigorosas. Véolo pasar, luchando, como un gladiador, contra el prejuicio. Lo veo abofetear con sus ideas de revolución y con sus creencias de esteta modernista, á la piara servil de los imbéciles. ¡Pobre chusma de esclavos que, como con razón pensó D'Annunzio, se arrodillan y oran ante ídolos de palo! ¡Sólo porque son dioses muy viejos y muy clásicos!... Y lo veo pasar, riéndose de los que creen herirlo con la burla. Lo veo pasar llevando sobre los hombros, como Sísifo, las moles formidables de sus bloques de mármol que parecen ensueños. Bloques en los cuales, con su cincel, escribe poemas ideológicos y trágicos. Poemas vivos. Pensamientos. Ideas. Y teorías... Vedlo. Pasa. Magnífico de vanidad. Feroz de valentía. Héroe de indiferencia... Al pasar, la plebe le arroja un grito, lleno de verde espuma:

—¡Loco! ¡Loco! !Loco!

Pero Rodin, pasa envuelto en el silencio de su orgullo de esfinge. El pisotón de sus botines rudos hace crujir los huesos de la salvaje muchedumbre, que cuando lo admira es, precisamente, cuando no lo comprende...

Figuráos ahora á Remy de Gourmont. ¿Cuál es su reino? Es, también, la Belleza... A éste, le veo pasar, meditabundo. Pasa envuelto en su gran sobretodo, sucio y viejo. Su voz tiene un timbre tan raro que conmueve. Pasa, estudiando físicamente los amores humanos. Pasa tejiendo en un francés flexible, joyeles de arte nuevo. Y pasa, como Mendés, como Rodin,—desafiando á la ciudad de Prudhommópolis, con el florete de sus galantes ironías...

Y los tres, siendo tan difenrentes, son iguales. Cada uno de ellos trabaja en órbita distinta. Pero los tres se parecen en que, siendo artistas de un arte refinado, de un arte que el vulgo desconoce,—los tres gozan en París de una fama popular que los ha deificado. ¡Es raro! Para la multitud, Catulle Mendés, Augusto Rodin y Remy de Gourmont, son estatuas... ¿Serán de mármol? ¿Serán de bronce? Serán de barro? Para

ver esas estatuas de cerca, estuve á visitarlos en sus propios talleres...

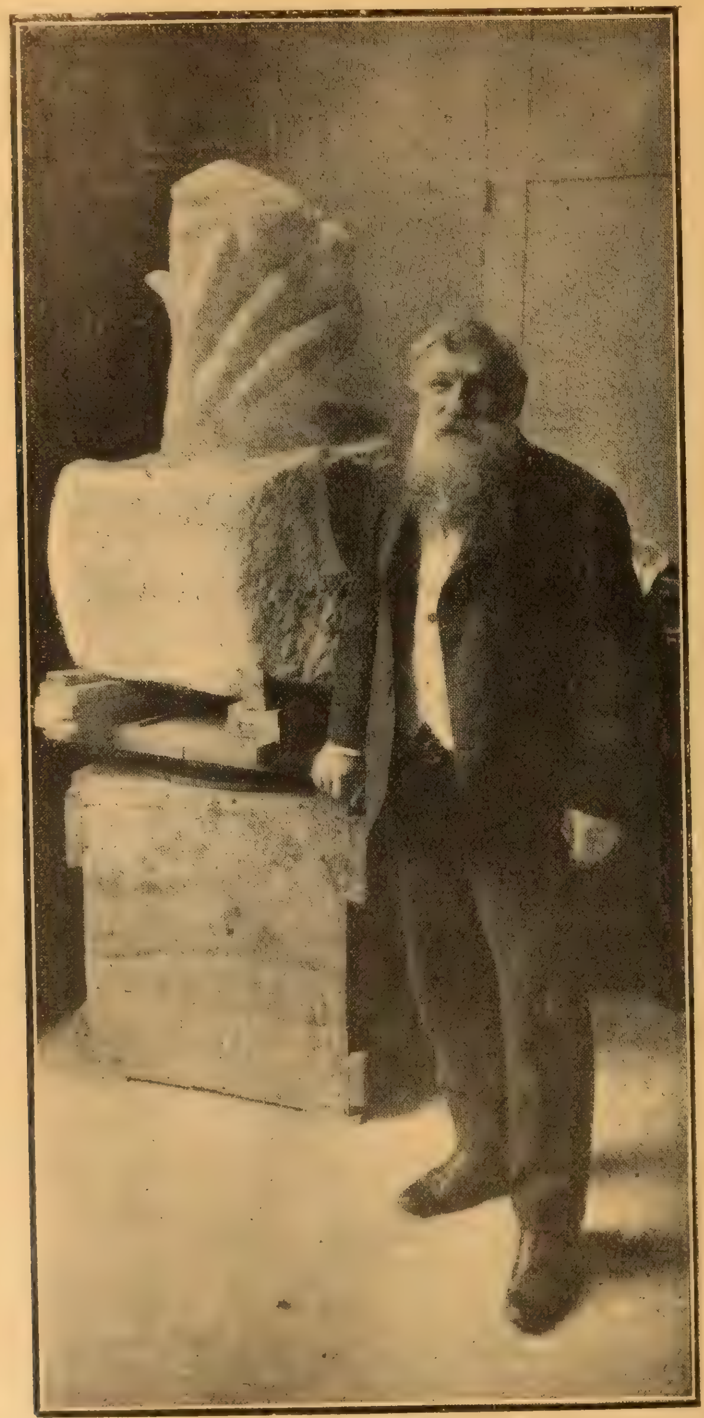
Mendés es un hombre encantador. Nervioso como una mujer, nadie sabe qué edad tiene. Habla con dulzura. Mejor dicho: no habla. Canta. Y seduce... No piensa. Conoce á España porque, cuando escribió su "Santa Teresa de Jesús", estuvo allá recogiendo datos, en Avila. No sabe nada más... De América, sólo sabe que la República Argentina es un país que produce gauchos y revoluciones. Y esto, para un parisién, es saber demasiado... Catulle Mendés, ha puesto en práctica todos los delirios de su vida. Ha gozado todos los placeres. Para él, lo prohibido no ofrece ya sorpresas. Lo confiesa con sana ingenuidad de abuelo... Su mujer, es hija de Teófilo Gautier. Hermosa y eternamente joven,—escribe versos bellos, diciendo en un lenguaje fino, las más exquisitas tonterías... Mendés, que comprende, aunque no siente, los versos de su esposa,—la perdona. Sabéis por qué? Oidlo:

—"Yo la perdono. ¡Pobre mujer! Es tan hermosa. ¡Tiene unos labios tan caritativos! ¡Y unos ojos tan grandes y tan hondos! ¡Tan hondos y tan grandes!... Por eso la perdono..."

Esto os dará idea de lo que es Mendés. Todo lo perdona en nombre de lo bello... También Rodin perdona todo en nombre de lo bello. Solamente que Rodin tiene su delicadeza no en el alma, como Mendés, sino en su cerebelo, iluminado por negras soñaciones. Al penetrar en el taller del célebre escultor nihilista, encontréme en un depósito de cajones enormes. Muchos cajones. Todos repletos de mármol. Pero no de mármol en bruto. Era mármol pulido por las manos del hombre. ¿Qué hacían allí esos cajones? Amontonados en todas partes, con etiquetas de ferrocarriles y vapores, ¿qué aguardaban allí? A través del embalaje, veíanse trozos de estatuas. Por aquí, un brazo. Por allá, una cabeza. Por acullá, un dorso. ¿Por qué esas estatuas no iban á su destino?... Rodin contestó, riéndose:

—"Son obras que me encargaron de distintas partes del mundo. Son monumentos como el que hice de Sarmiento. Los hice según mi criterio. Los mandé. Y me los han devuelto... Parece que no les gusta mi trabajo. Es demasiado bueno. O demasiado malo... ¿Por qué de Buenos Aires no me habrán devuelto también la estatua de Sarmiento? Es curioso. Yo extrañé mucho que no la devolvieran. De América me devuelven todo. Hace poco, una señora argentina,—millonaria,—

encargóme el busto de su esposo. Era un hombre con barba. Yo hice el busto con una hermosa barba que daba realce al rostro. Lo mandé á Buenos Aires. Y á los dos meses, la dama me lo devolvió con una cartita humedecida en lágrimas. El



Augusto Rodin

esposo había muerto... Mas eso no era lo malo. Lo malo era que el esposo había muerto sin barba, pues se la afeitó unos días antes de morir. Por eso, la dama me mandaba el busto, para que yo también se la afeitara. No quise... Lo

dejé en un rincón. Y, ayer, con un martillo, le rompí la cabeza. Vea usted los pedazos...”

Así. Tal es el hombre. Esta anécdota, contada por él mismo, es su más severa biografía. Y es un símbolo. Rodin, nervioso, por no querer afeitar la barba á los bustos de mármol de la imbecilidad, y por no dignarse complacer los caprichos de las viudas reivindicadoras, hállase condenado á deshacer á martillazos sus más originales obras de genio. También Remy de Gourmont arremete contra los que no creen en el triunfo de los arados nuevos. Pero, es más amigo del silencio que del ruido. Encontré á Gourmnot en el único sitio de donde casi nunca sale: en su casa. Vive con su hijo. Allí estudia. Lee mucho. Sus ojos, quemados por la luz, parecen brasas rojas. Su habitación es un revuelto mar de libros viejos. Al entrar, veis libros por todas partes. Os acechan. Se interponen. Grandes y pequeños. Os impiden el paso... Y lo más curioso es que Gourmont mantiene un orden perfecto en todo aquel desorden. Si alguien le mueve un libro, él, pronto lo sabe. Lo mismo ocúrrele con sus ideas. Son tantas y son tan variadas, y son tan distintas, que en su cerebro bailan como mujeres locas. Pero, cuando él quiere emplearlas, sujetarlas, domesticarlas, vestirlas y echarlas por el mundo, ellas vienen á él muy cuerdamente... Gourmont es un ambidextro de la ciencia y de la literatura. En la “Física del amor”, es sabio. En la “Estética de la lengua francesa”, es erudito. En “Prosas morosas” es un sensitivo... Pero, en todas sus obras, que son más de cincuenta, ha hecho obra de artista. De artista fogoso, paciente, ironista, soñador, rebelde, luchador, floretista, Cyrano, Ronsard, Tartarín y Pasteur...

La obra de Gourmont resulta, pues, tan compleja, tan original y tan sutil como la de Catulle Mendés. También la labor de ambos iguálase, en la sabia locura que la anima, á la obra paradojal y delirante de ese loco Cellini que se llama Rodin. Porque algo más que una estética debe unir á estos tres liristas de la Francia. Algo más que la idea de una belleza abstracta debe congregar á los tres en una misma religión pagana... Y ese *algo más* no fueron ellos, sin duda, quienes lo inventaron. Diríase que, al nacer, trajeron en la sangre el misterio de la despreocupación. Misterio que los obliga á no mirar nunca las cosas muy cercanas... Se substraen. Miran siempre á lo lejos: se observan á sí propios.... Están en desnivel. Sueñan...Nunca están donde pisan. Sufren la en-

fermedad de Víctor Hugo. Los tres se han hecho una nueva moral. Se ríen de los cánones. Dios es, para ellos, el vecino de enfrente. Viven en hermandad con las estrellas. Por la ventana, hacen el amor á la luna, que es la más antigua de todas sus cocottes... Han nacido así. Y así se quedan. La gente prosaica que sabe de honestidades y vive con reglamentos, búrlase de ellos. Y les llama locos. Naturalmente... La gente honesta siempre razona bien. ¿No? Sí, Quevedo... El espíritu de estos tres soñadores, remóntase en el aire, con alas de locura. Sus almas están llenas de manicomio. Pero sus demencias triunfan como rayos. Son seres que gozan, hiriendo, sin querer, con su deleite. Se les aplaude. Se les ama. Pero se les envidia... Y son dignos de sacra admiración, porque en sus originalidades son sinceros. En sus complicaciones son sencillos. Son enmarañados. Pero son ingenuos. Y fáciles... Son hermanos de Wagner que, mientras con el alma tejía los modernos ruidos del "Tannhauser", con el cerebro pensaba el viejo "Espíritu de la sencillez." Anomalías.

Catulle Mendés, por ejemplo es un hombre cuyas locuras han hecho hablar á todas las bocas de París. Es, sino el que más, por lo menos el que con mayor encono y con mayor encanto, ha entretenido el aburrimiento de los burgueses del barrio Saint-Michel... Mendés, lo ha hecho todo. Todo lo ha dicho. Siempre con bello gesto... Asombrándose de todo,—nada lo asombra. (En esto, se parece á París...) Un día se vistió de mujer. Entonces, sus treinta años no tenían, como ahora, ni grietas, ni blancuras... Vestido de mujer, cruzó los bulevares. Entró en "Le Journal". Trabajó. Y, con el mismo traje, regresé á su casa... Y no creáis que ese fuera un capricho alemán. Complicado. No... Se vistió de mujer sólo porque aquel día no tenía deseos de vestir traje de hombre. Y, así por capricho, Mendés vive su Vida... Otra vez, prometióle á Sarah Bernhardt darle, para estrenar, un drama nuevo. La actriz, impaciente, aguardaba á que la obra estuviera concluída. Hallábase deseosa de interpretar un alma femenina, melodiosa, creada por Mendés... Anticipadamente hizo confeccionar los trajes, los telones, las joyas, el atrezzo... Todo estaba listo. Se necesitaba únicamente que Mendés, concluyera de escribir su obra. Sarah, esperaba... Esperaba... Sólo que la pobre Sarah tuvo que esperar en vano, pues, Mendés, sin decir nada á nadie, hizo representar una noche su magnífico drama en el más pobre y miserable

circo de Montmartre... Cuando, Sarah, anonadada, furiosa, lo supo, increpóle duramente esa burla. Sollozaba de rabia:

—¿Por qué ha hecho usted eso, Catulle? ¿Por qué?

—No sé, Sarah. ¡Perdóneme! No sé...

Y al decir esto, Catulle Mendés, temblaba. Y con la lírica grandeza de su pobre alma de niño ciego, se abrazó á la trágica. Estaba conmovido. Lloraba... ¿Arrepentido de su propia locura?...

* *

A Rodin ocúrrenle accesos parecidos. No es raro verle salir á la calle sin saco. Se olvida. O no se olvida... Si al salir no encuentra ómnibus ni coches, no titubea. Alquila al panadero, ó al carnicero un carrito cualquiera. Y así, á veces sin sombrero, ó sin saco atraviesa, impertérrito, París... No oye las carcajadas. No se inmuta. Sigue. Sabe que su genio,—en carro de panadero ó en carroza de Apolo,—siempre dará sorpresas á los mundos. Siempre asombrará á los crédulos del arte con milagros celestes...

Gourmont es, de los tres, el que menos irrita la paciencia de los hombres vulgares. Sin embargo, sus líricas manías no son pocas. Rubén Darío, que es el único americano á quien Gourmont admira y hasta elogia, pudiera, tal vez, haceros narraciones al óleo... A menudo puede verse á Gourmont como se nos presenta en el diseño de Maillaud. Lo he visto... Paseando por los "quais" del Sena, en busca de raros libros viejos, con su gran sobretodo, su esclavina, su palo, su fealdad y un gran sombrero de su propia invención,—Gourmont, así paseando, seguido por los chicos que lo creen un monstruo y que lo silban, es el vivo retrato de Gringoire... Y al verle así, nadie diría que bajo el sucio descuido de aquella indumentaria, palpita un alma regia. El alma de Gourmont. El alma del más paciente crítico de Francia...

La República Argentina, aunque ignorada por Mendés, es algo conocida por Gourmont. Lo mismo por Rodin. El primero no abriga deseos de visitar las tierras del señor Santos Vega. En cambio, Gourmont, dice:

—Si voy, escribiré un libro. Estudiaré los hombres y las fieras de aquellas regiones que son tadavía para los bulevares, un misterio salvaje. Un enigma sangriento...

* *

Y Rodin:

—Yo iré. Pero iré á descansar. Iré á beber el champagne que se bebe en las pampas. Quiero emborrachar mis pulmones de oxígeno...

Ya basta. ¿Queréis más? No. Ya basta... Bien conocéis las obras y las vidas de estos tres talentos populares... No conviene ni quiero trazar sus biografías. Sólo he querido rememorar las siluetas de Mendés, de Rodin y de Gourmont, tal como yo los vi cuando estuve con ellos. Pero, sabed, vosotros, —¡oh jóvenes indios de las patrias del Sud!—que los tres pertenecen al más grande de todos los imperios: la Belleza. Son tres emperadores .Tres hombres que, ya viejos, luchan todavía en pro de su locura: el arte nuevo... Tres almas á quienes los quijotes de América debemos saludar desde el lomo de nuestros rocinantes. Y á quienes debemos ofrecer la ayuda de nuestra lanza, de nuestros potros y de nuestros espíritus...

París.



El poeta con su hijo Gabrielino que trabaja en un café cantante de Roma.

LA VIDA ARTISTICA DE GABRIEL D'ANNUNZIO

—Es un crimen. Es un crimen destruir esa leyenda...

Tenéis razón. Es un crimen... Pero ¿hay algo más bello que cometer un crimen? Figuráos sentir en vuestras venas el encanto de un crimen. No de un crimen vulgar. No de un crimen sin arte... ¡Un crimen sabio! Figuráos la delicia que corre por la médula cuando se destruye cualquier cosa: una mujer, una muñeca, un hombre, un espejo, una fama, un caramelo. Cualquier cosa...

—¡Ah! Pero destruir una leyenda...

Yo bien sé que es un crimen. Sé que es un asesinato destruir en muchas mentes floridas la leyenda mágica de este poeta que siendo tan exquisito,—exquisito en sus cerebraciones,—es tan cuerdo, tan vulgar, tan áspero en la vida del sol, en la vida terrestre... Pero hay que vengarse. No fueron pocos los ardores que sufrió mi corazón cuando la filosofía de los perros viejos vino á clavar sus dientes en las leyendas

de mi juventud. Por eso, para consuelo de las almas heridas, se inventó la venganza. ¿Hay consuelo mejor? Es delicioso.... ¡Vengarse! Herir con el desprecio á todo corazón que nos estorbe el paso. Pisotear. ¡Oh! Hundir cuchillos en las carnes frescas. En las carnes que vibran por el miedo de las últimas rabias. Destrozar es una de las virtudes más divinas de la naturaleza. Los pueblos que más destrozan son los que más trabajan. Son los que más inventan. ¡París!... Conviene destruir. Y destruir obras de arte. Sobre todo cuando esas obras de arte son de barro. Si un monumento es malo, sirve de ejemplo á los hombres que pasan. Y hay que evitar los ejemplos. Los malos ejemplos. Y también los buenos... Los ejemplos son como los consejos. Sólo sirven para adorno de los hombres que ya no pueden oir,—porque pasaron,—la hora de los besos. Una juventud que siga detrás de los consejos, será carne destinada á la muerte... Ejemplos y consejos cambian el rumbo de nuestro criterio. Ellos anulan nuestra personalidad. Ellos ponen agua en nuestro vino...

—Pero son necesarios. Necesarios, sin duda, para los imbéciles.

Tampoco. Es otro error... Los imbéciles, como que tienen en los glóbulos rojos, el orgullo de su imbecilidad, no los precisan. Marchan solos. Caminan como los sabios. En eso se parecen... Hay que destruir toda leyenda falsa. Cuando veais sobre un pedestal de oro ó de gloria una estatua de algodón marmolizado, tiradle piedras. Muchas piedras. Y, después, cuando ya no tengáis piedras, tiradle vuestra cabeza... Tiradle todo, hasta que la estatua cruja hecha pedazos. Caerá... Caerá hoy. O mañana. Es lo mismo. Caerá... Las piedras son como las palabras. A veces el viento se las lleva. En ocasiones el mar las areniza... Mas, como fin, el viento las convierte en proyectiles ó el mar en un escollo...

—Sí Pero con d'Annunzio... Con el Divino Hacedor de Belleza Verbal... Con el Maestro.

Más con él que con otro. Más con d'Annunzio que con Santos Vega. Cuanto más talento tiene un artista ficticio, más peligros ofrece á los transeuntes. Y, especialmente, en América. En América, donde se cree con ceguedad en los que no se ha visto ni escuchado, conviene subir al púlpito á menudo. No para predicar buenos consejos. No para predicar moralidad. Pero conviene treparse al púlpito de las letras de molde,

para decir á la juventud que no crea en las encantadoras, en las sagradas, en las dulces tonterías de los hombres geniales.

Mirad. Aquí tenéis á d'Annunzio. Preguntad á esa juventud de América que todas las mañanas se arrodilla ante el altar de su memoria; preguntadle quién es d'Annunzio. Os dirá como yo decía antes de verlo. Como yo decía antes de pasar con él un día de amargas confesiones íntimas. De confesiones en las cuales el artista huía, cuando el bisturí, ávidamente psicológico, cortaba los tejidos morales... Esa juventud os dirá:

—D'Annunzio es un exquisito. Es un esteta...

La leyenda de que vive en un palacio dorado, entre lacayos, entre oros, entre odaliscas, entre refinamientos de novela, es un cuento tramado por él mismo para asustar á los ingleses y á los americanos. Su palacio es una casa. Su lacayo, es quintero y á la vez cocinero. Sus gustos no son refinados. Muy al revés. D'Annunzio es, en la vida real, una negación de su propia literatura. Sus creencias de belleza literaria son magníficas. Dignas de Praxíteles. Pero nada tienen que ver con sus creencias de belleza práctica. Las salas de su vieja quinta están repletas de muebles heterogéneos, de mal gusto, coleccionados con el único objeto de llenar de asombro á las pupilas jóvenes que van en peregrinación á visitarlo. El sabe que sus versos, impregnados de un sensualismo delicioso, y llenos de un resplandor de joyas raras, despierta en quien los lee la creencia de que su autor goza los placeres de un esteta griego. Y por eso se circunda de orgullos para que nadie huela su prosaica existencia. Su vanidad es de las más antiguas. Es de las más vulgares Es la vanidad de las mujeres feas, que esconden bajo pétalos de flores, la tristeza de una necesidad... Ya sabéis que los franceses se han reído de él. Es lamentable. Hasta en Italia no se le respeta. Se mofan. Cada día se le descubre un viejo plagio ó una desdicha nueva. Paga para que lo insulten. Así se hace réclame... La crítica italiana ocúpase muy poco de él. En cambio, la crónica judicial registra diariamente su nombre... Creo que ya conocéis el manifiesto que d'Annunzio deja como testamento literario. Os transcribo unos párrafos. Pontifica: "Me considero como el maestro que para los italianos resume en su doctrina las tradiciones y las aspiraciones de la sangre augusta de que nació. No soy un corruptor. No soy un seductor. Soy un creador que nunca se fatiga. ¡Soy un creador! Un creador hábil

en el arte de despertar á los espíritus, no solamente por medio de la palabra, sino también por el ejemplo de los días vividos con ligereza en el ejercicio de la más severa disciplina. De mis crisoles salió el único poema de la vida total, verdadera, exacta, representación del alma y del cuerpo que Italia ha visto desde la "Divina Comedia". Ese poema es el mío: *Laus Vitae*. Ha sido compuesto con una ciencia diabólica. Ciencia igual á la que enseña la práctica de los espejos mágicos. . ."

✻ ✻

Como literatura, como melodía química de palabras, eso, —escrito por él en italiano,—es una corona de diamantes. Frente á la altiva procesión de sus palabras, mi columna vertebral se doblega. Me arrodillo. . . Ahí, en esa orgullosa confesión artística, flota la fina belleza de los orbes irreales. D'Annunzio es, tal vez, el único artista que después de Víctor Hugo, ha sabido descubrir el alma sensitiva de los vocabularios. Hablando así, domina. Es Homero. Y se pone de acuerdo con Petronio. . . Cuando por la mañana Sócrates enseñaba moral,—esa extraña moral que por la noche desmentía gozando con efebos,—seguramente usaba gestos parecidos. . .

✻ ✻

Ya sabéis que *Gabriel d'Annunzio* es un pseudónimo. Ya lo dijo Unamuno en "La Nación". El verdadero nombre de este magnífico rimador de sensaciones es Gaetano Rapagnetta... Gaetano Rapagnetta comenzó á escribir muy joven. Pero siempre firmando con su pseudónimo. Gracias á un satánico libro tempestuoso,—muy bello y con talento,—que publicó en Firenze, la fama de su pseudónimo borró el origen vegetal de su nombre legítimo. Nadie lo conocía ya por Rapagnetta. Entonces, valiéndose de ciertos medios, se hizo dar documentos oficiales probando que su nombre verdadero era Gabriel d'Annunzio. Con tan luminoso estandarte patronímico, pudo entrar en la aristocracia italiana. Contrajo enlace con la duquesa de Gallese, hija de aquel famoso duque que formó parte del cuerpo expedicionario francés que fué á Roma en 1849. Poco después, d'Annunzio se divorció. Y quiso obtener su naturalización suiza. Intentaba anular su matrimonio. Inútilmente. . . El gobierno helvético le contestó con una frase

humilde. Una de esas humildes frases de Guillermo Tell que parecen flores llenas de dinamita. Le dijo: "los suizos no necesitamos poetas como Gabriel d'Annunzio. Cuando queremos poesía nos vamos á la orilla de nuestros buenos lagos. O escalamos las cumbres de nuestras viejas montañas..."

* *

¿Véis? El poeta no pudo conseguir su objeto. Sólo consiguió que los italianos al saber la antipatriótica intención que d'Annunzio tenía de repudiar su patria, le dijeran letanías crueles. Irónicos elogios llenos de un desprecio terrible... Antes de esto, el poeta había representado el conocido drama con Eleonora Duse. Vivían ambos en Settignano. Cerca de Florencia. Las casas de los dos están frente á frente... Allí es donde el poeta vive todavía. Una bella musa, sin ortografía, la marquesa Carlota de Rúdini, hija del célebre político, de Roma, lo acompaña actualmente en sus pecadoras distracciones. La casa de la Duse se llama la "Porziuncola". De allí salió "El fuego"... En el muro, junto á la entrada, un buril ha grabado bien hondo, esta palabra: "Divina"... Sobre la puerta de la casa de Rapagnetta hay una virgen. Con las manos sobre el pecho, reza. Debajo brilla esta inscripción: "Ave María"... La quinta donde vive el poeta se llama "La Capponcina". Allí fuí á verlo. Me recibió con un gesto papal. Yo le había escrito anteriormente pidiéndole una entrevista. Me contestó, negándose: "No soy una bailarina"... Pero, cuando comprendió que podía valerse de un gran periódico de América para propagandizar su próximo viaje á Buenos Aires, me recibió con gestos de pontífice amable. Y pude ver entonces la realidad de las leyendas que nos han hecho beber, allá, en América. Y hablando con él, observándolo, tan chiquito, tan cansado, tan tembloroso dentro de su férreo corsé femenino, al verlo tan humano, pensé con dolor en el peligro de conocer de cerca la naturaleza de los astros... D'Annunzio irá pronto á Buenos Aires. Me dijo que "quiere hacernos el honor de su presencia". Como al oirlo yo me sonriera con una sonrisa de asombro y de francés, agregó:

—"Voy á América á visitar mis posesiones... Allá también tengo esclavos..."

No pude sonreir. Pero le pregunté si ya estaba arreglado

el contrato de las doscientas mil liras que le pagarán en Buenos Aires por las cinco conferencias que daría en la Opera... Comprendió. Y dándose vuelta, mostróme un busto de Dante. Un Dante que parecía llorar sobre una mesa...

Cuando al retirarme pedí al maestro un saludo autográfico para la República Argentina, contestóme con un ademán de Benvenuto:

—¿Para qué? No sé si lo merecen todavía...

* *

Y por no tener el honor de darle un puntapié, salí sin despedirme...

Settignano (Firenze).



El célebre novelista con el gobernador de Túnez.

BENITO PEREZ GALDOS

—¿Quiere usted conocerlo?

—Sí.

—Pues ya tendrá usted que molestarse... Ver á Pérez Galdós, no es cosa fácil. Concurre muy pocas veces á las cervecerías. A Fornos, no va nunca. En su casa no recibe más que á los amigos. Nada más. Y éstos son pocos. Poquísimos...

—¿Y en la calle? Si le veo, lo reconoceré por sus retratos...

—No, joven. Si usted lo conoce sólo en fotografía, difícil le será reconocerlo... Cuando va por la calle tiene el aspecto de un buen señor que camina con rumbo á cualquier parte. Este artista genial, parece un sastre. Tal vez usted haya tropezado con él en la Puerta del Sol. Y tal vez, al tropezar con él,haya pensado usted que era un "isidro". Uno de esos isidros que llegan á Madrid para el 15 de mayo...

—No importa. Iré á su casa.

—No vaya. No lo recibirá...

—¿Cree usted que no me recibirá? Pues, entonces, iré...

Mi interlocutor abrió la boca. No supo si asombrarse ó sí reirse. Quizá me creyó loco. (Siempre me ha gustado que me tomen por loco...) Hizo un gesto... Me dió la mano. Y alejóse sonriendo... Sí. No hay duda. Creyóme un loco de caprichos veniales. Nunca pudo pensar en una audacia de periodismo criollo...

* *

Y fuí. No fuí solo. El secretario del "Ateneo", doctor Mariano Miguel de Val, escritor brillante que conoce á fondo la literatura de la América latina, tuvo la gentileza de llevarme... Pérez Galdós vive en la calle Alberto Aguilera, 46. Ocupa un departamento muy modesto en una casa demasiado grande. Subimos por la infaltable escalera de todas las casas de Madrid. Llamamos. Un joven salió á vernos.

—¿Está don Benito?

El joven nos miró. Nos miró mucho. Adivinamos. Iba á decirnos: "no". Pero no tuvo tiempo. Y nos introducimos en la sala. Don Benito estaba almorzando. Nos hizo esperar. Al fin, llegó. Y llegó muy amable, muy sonriente y casi paternal. Hubo un saludo. Una presentación. Dos exclamaciones. Un elogio. Etcétera... El tan laborioso novelista—tan delicado al par que tan enérgico en su diáfana prosa musical,—es un hombre que sabe ponerse á la altura de Zola. Alto, fuerte, vigoroso, su figura física de atleta, es algo así como un resplandor de su figura intelectual de artista recio. No es un nervioso. Habla tranquilamente. De rato en rato, se pasa las manos por la frente. Y sonríe. Pero su sonrisa es desagradable. No se parece en nada á la del suave viejecito don José Echegaray. En cambio, su voz, sí. Cuando habla, canta y encanta. Aunque en el fondo es un orgulloso impenitente, al hablar, lo creéis un hombre muy modesto, que sabe lo que lleva en el cerebro. Habló de muchas cosas. Pero no habló para nada de Amérca. Por eso, le inquirí:

—¿Y conoce usted algún escritor americano?

—Conozco á Ricardo Palma y al poeta Bartolomé Mitre...

Yo sonreí. No pude hacer nada más honesto. Sonreí con tristeza al considerar la erudición de los europeos de talento que confiesan, sin llorar, que de la literatura americana sólo conocen las viejas consagraciones... Y sonreí porque

pensé, además, en el desprecio con que la mayor parte de los europeos ven el entusiasmo literario de los indios jóvenes de América. Pensé en un pobre Lugones desconocido, en un José María Ramos Mejía no descubierto aún, en un Ayarragaray sin precedentes, y pensé en tantos otros que no quiero elogiar.... Mas, en Galdós, ese desprecio es disculpable:

—La política y los libros no me dejan tiempo disponible para nada útil...

—¡Para nada útil!

Yo no insistí en saber si decía una buena verdad, una paradoja de almacén, ó una ironía madrileña. Pero, posiblemente, quiso decir todo eso. La política lo atrae. Lo atrae y lo sugestiona y lo entusiasma y lo arrebata de tal modo, que cualquiera creería ver en él á un joven idealista y ardoroso, pues que en Galdós la evolución se ha operado á la inversa, como con tanto acierto lo hiciera notar Ganivet. Con tal de luchar—Moret, Canalejas, Romanones, el rey,—todos le parecen buenos. Galdós era un liberal de los más acérrimos, de los más enérgicos, de los más terribles... Como liberal, luchó furiosamente. Escribió aquella famosa "Electra", cuya protagonista principal está calcada en una figura de realidad, entonces palpitante: la señorita de Ubao. Escribió artículos contra los republicanos. Habló en todas partes. Habló en el balcón, en la calle, en su casa. Luchó. Lidió... Pero no obstante, continuó siendo solamente el novelista insigne. Al darse cuenta de ello, modificó su ruta. Y atraído por los prestigios de la democracia, y más que todo por el deseo de mezclarse en la lucha de ideas y de principios que determinan el actual momento histórico de España, se hizo republicano... Ese paso, valióle, como premio otra honra: actualmente no sólo es novelista genial. Es, también, diputado... Son dos cosas distintas, pero que en él se complementan. Flora y fauna.

Mientras hablábamos de cosas triviales, penetró en el salón un torero. Yo pensé en Juan Moreira. Pero, no. Era Machaquito. Era el célebre Machaquito, á quien Madrid está llenando de aplausos y de flores. ¡Era Machaquito el valiente! ¡Machaquito el airoso! Machaquito el gentil, por quien el corazón de muchas damas nobles tiembla de amor bajo mantillas llenas de claveles, en las lidias salvajes de la plaza de toros. Pérez Galdós lo abrazó con cariño. Es su padrino de bodas. Yo, entre tanto, miraba las pare-

des, en donde el padre de la deliciosa "Marianela" conservaba una enorme coleción de retratos de mujeres muy bellas y de artistas muy guapas, con firmas caprichosas y pensamientos dulces que destilan mucha sal, mucha luz, mucha cantárida, mucha admiración y mucha fiebre. Galdós es soltero...

Después, mostróme la biblioteca donde guarda las traducciones de sus libros, hechas en el extranjero. Las hay inglesas, alemanas, italianas, francesas... Luego, como al descuido, me mostró un número especial de "El Diario" de Buenos Aires, que contenía uno de sus episodios nacionales:

—"Es recuerdo de América. Esta publicación la hicieron sin mi permiso. Tampoco me la pagaron. Además, este número lo repartieron gratis, regalándolo como prima á sus lectores... ¡Ya ve si mi prosa vale poco en América!"...

Quise probarle lo contrario. ¿Para qué? No fué preciso. Mejor que nadie, Pérez Galdós conoce la verdad. En seguida, tuvo la gentileza de ofrecerme para "Caras y Caretas" una página autógrafa de su último libro, que ya habrá aparecido cuando esta crónica se lea en Buenos Aires. Se titula: "La de los tristes destinos". Ha de ser el último de la serie de los episodios. Agradecí tal joya. Y, en seguida, le pregunté:

—¿No piensa usted hacer una visita á Buenos Aires? Los diarios anunciaron su viaje.

——Por ahora, no iré. Está muy lejos. Pero dentro de algunos años, tal vez vaya. Hay que ver cómo es aquello... Pero no me animo...

* *

Modestamente, le aseguré que ya no existían por allá los indios. Galdós sonrió con cristiana ironía... Y yo también.

Madrid.



UN MEDICO ORIENTAL EN EL PARLAMENTO ITALIANO

Perdonadme... Hoy quiero ser patriota. ¿Retrógrado? Mejor... Hoy quiero recordar donde nací. Hoy quiero pensar en el dulce rincón desconocido que fué nido de mis pequeñeces. Es muy vulgar. ¿Verdad? Sí. Pero es bello... He nacido en una tierra ultrajada por las ironías de los que no comprenden la belleza de las luchas gallardas. Luchas por una idea. Combates por un color. Batallas por una cinta. Allá no se pelea por la vida, por el pan, por el hambre. Se pelea por la fe, por la idea, por el ensueño... Hoy quiero acordarme que nací en Paysandú. Tierra lírica, donde las mujeres son tan bellas, que aman hasta morir, y en donde los hombres son tan sabios, que mueren hasta de

amor... Y no extrañéis si hoy, más que nunca, hago flamear mi orgullo de oriental sobre las demás repúblicas de América. El orgullo es una virtud de triunfador. No todos pueden disfrutar de sus encantos... Por eso Cristo fué tan orgulloso. Tan orgulloso que no quiso morir, como Juan Pérez, en una triste cama. Eligió la cruz. ¡Era más alta!... Lo mismo Zapicán.

Vagar por esta vieja Europa, donde la República Oriental es honrosamente desconocida, me hace doler el alma. ¡Qué queréis! En el fondo cada oriental lleva su Artigas, su Saravia, su Rivera, su gaucho. He leído ayer en una geografía que sirve de texto en los colegios de Sicilia, las siguientes verdades: "La Banda Oriental pertenece á la República Argentina del Uruguay. Tiene grandes selvas vírgenes, en algunas de las cuales hay todavía salvajes que dan asaltos de guerra á las pequeñas poblaciones. Dichos asaltos se llaman "revoluciones"... Basta. El geógrafo es ingenuo. No por otra cosa se llama "Matto" que, en castellano, quiere decir: "loco". Su ingenuidad es clarovidente... Sin embargo lastima que una república tan hermosa y tan brava sea desconocida. ¡Siquiera se la conociera por su pequeñez! Pero, no. Nada... Por eso fué que tuve una sorpresa cuando el cónsul argentino en Italia, doctor Peralta Uriarte, me dijo:

—"Váyase usted á Nápoles. Allí encontrará un oriental famoso. Famoso porque tiene talento. Es director del Instituto de Medicina Interna. Además, es diputado por Foggia, provincia napolitana Es un sabio, muy bueno, muy amable, muy querido, muy oriental..."

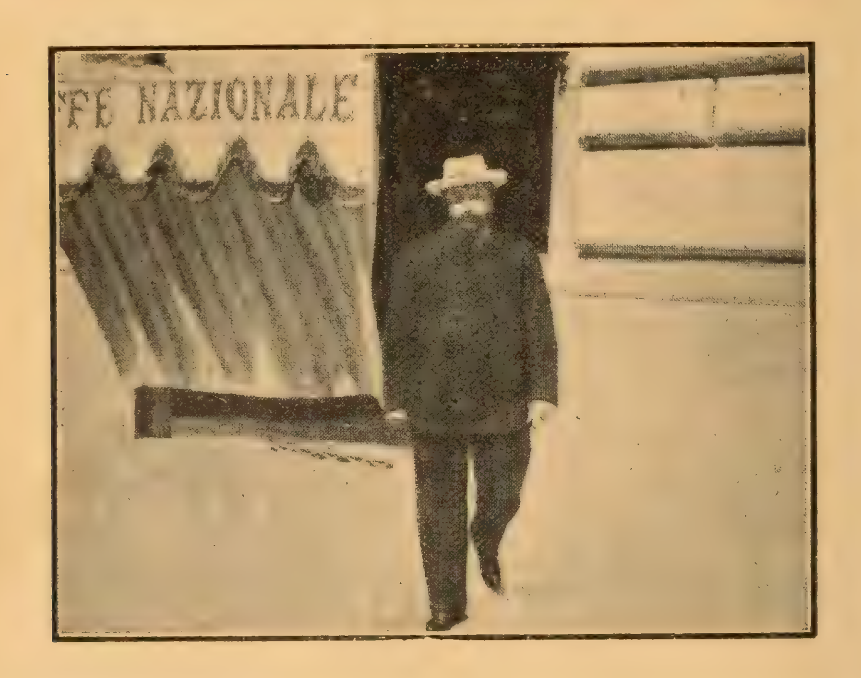
Es claro. Fuí... ¿Cómo no dar este descubrimiento excepcional á la más pequeña república del sur? Miradla en el mapa. Con la yema de un dedo la ocultáis totalmente... Hoy, la República Oriental del Uruguay, puede ostentar el honor de ser "la única" nación americana que tiene un diputado en el más activo y poderoso de los parlamentos europeos. En el Parlamento Italiano...

* *

Y aquí tenéis la base de un cariño recíproco entre Italia, —la abuela—y el Uruguay—su nieta... Podemos decir que un oriental contribuye á dirigir ahora los destinos políticos de Italia... Ese oriental se llama Pietro Francesco Castellino.

Vive en Nápoles, plaza del Municipio, núm. 4. Allí lo visité. Nació en Montevideo el 20 de noviembre de 1864. Su padre era italiano. Fué á América siguiendo á Garibaldi. Casóse en Buenos Aires con una bella joven argentina, llamada Isabel Morice, hija de comerciantes. El joven Castellino pasó su juventud en Montevideo... Recuerda su niñez con nostalgía. Sobre todo, recuerda sus traviesas "rabonas" de la playa Ramírez... Con sus padres fué á Italia. Y estudió tanto que en julio de 1889, graduóse en la Facultad de medicina de Génova. En colaboración con el famoso Maragliano, —de quien ya os hablé,—publicó el "Studi sul sangue". En el 90 obtuvo, por concurso, la cátedra de Nápoles. Su fama, como médico especialista en las enfermedades al corazón, fué creciendo en Italia. Ahora, es célebre. Su consultorio es un santuario. Hay romerías frente á su estudio médico. Por tal motivo, los habitantes de Foggia, donde el doctor Castellino suele vivir en verano, quisieron demostrarle su admiración, su gratitud, su fe. Gente sencilla, modesta, buena, creyó popularmente. Creyó que el más bello pedestal para este valiente joven era una banca en el parlamento italiano. Y allí, hace cuatro años, lo llevaron en triunfo, como se lleva á un héroe. Mas sucedió lo previsto. En la cámara los colegas enemigos, intentaron rechazar la elección. Tenían un argumento sólido. Tenían un arma capaz de voltear la más sólida cumbre. ¿Qué? Oh, imaginaos... El doctor Castellino no era italiano. ¡Natural! No siéndolo, era imposible que pudiera ocupar esa banca. No podía ocuparla, aun cuando lo llevaran á ella todos los votos libres de sus admiradores... Pronunciáronse discursos agresivos. Se dijeron frases. Frases subrayadas con la pintoresca elocuencia del ademán napolitano. Se gritó: "forastero, intruso" y otras crueles verdades no menos mentirosas... Castellino dejó hablar á todos. Dejó que agotasen sus argumentos. Tal vez quiso renunciar al diploma. Los hombres de ciencia no saben vivir á la intemperie. Pero en los glóbulos de su sangre, quizá sintió surgir el atávico lirismo revolucionario de la patria nativa. Se puso de pie. Se irguió como columna. Su alta figura, su negra barba y su voz prepotente, dominaron la escena. Con toda la fogosidad de su criollismo y con toda la austeridad de su fama de médico, conquistóse los ánimos. Una página autógrafa de su bello discurso, me la dió para "Caras y Caretas"... En esa alocución tuvo arranques tan

americanos y cuerpeadas tan ágiles, que hizo adivinar sus condiciones de jinete de montes y cuchillas... Dijo cosas como las que repito: "Señores diputados: hacéis mal en llamarme extranjero. No niego que mi patria sea la República Oriental. No. ¡Eso, nunca! Es mi patria adorada. Allí nací... Pero Italia,—esta Italia magnífica,—es también patria mía. La patria de mis estudios, de mi vejez, de mis triunfos. Hacéis mal en llamarme extranjero. Sabed, señores diputados, que he nacido en aquella tierra gloriosa donde el poncho y la espada de José Garibaldi no fueron nunca extranjeros. Oid: Si bajo el cielo uruguayo, Garibaldi fué oriental, pues peleó en su defensa, yo, bajo el cielo de



Nápoles puedo ser italiano y defender, con amor, sus glorias y sus derechos..."

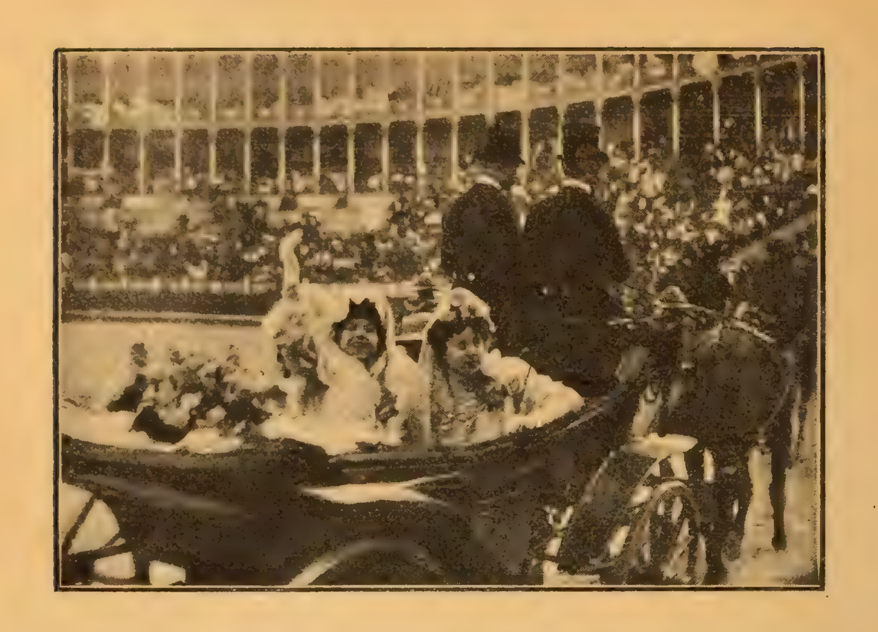
Fué una explosión. Los colegas enemigos se pusieron de pie. Aplaudieron. Eran gentiles Eran italianos... El diploma fué aceptado "por unanimidad"...

Si el doctor Castellino hubiera querido negar su procedencia, no lo hubiera logrado. Sus palabras lo venden, lo delatan. En el lirismo de su defensa y en el argumento perspicaz probó que era del Cerro. Nadie nace oriental impunemente... Castellino, además de diputado y médico, es—como todos los uruguayos,—periodista... Sólo que su periodismo borda cosas de ciencia. Dirige una revista de medicina: "Il Tommasi", que muchos médicos del Plata conocen. Piensa ir á Buenos Aires y á Montevideo. Por invitación del doctor Podestá y de

Basilio Cittadini,—(gentil propagandista de nuestros progresos),—abriga el deseo de ir á dar algunas conferencias científicas sobre las enfermedades del corazón. Ya son numerosas las que ha dado en Italia. Los diarios, que son aquí tan poco pródigos en elogiar á médicos, lo aplauden. Y lo aplauden bien. Sonoramente...

Montevideo contará dentro de poco con una estatua más. Debe levantarse en la calle 18 de Julio. ¿Comprendéis? Hay mármol para eso. Por sobre los mares Castellino enviará su abrazo á Garibaldi.

Nápoles.



EN LA PLAZA DE TOROS DE MADRID

(Descripción de emociones)

Si queréis estudiar el alma de este pueblo, no vayáis á los teatros. Allí no encontraréis nada que os explique la locura sabia del triste don Quijote, ni la buena alegría de la hermosa Carmela. En el teatro sólo veréis modas francesas. Los rostros femeninos serán bellos, serán graciosos, serán madrileños, pero los hallaréis desconocidos bajo el peinado inglés y el sombrero de Austria. (La reina Ena es inglesa. La reina madre es austriaca). En la Castellana veréis carruajes lujosísimos, con caballerías enjaezadas á la manera de Dumont. En Recoletos veréis muchos bravos corceles de la Arabia, mucha terrible nafta y muchos automóviles de lujo... Pero si queréis que vuestros ojos se recreen en un resurgimiento de la historia; si queréis vivir algunas horas en un ambiente puramente español; si queréis ver á la España en su carácter típico; á la España encantadora de las risas; á la España sonora de los llantos; á la España vibrante, deliciosa, mística y sanguinaria; si queréis ver unidas y desnudas el alma blanca de la plebe con el alma nebulosa de la aristocracia; si queréis ver aplaudir al mismo tiempo á la marquesa

y á la chula, al "golfo" y al "señorito"; si queréis ver todo eso id, sin tardar, á la plaza de toros. Id á contemplar una corrida. Y allí veréis todo lo que España tiene de pictórica y de artística. En la plaza de toros. España conserva la última de sus reliquias. Por eso, fuí ayer. ¡Oh!... Estaba anunciada una corrida excepcional. Magnífica... Cuando pregunté al revendedor quiénes eran los toreros que lidiaban, el hombre,—un chulo,—metióse las manos en los bolsillos, y con delicioso desenfado, me miró de reojo, diciéndome:—"Señorito: ¿me quiere usted tomar el pelo?"... Y tenía razón. Aquel muchacho no podía creer que yo ignorara el nombre de los toreros, cuando todo Madrid los lleva en la memoria! Creía que me burlaba de él. Confeséle pues, mi ignorancia. El, entonces, me dijo con un gran respeto religioso:

—¡Torean Fuentes y Pepete ¿Está usted? ¡Fuentes y Pepete!

¡Oh! ¡Fuentes y Pepete! Hay que ver la devoción con que aquí se pronuncia el nombre de los toreros célebres! ¡Los toreros! Sus retratos presiden en muchos hogares. Los periódicos les dedican páginas enteras. Un torero herido produce más sensación que la caída de un ministerio. Es cierto. Hablando con el doctor Sáenz Peña, yo me le quejaba de la escasez de noticias argentinas que llegan á Madrid:

—No le extrañe,—me dijo.—La América del Sud es poco conocida. No hablo de la gente culta... Los únicos telegramas americanos que publican los diarios son los de Méjico. ¿Sabe usted por qué? Porque en Méjico hay corridas de toros...

Y no penséis que haya hipérbole. Una dama de la aristocracia á quien dijeron que yo venía de América, me preguntó:

—¿Habrá estado usted en la corrida de hoy?

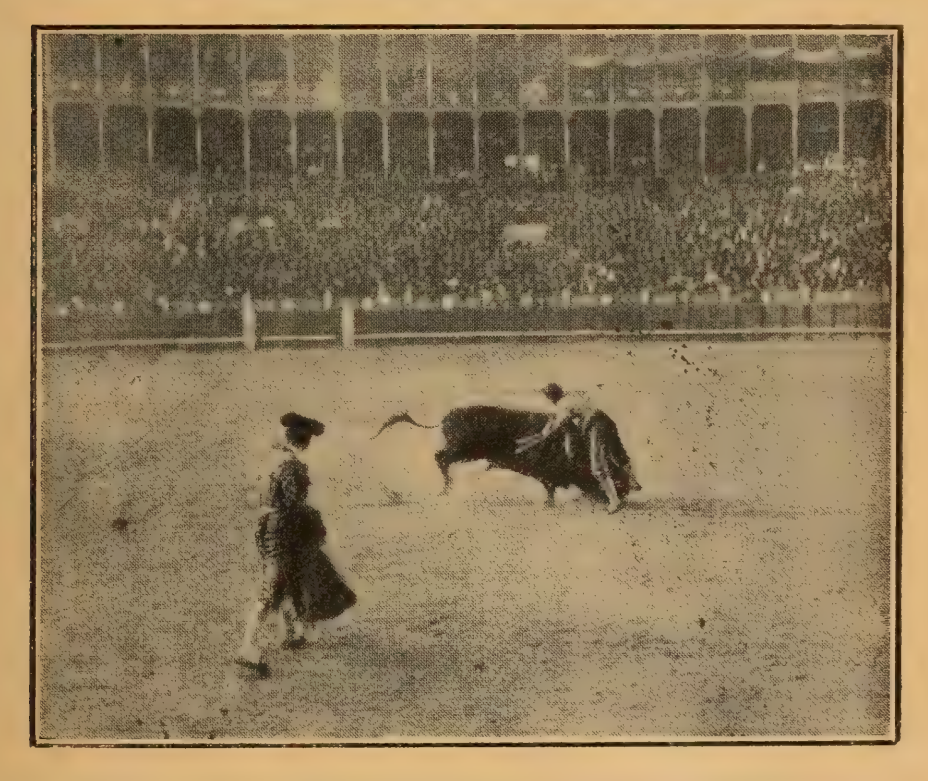
—No, señora.

—Es raro. A los mejicanos les agrada mucho el toreo...

Ya veis. Era de América. ¡Tenía que ser mejicano!... Sin embargo, no hay extranjero que al llegar á Madrid deje de asistir á una corrida. Es tan hermosa como cuadro plástico, y produce tantas emociones como crimen, que no hay drama de Shakespeare ni drama de Gutiérrez capaz de hacer temblar el corazón como la presencia de un torero luchando con un toro. Es una escena maravillosa la de aquel inmenso rendondel lleno de gente, y de aquellos toreros temerarios

que con una osadía de leones, sonríen, bailan y se burlan de la bestia rabiosa. Es un espectáculo para solaz de instintos criminales ó para delicia de los espíritus superiores que saben encontrar en un drama salvaje la belleza de las obras artísticas. No quiero describir una corrida de toros. Sería un delito. Un grave delito. Después de tantas descripciones geniales, una descripción de mi pluma viajera me pesaría en el corazón como un gran robo. Pero ya que he tenido la suerte de presenciar la heroica venganza de un toro de raza americana, no dejaré de anotar en mi cartera las impresiones del combate. Fué el 2 de junio. Todo Madrid,—no sólo la nobleza sino también el bajo pueblo,—desde Lavapiés al Rastro,—todo Madrid llenaba la enorme plaza que bullía bajo el sol, como una jaula de cotorras locas. "Pepete", el famoso "Pepete", cuya agilidad se aplaude con febriles entusiasmos, iba á lidiar aquella tarde. Salió la cuadrilla, con sus elegantes trajes, al son de la "Machicha". Luego, el primer toro. En seguida otro. Y otro... Después de luchar, cada toro caía. Moría tristemente. Por fin, apareció en la arena el toro destinado á "Pepete". Era un toro imponente. Un toro negro. Receloso. Fiero... Encerrado en el corral, á obscuras, tuvo al salir, un deslumbramiento de relámpagos. Miró á todos lados. Un torero le puso ante los ojos la sanguinaria capa roja. Bufó. Pateó. Corrió... Se detuvo de nuevo. Quiso embestir. La chillería del público vivando á sus toreros, lo asombró. Irguióse con altivez. (Me habían informado que era un toro de raza americana. Así tenía que ser. Aquel toro era un indio...) De los ojos le brotaban chispas de odio. Chispas de rabia. Chispas de inteligencia. Los toreros hacían flamear sus capas. Lo enceguecían. El pobrecito quería arremeter contra todos. Quería destrozarlos. Pero, ellos, después de bailar y reirse ante sus cuernos, huían para esconderse... Un picador se le aproximó con el caballo. El caballo llevaba sobre los ojos una venda. No pudo ver el peligro... El toro, furioso, embistió. Fué un choque formidable. La cornada fué tan bella y tan honda que el caballo rodó con el jinete. Luego se puso de pie. Y echó á correr, arrastrando sus intestinos por la arena, y quejándose en relinchos que parecían el lamento de un niño que se muriera de hambre. Entretanto, el toro permaneció inmóvil, espantoso, pero gallardo en medio de la plaza. Fuentes, con una valentía bien humana, pero que se igualaba al coraje del toro, se le cuadró á dos pasos

con las banderillas en la mano. El toro se arrojó sobre él. Fuentes, sonriendo, lo dejó venir. Dió un salto. Esquivó los cuernos. Y le clavó las banderillas. En los tendidos hubo una explosión de almas vibrantes... El toro se entristeció. Había querido matar. Concluir... Había querido ser toro. Pero, nada. Su bárbara potencia resultábale inútil... Indignado, levantó de nuevo la cerviz. Embistió nuevamente. Y nuevamente tornaron á clavarle banderillas. Por fin, llegó el momento trágico. Aquel toro era tremendo. Sus cuernos eran una fortaleza. Había que matarlo. Entonces, apareció "Pepete", el matador. Airoso, gentil, miraba á todas partes, dejándose mirar. Las damas le aplaudían. Saludó á la presidencia, y le brindó aquel toro. Sonó el clarín. Y "Pepete" valiente como un español, avanzó con la espada desnuda sobre la bestia enloquecida. El toro bufó con rabia, con delirio, con encono.



Pepete en los cuernos del toro

"Pepete" se le puso delante. Lo hizo avanzar. Y cuando ya lo tenía cerca, tomó la puntería con la espada. El toro al ver esa insolencia, embistió. Y en aquel punto el drama tuvo resplandores de pesadilla. Mientras "Pepete" hundía su espada en el cuello de la bestia, el toro hundía sus cuernos en el vientre del torero. "Pepete" soltó la espada. Pero el toro, más fuerte y más artista, sacudió en el aire su cabeza triunfante. Entre los cuernos agitaba, como una bandera luminosa, el cuerpo moribundo del torero. Cuando los "monos" le arrebataron

su presa, quedóse resignado. Y mientras "Pepete" con las costillas rotas, era llevado en andas á la enfermería, un torero aproximóse al toro, y lo mató como se mata á un perro... ¡La puntilla! El toro dsplomóse. Lo arrastraron. Ninguna dama se desmayó. Un chulo gritó ¡ole! Y yo aplaudí hasta que las manos se me pusieron rojas...

Sin embargo, en mi dulce salvajismo, deseaba que aquel cuadro volviera á repetirse...

Madrid, Junio de 1907.



La entrevista en el campo de maniobras de Racconigi (cerca de Turín)

CON LOS REYES DE ITALIA

—¡El Rey! Allí... Es aquel.

Indudablemente. Se puede ser muy americano; se puede tener en las venas mucha dinamita; se pueden llevar en el cerebro ideas muy salvajes, pero creedme: cuando el rey de Italia pasa en su carroza, las almas de mayor altivez se doblegan. Se estremecen. No piensan. Lo miran como súbditos. Y, mirándolo, tiemblan.

—¡El Rey!

Al oir ese grito, os empinais por encima de la multitud para ver á ese monarca augusto que hoy gobierna la tierra de los césares. La tierra que fué también dominio de los papas. Y lo véis pasar. Vuestra memoria se inunda de recuerdos. En un segundo repasais toda la historia trágica y hermosa de esta Italia gentil. Pensais que ese rey desciende

no de reyes femeninos y débiles, sino de una familia de monarcas honestos,—reyes del Piamonte,—que fueron progresistas,—y de reinas que fueron milagrosas en belleza y en arte. Y vuestros ojos se iluminan con la visión lejana de la formidable casa de Savoia. Casa de bravos leones que peleaban con sagrado heroísmo tan pronto en defensa de una bandera, como en defensa de una mujer ó de un ensueño... En seguida surge en vuestra mente la imagen deliciosa y el nombre novelesco del ínclito señor que fundara esa casa: el "Caballero de las Manos Blancas"... Luego pensais en sus descendientes que reinaron, luminosos y fuertes. Románticos á veces, pero nunca débiles. Reyes que esgrimían la tizona y arrojaban al aire un madrigal. Jamás cobardes. Siempre terribles. Terribles y amorosos cual leones que tuvieran almas de golondrina... Y, saltando fechas, llega á vuestra memoria, con fiereza en la espada y bondad en las pupilas, ese rey que por las tempestades de su espíritu pudo tener de hermano á Napoleón: Víctor Manuel II... Y, en seguida, os sorprende la imagen de otro rey fantástico, magnánimo y altivo. Un rey de acero bien templado y con rubor de niño. Aquel rey que arrojaba su vida sobre las balas austriacas como quien tira una piedra sin precio al fondo de un abismo: Humberto I... Y al llegar aquí, mirais al rey que pasa. Veis como se aleja. Y os alegrais de haber visto aunque sea de lejos, á un rey que conserva en su sangre y en su espíritu, las huellas de tanto ser glorioso...

—¡El rey! Ahí va...

Así, en medio de una multitud, vi por primera vez al rey de Italia. Tal vez sea la manera de analizar mejor el alma de los pueblos, ya que no el alma de los mismos reyes. Ver un pueblo frente á su rey, es beber la mitad de sus creencias... Cuando el monarca de Italia pasó, una emoción febril corrió eléctricamente. Estoy seguro de que en aquella aglomeración heterogénea, no eran pocos los socialistas que aguardaban... Debió haber, sin duda, algunos anarquistas con delirio en los ojos y nostalgia en las manos. Sin embargo, como movidos por un viento de patriotismo cálido, aquellos italianos se quitaron á la vez el sombrero. Saludaron. Y una vieja, alzando en sus brazos á un muchacho descalzo, le dijo:

—Míralo. ¡Es tu rey!

El muchacho quedó pensativo. Cuando la carroza regia, se perdió debajo del nuevo túnel, cerca del corso XX de Septiembre, flotó sobre la multitud algo como un extraño

murmullo de suspiros. Eran las vibraciones que restan siempre en el alma del pueblo después de una emoción. Parecía que acababa de pasar la bandera de Italia... ¡La sangre de Savoia! ¡Víctor Manuel III!

* *

—Quiero hablar con el rey.

—"¿Como? ¿Se empeña usted aún en hablar con el rey?

—Sí.

—No es posible. Resígnese usted viéndole pasar en su carruaje. Nada más.

* *

Martínez Campos, que tenía entonces á su cargo la legación argentina de Roma, era quien quería convencerme. Inútilmente. ¿Conformarme? No... ¿Cómo resignarme á ver al rey de lejos? Era más propio de mi audacia charrúa, ir á estrechar la mano del rey caballeresco. Era también más digno y más hermoso, escuchar de cerca su palabra cordial. Escucharla de cerca para transmitirla por intermedio de mi pluma, llena de corazón, á la enorme colectividad de buenos italianos que en América nos hacen querer, con entusiasmo, á nuestra madre artística: la Italia. A esa tierra visionaria que nos manda con benevolencia cariñosa, tanto brazo prolífico, tanta belleza cándida, tanto cerebro sólido, y, por fin, tantas almas geniales, tantas almas artistas... ¡Tanta sangre que es oro!

—¡Imposible!

Y este imposible que castigaba á latigazos mi capricho, duplicó mis deseos. Luché. Y conseguí. El ministro oriental en Roma, doctor Juan Cuestas, hijo del ex presidente, tuvo la gentileza de presentarme al ilustre general Ponzio Vaglia que acompaña siempre al joven rey. Por su intermedio casi consigo audiencia en el Quirinal. Pero cuando ya estaba todo pronto, Ponzio Vaglia me dijo:

—El rey se va mañana á Turín...

Y ved mi odisea. Vuelo hacia Turín. Llego. Y el palacio real se me presenta silencioso. Mudo. Apenas si un guardia me responde:

—Vino su majestad, pero en seguida se marchó. Ha ido á Santa Anna de Valdieri. A una cacería...

Corro á Valdieri, Nada. Es tarde. Allí me dicen:

—El rey se ha ido á Racconigi. Tiene que asistir á las maniobras.

* *

Vuelta á la mula. Y al tren. Y al coche. Y llego á Racconigi. Aquí, por fin... ¡oh, *por fin*, no! Aún me falta mucho que correr. Aún tengo que subir y bajar muchas escaleras. Tengo que presentar mis documentos. Mis recomendaciones... Tengo que hacer revisar mis pasaportes. Mi retrato. Y hasta mis ideas... ¡Horror á los anarquistas! Todavía tengo que ver muchas veces, en la casa real, el rostro agresivo y armado de bigotes, con que los guardianes me amenazan de lejos. Si en España me fué difícil acercarme al rey, en Italia fué peor. No creáis que por culpa de los reyes. No. Al contrario. Quienes impiden acercarse al rey son los protocolos, los generales, los lacayos, los soldados, los condes, los marqueses, las paredes, las alfombras, las medallas, los ministros, los espejos. Todo eso. Y lo demás... Si queréis ver á un rey, estáis obligados á vencer primero el protocolo. Luego á los intendentes para que os dejen penetrar hasta las oficinas. En seguida á los generales, con quienes tenéis que hablar haciendo ceremonias. Después á los soldados, á los condes, á los marqueses. Más tarde es necesario vencer la oposición de las paredes, de las alfombras, de los cuadros para que no os asusten... Tenéis que inclinaros ante todas las medallas. Y tenéis que miraros en todos los espejos para observar si vuestra corbata está derecha. Vencida la tarea, debéis contar con la cooperación de vuestra buena suerte. Y si os ayuda, estáis en el final. Os ponen frente al rey. Pero ya estáis cansados. Habéis hecho funcionar demasiado vuestra imaginación. El mérito de vuestro laurel es inferior á las fatigas soportadas. Estáis aburridos. Os sentís sordos y ciegos ante la novedad de la entrevista. Y ya el rey no os produce la magnífica emoción de nervios y de espíritu, de carnes y de huesos, que os invade cuando lo véis pasar en su carroza... Por otra parte, una vez que el rey habla, se parece más á cualquier hombre que á un monarca, que á un rey...

*

Después de todo, el general Ponzio Vaglia, díjome amablemente:

—Su majestad no podrá recibirlo en palacio. Pero ha ordenado se le facilite á usted un permiso para asistir á las

maniobras. Allí podrá usted verle y, tal vez, conversar con él unos minutos. Búsqueme allá. Yo lo presentaré.

* *

Y así ocurrió. A seis pasos de distancia, según se me indicara, me incliné ante el augusto soberano de Italia. Fué rápido. El rey, sin sonreir porque sonríe muy poco, estrechóme la mano con esa expresiva fuerza que ponen los napolitanos en sus salutaciones infantiles. Víctor Manuel III es de escasa estatura. Los elevados tacos de sus botas, hacen que parezca más alto. Cuando sonríe, las mejillas se le llenan de arrugas cerca de la boca. Habla nerviosamente, como todos los hombres de pequeña talla. Oid lo que me dijo. Sus palabras se parecen á muchas que ya habéis oído anteriormente. Ya lo sé. Pero debéis tener en cuenta que son frases de rey. Oidlas:

* *

—"Me complace mucho la hospitalidad que la República Argentina dispensa á mis queridos compatriotas. De allá me llegan á menudo ecos de honrosa simpatía. Observo, aunque de lejos, el gran progreso de aquella tierra joven que, por varias causas, parece para mí una Italia nueva... Sin haber estado nunca en Buenos Aires, conozco á muchos caballeros distinguidos que son personalidades de talento. Tengo amigos. El doctor Moreno fué siempre para mí el prototipo del argentino caballeresco y del diplomático moderno. Recuerdo al doctor Estanislao Zeballos. Es un hombre inteligente, cuyas ideas en favor de Italia, siempre me han complacido. Al doctor Quintana no le conocí personalmente, pero sí por su actuación como estadista. Lo mismo á Pellegrini, que según se me dijo era descendiente de italianos. ¿Y el general Roca? Este ilustre argentino es también amigo mío... Conozco á la señorita Lola Mora, artista que les honra. Es muy graciosa... En cuanto á los italianos que residen allá, conozco á muchos... Como rey de Italia encuéntrome orgulloso de que los italianos hayan dado á la América todas sus energías, sin olvidar nunca á su patria... Son muchos los que después de trabajar allá, vienen á morir bajo este cielo. Es un rasgo de amor patrio, tan hermoso y tan italiano, que á mi padre siempre le gustaba mucho. Recuerdo que un día se lo dijo al ministro Moreno..."

* *

El Rey enmudece. ¿Piensa en el padre? Sí. En el magnánimo rey asesinado, cuya sangre cayó sobre la América como una enorme lágrima de pena... Aprovecho. Y lo digo. El rey se conmueve. En seguida, pídole un autógrafo. Un saludo para los italianos de la América latina...

—"¿Un autógrafo? No tengo costumbre. Ninguno de los reyes de mi casa los ha dado. El protocolo... Pero, en fin, es lo mismo. Puede usted decir á los italianos, por medio de "Caras y Caretas", que desde lejos les envío mi saludo de rey y de ciudadano. Que trabajen como hasta ahora. Que prosigan prestando á la Argentina y á la República Oriental su valioso concurso, porque así realizan una obra de bello patriotismo y porque así sostienen en el extranjero el prestigio y la gloria de Italia... En cuanto al autógrafo, ordenaré que se agradezca oficialmente en mi nombre, el amable saludo de su simpático periódico. Muchas gracias..."

En seguida su majestad háblame de los Caballeros del Trabajo, y de las condecoraciones otorgadas, entre otros, á los señores Pedro Vasena y Antonio Devoto. Habla, después, del periodismo italiano en Buenos Aires. Su majestad conoce la América, como si fuera suya. Su memoria lo recuerda todo. Menciona á Basilio Cittadini, con una simpatía digna del ilustre periodista italiano... La rapidez con que el monarca me habla, es nerviosísima. En pocos minutos abarca muchos temas y huye de los difíciles. Mientras habla, sus ojos, vivos y relampagueantes, siguen las evoluciones del ejército, que sube y baja, por los campos piamonteses, verdes y florecidos. De repente deja de hablar. Empuña el anteojo que le da un ayudante. Mira... En el rostro adivínasele el goce íntimo que siente un militar delante de un ejército perínclito y glorioso, que, como el ejército de Italia, se paseó en Crimea, rugió en Novara, fué heroico en Castelfidardo, y que en Pastrengo, en Palestro y en Goito, se coronó, como en todas partes, de heridas y laureles... Su afición militar le viene de familia. Aunque es rey, su sangre es de soldado. El ejército italiano lo adora. Lo adora con la misma adoración con que el pueblo venera á su hermosa madre Margarita. La austera reina viuda. "¡La Santa Margarita de Savoia!"... Carducci la amó así. La amó como á una santa. Por eso, bien merece nuestra adoración sentimental... Cierta vez, Pagliardi, dijo, en una asamblea familiar, que Margarita de Savoia tenía la pupila del ojo derecho más pequeña que la del izquierdo. Carducci, rugió:

—"¡Imbécil! A las reinas como Margarita nunca se les mira los ojos. Se las adora como á las Vírgenes. ¡Con los ojos cerrados!"

Al día siguiente, Carducci batióse en duelo con Pagliardi. Y de un sablazo le reventó los ojos...

✻ ✻

La reina habla poco. Es de aquellas mujeres que para entusiasmar, no necesitan frases...: Un gesto, le basta.

La he visto de muy cerca pasar en automóvil. Al quitarme el sombrero, sus pupilas y sus labios sonrieron á mi corbata bohemia y á mis libros. Y grité:—"¡Viva l'Italia!"

¿Me creyó, acaso, italiano? Sí... Y no se equivocó. Yo, en aquel instante, era italiano. ¿Quién no se siente italiano frente á una mujer así?

La reina Elena no despierta tanta adoración. Pero el pueblo la quiere. ¡Es tan encantadora! ¡Es tan femenina! Con sus ojos tan dulces y sus cabellos tan montenegrinos, parece una criollita.

✻

Víctor Manuel no sólo se concreta á reinar como rey. Impera como hombre de progreso... Por ello es que la América le brinda, en sus tres millones de italianos, el homenaje de sus campos de trigo y la sal hospitalaria de su corazón...

Turín, 1907.





LA VEJEZ DE JOSE ECHEGARAY

—"Los periodistas jóvenes de América",—decíame en el Fornos un famoso escritor, cuya fama estriba en la condesa doña Gloria Laguna,—"los jóvenes de América sufren una grave enfermedad de errores"... Yo quise sonreir. Pero no pude. Entonces, prosiguió: "Sí. Son ustedes muy cándidos. Creen en la facilidad de llegar á las estrellas. Tienen en la sangre el varonil desprecio de los indios. Piensan que interviewar á un rey es lo mismo que hablar al presidente de esas pobres repúblicas de ustedes. Suponen que confesar á un

ilustre literato español es tan fácil como hablar con una de esas muchachas de mantón de Manila que en la calle de Alcalá ofrecen diarios y, detrás de los diarios, otra cosa..."

* *

Yo no quería sonreir. Pero lo hice. Me acontecía lo mismo que con Pérez Galdós. Aquí los escritores gozan de un prestigio de leones. Para verlos, hay que solicitarles una audiencia ó sorprenderlos en un café, como sucede con Mariano de Cavia... Yo quería ver á Echegaray. ¿Tarea difícil? ¿Tarea muy fácil? No sé. Ni me importa. Fuí... Y entré. Su palacio,—pues vive en un bello palacio del más nuevo barrio de Madrid,—está ubicado junto al hotel de la adorable Mariquita Guerrero. Echegaray hizo construir ese palacio con el premio Nobel. Al penetrar en la mansión del dramaturgo,—yo pensaba con miedo en el gesto con que el Echegaray de los retratos populares, me haría descender las blancas escaleras. Un portero de frac y guante blanco hízome entrar con grata cortesía. Pasé á la biblioteca. Allí, en un canapé dormitaba un anciano. Era Echegaray. Al oirme levantóse sonriendo. ¡Qué sonrisa más dulce! Después, me dió las manos. Unas manos blancas. Manos llenas de vejez de paloma. Sonrió de nuevo, con una sonrisa que iluminó toda su cara, cual si fuera una antorcha:

"¿Viene usted de América? ¡Oh! Yo quiero mucho á los americanos..."

Luego prosiguió hablando. Habló de sus achaques, de sus temblores, de sus fríos. Habló de los trastornos que agitaron su hogar, cuando al hijo mayor le arrancaron un ojo. En seguida dijo cosas de teatro.

—"¿Tiene usted en preparación alguna obra?"—le pregunté.

—"No, señor. He concluído mi vida literaria. Creo haber escrito bastante para pretender un poco de sosiego."

Después, salimos al jardín. Allí continuó hablando con la sabiduría de los que saben todo y todo lo comprenden porque sufrieron todo... Echegaray, con la ancianidad de sus sólidos años, es un hombre admirable por su impetuosa fortaleza mental. De lo único que no quiere que se le hable es de política...

—"Siempre he tomado la política como una diversión," me dice.

* *

A pesar de todo, Echegaray ha sido político. Con él ocurrió cosa igual y diferente que con Pérez Galdós. Pérez Galdós era antes liberal. Ahora es republicano. En cambio, Echegaray era republicano y ahora es liberal. Nunca había mirado al rey con buena simpatía. Muy al contrario. Si no concebía las ideas cálidas de Nakens, por lo menos las meditaba... Pero cuando las fiestas de su jubileo, Alfonso XIII prestó el concurso de su presencia á la brillantez del homenaje y dió al famoso dramaturgo un abrazo en el que puso más que su austera admiración de rey, el entusiasmo de su alma soñadora de muchacho español,—cuando el rey lo abrazó fuertemente, como un hijo á su padre,—las rancias ideas del republicano, con todas sus ironías y todos sus desprecios, se debilitaron y murieron. Desde aquel día Echegaray fué amigo del monarca. Moret le ofreció el ministerio de hacienda. Y él, aceptó... Mientras yo pensaba en estas cosas prohibidas, él insistió diciéndome:—"Siempre he tomado la política como una diversión."

—"Y hace usted bien, maestro,—estuve por decirle.—Como político, creo que usted no debe servir para nada. Tiene usted demasiado talento para eso..."

Cortó el tema de mis cavilaciones, enseñándome sus plantas, sus flores, sus verduras. Prosiguió hablando con esa ingenua inteligencia que tienen los ancianos que han sabido sufrir y llorar y consolarse con los ardores de la literatura.

* *

Este viejecito encantador vive en un palacete, pero no tiene orgullo. Vive rodeado de laureles inútiles y de lujos triviales. Sencillamente relata sus aventuras de electricista. Con este oficio aprendió la ciencia de la vida. Por eso, tal vez, es que muestra á todos un telegrama de oro que recibió el día de su jubileo. Es una artística placa que dice: "Los telegrafistas del reino, al más grande electricista de España". En Madrid es el único escritor viviente que puede ver una calle con su nombre. Es una calle que se llena de gente después de media noche. Es una calle tenebrosa como el quinto acto de todos los dramas de quien le ha dado nombre...

* *

Echegaray sale todos los días. Va al Ateneo. Su sobretodo,—fotográficamente popular en América,—lo usa en todas las épocas. Ya sea en invierno ó ya sea en verano, con sol ó con luna, nunca lo abandona. Cuando llega al salón del Ateneo, hay que encender la estufa. Tiembla siempre de frío. Parece un parajarito...



El autor entrevistando á Nakens en la Carcel Modelo, de Madrid, con el ilustre sabio Dr. Rafael Salillas

JOSE NAKENS

Ya conocéis su historia. Es una historia triste, cuya melancolía nada tiene que ver con la plaza de toros. Por eso no extrañéis si en Madrid muy pocos la recuerdan. En esta ciudad de sol y de mantillas, en donde los toreros, el canto y la guitarra triunfan sobre las penas, nadie piensa en historias de miseria, de lágrimas, de soledad, de angustias. Por otra parte, el vocabulario de las "malas palabras" se ha enriquecido con el nombre de Nakens. Decir José Nakens es ofender al rey. "Está prohibido". Es hacer algo malo. Es menoscabar el honor de las testas augustas... Si acaso preguntáis alguna vez por el periodista belicoso que escondió en sus brazos á Morrals, tened por bien seguro que la policía os seguirá como á un dinamitero. ¡Ya véis!... En tal terreno resulta poco menos que imposible lograr una entrevista con el reo. ¿Cómo llegar hasta él? ¿Cómo conseguir lo que ningún periódico español, italiano ó francés ha podido obtener?... Vale más silenciar la arriesgada aventura. Vale más llevaros de la mano ante Nakens,—salvando con la imaginación todo tropiezo,—y haceros escuchar, sencillamente, las frases dolorosas del viejo periodista que se muere en la cárcel... ¡Pobre Nakens!

En presencia de su blanca, de su venerable ancianidad, he sentido el dolor más grave de mi vida. Yo no quiero saber si es un culpable. Yo no quiero saber si al ocultar al salvaje asesino que arrojó la bomba criminal contra Alfonso y su dama, no supo lo que hacía. ¿Qué importa eso al corazón y á la literatura? Lo que emociona, lo que duele, lo que llena de lágrimas los ojos, es hallarse en presencia de este viejo periodista, de este hermano que ha dejado su médula y su fósforo sobre las cuartillas de la imprenta, y que hoy, después de luchar con su inocencia, se ve encerrado en una celda obscura. En una obscura celda á donde ni su hija puede entrar...

❊ ❊

Si queréis saber lo que este anciano piensa, no tenéis más que oirle. Habla:

❊ ❊

—"Se me cree un delincuente vulgar. ¡Qué me he burlado de las cosas santas! ¡Qué he fustigado sin piedad á los jefes republicanos á pretexto de que no se concertaban para derribar la monarquía!... Se me cree dueño de pésimas entrañas. Se supone que las horas de mi vida las he empleado en fabricar bombas de dinamita... ¡Qué error! Mala fué la herencia que obtuvimos los que vamos hoy despareciendo... Al ocultar á Morrals no he hecho nada más que salvar mi vejez, mi conciencia, mi dignidad, mi honor... Yo no conocía á Morrals. El 31 de mayo,—un año hará mañana,—presentóse en la redacción de "El Motín", donde yo estaba. Y todo tembloroso y agitado díjome: "¿Me da usted su palabra de honor de callar lo que voy á confesarle?..." No pude negarme. Soy periodista. Me interesaba conocer el secreto de aquel hombre nervioso. Los periodistas sufrimos la enfermedad de lo desconocido. Queremos saberlo todo... Yo le dí mi palabra de honor. Y él, entonces, me explicó: "Acabo de arrojar una bomba al rey Alfonso. Como he leído lo que usted escribió sobre Angiolillo, pensé que usted no me delataría... Su palabra de honor ha de salvarme..." Quedéme asombrado. Frío. La emoción hacíame dar diente con diente. Estaba en presencia de un criminal á quien yo había jurado ¡por mi honor! no delatar... ¿Qué hacer? ¡Pues hacer lo que hice!... Ahora pienso: ¿Cuándo saldré de aquí? Tal vez nunca... El rey no se opone á mi libertad. Al contrario. Quien se opone es

el clero... ¡Pero pueden tenerme encarcelado! Escribo desde la cárcel. Publicaré un libro titulado: "Cuadros de la miseria". Nadie podrá detener el vuelo de mis golondrinas. Escribo. Lucho... Mis ideas se filtran á través de las rejas. Lo único que me enloquece es no poder abrazar á mi hija. ¡Pobrecita! Tengo que verla de lejos, á un metro de distancia. Dos gruesas rejillas nos separan. No puedo ni siquiera darla un beso..."

* *

Y al decir esto, la boca del anciano se abre sobre la blanca barba en una mueca triste. La enorme cicatriz que le divide el labio superior se abre como un llaga. Parece que el infeliz sonríe. Pero no sonríe. Es que llora...

Medrid, Mayo de 1907.



Matilde Serao, en su casa de Nápoles

TRES ALMAS DE MUJER

—¡Las mujeres!

Es un bonito espectáculo. En algunas partes de Europa las mujeres son hombres. En determinados círculos, y salvo una que otra excepción, todas ellas fuman. Después de las comidas, cuando se levantan de la mesa, las damas y los hombres pasan al salón de fumar. Antes, por lo menos, se arrinconaban sólo para tejer esas complicadas tonterías que se llaman chismes. Complicadas tonterías que en siglos no muy viejos, no muy cuerdos, no muy locos, pero sí encantadores,

hacían enfermar los imperios. Y, después, los volteaban... Hoy, ya os digo, acontece otra cosa. En la atmósfera espesa del "fumoir", las mujeres honestas se sientan junto á los hombres. Y así, bien hermanadas, en la tibia confraternidad de los contactos, las mujeres sacan de sus bolsillos el estuche de marfil, de piedras ó de oro, y obsequian á los hombres con un cigarrillo turco ó japonés. Es delicioso... Es delicioso ver á una mujer muy bella, cruzar la pierna, entre las sonoridades de los rasos, y ostentar en la mano un gran cigarro y en los labios una columna de humo... Yo no se qué dirán de tales hábitos nuestras mujeres criollas. Tal vez se asombrarán. Eso, algunas. Otras se han de sentir llenas de orgullo. Pensarán en el triunfo de sus rojos ideales. Han de creer en la victoria de sus derechos femeninos...

Pero, es bueno que lo sepais. No es únicamente fumando, como las mujeres demuestran su tendencia. Hablo de la masculinización de sus ensueños... Hay algo más. Hay algo más sólido que ese poco de humo... ¿Sabéis qué? Las ideas...

¡Las ideas femeninas!

* *

¡Oh! Ya no son las de antes. O si son las mismas, si son idénticas, ahora parecen otras. Han cambiado de traje. Las ideas femeninas que tanto asustaban en el siglo de María Antonieta, son hoy las ideas de los niños. Actualmente las mujeres piensan de otro modo. O, mejor dicho, no piensan en nada, que es la mejor manera de pensar al revés...

Quien va perdiendo con los avances femeninos es el hombre. El hombre que siempre ha sido el heroe prepotente, ve que sobre su espíritu vuela una sombra negra. El hombre, que inventó la máquina de coser, se descubrió á sí mismo. Se la dió á la mujer para que trabajara. Y la mujer hizo del hombre una simple máquina de coser vestidos...

* *

En Italia las mujeres trabajan como si fueran hombres. En Suiza los hombres huyen de las poblaciones. En cualquier ciudad helvética veis que las rubias mujeres son las que lo hacen todo. No hay un solo restaurant, café, tienda ó casa de negocio que no esté atendido por mujeres. Si observáis que hay algún hombre escondido detrás del mostrador, veréis

que es el que hace los servicios más humildes. Es el que lava las copas. Es el que lava los pisos. Es el que trae carbón... Os digo esto para que no penséis que están allí como defensa. No... Cuando algún cliente ardorosamente americano, se siente dominado por la belleza de una camarera y extralimita su entusiasmo en forma poco artística, no creais que las mujeres huyen, asustadas, gritando, en busca de maridos ó padres que las salven... No hacen eso. Ellas mismas se defienden. Ellas mismas, con sus manos, con sus puños, con sus pies pelean sin temor. Y, es claro, siempre triunfan... En Francia,—en París,—las mujeres siguen siendo las mismas mujeres varoniles. Saben ellas que el hombre es inferior en perspicacia. Y hasta en agresividad... Por eso, honestamente, las hijas de París se han instituído en profesoras de belleza, desnudándose...

La mujer se ha posesionado de todos los oficios del hombre. Ya nada la extraña. Nada la perjudica... Todo le parece factible. Para cazar estrellas ya no pide como la reina loca ayuda á sus amantes. Ella misma, solita, es más fuerte. Su voluntad tiene más bríos que la de cualquier hombre genial. Ella va adonde quiere. Un día se levanta de la cama, hastiada de ser mujer. Quiere ser otra cosa. Y se va á las universidades para estudiar derecho, sociología, medicina... Ella sola ocupa toda la cátedra... Más tarde, la veis que ya, con su diploma, quiere ser diputado. Vota. Hace discursos... Luego, cansada de política, toma otro rumbo. Se hace socialista. Da conferencias. Grita en todas las plataformas sus ideas de regeneración, de salud, de vigores... Y llena de Nietzsche,—á quien no entiende,—llena de Marx, —á quien estudia demasiado á la inversa,—y llena de Quijote, de Tartarín y de Cyrano, se transforma, de pronto, en anarquista. Fabrica bombas. Y mata... Nihilismo. En seguida, cansada de todo eso; cansada del amor, de la vida y de la muerte; cansada de ser mujer, cansada de ser llevada en coche, detiene su carroza. A empujones despide á su cochero. Y, cándida, elegante y hermosa sube al pescante á dirigir la yunta. Se hace cochero... (París tiene ahora muchas en los coches de plaza...) Y toma su papel tan á lo serio, que olvida no sólo sus virtudes sino también sus vicios...

* *

Otra de sus ocupaciones preferidas es el periodismo. Lógicamente así tenía que ser. Ofrece nuestro arte perio-

dístico tantas sensaciones; se goza tanta fiesta de nervios interpretando lo que piensan los seres; se pueden hacer cosas tan bellas con una pluma, un tintero y un diario, que las mujeres, enamoradas de todo lo que tiene en sí algo de llanto, de risa, de dolor, de alegría, corren hacia las imprentas. Se instalan en la mesa de redacción. Y allí, codeándose con nosotros, hablando á gritos como hablamos nosotros, escuchando, sin ruborizarse, todas las frases de nuestro vocabulario, escriben sus artículos en una literatura que tiene, á veces, terquedades de mujer, pero, á menudo, chispazos de talento...

* *

En Italia, abundan escritoras de mérito. Son muchas. Tal vez abundan en grado excesivo. Pero ¿qué importa? Hay algunas muy buenas. Escriben sus novelas. Y además escriben en los diarios...

Actualmente tres de las más grandes escritoras de Italia son periodistas. He estado con las tres. Y las tres me han recibido como á un viejo cofrade. No ignoráis que las mujeres tienen muy desarrollado el sentimiento de la confesión. Se confiesan fácilmente. Dicen sus errores. Dicen sus triunfos... Lo que nunca confiesan es su debilidad. Pero ¿alguien tiene interés en conocer esa debilidad que ellas ocultan? Yo creo que al contrario. La tendencia actual de los hombres es ocultar las debilidades femeninas. Los hombres siguen siendo maridos...

* *

De las tres escritoras de Italia sobre las cuales hablo, la mejor, la que más brilla, la que más fama tiene, es Matilde Serao. A través de sus libros, impregnados de una delicadeza suave, con una tramazón de nervios de mujer delicada, se cree adivinar el alma vieja de una dama joven. Nadie que haya leído á Matilde Serao sin conocerla, creerá que su figura física, que sus ademanes, que su manera de vivir puedan ser las mismas que sus libros suponen. Matilde Serao es periodista. Pero no periodista de temas elegantes. Todas las mañanas la veréis entrar en la redacción de "Il Giorno", diario que dirige en Nápoles... Entra. Entra gritando. Pero no es que grita. Es que saluda. Bajita, gruesa, enorme, su lenguaje florido, rebosa de exclamaciones bien rimadas por el melódico musicalismo del dialecto napolitano. En seguida se sienta en su mesa. Y es-

cribe. Sus cuartillas negrean. Escribe sin cesar. Los visitantes llegan. La saludan. Le hablan. Ella les contesta y sigue su labor. Sigue criticando en artículos de una fuerza rabiosa. Critica siempre los actos del gobierno... Es casi seguro que ella no comprende nada de política. Pero no se incomoda... Ameniza sus fuegos en "Il Giorno" con la fabricación de sus novelas. Ha escrito tantas, que ya no recuerda ni sus títulos. Tampoco se incomoda... Sabe que sus novelas se leen enormemente. Sus libros encuentran un mercado colosal en Francia, en Inglaterra, en Alemania.

Las viejas novelas de la corrupción, del refinamiento, de la tristeza, del alcohol, ya no tienen lectores. Las novelas de tocador, con muchas cocotas y exceso de picardías, ya no consiguen éxito, ni siquiera en París. También el dulce amante de los vinos diabólicos; el casto pecador de amores buenos; el artista Lorrain, que cobardemente murió cuerdo porque murió llorando; también Lorrain como Oscar Wilde, como Huysmans y como todos estos, los otros y los demás,—ya no tienen lectores ni en el barrio Latino... Y no digais:

—No se leen por moralidad.

No. No digáis eso. No los leen porque no quieren leerlos. Ahora, mientras las principales ciudades europeas practican los temas de esa sobras; ahora las gentes que han educado su espíritu y sus nervios, se cansan de ver en los libros los pecados que ellas mismas cometen. Les parece que leyendo esos libros alguien les reprocha sus acciones artísticas. Y como nadie quiere ser reprochado; como nadie quiere ser herido por ese ojo secreto que observa y que critica; como nadie quiere verse arrugas cuando se examina en un espejo; es natural, es lógico, es humano, que todos sientan ansias de leer algo silvestre... Los enfermos buscan el sol... Por eso, los lectores de novelas campesinas, con escenas en que los personajes practican vidas santas, son las que están de moda. Por tal motivo las novelas de Matilde Serao,—hechas con el talento que ella tiene,—son buscadas por París, por Londres, por Berlín.

Las mujeres honestas, agobiadas de virtud, con los pulmones henchidos de oxígeno y las carnes sonrosadas y frescas que nunca se emocionan aunque pasen por el fuego, seducen. Deleitan. Entretienen... Los amores picantes de las costureritas resultan desabridos. En cambio, el candoroso amor de la muchacha rústica, que llora todas las noches so-

bre la tosca almohada, porque está enamorada de un muchacho que vigila los cerdos, inflama los corazones de entusiasmo.

❀ ❀

Y lo demás igual. La psicología cristalina de las viejas que van á misa, comen y duermen, ha reemplazado á la psicología complicada del lírico monsieur de Phocas. ¿Lo conocéis? Aquel que si no pudo jamás comer un niño crudo, lo deseaba con hambre. Acaso pudo ser hermano mío...

Y como todas las novelas de Matilde Serao describen esa vida sencilla, gustan. Pero gustan además, porque están escritas con un vigor extraño. Raro en una mujer. Sus descripciones parecen cuadros. Su pluma da color. Es pincel. Hace con tinta escenas reales de una castidad pura. Evangélica. Nunca pasa por ellas la sombra de San Antonio martirizado por la reina de Saba...

❀ ❀

Otra escritora italiana de gran fama, que está muy bien al lado de Matilde Serao, es Grazia Deledda. Sus libros han



Grazia Deledda frente al objetivo fotográfico, en Anzio (Roma)

sido traducidos al alemán, al francés y al inglés. Las principales revistas de Europa publican sus novelas. Nació en Cerdeña. Y como conoce á fondo la vida de su isla,—vecina de la de la *vendetta*,—describe escenas de la campiña sarda con una

fuerza que supera en ciertas partes á Zola. Leyéndola créeis que es un hombre. Pero, no. Esta mujer piensa, sí, como un hombre. Mas, es una mujer sencilla. Tiene esposo. E hijos... Es modesta hasta más allá del prejuicio. Las inglesas que leen sus libros, atraídas por sus varoniles altiveces, se sorprenden al verla. Tropiezan con una amable mujer de pescador, que no grita como la Serao. Al revés. Habla como con miedo. El éxito de sus obras,—"Dopo il divorzio", primero, y "Nostalgie" después,—no han logrado mover su modestia. Es



La "pose"...

el tipo clásico de la mujer ignorante que nace con un gran talento natural. Oidla. Ella lo dice. O lo deja ver:

—"Non ho fatto studi. Non sono mai uscita della Sardegna. Ho cominciato a lavorare troppo giovane, per cui ora mi si crede piú vecchia di quel che sono. ¡ho lavorato molto!"

❊ ❊

Y tiene razón. Desde joven, sintiéndose con deseos de escribir, escribió. No tenía ni ortografía. Hoy, todavía, con faltas ortográficas, sus novelas son, en parte, superiores á las de Matilde Serao...

❊ ❊

La tercera escritora, es una bella condesa. Os advierto que es bella y que es condesa. Quiero haceros ver que esta mujer tiene un gran mérito. Siendo condesa y siendo bella, no es fácil encontrar una mujer así, que sacrifique su belleza y su blasón en las fraguas del periodismo. En ese periodismo que combate por conseguir un pedazo de cielo... Su pluma es masculina. Mas no por ello pierde su suavidad, su dulzura, su sentido común... Se llama Zina Centa Tartarini. Firma sus escritos con el pseudónimo de "Rossana". En los diarios de Roma, su voz política produce eco sonoro. El rey Víctor Manuel, molestado por uno de sus briosos artículos, quiso verla. La hizo ir al Quirinal. Ella, la pobrecita, toda temblorosa, acudió, con miedo. El rey que la veía por primera vez, preguntóle nerviosamente:

—¿Sois vos la autora de este artículo?

—Sí, majestad. Soy yo...

—¿Y no estáis arrepentida de haber escrito esas insinuaciones contra mí?

—Majestad: los periodistas somos como los reyes. No tenemos el derecho de arrepentirnos.

El rey,—que es, además de rey, caballero de Italia,—se inclinó ante la condesa. Y le besó la mano...

Anzio (Roma).



Condesa Zina Centa Tartarini conocida en la literatura de Italia por "Rossana"

S. M. EL REY DE LOS CARLISTAS

—Cuando yo era anarquista... Efectivamente. Yo he sido anarquista. Tal vez lo siga siendo. ¿Tal vez? O sin tal vez. ¿Quién conoce el rumbo de las almas enfermas? El hombre, en sus minutos de sagrado silencio, cultiva siempre las orquídeas del odio. El odio es como el amor. Es un sano entretenimiento del espíritu. Y ya sabéis que el espíritu es un niño. Cuando se aburre, juega. ¿Es malo jugar? Las almohadas y los manicomios podrían aducir reflexiones algo más sutiles. Callemos... Entre tanto observaos á vosotros mismos:

En vuestras horas de fermentación ideológica, en vuestras horas de santidad nocturna, en vuestras horas de caída satánica, en vuestras horas de rabia apostólica, ¿no habéis fabricado bombas de dinamita?... Esas bombas, esa dinamita, las destináis á todo lo que está por encima de vosotros... Así odiais á los reyes y á los millonarios... Y sois injustos. Nadie más inocente que los millonarios y los reyes... ¿Por qué los queréis mal? Tenedles lástima. Mueren como vosotros... Y si, por acaso, esos reyes han perdido la corona, miradlos con mucho más respeto y más cariño. Tengais ó no tengais las ideas que ellos tienen, acordaos de que es más espantoso caerse como ellos del trono en donde nacieron que vivir, como vosotros, en el catre de siempre... Ante el dolor humano las bombas de dinamita son injurias. Son blasfemias... Tened compasión para los pobres reyes. Y, sobre todo, para los pobres reyes que han caído.

* *

Aquí tenéis uno. Su alma es de oro... He ido á visitarle. De los reyes sin trono es el que tiene historia más hermosa, más cruel, más sanguinaria y tal vez más simpática. Es el descendiente en línea recta de Felipe II, de Carlos VI y de Fernando VII... Su sangre es de las más legítimas.

Venecia, 1907.

Con gran satisfacción mando un afectuoso saludo á los Argentinos, de cuyas delicadas atenciones y de cuyo espléndido país conservo un imperecedero recuerdo, y aprovecho de tan grata ocasión para dirigir una palabra de aliento á los buenos Españoles que en esas apartadas regiones mantienen viva la fé religiosa de nuestros padres y el culto de la patria y de sus venerandas tradiciones, sin olvidar yo á esa brillante Juventud Carlista, recientemente fundada en Buenos Aires, que constituye una esperanza para nuestra querida y hoy tan desgraciada España.

Cárlos.

Es hijo del muy católico caballero don Juan, príncipe de Borbón, que tuvo entre sus virtudes, dos pecados muy bellos: era guerrero y, además, trovador...

* *

Si. Os hablo del que fué Carlos VII y hoy es, solamente, duque de Madrid. Desterrado de España, su nombre es todavía una bandera. Navarra es suya. ¿Suya? La boina tradicional de los carlistas, despierta todavía entusiasmos guerreros y también muchos odios. Es un hombre inteligente. A don Carlos de Borbón se le odia tanto como se le adora. ¿Quién tiene razón? Los unos y los otros... No me importa saber cual grupo más ó menos. No quiero discutir si las ideas católicas de don Carlos son buenas ó son malas. Son ideas. Eso basta. Cada creencia tiene sus devotos... Lo que me interesa no es saber si cree en Dios ó si cree, como yo, en Nuestro Señor de los Infiernos... Tampoco quiero analizar si fué justo en sus guerras ó si, acaso, fué injusto. No quisiera probar que merece el trono de España, ni me agradaría demostrar lo contrario. Si Alfonso XIII me encanta, es porque sabe sonreir y porque sabe ser valiente y ser bueno. Si el Papa me agrada es porque también sabe ser bueno como un niño. Un niño que lastima sin saber lo que hace... Y si Carlos VII me gusta es porque también sabe ser bueno y porque sabe sonreir con dulce ingenuidad...

* *

He ido á verle. Y he creído tropezar con un ogro. Muy al contrario. Me he encontrado con dos brazos abiertos. Con un niño... Vive en Venecia, en el viejo palacio Loredán, regalo de su buena madre, la archiduquesa María Beatriz que falleció el año pasado. He recorrido, con devoción de artista, los hermosos salones de esta muda mansión. En su ambiente parece flotar el alma quijotesca de los antiguos reyes españoles. Allí es donde ahora, el malaventurado Carlos VII sufre los dolores de una riqueza llena de miserias... Recorriendo las salas emocionantes, he pensado en los Reyes de Daudet. He pensado en el enorme sufrimiento de esos corazones que vivieron siempre calentados por el sol de la patria, y que hoy viven lejos de ella, en la obscura paz de las cárceles regias... Y he visto desfilar ante mis ojos, el salón de las batallas. Y al verlo he pensado en las horribles

y deliciosas matanzas de Lácar y de Somorrostro, en donde la espada de Don Carlos cortaba como un hacha, brillando como una cruz... Después, el cuarto de las banders. Allí, sí. Veis por todas partes banderas descoloridas. Banderas rotas. Banderas heroicas, llenas de manchas grises que fueron en un tiempo manchas de sangre roja... Arriba, en el techo, en las paredes, en las puertas, en las ventanas, en todas partes veis banderas. ¡Son banderas heroicas! Son banderas que parecen tener alma, corazón, vida. Y son bellas como mujeres. Son bellas no por las ideas que defendieron, sino por los heroísmos que presenciaron... ¡Son banderas heroicas! Imagináos ver á este rey caído, á este rey expatriado que vive sin llorar entre los trofeos de sus glorias extintas... En medio de ellas pasa todo el invierno. En verano, va á Suiza. Allí, en Lucerna pude conversar con él. Hasta estuve en su mesa patriarcal. Y paseamos...

* *

Me habló de la República Argentina con un placer intenso. Como sabéis, Don Carlos estuvo en Buenos Aires hace veinte años. Conserva, cual una vieja flor, el recuerdo de cómo le trataron. Oidlo:

—"¡Oh! es aquella una gente distinta de las otras. ¡Tan franca, tan sencilla!... Se desesperan por hacer un favor. Los argentinos han sido siempre para mí muy buenos. Muchos me honran con su amistad. Pero de todas esas amistades, la que más quiero es la de una niñita que, desde allá, á menudo me escribe postales. Yo siempre le contesto. ¡Es tan bonita! Es "Malala".

* *

Y, don Carlos, paseándose por las calles de Lucerna, con su gentil esposa la princesa de Rohan, prosigue hablándome de sus excursiones á través de América, de Egipto, de la India... Pero vuelve otra vez á Buenos Aires. Y se acuerda con un cariño efusivo del Dr. Oller, el inteligente periodista español que lucha en la América del Sur por el carlismo. Y habla del general Roca. Y me pregunta por la condesa de Oromí, con la cual fué padrino en la bendición de unas campanas... Yo le digo:

—La condesa de Oromí ha muerto...

Y el ex rey se conmueve. Con los ojos húmedos de tristeza, enmudece. ¿En qué piensa? Detrás de nosotros, el hermoso perro danés de Don Carlos nos sigue á pasos largos.

Largos y lentos. Viene con él, un negrito. Es Yusuf Abashi. Vestido á la egipcia. Al oirme me mira. Me muestra los dientes. Sonríe... Cansado de oir hablar en el agrio alemán de Lucerna, parece que se alegrara de mis palabras nacionales. Después se alegra mucho más cuando Arce lo retrata. No quiere que lo retrate solo. Quiere estar con el perro. Por eso me dice señalando al severo animal:

—Yo soy el padre...

* *

Este negrito tiene su historia. Abandonado por la madre en Egipto, Don Carlos lo recogió. Doña Berta, que es una gentil matrona de corazón de reina, lo ha criado. Ella lo educa. El Papa Pío X, le ha dado un autógrafo que es el documento más largo que haya escrito el Pontífice... He preguntado á Don Carlos qué pensaba sobre la situación política de España. Su entusiasmo no decae. Cree que España es la nación más desgraciada de Europa. Y agrega:

—"Es necesario que los buenos españoles se unan. Hay que luchar por el triunfo de las buenas ideas. Veo que en la Argentina la juventud carlista es fuerte y decidida. Que trabajen. Venceremos..."

* *

Le hablé de la solidaridad catalana. (Taquigrafía:)

—"Antes de morir tendré la dicha de poder ir á cumplir, como conde de Barcelona, la solemne promesa que hace 34 años hice á los pueblos de la antigua Corona de Aragón. ¡La sagrada promesa de devolverles sus fueros venerandos! E implantaré un sistema que ha de levantar de su actual postración á todas las regiones españolas..."

* *

Y el ensueño continúa brotando en frases muy ardientes de los labios del ilustre señor. Es un contraste. Sus labios ya no tienen la juventud altanera de otros tiempos, pero sus palabras, al caer, queman como carbones rojos... Cuando eso sucede, Doña Berta, cree oportuno derramar sobre tanto fuego su melodiosa sonrisa de reina maternal. Y me asegura que el año próximo irá á Buenos Aires, con la bella condesa de Urquijo y con la gentil condesa de Ayamans. Ambas señoras están allí presentes. Sonríen. Son felices con la esperanza de un viaje tan lejano, tan peligroso... Yo las asusto con

los indios. Y les hablo de un Tabaré que se enamoró de una española. Les hablo de asesinatos de pasión, de odios y de flechas. Ellas, sonríen. Sonríen cada vez más en torno de Don Carlos. Sonríen para alegrarlo. Y tejen sutilezas florales con ingenio español. Pero Don Carlos no es joven. Se queda triste, viendo por encima del Lago de los Cuatro Cantones, como muere orgulloso, detrás de las nieves del Rigi, el hermano mayor de todos los reyes: ¡el sol!

Lucerna (Suiza) Agosto, 1907.



Don Carlos de Borbón y su esposa doña Berta de Rohan



CON EL DOCTOR MARAGLIANO

—¡Por fin!

—¿Será cierto?

Tal vez, sí. Quizá, no. ¿Quién sabe? En estas cosas graves es malo sonreir. Es malo dudar. Mucho más vale creer. Creer verdades. Creer mentiras. Sobre todo, si son mentiras dulces... Pero aquí, en este caso, parece lo contrario. El mundo científico europeo, abstraído siempre en sus laboratorios, ha dejado por unas horas su trabajo. Ha querido,—esta vez,—escuchar la voz de un sabio profesor genovés, que, lleno del sagrado fuego de Colón y de Cristo, intenta, desde hace años, abrir un nuevo camino terapéutico. Y cuando en Europa, los hombres científicos escuchan, es por que, sin duda, oyen un ruido... ¡Curar la tuberculosis! ¡Con cuánta avidez se leen estas promesas! Cuántas caras pálidas, cuántos ojos hundidos, cuántas manos húmedas de sudores helados, se preocupan en seguir la marcha de los experimentos... ¡Curar la tuberculosis!... Y cuántos de los que alguna vez hemos llo-

rado sobre el cadáver de una flor herida por el mal de Mimí, sentimos en el alma un ansia loca de buscar la verdad. De tomarla por el cuello. Y, ¡oh, gran Dios! de matarla como se mata al más fiel enemigo.

* *

Por el telégrafo sabéis que el ilustre Maragliano ha sido objeto en Italia de una de las demostraciones más justas que pueda tributarse á un hombre sabio. El médico argentino doctor Podestá, asistió á ella. Fué el único representante científico de América que hizo acto de presencia en esa brillante fiesta de almas, de corazones, de cerebros. Por lo demás, ya sabéis que el doctor Eduardo Maragliano,—(ayer N. N. y hoy demasiado popular),—es el último descubridor de un suero contra la tuberculosis. En 1905, en el Congreso de Bordeaux anunció la existencia de una substancia defensiva. específica, antituberculosa. Además, indicó y probó la posibilidad de crearla en el medio orgánico de los animales, para después extraerla y aplicarla á la clínica humana. Poco después, en el Congreso de Lione, su presidente, el famoso Arloing, proclamó la superioridad del estudio de Maragliano. De ahí el éxito...

* *

Maragliano tiene en experimentación varios casos. El resultado es óptimo. La tuberculosis no puede resistir mucho tiempo la influencia de su remedio. Tal vez se logre suprimir ese terrible mal, cuyas hondas raíces dominan, sin perdón, toda la tierra. Si Maragliano, como se espera, triunfa, tendrá en cada pueblo una estatua y en cada corazón un "padre nuestro"... Entretanto, mientras espera, lucha. Lucha, como un bravo, contra los imposibles. Elabora un porvenir con escombros de pasado y luces de juventud...

* *

Fuí á verle. Es un hombre bajito. Nervioso. Algo tartamudo. Muy galante. Muy italiano. Tiene en la boca un gesto perenne de risa involuntaria. Un gesto de hombre que hubo de ser alegre y á quien los dioses condenaron á ser triste.

* *

—"Es usted de América?—me dijo.—Aquello es envidiable. Aquello crece... Yo lamento mucho no saber hablar el castellano. Conozco á muchos grandes médicos de Buenos Ai-

res. Pienso ir allá... Yo no sé si mi suero dará el resultado que ambiciono. Me he propuesto curar la tuberculosis. Es mi único ideal. Además, es una obligación sagrada. Un deber. No un capricho... ¡Es un deber sagrado!"

* *

Luego pasamos al jardín. En un ángulo, la arboleda parecía aumentar en hermosura con la presencia de una niña. Era una joven. Acostada en un largo sillón, languidecía, bajo los árboles. ¿Enferma? Abría y cerraba los ojos, con dolor, con pena, con angustia. ¿Sufría? Sobre la blancura de lino de su rostro,—tan bello y tan ingenuo,—dos manchas sonrosadas mentían una salud de flor enferma... ¡Pobrecita! Al verla comprendí cual era la obligación sagrada de ese hombre que, impregnado el cerebro de ciencia y repleta el alma de ternura, lucha para inventar un suero que salve á... ¡Silencio!...

* *

—Además,—díceme Maragliano,—he instituído un premio anual para el mejor trabajo hecho en Italia, sobre la tuberculosis. El premio será asignado según el juicio de una comisión presidida por el profesor de clínica médica de la Universidad de Génova.

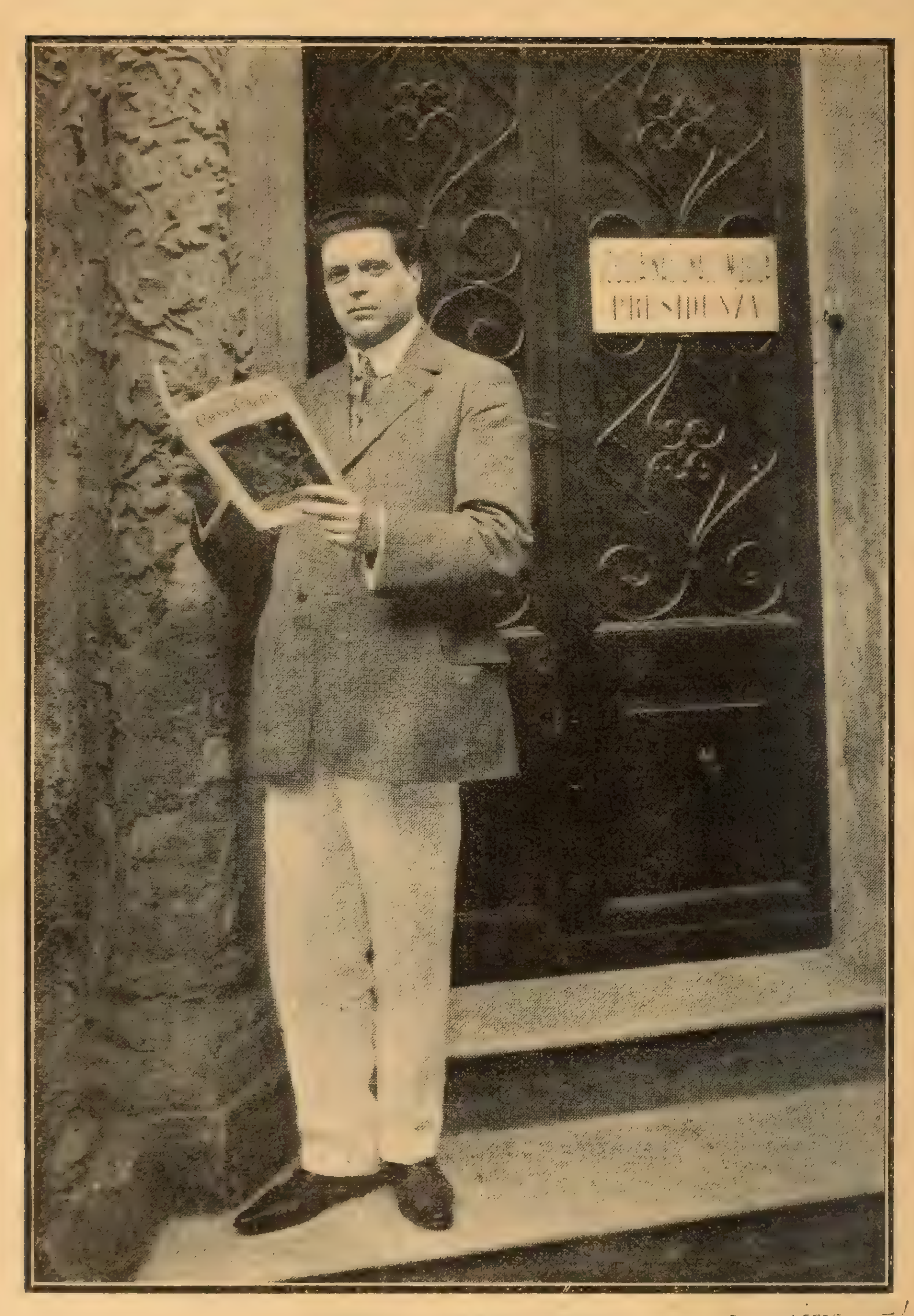
—¿Y es necesario que el trabajo sea hecho en Italia?

—Sí. Pero no se tomará en cuenta la nacionalidad de su autor. Nada impide que sea italiano, argentino, uruguayo...

* *

Ya véis. Lo único que Maragliano quiere es hallar un remedio... ¿Encontrarlo él? ¿Qué otro lo encuentre? Es lo mismo... Quiere que los pobres tuberculosos y las pobres tísicas se curen. Nada más. Que el remedio se encuentre en cualquier camino de la ciencia... Maragliano no es un dogmático. Ama la ciencia libre, sin convencionalismos. Y si como senador del reino es liberal, como hombre de ciencia ama las cumbres y las testas nuevas. Ama la revolución... Actualmente dirige el instituto de clínica médica en la Universidad de Génova. Ante Maragliano hoy los médicos más célebres se inclinan. Y ante él, los tuberculosos se arrodillan, y con los ojos llenos de esperanza, lloran...

Génova, Junio, 1907.



PIETRO MASCAGNI

A primera vista Mascagni se os aparece como un león. ¿Verdad? Pega. Grita. Rompe sillas y mesas. Después, poco á poco, lentamente, creeis ver en el fondo de su espíritu una chispa de locura sabia. Seguís mirando. Lo dejáis hablar. O lo dejais callar, que es la mejor manera de entender á

los músicos. En seguida, cuando ya sabéis que su corazón es bueno, que tiene ternezas de niño y entusiasmos de adolescente, no salís de vuestra admiración. Después veis que torna á romper las cosas que encuentra más á mano. Y que sonríe. De repente se os aparece amable como un cura viejo. En seguida se os presenta trágico como una mujer envenenada de extricnina amorosa... Pero, al fin, lo comprendéis. Al fin lo descifrais. Al fin, después de conversar con él en horas diferentes, en distintos sitios, bajo cielos diversos,—ya sea junto al piano, ó en la confitería, ó en la mesa de juego,—al fin podéis exclamar:—"¡Lo he comprendido!..." Y en seguida decís, como al principio:

—¡Es un león!

La idea que Mascagni os infunde cuando lo veis por vez primera, es la misma que os sugiere al final. Si Mascagni no es Wagner, como irónicamente le gritó D'Annunzio, es por lo menos un león que sabe dar rugidos musicales. Y ya es algo. No todos los genios poseen el talento de los leones salvajes. Para ser león hay que saber rugir. Y Mascagni lo sabe... Si en el resto del mundo, el maestro no tiene ya el prestigio de antes, en Italia lo miman y lo odian. Lo aplauden y lo pisan. Y entre aplausos y pisadas, entre mimos y entre odios, Mascagni se sostiene y triunfa cuantas veces quiere. Con D' Annunzio se reparte en Italia el prestigio popular, y el poder de los papas y los reyes. Es un ídolo. Ser amigo de Mascagni y obtener el honor de una firma, es, en Roma, tener bajo los pies un pedestal de mármol..

* *

Hace poco, el maestro estuvo en Norte América. Ya conocéis lo que allí le pasó. Los yanquis casi mandaron su cadáver á Italia. Fué á dar varios conciertos. En uno de ellos el maestro tuvo un acceso de genialidades. Pero genialidades sin "pose", como todas las de él. Rugió fuerte. Pero los norteamericanos que no conocen el alma de los leones, se enojaron. El flemático pueblo se llenó de encono... Entonces el maestro enojóse más que ellos. Mordió. Tuvo que disparar. Huir...

Ahora vive un poco más tranquilo. Ha fundado una excelente academia de música. Con la ilustre condesa de Garbini se entretiene en hacer canarios y enseñar composición

á las niñas romanas. Le he preguntado si no pensaba ir á Buenos Aires. Me ha dicho:

—"Iré. No sé cuando. Pero iré... El empresario Paradosi, que es gran amigo mío, tenía intención de llevarme á dirigir allá varios conciertos. Pero no pudo. Cuesto muy caro. Cuesto mucho. Buenos Aires todavía no quiere verme... ¡Cuesto muy caro!"

Yo le aseguré que la gloria de verlo en Buenos Aires nunca podría ser cara. Pero él, comprendiéndome, sonrió por no decirme la verdad.

Ni siquiera rugió... Pues por encima de todo, Mascagni es un caballero. Si no lo es de raza, lo es de corazón. Es italiano, y, por lo tanto, noble. Agrada estar con él. A veces da miedo. Pero á menudo encanta... La historia de cada triunfo de Mascagni es una novela de relámpagos. Creo que sabéis cómo su nombre subió de repente á las alturas y cómo fué consagrado maestro. Sin embargo, lo contaré para mí mismo:

* *

Mascagni era un anónimo profesor de música del más humilde pueblecito de Italia. Allí era un campesino. Vivía como un joven de esos que al parecer sueñan en algo. Era uno de esos muchachos sin estrella que simulan ser tontos porque no se amoldan al nido de los padres. En aquel pueblo se casó. Como la música no es, por desgracia, pan, sintió que el hambre le mordía las entrañas. Su alma, entonces, tuvo vibraciones de orquesta. Un día, el editor Ricordi, abrió un concurso de óperas en un acto. Las obras presentadas fueron muchas. Y las había muy bellas... Mascagni, por tentar al diablo, puso música á un drama de familia. Un drama de su mismo pueblo. Escribió con el corazón. Lo envió al concurso. Obtuvo el primer premio. Fué así que surgió "Cavalleria"... Su triunfo lo llevó á las nubes. En ellas está. No duerme. Trabaja. Cada ópera nueva es para él un éxito y, además, una buena derrota. En Europa el éxito se obtiene con silbidos y aplausos. En los diarios se cobra mucho más un artículo lleno de insultos que de elogios. D'Annunzio paga para que lo acusen de plagiario. Sabe que así sus admiradores le rezarán con unción más sagrada.

* *

Mascagni tuvo hace poco una violenta polémica. Dijo á los editores cosas rudas y también cosas tristes. Entonces D'Annunzio, cuyos divinos perros tienen, como el arrogante de Alcibiades, la cola bien dispuesta al sacrificio, intervino en la escena. Y fué un drama de belleza selvática ver en lucha sagrada al poeta magnífico y al músico triunfal. Luchaban con frases. Frases que parecían puñales de Florencia.

La juventud de Mascagni disculpa todos sus errores. Es un artista. Y los artistas, cuando son jóvenes, nunca fracasan. El fracaso de los hombres de genio es no morirse, como de Musset, á tiempo... La nueva ópera inédita de Mascagni, de la cual he tenido el honor de conocer dos partes, es superior á todas sus anteriores.

—¿Por qué no la estrena en Buenos Aires?—le dije.

—Por que...

Y la frase terminó en un rugido.

Roma, Julio, 1907.

———



UNA VISITA A SU SANTIDAD PIO X

—¡El Papa!

—¿Queréis verlo? Sí. Venid conmigo... Ya sabéis que el jefe supremo de la iglesia católica está enfermo. ¿Qué tiene? Sufre un terrible mal. Los médicos que lo examinan diariamente, tiemblan ante el progreso de la fatalidad. Es un mal silencioso. Viene como la muerte. Sólo ataca á los que en la primera juventud gozaron mucho y descansaron más... Diríase que algo como un fantasma se cierne sobre la cabeza blanca de este buen campesino. Modesto sacerdote de Venecia, cuando llegó á la silla patriarcal de San Pedro era robusto, sano, vigoroso, alegre. Hoy, enflaquecido, pálido, renqueando, suspira en la estrechez de su enorme prisión como un

pobre pajarito triste que se muere de nostalgia en una jaula de oro... Sin duda, debido al mal estado de Pío X, las autoridades del Vaticano han reducido el número de audiencias. Y me refiero á las públicas, pues en cuanto á las privadas resultan imposibles.

¿Cómo describiros la entrada al Vaticano? Imposible. Y vulgar... Tenéis que subir y bajar escaleras con los bolsillos llenos de recomendaciones. Para poder subir las escaleras tenéis que hacer legalizar primero vuestro frac. Aunque os parezca una ironía, para poder acercaros al representante de ese delicioso peregrino que se llamó Jesús, os obligan á vestir traje de gala. Además, tenéis que llevar la galera de felpa en una mano y los guantes blancos sin poner, en la otra. Si no lleváis el aviso de audiencia, los guardias suizos os asustan con el arma agresiva, y os prohiben el paso... Si queréis llevar una pequeña máquina fotográfica, el problema no tiene solución. Al penetrar en el primer patio, un gendarme os la quita, y la deja en custodia, como hicieron con la nuestra. Creían que era una bomba... ¡Qué diferencia con el gentil y caballeresco sistema de nuestro palacio Arzobispal, en donde se recibe afectuosamente á todo el mundo!... Merced á la actividad de varios sacerdotes que pusieron cariñoso empeño en protegernos, pudo la máquina de Arce funcionar impunemente por el Vaticano.

* *

Pío X me recibió con una sonrisa tan amable, tan sana, tan pura, que hízome olvidar las peripecias sufridas para verlo. Después de esperar media hora, entró en la sala, lentamente. Todo blanco. Todo pálido. Me pareció una imagen de León XIII. ¡Qué triste! Cuando me arrodillé, hizo un gesto de humilde gentileza. Me puse de pie. Luego, sentóse en su modesta silla. Comenzó á hablarme. Y me habló despacio, en italiano. Pero con cantito véneto. En su dialecto... Me habló con una suave voz llena de música. Yo no sabré deciros si fué aquello una ilusión de mis oídos, ó si fué realidad de sus palabras. Pero lo cierto es que yo escuchaba en la voz de Pío X, ese timbre suave, misterioso, lejano, que sólo se puede oir en las palabras de las mujeres que sufren demasiado y lloran mucho...

* *

Ya sabéis que á los papas, como á los reyes, no se les puede interrogar. Sólo se les contesta. Sin embargo, Pío X es un hombre tan poco pontífice, que cuando habla se olvida de la misión difícil que le imponen los cánones. Habla y deja hablar con la exquisita ingenuidad de su espíritu santo. Por eso le dije:

—Las repúblicas del Plata sienten por S. S. gran devoción...

—¡Oh, son muy amables! Ya lo sé... Son muchas las demostraciones de cariño que aquellos pueblos me tributan. Dígales que los quiero mucho, y que les envío mi más sincera bendición... ¿Naturalmente que allá, como aquí, los enemigos del catolicismo deben ser muchos?

—Sí.

—Pero la ley de Dios siempre triunfa.

—Aquellos son pueblos nuevos que necesitan para florecer, la evolución de todas las ideas.

—Son pueblos muy simpáticos.

—Hay allá muchos católicos.... Aspiran á tener un cardenal.

—¡Ah!... ¡Un cardenal!

Su Santidad guardó silencio. ¿Esquivaba? Luego, me preguntó paternalmente:

—¿Y estará usted mucho tiempo en Italia?

—Sí.

—¡Es una hermosa tierra!... No deje de ir á Venecia. ¡Qué poesía tan intensa la de aquella región! Vaya usted....

* *

¡Oh! El entusiasmo con que Pío X me hablaba de Venecia, hízome sentir en lo más hondo la congoja de este varón virtuoso, que llora en el silencio de su palacio la ausencia de su amada: Venecia.

* *

Es un cuento de dolor y de pena la vida de este anciano, que sin llevar sobre sus cabellos muchos años, parece un viejo inerme. Cuando solamente se le conocía por el nombre de José Sarto, era feliz. Al lado de su madre,—una buena viejecita,— y de sus hermanas, muy devotas, amaba la vida. Gozaba. Tenía una pequeña huerta. Todas las mañanas, al levantarse, decía su misa en la capillita del pueblo. Luego tornaba á su

casa, y en la vieja mesa de madera ordinaria, tomaba con su madre el sabroso cafecito con leche. En seguida, iba á la huerta. Allí, con amor de jardinero cultivaba legumbres. Después á dormir. Y al día siguiente, lo mismo. Siempre lo mismo. Con la dulce monotonía de los mismos placeres. Ya véis. Así vivía. Por eso llegó á ser Patriarca de Venecia. Era, os repito, muy feliz.

* *

Pero, escuchad: de repente, cuando la muerte de León XIII, lo llamaron de Roma. En el conclave se le necesitaba. ¿Para qué? Para que hiciera número... Fué. Asistió á las reuniones. Pero como la política del Vaticano, tiene exigencias de política criolla, no fué posible nombrar papa á Rampolla. Era demasiado joven. Sabía mucho... Y como Rampolla no podía serlo, se pensó en uno que fuera silencioso, tranquilo, que tuviera muchas canas, y que no conversara demasiado... De todos los cardenales papables, el que menos frases pronunciaba y el que más canas tenía, era este humilde cura de Venecia, que para evitarse el disgusto de decir:

—No.

Decía siempre:

—Sí, sí.

* *

Le sacaron de su silencio, de su hogar tibio, de su cama pobre de jergones tan duros. Lo alejaron de los besos cariñosos de su madrecita, y se lo llevaron al fastuoso palacio en donde cada piedra lleva una firma célebre, y en donde cada puerta tiene siete candados...

Imagináos á esta palomita, sola, sin madre, sin huerta, sin legumbres, sin el café con leche en su mesita humilde... Imagináos á este espíritu modesto, apocado, tímido, que de repente es sacado de su modestia, de su timidez, y conducido al son de músicas y cánticos, á un palacio que es tan enorme, que parece muy pequeño, y tan lujoso que parece una mansión de reyes del Oriente...

* *

Ved lo que ha pasado el otro día, y que toda Roma,—siempre sentimental,—comenta entre suspiros. Una de las hermanas del papa está casada. Su esposo, un excelente hombre

—un obrero—era el compañero predilecto de Pío X. Hace poco se enfermó de muerte. Agonizaba. Estaba en Venecia. El papa supo la noticia y comenzó á llorar. Lloraba como un niño. ¡Pobrecito! Quería verlo. Quería ir á la cabecera de su cama, para darle á su amigo el último consuelo. Pero no podía. El desgraciado moribundo, clamaba por el papa, su compañero de la infancia, pero Pío X no podía ir. ¿Por qué? Por una razón sencilla. Era papa... No podía salir del Vaticano... Cuando el cuñado de S. S. murió, nadie se atrevió á darle la noticia. Al fin, él la adivinó. Es claro. En silencio, se fué al jardín. Se fué á un obscuro rincón, junto á una fuente. Allí de rodillas, lloró. Lloró mucho... Y los camareros lo oyeron llorar hasta muy tarde... Ya véis que Cristo no anda á veces tan lejos de la tierra...

* *

A pesar de todo, Pío X, no goza de la popularidad ni de la simpatía de León XIII. Guillermo Ferrero, que tal vez por nuestra ingenuidad de hombres honestos, es más conocido en Buenos Aires que en Italia,—dijo hace tiempo: "Yo no conozco los secretos de la pequeña Hierápolis colocada ultra Tíber, ni las ideas, los intereses, las pasiones que hierven y fermentan bajo la impasible cúpula de San Pedro. No estoy en situación de discernir en este caso lo verdadero de lo falso, la leyenda de la historia en las innumerables explicaciones con que los diarios de Europa han creído poder motivar la política vaticana en los asuntos de Francia. Pero la comparación entre León XIII y Pío X, que está, casi diría, latente en tantos espíritus, sobreentendida en tantos raciocinios, implicada en tantas reservas y cautelas y juicios, me parece una cuestión mucho más grave que los daños y peligros á que un pontificado políticamente demasiado inexperto, pueda exponer á la iglesia: una cuestión fundamental, que es quizá la más grave entre todas las que hoy se alzan ante la iglesia católica: la cuestión de la elección del supremo gestor de la iglesia. Si se cree que á Pío X le faltan algunas de las grandes cualidades de su predecesor, que son necesarias para el altísimo cargo, ¿debe su elección considerarse como uno de los errores inevitables en todas las elecciones humanas, y por lo mismo accidental, singular, que no hace ley?"

* *

Sea como sea, la diferencia entre el papa fallecido y el actual es muy grande. Sobre todo, juzgando desde el punto de vista popular. Cuando vivía León XIII, se decía que sus decisiones en el Vaticano eran las que valían. Y que en su vigorosa actividad de anciano, recio, fuerte, hecho á todas las diplomacias y batallas sonrientes, sabía imponer su opinión, su voluntad, sus creencias. Ahora se duda de Pío X. Como se le ve siempre triste, siempre nostálgico, con esa mirada de hombre prisionero que le molestan los adornos, las pompas, las ceremonias, comienza á murmurarse que ha delegado todos sus atributos en las altas personalidades políticas que le rodean. Por eso, cuando en el Vaticano se anuncia la aparición de una encíclica ú ocurre algo grave, en seguida los periodistas van á ver á Merry del Val, á Rampolla, á Bisletti...

Tenéis que estar alguna vez en presencia del papa, para comprender lo que pueden tener de verdad los rumores que acerca de él circulan. Si lo véis en una audiencia general, á una de las cuales me fué dado asistir como "peregrino de Inglaterra", adivinaréis en seguida la molestia que el papa experimenta ante tantas reverencias y salutaciones. Se conoce que él quisiera recibir á todos en privado, en la intimidad de su escritorio. Se comprende que él, con su gran corazón, ansiaría hablarles á todos, sin ceremonias, sin seriedades dogmáticas, sin frases latinas. En cambio tiene que hacer esto: si los peregrinos son muchos, pasa por entre medio de ellos, con un apresuramiento de hombre cansado. Pasa. Pasa sonriendo, arrastrando su lamentable pierna derecha, hinchada por la gota. Y lo veis pasar como una sombra blanca, detrás de una corte de sacerdotes, de camareros, y de esos pintorescos soldados suizos, cuyo traje, de colores activos, pone sonrisas en las devociones más sagradas... Y, después, lo veis detenerse, allá, en la puerta del salón, ó en el trono del patio, y escuchais la bendición que pronuncian sus labios, y que la modulan sin entusiasmo, sin esa aristocracia de León XIII, que hacía conmover el corazón más loco, el corazón más vacío de creencias, el corazón más flaco de virtudes.

Fuera de esto, se comprende que la política nerviosa del Vaticano no ha sido hecha para las manos de Pío X. Aquel anciano débil no puede dirigir esa vorágine, esa corriente de voluntades, ese temporal de aspiraciones que suben y bajan las escaleras de la prisión papal. Si Pío X actuara co-

mo los viejos papas de la historia romana, tendría que perder la razón. Allí las influencias del ministro Merry del Val y de Rampolla,—aunque contrarias,—son las que gobiernan. Por eso, últimamente, cuando el primero fué objeto de una demostración muy agresiva de parte de los socialistas de Marino, toda Roma se conmovió, como si el ofendido fuera el papa... Se hicieron actos de desagravio, y la casa de Castelgandolfo, donde el cardenal pasa el verano, fué la meta de muchas peregrinaciones.

* *

En el momento de cerrar esta correspondencia, los diarios traen graves noticias. Primero: la salud del papa. Después se habla entre líneas de las consecuencias graves que pueda traer la modificación del "Sillabus", con motivo del modernismo. El telégrafo os habrá dado detalles bien completos. El Vaticano y el Quirinal parece que están más distantes de lo que se supone. Según me informan, se piensa suprimir las ceremonias del jubileo, señaladas para septiembre próximo. ¿Cuál es la causa? Algo grave. La reina Margarita viene á Roma. Es necesario usar los puntos suspensivos...

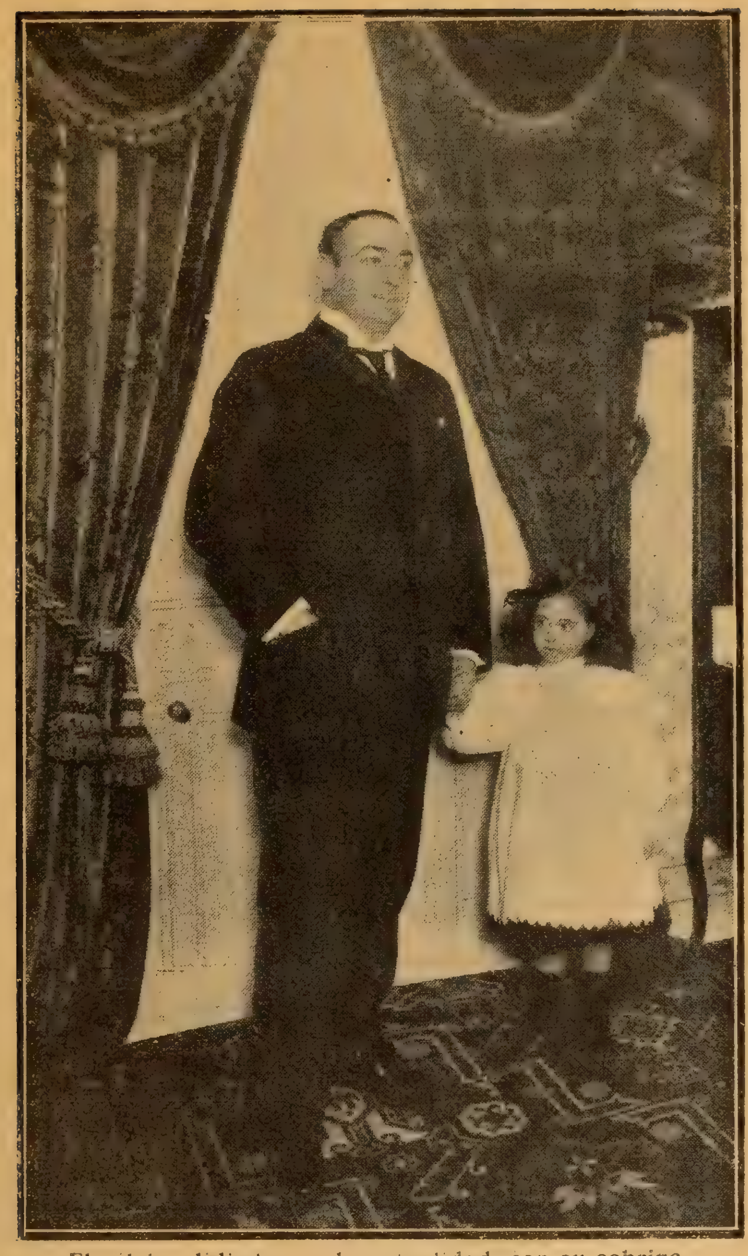
* *

He hablado con un alto representante de la iglesia, á propósito de quien podrá ser el futuro cardenal argentino. Le he prometido silenciar su nombre, y me ha dicho con exquisita gentileza:

—Unos creen que monseñor Romero. Pero es casi seguro,—muy seguro,—que será monseñor Padilla... Cuenta aquí con muchas simpatías."

Y nada más.

Roma, 1907.



El célebre lidiador en la actualidad, con su sobrina.

LA VIDA NOVELESCA DEL TORERO MAZZANTINI

En Madrid. Puerta del Sol... Gente. Mucha gente. Tranvías. Ruidos. Automóviles. Músicas. Gritos. Alaridos. Canciones.

—¡Adiós, Maestro!

El maestro pasa...

Al verlo, Machaquito se saca el chambergo. Saluda. Pero saluda con unción de cura que ve pasar el viático. ¿Quién

será ese *maestro*? Algún hombre famoso debe ser para que Machaquito le salude con tan fina humildad... Yo miro. Veo un hombre alto. Grueso. Sin coleta. De luto. Pasa...

—¿No le conoce usted?

—No. ¿Quién es?

—¡Oh! El maestro...

—¿El maestro?

—Sí, hombre. ¡Es Mazzantini! ¡El rey del volapié!

—¿El torero?

—Ya no es torero. Ahora es teniente alcalde de Madrid. ¿Quiere usted visitarle? Vaya usted á verle. Es muy amigo de los americanos. Le contará la historia de su vida. Es una novela. Puede usted escribirla en folletín...

—No. Muchas gracias. Pérez Escrich, murió. No ha dejado herederos...

Pero, á pesar de todo, en cuanto pude, fuí. ¿Cómo no verle? ¡Luis Mazzantini! Su nombre es para mí una mágica fuente de recuerdos lejanos. Al pronunciar su nombre, mis años infantiles surgen en mi memoria, y bailan locamente, llenos de Mazzantini. Todavía conservo en los ojos la visión solar del torero famoso que vi en Montevideo. Yo era chico. Muy chico. Era un pillete... ¿Cómo lo vi? Fué casi un milagro. Casi un cuento... Hallábame un domingo á la puerta de la plaza de toros. Era en la Unión. Allá. Donde está ahora... Con la boca abierta miraba tristemente los carteles: "Gran corrida... Se lidiarán seis bravos toros... Tomará parte el célebre Mazzantini... Precio de las localidades...", etcétera.

Ahí, precisamente, en el "precio de las localidades...", era donde mis ojos tomaban ese reflejo de odio que más tarde sólo he visto en los bueyes... La gente se agolpaba para entrar. Se atropellaba. Era, así como el mar. Entraba en olas... ¡Qué delirio! La fama y la belleza de Mazzantini atraían una multitud de mujeres hermosas. Cuando ellas pronunciaban el nombre de Mazzantini parecía que saboreaban en los labios un beso... Por otra parte, ya sabéis que Montevideo ha sido siempre, para los toros, y para los toreros, semejante á Madrid... Sigamos. La fiesta empezó. La plaza estaba llena. Repleta... Yo, entretanto, permanecía inmóvil, frente á los carteles. Con la boca abierta. Solo... Siempre, con tristeza, deletreando: "Gran corrida... el célebre Mazzantini... Precio de las..." Yo tenía ganas de ver cómo era

aquello. ¡Imposible!... De pronto, una mano me tocó el hombro. Mis siete años temblaron de pavor. Pensé en las cárceles... Me volví. Era un viejo. Su cara tenía una blanca barba de abuelo. (¿Quién sería? Nunca pude saberlo. ¿Habrá muerto?) Me dijo:

—¿Te gustan los toros? ¿Por qué no entras? Toma. Entra...

—No, señor. Muchas gracias.

—Sí. Toma...

Y entré. Al recordar ahora, después de veinte años, lo que entonces vi, cierro los ojos para gozar yo sólo el íntimo recuerdo... Cuando una vez salido el tercer toro, Mazzantini apareció en la plaza, moviéndose al compás de músicas nerviosas, y entre los aplausos de la muchedumbre, alguien debió ver, allá, arriba, sobre las "gradas pobres" y bajo el sol que ardía como fuego, la figura flaca de un chico de siete años que aplaudía y gritaba. Que aplaudía y gritaba como un loco. O, tal vez, como artista:

—¡Viva Mazzantini! ¡Viva Mazzantini!

Eso fué todo. Desde aquel día no había visto nunca más al célebre torero. Por ello fué que al llegar á su casa de la calle Fuencarral número 100, la emoción infantil de los miedosos, me corrió por las venas. Subí.

—Tlin... tlin...

El mismo Mazzantini abrió la puerta.

—Pase usted.

Yo creí encontrar un hombre inflado de vanidad. Me equivoqué. No obstante sus riquezas y á pesar de todo su prestigio, Mazzantini es un hombre sencillo. Debajo de esa sencillez, se le adivina el orgullo metódico del "yo". Y es justo que así sea. Es natural... Ser orgulloso es tener conciencia de la propia fuerza. (Napoleón...) En cambio, la vanidad es el orgullo de lo que se consigue sin derecho... (Tartarín).

* *

Vosotros diréis que Mazzantini debe ser un hombre feliz. Rodeado de riquezas; viviendo entre los halagos de sus admiradores; con un nombre famoso; sin pensar en los peligros de la plaza, puesto que no torea; grueso; robusto; sano; ¿qué puede acongojarlo? Pues bien, sabed que Mazzantini es el hombre más desgraciado de este mundo. El hombre que no tembló jamás ante los toros más rabiosos, tiembla, como un

niño, de miedo, y llora, como un pobre huerfanito, de pena, ¿sabéis ante qué? ¡Oh! Es mejor que el mismo Mazzantini, con su voz temblorosa, y con la cara húmeda de lágrimas, os cuente sus desdichas. Oidlo:

—"Pocas palabras son necesarias para narrar las aventuras y las desventuras de mi pobre vida. Comience usted diciendo que cuando joven fuí hombre feliz. La felicidad llenó el primer capítulo de mis aventuras. El segundo capítulo,—el de las desventuras,—lo llenó por completo la desgracia... Ya conoce usted mis triunfos. Acá. Y allá... Tanto en España como en América los pueblos me aplaudieron con delirio. Fuí el torero famoso. "¡El Rey del volapié!" Tuve suerte con el amor de las mujeres. Me amaron. Y las amé... En la apoteosis de mis glorias taurinas, me sentí locamente enamorado de una buena mujer. Con ella me casé. Los días de corrida tenía que huir de sus brazos, llorando. ¡Pobrecita! No le gustaba que yo fuera torero... ¡Los celos! De buena gana hubiérale hecho el gusto. ¡Era tan cariñosa y tan ferviente! ¡Pobrecita!... Pero no podía complacerla. ¿Cómo podía yo abandonar esa carrera productiva, brillante y sonora, para ocultarme en el anónimo de sus brazos maternales, tan dulces, tan febriles, tan enamorados, pero tan estériles? ¡Oh! La hice sufrir mucho. La engañé muchas veces. Acostumbrado á verla, creía, con sinceridad, que la pobre era eterna... Y vea usted lo que pasó. ¡Es horrible!... Déjeme usted llorar un poco. Así me desahogo..."

* *

¿Continuaré? Yo no quisiera, repetiros, hermanitas mías, esta historia tan triste. Aunque, posiblemente, repetida por mi, no ha de ser tan triste y tan macabra, como resulta oyéndola de los propios labios del antiguo torero. Porque hay que estar en presencia de este hombre vigoroso, todavía joven, y muy rico, oyendo cómo cuenta su desdicha, y viéndole llorar y sollozar sobre su escritorio lleno de recuerdos... Hay que verlo. Hay que oirlo.

*

—"....Bueno. Vea usted lo que pasó. Me fuí con ella á Méjico. No quería ir. Pero yendo yo, no tenía más remedio que ir ella también. La pobre era celosa. Y con razón... Hace de esto, tres años. Eramos muy felices. ¡Qué poco nos duró la felici-

dad! Allá, en Méjico, mientras yo iba una tarde á lidiar, la pobre se quedó enferma..... Fuí. Maté el último toro. El pueblo mejicano, tropical y entusiasta, me hizo la ovación más grande que haya podido recibir en mi vida. Las flores llenaban la plaza. Los sombreros caían á mis pies en aluviones. Cuando el público entusiasmado , me llevaba en andas, una ilustre dama detuvo la columna, y ante todos, me dió un beso en la boca..... De repente, corrió por entre la mul-



Cuando trabajó en Montevideo, año 1882.

titud un rumor muy extraño. ¿Qué era? ¿Qué ocurría? Alguien traía para mí una noticia grave. Pero la noticia antes de llegar á mis oídos, circulaba ya por entre los espectadores. Pero la oí. Caí desmayado en medio de la plaza. Mi esposa acababa de morir. Tal era la noticia.....”

Y luego de una pausa, Mazzantini prosigue. Prosigue llorando. Siempre sollozando...

"Hice poner el cadáver de mi esposa en el cajón mortuorio. Reuní á todos mis compañeros de cuadrilla. Y, delante de ellos, que también lloraban como yo, me corté la coleta... Juré retirarme para siempre de las plazas de toros. Guardé mi coleta en el fúnebre cajón, junto al cadáver. Y al día siguiente regresé á España. Traje á enterrar aquí los restos de mi pobrecita esposa. Y con ella enterré también mis ensueños, mi coleta!... Esa es toda mi vida. A eso se concreta mi vida novelesca. Nada más. Eso es todo... Ahora no encuentro más consuelo que llorar. Tengo esta sobrinita. Es mi sola alegría. Se ha quedado huérfana, como yo, de madre... ¿Verdad, preciosa, que me quieres mucho?

—Sí, tío. Te quiero mucho...—exclama la nenita llorando. Y Mazzantini, grande, alto, enorme, toma en sus brazos á la pequeñuela. Ambos se besan. ¡Son, en verdad, dos huerfanitos! Vedlos. Al verlos se piensa en un ombú que bajo sus ramas enormes protegiera á una torcaz perdida...

* *

Tal es el capítulo de sus desventuras. Desventuras que muerden, como perros hambrientos, el alma de este torero gallardo y heroico, cuya valentía era estupenda. Hay en la existencia profesional de Mazzantini, escenas de un valor inaudito. Ha hecho con los toros lo imposible. Su elegancia, su belleza física, su heroicidad contribuían á darle prestigio en todas partes. Y, sobre todo, entre las mujeres. Pocos toreros han dominado, como éste, en tantos corazones de mujer.

* *

De origen distinguido, su educación y su inteligencia le abrieron los salones de la altiva nobleza. Por él, cayeron muchas marquesas rubias y lloraron de amor no pocas manolas y muchas cigarerras... Fué el ídolo. Conoceréis, sin duda, su odisea con la marquesa de Castro. Al final de una corrida,—la marquesa, que tenía veinte años,—veinte años fragantes de primavera,—le arrojó á la plaza su abanico, sus claveles y su mantilla... Mazzantini recogió tan hermosos trofeos. Los besó. Y, de nuevo, los entregó á su dueña... A los dos días, Mazzantini estaba en París con la marquesa... Poco después, la abandonó, atraído por otro amor celeste... Y los diarios publicaron esta breve noticia: "En París se ha suicidado la joven marquesa de Castro. Ignóranse las causas..."

La carrera de Mazzantini comenzó en 1881 como matador de toros. Pero su fama nació en América. Cuando regresó de Montevideo á Madrid, le dieron recién la "alternativa".

...Y de ahí sus triunfos continuaron. No fueron sólo triunfos de la lidia. El amor dió realce también á su leyenda. Se batió en duelo. Mató. Lo hirieron... Fué poeta. Fué Quijote. Fué don Juan. Y en la reja ó en la plaza, fué un artista..



Con su esposa fallecida hace tres años.



La esposa y el hijo.

CON LA VIUDA DE EMILIO ZOLA

—Necesito adjetivos. Pero suaves. Pero muy suaves. Os quiero pintar una emoción. Dádmelos:

—¿Deliciosa?

—No sirve.

—¿Bella?

—Tampoco.

—¿Encantadora?

—¡Oh! Algo más. Son pálidos. Son triviales. Dadme algo más... Pero, no. Ved. Ahí está. Miradla. ¿Véis esa mujer? Tal vez no la veais. Es pequeñita. Es insignificante. No importa... Pues, bien. En esa mujer encontré al fin la emoción nueva y rara que buscaba. Me dió la emoción que no pudieron

darme los reyes con su cordialidad. Que no me dieron los hombres célebres con su orgullo dorado. Ni el Sumo Pontífice con sus ternuras de abuelito santo. Ni la tumba del ahora burgués señor Verlaine con su espantosa soledad de flores... ¡Nada ni nadie! Nadie ni nada pudo darme la emoción que me acaba de dar esa mujer con su negra presencia de crespones. Y no penséis en un deslumbramiento de epidermis. ¿Belleza? No. Al contrario... Pensad, sí, en que esa viejecita que tenéis por delante, tan delgada, tan gris, tan débil, tan llorosa, tan maternal y tan sencilla es nada menos que la mujer incomparable que amamantó los triunfos y endulzó las derrotas del último genio que naciera en Francia: Emilio Zola. Yo bien sé que no todos vosotros, críticos imbéciles que admiráis mi honestidad, sabéis quien era Zola. Es lógico. Los astros cuanto más alto suben, más se alejan de los ojos vulgares. Zola era así... Hablemos de la esposa. Hay que estar en presencia de esta anciana. Hay que oirla hablar del marido para asistir á uno de esos dramas de carne y de hueso que no pueden escribirse jamás. ¡Pobre mujer de artista! Daudet ha leído de muy cerca en el corazón de esta mujer... ¿Os acordáis? "Mujeres de artistas". Por eso, en un cuento, la retrata.

❊ ❊

Por primera vez la vi en Sedán. ¿Cuándo? Hace un mes. Conmemorando la muetre del genial novelista, realizábase allí una gran fiesta de campo y de sol. Era una extraña ceremonia. Sin oraciones latinas. Sin santos. Sin candelabros. Sin templo... Fué en un gran espacio de campiña francesa. Al aire libre. Fué entre árboles y flores. En la misma mansión de donde salieran las últimas obras del maestro. En la misma casa de las "veladas" célebres... En peregrinación habían ido allí los viejos amigos y los amigos póstumos. Estaba allí, sobresaliendo como una irradiación, la melena revuelta y ya muy vieja, de Catulle Mendés. También Laurent Tailhade, con su ojo imperturbable. Y detrás, como con miedo, el rojo Richepin... Y había más. Y otros... ¿Para qué nombrarlos? Era una fiesta digna de Zola. Hasta el sol acudió luminoso para alumbrar las almas. Pero presidiendo á todos, humildemente, por encima del sol, como única bandera, como estandarte heroico, estaba la viejecita triste... ¡La esposa del ya muerto! Y á su lado, severo, como agobiado por la gloria inútil de su paternidad, el hijo...

❊ ❊

Ya conoceréis la historia de este hijo de Zola. Era hijo natural. Más, cuando el novelista falleció, la esposa legítima, la dulce Alexandrine, abrió sus estériles alas de madre buena, y lo llevó á su lado. Lo adoptó como hijo. Lo legitimó.

* *

Después de aquella pastoral ceremonia, estuve á visitar á la viejecita en su residencia de París. Y me pareció tan grande, en su pequeñez de ancianidad, junto á la memoria de aquel herrero formidable que escribió sobre yunques, con martillos de médula, que me expliqué las páginas luminosas de Mateo... Ella, la mujer, fué la que en los momentos de angustia sostuvo al maestro con sus consolaciones. ¡Y ved que problema teológico! Mientras él rugía contra las cosas que están más arriba ó más abajo de las nubes,—Dios ó el Diablo,—ella bordaba con sus labios ingenuos de mujer casta, oraciones á Cristo.

* *

La ilustre señora se queja de la fábula grosera que los enemigos de su esposo tejieron sobre la vida de Zola.

—"¿Sabe usted lo que decía la gente? Creía que nos odiábamos... ¡Ah, mi Emilio! Pero él despreciaba esas bajezas. Ese desprecio á la calumnia con que lo acorralaban, contribuyó á que nuestro amor llegara á la vejez sin perder su sana juventud... Yo admiraba su talento. Y todo lo aceptaba... ¿Por qué no? "Los hombres superiores, si cometen errores, es porque los necesitan..." me dijo cierta vez. Y yo, vi que Emilio tenía razón. El me lo decía. Eso me bastaba..."

* *

"*Yo vi que tenía razón...*" ¿No véis aquí la altivez de un corazón que todo lo cree, con fe de virgen, porque así sostiene el pedestal de sus amores?... ¿Qué más? En las mujeres de la Biblia hay inconscientes frases parecidas.

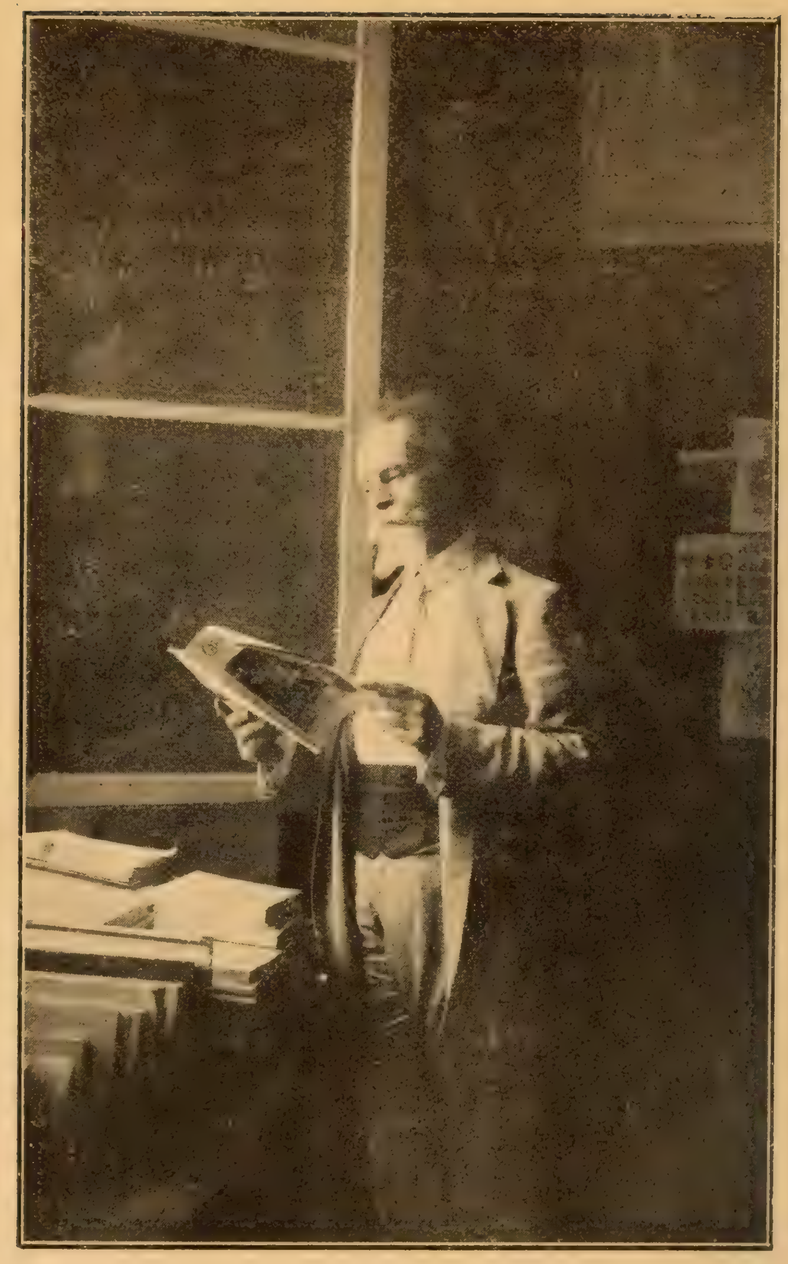
* *

Todavía en Francia no se comprende á Zola: recién se acordaron de sepultar sus restos en el Pantheon. Y un cretino muy artista—Barrés—se opuso á que las cenizas del maestro tuvieran esa gloria efímera que disfrutan ya más de cuatro

almaceneros de la literatura, de la política y de la guerra...

En América, Zola es mucho más admirado. Se comprende. Cuando describía esas enormes ciudades del porvenir, hablaba de nosotros. La ciudad utópica del trabajo y de la fecundidad, que el maestro fabricó con sus ideas de granito y de barro crudo, es tal vez, nuestra joven América. Por encima del mar, nos predijo. Nos anunció. Y fuimos... Inclinémonos, pues, ante la sombra que ya se va de la enlutada viejecita. Fué báculo del maestro... Y mientras Francia, siempre arrepentida, pone las cenizas de Zola en el Pantheon, junto á las de Voltaire y al lado de las de Hugo, pongamos en nuestro corazón el sagrado recuerdo de la brava musa del Trabajador. Y pongámoslo entre el recuerdo de Naná y el de Angélica... Junto al de Naná que murió de realidades. Y junto al de Angélica, que murió de ensueño.... ¿Acaso no eran hermanas?

París, 1907.



En Roma.

EN LA CASA DE ENRIQUE FERRI

Fué una deferencia muy amable. Sus dos grandes brazos abiertos me recibieron llenos de cariño, de sencillez, de elogio. Hablamos en confianza de amigos, como si él se hubiera olvidado de sí mismo y yo de prevenirle el móvil de mis malos deseos. Sentados en el salón,—arca de Noé,—donde trabaja, junto á la familia que nunca lo abandona, era

justo aprovechar esta ocasión benéfica. Y, entonces, me animé. Yo quería preguntar al maestro algo sobre el floreciente socialismo de América, tan ligado al de Italia, de donde puede decirse que proviene... Era difícil que Ferri,—dada su equívoca situación actual en el partido,—quisiera dar opiniones severas, concretas, hondas. Hoy, Ferri hállase balanceado por dos vientos contrarios. El odio de los que fueron sus amigos y el delirio de los que tiene por devotos... Estos lo levantarán hasta las nubes. Los otros lo arrastrarán hasta el abismo... Ya sabéis que el partido socialista en Italia sufre una terrible crisis. Tanto tirar la cuerda, la tensión, demasiado violenta, amenaza ruptura. Por un lado Turati, sereno y hermético. Por el otro, Ferri, férvido y volcánico. Cuando el uno dice: "¡Agua!"—el otro grita: "¡Fuego!"

El estado de las cosas ha llegado á tal punto, que tanto Turati como Ferri, ante la inminencia de una catástrofe que concluirá con uno de los dos, guardan silencio. Pulsan la situación. Y no arriesgan opiniones para no empeorar su sendero político...

Por eso tuve que preguntarle con precauciones de curiosidad, entre paréntesis de literatura y de temas vulgares. Pero fué inútil... Ferri, con amable sonrisa, sin ironías y sin crueldades empezó á decir su modo de pensar. Y en aquel ambiente sencillo, impregnado de paz y de honestos cariños, entre la seriedad pensativa de la gentil esposa y los bellos ojos radiantes de la hija, las palabras de Ferri vibraban y corrían con un esprit francés bien extraño en Italia. Sus frases, movidas por el poético histerismo de la elocuencia natural, no asustaban ni mordían. Eran suaves. Eran dulces. No eran como las que adornan sus recias alocuciones del Montecitorio. No eran de colores trágicos. Ni de pirotecnias guturales. Ni de dinamitas fraseológicas. Ni de adjetivos de hojalata... No. Nada de eso. El Ferri que habló conmigo no fué el Ferri político. Ni el Ferri socialista. Ni el Ferri diputado. Ni el Ferri orador. Ni el Ferri de las melenas llamativas. Ni el Ferri de la "pose". Ni el Ferri que conocéis... Para mí fué el Ferri familiar. El Ferri compañero. El Ferri camarada. El Ferri que, todas las noches, se ve condenado, como cualquiera de nosotros á escribir sobre la mesa de un diario,—de su diario el "Avanti",—palabras de entusiasmo, de vigor y de fe, cuando, tal vez, él mismo haya perdido esa fe, ese vigor, ese entusiasmo en las viejas y siempre nuevas teorías socialistas... Oidlo:

"La América,—y al decir América digo la República Argentina,—es una tierra admirable. Yo no me explico como los ojos europeos no se han fijado antes de ahora en esa región de laboriosos que, en silencio, elaboran su triunfo sobre Europa... Yo admiro más que todo en la República Argentina, el desenvolvimiento intelectual y científico. Poseen ustedes una mina de hombres sabios, cuyas obras no tienen eco aun. ¿Sabe usted por qué? Porque han nacido allá. Porque escriben allá y no en París, ni en Roma... El doctor Ramos Mejía con sus estudios sobre las multitudes, ha hecho un magnífico libro de literatura y de ciencia, al través del cual he visto claramente el alma verdadera de aquel pueblo tan raro, tan anormal, tan cosmopolita y tan patriota... Conozco también á Ingegnieros. ¡Es un bravo "ragazzo"! Y al poeta Ghiraldo. ¡Un poeta de nervios! He leído á Rivarola. ¿Es hombre joven? En el socialismo conozco á ese valiente "criollito" que pone tanta energía y tanto amor en defender sus creencias de libertad. Hablo del doctor Alfredo Palacios. También conozco al doctor Piñero. Sus trabajos, llenos de vivacidad, sobre estudios cerebrales, son dignos de las más famosas firmas europeas... Ya ve usted que conozco bastante aquella tierra. Y la conozco porque me gusta. Estoy cansado del ambiente de Roma. Aquí vivimos en plena antigüedad. Italia vive en el pasado. Mira hacia atrás... El exceso de ruinas artísticas es un mal para nosotros. En Europa cuando se nos pide una obra de arte, vamos á los museos. Las ideas nuevas las buscamos en los libros viejos. En América sucede lo contrario. Aquellos pueblos miran hacia adelante. Tienen los ojos fijos en el porvenir. Cuando quieren inspirarse no van á las ruinas ni á los museos. Bajan á su propio corazón y allí se inspiran.

—¿Y el socialismo?

—En América el socialismo es italiano. Eso creo desde lejos. Creo que allá se lucha con sinceridad, cosa que no suele encontrarse á menudo en el socialismo europeo. Pero ya le digo. Reservo mi opinión para cuando vaya á América.

—¿Cuando irá?

—Muy pronto. Tengo todo arreglado. Me embarcaré en Génova. Saldré con mi familia en los primeros días de julio. No será una jira política. Será un paseo científico. En Buenos Aires daré diez conferencias médicas sobre criminalogía, psiquiatría, sociología criminal, temas literarios y ciencias en general. Las daré con proyecciones luminosas.

Algunas serán sobre espiritismo, para las cuales llevo interesantes fotografías de visiones, de posesas y de mediums...

—Será una novedad...

—¡Oh! Para Buenos Aires nada puede ser novedad. Allá se sabe todo y de todo. También iré á Montevideo, al Paraguay, á Chile y de regreso, al Brasil. Hablaré del desenvolvimiento político de Italia, y, sobre todo, de la emigración al nuevo mundo...

—Pero, á pesar de todo, usted en sus conferencias argentinas, tocará los temas socialistas.

—No. No conozco bien de cerca aquello... Sólo sé que hay allá muchos anarquistas. Esos son los que perjudican á nuestro partido. El socialismo necesita ideas y no gritos ni bombas. De lo que estoy convencido es de que en la República Argentina el socialismo recién está naciendo. Las huelgas repetidas y sangrientas que anuncian los telegramas, son una prueba de ello. El socialismo cuando recién se arraiga en un país, titubea. Y como no sabe cómo demostrar su fuerza, hace huelgas, que son válvulas de escape. Pero válvulas falsas... Con el tiempo, vendrá la lucha tranquila. Y el triunfo. Yo me atrevo á pronosticar el triunfo general del socialismo en la República Argentina. Y será pronto. Más pronto que en Italia...

—Esas son palabras de entusiasmo que llevaré á los socialistas argentinos.

—¡Oh! No valen nada. Yo quiero mucho, le repito, á ese país. Y hasta casi me encontré ligado á la República Argentina por lazos de parentesco y de amor.

—¿Cómo?

—Sí. Es una historia de pasión. Demasiado triste. Demasiado romántica para mi seriedad de médico...

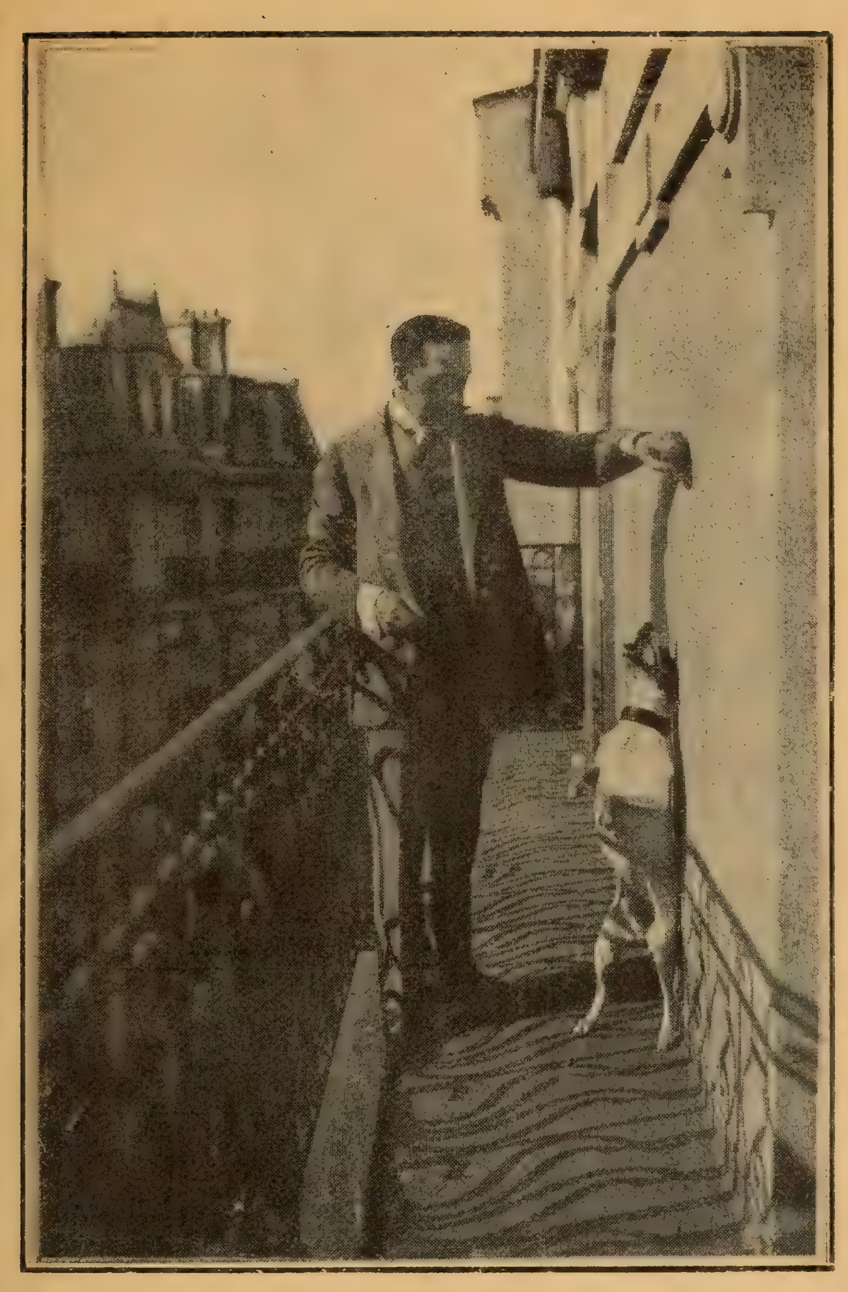
—Cuéntela, maestro. Cuéntela...

—Yo estaba en Turín. Estudiaba con Lombroso. Entonces era un muchacho de veinte años... Cierto día llegó al consultorio de Lombroso un comerciante argentino, muy rico, trayendo á su hija enferma. Como yo era el asistente de mi sabio maestro, la atendí, la cuidé, y sanó... Era una preciosa criatura, con esos ojos negros, tan divinos, que sólo he visto en las napolitanas y en las mujeres de su tierra... Me enamoré de ella como un loco. Se llamaba Manuelita Arca, y todavía tiene parientes en Buenos Aires. Ya estábamos prontos para casarnos, con la ropa hecha, con la casa instalada,y todo listo, cuando á mi pobre novia le dió la

fiebre tifus, en Venecia. La trajeron. La asistí. Pero, la pobrecita no pudo soportar el mal. Y murió... Es una historia triste... ¿Non e vero?...

Hubo un silencio. Me puse de pie. Le estreché las manos, con intensa emoción. Y salí...

Roma, 1907.



Con su perro Jack, en Paris.

EL PRINCIPE DON JAIME DE BORBON

Telegrama: París, febrero 18.—"Le Matin" anuncia que el príncipe don Jaime de Borbón, hijo del ex rey de España Carlos VII, se embarcará próximamente para la Patagonia (R. A.), en donde piensa trabajar como estanciero..."

* *

¿Habéis oído? Esta vez no miente "Le Matin". Ha dicho una verdad. Ya, el mismo príncipe,—cuando estuve con él, allá, en París,—habíame confesado:—"Pienso ir á la República Argentina. Trabajaré en el campo. Iré á una estancia. Deseo trabajar"...

* *

¡Deseo trabajar!... ¡Un príncipe! No seais crueles, jóvenes anarquistas. Sed, en hora buena, fabricantes de dinamita. Con ella se abren en la tierra minas de kerosene y de carbón. Pero no hagais ironía. No fabriquéis esa explosiva dinamita irónica para arrojarla sobre estas pobres almas destronadas. Tened un poco de tristeza compasiva para sus tragedias silenciosas. Ya veis. No os quepa duda. Se trata de una horrible tragedia. Una tragedia bárbara. Las cuatro líneas de este telegrama que vuestros ojos tal vez leyeron con indiferencia, encierran una obscura tragedia. Hay en ellas angustias sollozantes. Y penas locas. Y lágrimas secretas. Y gritos de socorro...

* *

—"Paris... el príncipe... para la Patagonia... como estanciero", etc.

Aplaudid, si os place, como se aplauden las tragedias teatrales. Aplaudid... Pero aplaudid de admiración. No os burléis de este desgraciado príncipe católico que cree ya poco en Dios... Miradlo. Es un hermano vuestro. Es infeliz. Mucho más desgraciado que todos los miserables del conventillo y del suburbio. Mucho más desgraciado que todos los hambrientos que llevan en la boca la nostalgia de un pedazo de pan... Un príncipe para descender hasta una estancia, después de haber vivido regiamente, recorre un calvario mucho más horrible, mucho más espantoso, mucho más sangriento que el calvario de un hombre que se arrastra en la quema de las basuras comiendo escorias para no morirse...

Imagináos el dolor que debe experimentar en el cerebro y en el alma un hombre que siente correr por sus venas sangre de reyes áureos, y que tiene que trabajar para comer... Un hombre que tiene sobre los huesos, carne de muchas reinas que nunca trabajaron. Un hombre que es príncipe. Que nace destinado para ser estrella de un país grandioso que no lo

quiere cobijar bajo sus nubes... Vedlo, á pesar de ello. Vedlo condenado por obra de la lógica humana, por obra de la vida y de la muerte, por obra de la ignorancia y de la inteligencia, por obra del Altísimo y por obra del Bajísimo,—vedlo condenado á maldecir la historia de sus antepasados que le dejaron la herencia de sus triunfos y la derrota de su porvenir... Y él no tiene la culpa. Su inocencia es muy blanca. Se nace príncipe como se nace ruiseñor. Como se nace perro. Como se nace mudo. ¿Tiene la culpa el ruiseñor de no ser perro? ¿Y tiene la culpa el mudo de no ser ruiseñor?... Y, ya lo veis, ahora. Es príncipe y está obligado á venir á la América de sus antepasados para esquilar ovejas. Nació predestinado para jugar con bellas princesitas, y lo veremos pronto en una estancia, condenado á jugar á la taba... ¡Indígnate, Moreira! ¡Indígnate, Quijote!

* *

—¡Un príncipe estanciero!

—Es un bello espectáculo.

Sí, en verdad. Es un espectáculo que tiene la belleza de los dramas antiguos, chorreantes de amargura. Bien sentará el chiripá de Martín Fierro á este príncipe lleno de nobleza y lleno de suicidio. Por eso, al leer en los periódicos el telegrama de París, he recordado mi entrevista con este caballeresco joven de radiante alma española, que tuvo para mis devociones, un abrazo sincero. ¿Queréis conocer algo de su vida actual? No es, sin duda, don Jaime un hombre de talento. Pero ¿qué importa? Me diréis, observando su autógrafo, que no tiene tampoco ortografía... Y eso, también, ¿qué importa? Posee algo que está diez metros arriba del talento y un kilómetro más lejos de la ortografía: el corazón.

* *

Es un hombre bueno. Ha heredado la bondad de su padre. Ante él, mi columna vertebral se doblega. Mas no impusada por el prestigio de su abuelo,—el poeta,—ni de su ilustre padre,—el gladiador... No por su sangre azul. No por eso. Ni por todo lo demás que estais pensando. En este siglo feliz, en que los niños aprenden á leer en las cartillas del viejo Schopenhaüer, nada de eso me puede emocionar. Si ante él me conmoví y si ante él mis vértebras rebeldes hicieron

reverencias palaciegas fué en homenaje al corazón sentimental de este príncipe soñador y errabundo, que vive sin hogar y sin patria. Príncipe que se hace la ilusión de que vive en palacio, de que tiene corona, de que tiene una corte. Y que para forjarse esta ilusión con nítido relieve vive, como un raro sultán de Mauritania, entre las princesas de los cabarets y las reinas galantes de París. ¿Acaso no son ellas, por la beneficencia de sus cuerpos, las princesas soñadas para consuelo de los reyes tristes?... Es un príncipe que no tiene más reino que los bulevares ni más caudal ni más bienes que



Entrevista con Don Jaime de Borbón, en Paris.

su juventud. ¿Su historia? Para contaros la vida de este príncipe, yo debiera comenzar así:

—"Había una vez un príncipe, llamado Jaime Juan Carlos Alfonso Felipe de Borbón, hijo del rey Carlos VII y de Margarita de Parma, bella princesa que se enfermó de amores y murió de dolor..."

Y nada más. "¡Que murió de dolor!" Basta, sí. ¡Que murió de dolor!... Por eso, el hijo, don Jaime, nacido con el sello del sufrimiento maternal, camina por el mundo, atado,—prisionero de sí mismo. Camina, sin saber hacia dónde. Cami-

na, sin saber hacia qué. Camina, sufriendo en sus placeres. Camina llorando en sus orgías. Camina ansiando siempre el más allá de todos los caídos. Camina. ¡Ese es el príncipe don Jaime! El bíblico judío...

* *

Conoce todo el mundo. Ha viajado. Es un Simbad. Ha paseado su dolor, su miseria y sus postreras esterlinas, por los últimos rincones de la tierra. Habla siete idiomas y conoce el modo de amar de todas las mujeres: desde la griega hasta la portuguesa. Si no tuviera la desgracia de ser príncipe, sería un excelente psicólogo. Mira. Pero no ve... Su ambición de volar, es enorme. Durante la guerra ruso-japonesa prestó sus heroicos servicios á Rusia. Nombráronle coronel del 24° regimiento de dragones. Estuvo en Port Arthur, en las campañas de Manchuria, Hinko, Haicheug, Lao Yang, y en otros combates de nombres más raros todavía. Lo acompañó en las bélicas jornadas, su perro Jack. Aún lo conserva como honrosa reliquia. Lo ha condecorado con una medalla de oro repleta de inscripciones humanas. Ahora, el perro, baila...

* *

Después de la guerra, don Jaime estuvo en muchas partes. Pero, siempre París, con sus garras y sus besos, su champagne y sus venenos, lo atrajo. No puede entrar en España. Le está prohibido. ¿Créis que respeta la prohibición? No. ¿Para qué? ¿Acaso no tiene dentro de sí el espíritu, el alma de Quijano? Varias veces, disfrazado, ha ido hasta Madrid. Ha saludado el Guadarrama. Ha visitado el palacio real. Se ha hecho retratar en la puerta. Y, luego, se ha lavado las manos en el Manzanares... Los últimos carlistas prestigiosos que restan en París, tales como el valeroso coronel Comas y el infatigable conde de Melgar, son quienes acompañan al príncipe don Jaime. Ellos, noblemente, le tributan no sólo su devoción de súbditos, sino también su cariño de hombres.

* *

A donde muy á menudo va don Jaime es á Suiza. Allí nació. Hace 38 años vió la luz en Vevey. En esa época Carlos VII veraneaba allá, con su primera esposa: Margarita. Ahora, don Jaime es propietario de un "carage" con los caballeros argen-

tinos Frías, Uriburu y Alvear. La vida de este príncipe tiene escenas fantásticas. No podrá compararse con Juan Orth. Pero es, de todos los nobles que reinan en París, el que más capítulos extraños ofrece á los autores de novelas dramáticas. Y esto es atávico. Le viene de familia. En la existencia de la casa borbónica, las pasiones vibraron siempre con una fuerza loca. Algo como un viento de temblores románticos circula por las venas de esta magna familia. Familia cuyos hombres fueron todos bravos, y cuyas mujeres fueron todas bellas. ¿Solamente bellas? No. Algo más que bellas. Fueron también sacerdotisas de los amores fuertes. De esos amores de pólvora y estopa en donde el Diablo pone su santísimo aliento.... Si un historiador escribiera la historia del amor borbónico, su obra sería un tratado sobre las tempestades del océano... Ya conocéis muy bien, pues se hizo popular, la historia de la princesa Elvira de Borbón, hermana de don Jaime. Era una dama hermosa. Hermosísima. Hubiera sido reina. Su mano era codiciada como un gran don del cielo. Ella, siempre hermosa y hermosísima, rechazó á todos, con tranquilo desprecio: "No, gracias. No, gracias..." Y los príncipes se iban, con la cabeza baja. Y los millonarios tornaban con su desesperación y sus millones... Pero, veréis la exquisita belleza del corazón borbónico: la princesa, que rechazó á nobles coronados y á millonarios por coronarse, resolvió, una noche, huir del palacio Loredán, con un joven sin título y sin oro. Se querían. Se adoraban. Era en Venecia... Tomaron una góndola. Y huyeron... ¡Adiós!... La princesa, siempre cándida, virginal y rubia, ni siquiera pensó que su galán era un simple pintor. Un pintor de puertas y ventanas que practicaba su modesto oficio en el mismo palacio Loredán...

* *

Pero hablemos de don Jaime. Su residencia de París es un departamento muy modesto. Tercer piso... Arriba. Por eso, me decía:

—"Estoy demasiado arriba, ¿no es cierto? Pero no hay que perder las esperanzas de subir más arriba..."

* *

¿Entendéis? A estos Borbones lo último que les muere, es la esperanza. ¡Bella raza de Cristos con tuétano de leones! En su vorágine,—entre un paréntesis de besos parisinos, ó entre dos fiestas carnales, ó entre dos operaciones bursátiles,

el príncipe encuentra tiempo para pensar en ser el salvador de España. Oid esta lección de buena voluntad. Piensa. Sueña:

* *

—"Si mi padre no consigue entrar triunfante por las calles de España y devolver á mi patria el prestigio de antaño, yo tendré, tarde ó temprano, la gloria de conquistar la corona perdida... Los carlistas trabajan. Trabajan en América, en Europa, en Africa, en todas partes. Un grito nos unirá para siempre en el combate. En la victoria... Tengo fe. El triunfo se aproxima..."

* *

Bueno. Ahora, estoy á cuatro meses de distancia de estas palabras húmedas de sincera emoción. Vibran, á pesar de todo, en mis oídos. Pero, releo el telegrama. Y sus palabras me conmueven:

—"París... el príncipe don Jaime... para la Patagonia... como estanciero...", etc.

¿Tenía, entonces, razón?... ¿Buscará la gloria de conquistar la corona perdida?... Si viene á Buenos Aires, habrá que recibirle con los brazos abiertos. Viene á reconquistar una corona. Una corona vieja y dura que se parece al mar. La corona del Trabajo, que con bravo heroísmo y con sana intención, perdieron hace tiempo sus abuelos...

Buenos Aires, 1908.



CONVERSANDO CON MAX NORDAU

—Sí. Soy yo. Yo soy Max Nórdau.

Está junto á su mesa, con la hija menor. Habla. Insiste:

—Sí. Soy yo. Yo soy Max Nórdau.

* *

¿Es posible? ¡Oh! Cuéstame creer que este viejecito de cabellera blanca sea el rudo ironista que maltrató á Verlaine. ¿Cómo? No se concibe. ¿Cómo puede un hombre, con sanas

vejeces de abuelo, escribir cosas tan terribles, tan amargas, tan duras?... Así es. Me convenzo. Y lo miro con odio...

—¿Por qué no se sienta, joven? Siéntese. Hágame el gusto. Siéntese...

¿Y este anciano suavísimo y galante es Max Nórdau? Yo creí encontrar un hombre cubierto de escamas y con una piedra en cada mano. Tropiezo en cambio con un buen señor que ríe con risa de cascabeles... Me presento. Y él interrumpe:

—¿De la República Argentina? Oh, la conozco bastante sin haber estado en ella nunca. Hay naciones que gozan el prestigio de hacerse adivinar. ¿Me comprende?

* *

Yo no sé si le comprendo. Pero le digo que sí con la cabeza. Estoy encantado. Este viejo á quien antes de entrar odiaba cordialmente, ahora me agrada y me seduce por su bondad de santo sin devotos. Su aguda voz tiene ciertas variaciones musicales, que dan á su verba la sonoridad de una orquesta invisible. Cada palabra que brota de sus labios, es una paradoja. Pero las pronuncia con tal entusiasmo que él mismo se convence de que todas las hipérboles que su cerebro inventa están llenas de una verdad pura. Dice frases que duelen como pedradas. Su profunda erudición le rebosa sin molestar al prójimo. Pero esa erudición pronto queda anulada por la potencia imaginativa, que remonta sus juicios por los aires... Oidlo. Es humorista sin quererlo:

—La República Argentina es una gran nación. Yo estudio el problema de sus rápidos progresos y llego á esta conclusión: dentro de algún tiempo, los italianos se impondrán en la República Argentina. Hasta ahora, el obrero italiano, el campesino, á ido á la Argentina, como un fardo, como un manojo de energías. Pero, salvo excepciones, todas ellas son energías sin inteligencia. Fuerzas desorientadas. Energías inútiles para pensar... Allá, en la gran extensión argentina se han criado. Se han multiplicado... Más ahora está ocurriendo otra cosa. Ahora todos los italianos que van á la Argentina son elementos superiores. Son espíritus elevados. Son *energías inteligentes*... Yo bien sé que la influencia española es grande en aquella república, pero nunca tan grande como la italiana. Por eso Italia se impone. Y se impondrá con mayor brío. Y la Argentina quedará en poder de los italianos...

—¡Oh! Nosotros queremos mucho á Italia, maestro...

—Sí, joven. Pero vea usted lo que ocurre: como en la República Argentina no puede haber todavía literatura, y como los españoles cuentan con muy pocos elementos literarios,—pues la novela no tiene nada más que á Blasco Ibáñez y la ciencia á Ramón y Cajal,—serán los italianos quienes introducirán en aquel país sus escuelas literarias y artísticas. Cíteme usted nombres españoles que puedan estar de pie, frente á los de Fogazzaro, de Amicis, Lombroso, la Serao, Perosi, Mascagni y hasta al de ese imbécil de tanto talento que se llama D'Annunzio... Creo,—y lo autorizo á repetirlo,—que dentro de algunos lustros, la Argentina será, *en influencia*, de los italianos. Los hijos de éstos, aunque nacidos en América, ayudarán en la evolución á sus padres.

—¿Me permite, maestro? Estoy convencido de que los hijos de extranjeros que nacen en la Argentina, ya sean hijos de italianos, españoles ó franceses, son en muchos casos más criollos y más patriotas que los mismos criollos de origen.

—A través de los libros de Mitre he creído ver lo contrario.

—¿A través de qué libros?...

—A través de los libros de Mitre he creído ver lo contrario. Y algo más: los elementos inteligentes que están yendo ahora de Italia á Buenos Aires, como que son seres superiores, no querrán rebajarse. Para ellos sería un rebajamiento hablar en español, y como ellos serán los más fuertes, impondrán entonces su idioma...

—¿Y usted, maestro, no piensa ir á Buenos Aires?

—No. Carezco de las condiciones necesarias para conquistarme simpatías. No tengo, como Ferrero, ni como D'Annunzio, condiciones de orador. Por otra parte, mucho me gustaría hacerles una visita. Conozco á varios literatos, entre ellos, á Manuel Ugarte, José Ingegnieros y al general Roca que, aunque no es literato, es un hombre inteligente que hace literatura á su manera... Hace tiempo que conozco "Caras y Caretas". Es el único periódico argentino que refleja la idiosincrasia de aquella gran nación. Y la refleja en todas sus faces, pues hasta los analfabetos encuentran instrucción en las fotografías de los hechos cuyas descripciones no pueden ellos leer.

*

Max Nordau es prusiano. Nació en Pesch. Desciende de una familia de judíos de España. ¿Os explicais ahora el origen de sus ideas hiperbólicas?

París.

— — — — —



LOS HERMANOS ALVAREZ QUINTERO

No diré que sea una costumbre antiartística. Es algo muy humano. Ya no son las damas solamente quienes rigen sus actos por la moda. Ya no es sólo en los trajes donde los caballeros tratan de parecer iguales. Asombraos... Hasta para hacer literatura los intelectuales se preocupan de ajustarse á una moda. No penséis que me refiero á los que siguen tales ó cuales ritos escolares para escribir según lo mandan las recetas de la botica clásica. Nada de eso... Lo que actualmente está de moda en Europa es otra cosa. ¿Sabéis qué?

—¡La hermandad literaria!

Sí. La hermandad literaria. Para el vulgo, ya ningún escritor escribe con talento si no le pide ayuda á sus hermanos. Y así veis por acá escritores desconocidos que escriben y publican libros sin que nadie los lea. ¿Por qué? Porque carecen de hermanos que los ayuden, ó porque no quieren compartir con ellos su derrota ó su gloria. En Francia son ya muchos los escritores hermanados... De allí los italianos copiaron la costumbre. Luego, los españoles... Felizmente, en Madrid, la enfermedad no está muy difundida. Esta hermosa España tiene talentos sólidos y frentes

coronadas de sol. Sobre todo en los "nuevos"... Por eso, sus literatos, sus poetas, sus escritores, no necesitan asomarse por encima del cerco para imitar los buenos ó los malos hábitos del ilustre vecino... Si muchas veces la hermandad literaria es la unión de dos cojos que intentan mutuamente guardar el equilibrio en la maroma de las bellas letras, nada de eso puede decirse de la hermandad de los Alvarez Quintero. Son ellos la excepción de la regla. Antes de conocerlos no me explicaba yo su modo de hacer una comedia. ¿Cómo estos dos hermanos podían mezclar el espíritu exquisito de su sangre en una sola comunión literaria, sacando del choque de sus temperamentos, esas comedias dulces y amorosas, donde las andaluzas dicen frases divinas y en donde hasta las flores hablan como mujeres?... Fuí á verlos. Y al verles trabajar me convencí de que nada es más lógico que estos dos hermanos de la carne, sepan y puedan trabajar como mellizos. ¡Cómo mellizos en cerebro y en alma!... Cuando les manifesté mi asombro, sonrieron. Sonrieron como de una pregunta inevitable. Me pareció curioso interviewarlos. Y los interrogué. Cuando yo les hacía una pregunta, uno de ellos, —cualquiera,—contestaba. Pero en seguida, el otro repetía lo mismo que el hermano. Les dije:

—¿Y cómo hacen ustedes para escribir, sin desacuerdo, tan hermosas comedias?

—Es muy fácil,—me contestó Joaquín.

—Es muy fácil,—agregó Serafín.

—Cuando queremos encontrar un tema, nos vamos al Retiro.

—Nos vamos al Retiro...

—Allí, discutimos. Arreglamos la trama.

—Luego, nosotros mismos, recitamos en voz alta los diálogos.

—Y después, á casa...

—Y después, á casa... Mientras Serafín escribe, yo le dicto, y él agrega lo que cree conveniente.

—Joaquín hace los chistes. Nunca escribe. El pone su alegría.

—Y Serafín pone su nostalgia, su filosofía...

* *

Podría continuar el reportaje... Mas ¿para qué? ¿No basta lo repetido á convenceros de que si estos dos hermanos,—que tienen en la edad un año de diferencia,—escriben

obras geniales,—es porque trabajan juntos? Separados, sus comedias sólo serían mediocres. En diez años han escrito cincuenta y cuatro piezas. Empezaron con "La reja". Nadie los conocía... Pero con "La buena sombra" los dos sevillanos conquistaron el triunfo... Se dice que un hermano anónimo de los Quintero,—se llama Pedro y vive, como el ermitaño, en plena soledad,—es quien los ayuda en la confección de sus comedias. Habría que averiguarlo... Mientras aquel día yo pensaba en esto, Mariano de Val que iba ocnmigo, preguntóles:

—¿Piensan ustedes entrar en la Real Academia?

—No. ¡Nunca!—contestó Joaquín.

—No. ¡Nunca!—agregó Serafín.

Y ese *¡nunca!* me pareció una bomba...



Camille Mauclair, en Saint-Leu-Taverny.

UN ESCRITOR ERMITAÑO

—¿Dónde puedo ver á Mauclair? En París no lo encuentro...

—Es natural. ¿No sabe usted que Mauclair es ahora discípulo de San Antonio? Vaya usted á Saint-Leu-Taverny. Allá vive. Solo. Solitario...

—¿Saint-Leu-Taverny?

—Sí... Toma usted el tren. En una hora llega. Es fácil... Al apearse, junto á la estación, verá una carretera. Sigue por ella. En la primera bocacalle, dobla. A las cinco cuadras, vuelve á doblar. Cruza una plaza. Atraviesa una aldea. Prosigue andando. No hay coches. Ni automóviles... Encuentra un bosque. Pasa... Saliendo del bosque, verá un camino. Al final

del camino, una casita blanca. Detrás de la casita, otro bosque. Se mete usted en él. Lo cruza. Y, en seguida, si es que usted no se ha perdido, un perro ladrará. Detrás del perro, vendrá un hombre rubio. No le quepa duda. Será Mauclair...

—Gracias. Iré...

* *

—Guau, guau...

...Y detrás, apareció Mauclair. Suave como San Antonio, el famoso crítico de arte vive en los bosques de Montmorency. Vive lejos del murmullo parisién cual un anacoreta dedicado á la elaboración de vinos exquisitos. Al verlo, allí, rodeado de soledad, diríase que goza muy tranquilo. Es un error... Los hombres neurasténicos que, como Mauclair, huyen á la soledad en busca de silencio, se equivocan de rumbo. Al huir, llevan á su retiro el ruido de sus almas. Y ya sabéis que las almas líricas son como las neuróticas víboras de cascabel: huyen siempre del ruido de su cola... Cada soñador oculto en el silencio, recibe diariamente la visita de su reina de Saba. Y Mauclair es un lírico...

Rubio. Alto. Ojos azules. Siempre sonriendo. Sonriendo con sonrisa de convaleciente... Semejante á Santiago Rusiñol, pinta cuadros hermosos. Pero secribe páginas mejores, que son un breviario para toda la Francia. Son páginas muy bellas. Muy sanas. Muy altas... Escritas con un espíritu de verdadero artista, y escritas, además, con el talento que no pone en sus cuadros, son páginas que atraviesan el mundo, encantando y cantando... Su crítica no es la crítica de Brunetiére. Esa crítica de eunucos qüe destruye sin corregir... No es, tampoco, la que trata de imponer su sólo criterio, como si fuera el único criterio con que deba juzgarse cualquier obra. La crítica de Mauclair es la que más y mejor nos instruye. Nos deleita. Nos atrae... Mauclair es un Paul de Saint Víctor, avanzado en ideas. Así... Este artista se coloca frente á una composición musical. O frente á un monumento. O frente á un cuadro... Y, en seguida, en una forma amable, con palabras gentiles, con un lento ademán, sin pedanterías de caballero de la Legión de Honor y sin orgullos de erudito geográfico, nos cuenta y nos detalla las bellezas, los méritos, las virtudes y también los pecados de las obras de arte que analiza. Porque sabed que cuando Mauclair os habla de una obra, significa que esa obra es artística y que merece la atención de los hombres que pasan...

Hablar con Mauclair es asistir á un bonito espectáculo verbal. Posee giros de frases, y sonidos de voz tan personales, que las cosas que dice son siempre cosas nuevas. Sin querer, dispone de tal modo de recursos labiales que cuando habla, pinta con palabras las escenas. Tiene palabras que parecen telones. Otras, parecen bambalinas. Escotillón. Paisajes... Luego, tiene palabras con las cuales dibuja, en el aire, tipos, cosas, hombres y mujeres. Y, también, tiene los ademanes... Por ejemplo: cuando os quiere hablar de Dios, no lo nombra: os muestra el cielo...

* *

He preguntado á Mauclair si sabe algo de América. Sabe... A pesar de ser parisién, no ignora que usamos pantalones en vez de hoja de parra ó plumas. Sabe que hay en nuestras repúblicas escritores de talento. Conoce á algunos... Es amigo de Darío, de Ugarte, de Gómez Carrillo, de Bonafoux, de Bobadilla... Ha colaborado en la revista "Música", que con tanto talento y, por eso, sin suerte, dirigiera André... Se empeñó en saber si Miguel de Unamuno era americano... En Florencia conoció á un pintor argentino que "intentaba aprender bellas artes copiando cuadros célebres". Y, á propósito, oid lo que me dijo:

—"Algunos jóvenes pintores creen que la mejor manera de aprender á pintar con belleza, consiste en copiar pincelada por pincelada, todos los cuadros hermosos de los grandes maestros. Con ese sistema, sólo se aprende á copiar, á plagiar... Yo creo que se debe ir á los museos en busca de emociones artísticas. Nunca á buscar recetas culinarias..."

Mauclair elogia con sonrisas el espíritu emprendedor de los americanos. Una anécdota. El mismo la cuenta:

—"Son ustedes buenos comerciantes... La circulación de mis primeros trabajos en la América se la debo á un ingenioso comerciante americano: el doctor Mojarrieta.

Este señor anunciaba en los periódicos de allá un producto de su invención. Parece que la publicidad en América es muy cara. Pero á Mojarrieta le salía muy barata. Compraba artículos literarios y cuentos inéditos á los escritores franceses. Daba 40 francos. Luego los llevaba á América y los cambiaba en los periódicos por avisos-reclame de su producto... Me contó que en vez de pagar á los diarios mil francos por un aviso, les daba un artículo de firma célebre de esos que

él compraba por cuarenta francos... ¡Un negocio! Gracias á él,—agrega Mauclair,—yo me hice conocer en América... Lo mismo le pasó á Gourmont..."

(La anécdota nos pinta de cuerpo entero. No debemos enojarnos demasiado cuando "Le Matin" nos dice la verdad, ni cuando Mauclair sonríe, con misericordia, de nuestra inocencia...) Entretanto, oid la profesión de fe ó el credo artístico de Mauclair: "Creo en la vanidad de las prerrogativas sociales de mi profesión. Creo que el arte, ese silencioso apostolado, esa bella penitencia escogida por algunos seres cuyos cuerpos les fatigan é impiden más que á otros encontrar lo infinito, es una obligación de honor que es necesario llenar con la más circunspecta probidad..."

No penséis que este credo pueda ser una oración puramente teórica. No se trata de palabras pronunciadas desde un púlpito, con el único objeto de fingir una religión profesional. Se trata de algo más elevado... Mauclair ha puesto en práctica su propia literatura. En días de snobismo, el joven crítico francés conserva intacto su decoro de esteta. Dice lo que piensa... Escribe libros, sin preocuparse de si se venderán... En "El arte en silencio", desnudó con valentía su pensamiento... Este exquisito libro no obtuvo ningún éxito popular. ¿Por qué? Porque Mauclair no amasó su éxito con duelos. Ni con bofetadas. Ni con las otras reclames de la botica clásica...

¿Qué más? Eso basta... Mauclair, con sus 36 años juveniles, se ha recluído,—viejo por sus tristezas,—para cumplir con su misión apostólica... Pero, como todo debe decirse, no creáis que Mauclair ha huído de los bulevares haciéndose ermitaño por amor al arte. Fué por amor al amor. En su vida hubo una mujer. La historia es conocida. No es privada. Es popular... Mauclair, amó bárbaramente. Amó á una mujer hermosa. De talento. Artista... La amó mucho. La amó tanto, tanto, que ella lo abandonó. Hoy es la mujer de Maurice Maeterlinck... (¡Ya veis cómo en el alma de los solitarios hay un cisne degollado!)



EN LA VIDA INTIMA DE MARIANO DE CAVIA

Seamos justos. Justos sin crueldad... No os enojéis, virtuosos. Yo creo que no se debe juzgar á Mariano de Cavia literariamente. Su obra es, con permiso de la Puerta del Sol, inferior en mucho á su talento.

—Sus crónicas,—me diréis,—son crónicas hermosas.

Es cierto. Son hermosas. ¿Queréis más? Son encantadoras... Pero tienen esa hermosura y ese encanto que adornan á las mujeres frívolas. Mujeres incapaces de dejar en vuestro espíritu la sangrienta herida de un amor con veneno. Son crónicas para leerse entre dos cigarrillos. Son como mujeres dignas de que se las adore entre los curvilíneos balanceos de un vals. Porque Cavia, ni siquiera es poeta. Si hubiera escrito versos, versos con un poco de luna y con toda su alma,—si hubiera escrito versos, yo podría hablaros hoy de un Verlaine español. Os digo la verdad. Me duele confesarlo. Pero

es cierto... La obra literaria de Mariano de Cavia es de aquellas que no dejan más rastro que una buena sonrisa. Sus libros son santuarios de esa antigua picardía ibérica que floreció en Quevedo sin llegar por desgracia á monseñor Rabelais. Con un temperamento de artista y con un cerebro sólido, Mariano de Cavia se ha burlado de sí mismo. Pudo haber escrito libros con talento y con arte. No ha querido... Prefirió poner su talento, cual tabaco, en la pipa, y fumarse, en vida, toda su gloria póstuma... Ha hecho bien. Si Homero hubiera sabido hacer un chiste, tened por cierto que no pide limosna. Ni hubiera sido atorrante. Ni hubiera sido griego...

* *

Os he hablado de un Verlaine español. ¿Acaso no puede existir la semejanza? Quitadle al lírico bohemio que duerme bajo la gloria, en Batignolles, sus versos tan bellos como inútiles; quitadle esa tristeza fúnebre que ilumina sus poemas diabólicos, y os hallaréis en presencia de Mariano de Cavia. La vida febril del uno es la vida soñadora del otro. Ambos, por encima de las montañas, se saludan...

La fama de este escritor ha traspasado ya los horizontes. Su obra periodística es de mérito. Vale... Después de Larra, Fernanflor... Y, después, de tres puntos, surge Cavia... En el periodismo de España es un maestro. Sin embargo, cuando en sus monólogos habla del periodismo, nótase la agudeza del odio hacia la fragua que calcinó lo mejor de su vida.

—"El periodista está obligado,—díjome un día.—á ocuparse de las cosas presentes. Y eso anula infinidad de esfuerzos. Esfuerzos de ingenio. Esfuerzos de trabajo... ¡Pobres y vanidosos periodistas! Artículos que en determinados momentos lograron feliz éxito y hasta hicieron ruido, son inservibles muchas veces, para formar un libro... Según Malherbe, un artículo de periódico vive lo que viven las rosas..."

Hay en el fondo de estas palabras una tristeza dolorosa. Oyéndolo, he sentido la emoción fraternal. Escuchándolo es como he descifrado el enigma que cubre la existencia atormentada y llena de suicidio de este hombre genial, que debiendo ocupar una sitio en la Academia, vive como Verlaine, en el café, bebiendo aquello que después de la mujer es el único milagro que nos hace más radiante la vida... Mariano de Cavia no es un fracasado. Es un predestinado. Su ingenio

luminoso surge siempre más fuerte. Sus ideas toman en él mayor relieve. Se afirman. Se dilatan. Crecen...

—Es un bohemio.

Indudablemente, es un bohemio. Pero no es de aquellos que os asustan con sus largas melenas y con sus poses trágicas. Es el más sencillo de los hombres. Sentarse á su mesa es ser el comensal de un caballero ilustre. De un rey de Mauritania que hubiera perdido su corona en brazos de una dama... Y lo que dije de Camille Mauclair, puedo repetirlo de Mariano de Cavia. En el fondo de su alma sangra, sin duda, un cisne degollado... Además, él piensa, como yo, que el trabajo es la virtud de los hombres que no tienen méritos suficientes para poder vivir sin trabajar... Escribe cuando quiere. Su cátedra es "El Imparcial". En las columnas del gran diario español, dice á menudo sus creencias sobre temas actuales... Su pluma siempre sonríe. Pero pega... Hace reir. Pero duele... Muchos de sus artículos, escritos entre quince botellas, han enseñado más moral á España que cincuenta discursos sabios de Castelar... Su ironía mortifica. Su sátira muerde. Hay en el cementerio de la política peninsular muchos cadáveres que le pertenecen... El, ni siquiera lo sabe. Y si lo sabe, se encoge de hombros. Desprecia los honores. Un aplauso, lo irrita. Cuando alguien le hace un elogio, él contesta sonriendo:

—¿Qué deseaba, señor?

* *

Uno de los éxitos periodísticos de Mariano de Cavia, se recuerda todavía en Madrid, con el sano placer de la humorada. Escribió un artículo avisando á los lectores que en el museo del Prado había estallado la noche anterior un gran incendio. Describía, en seguida, con su pluma pictórica, la siniestra escena del palacio ardiendo. Los cuadros del Greco convertidos en ceniza. El salón de las Meninas, de Velázquez, transformado en un montón de escombros.

Cuando "El Imparcial" se dispersó por las calles, las gentes comenzaron á leer el artículo. Con el diario en la mano, corrían desesperadas, hacia el museo del Prado, dispuestas á contribuir con sus lágrimas á la extinción de aquel incendio... Pero al llegar, veían con asombro que el museo estaba en su sitio. Estaba intacto. Sin fuego. Tranquilo... Recién entonces concluían de leer el artículo, en cuyo último

párrafo decía, más ó menos: "Lo que he descripto sucederá el día menos pensado, si las autoridades no toman ciertas medidas para evitar los peligros que ofrecen tales y tales deficiencias", etc.

La vida íntima de Cavia es de las más sencillas y más originales. No es un santo. No siente aspiraciones á figurar en el calendario. Vive su vida. Nada más. Gasta su ración de ensueño y su ración de olvido. ¿No hace bien? Yo creo que sí... Cavia ocupa con su perra, un tercer piso de la calle Alcalá, núm. 4. Lo acompaña también su escudero, que es un buen hombre con alma de esclavo. Se llama García. Tal vez no pudo llamarse Sancho Panza... García, siempre á su lado, en la calle ó en las saturnales, le cuida el Rocinante... En las discusiones del café, Cavia consulta á su escudero.

—"Sobre ciertos asuntos insignificantes,—dice don Mariano,—los escuderos son los que deben darnos su opinión. Oiga usted, García... ¿El conde de Cheste, tenía talento?

—Tenía muchas condecoraciones,—le replica García.

El juicio del escudero parece un latigazo. En América necesitamos muchos escuderos así...



Mariano de Cavia con su escudero García.



DON MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

—¿Otro Unamuno?

No... No injurieis á los santos. Frente á sabios de bric-á-brac como Unamuno, la sonrisa irónica y el florete mordaz son justicieros. Pero ante el cráneo augusto de Menéndez y Pelayo la ironía satírica es blasfemia... ¡Menéndez y Pelayo! Ningún razonador más enamorado de lo ilógico. Ningún espíritu lógico más enamorado de la sinrazón... Su paciencia es enfermiza. Su memoria parece la de Satanás, por lo infalible. Sin fatigas, su paciencia atraviesa las bibliografías seculares... Nunca mezcla una fecha. Ni confunde un nombre. Ni equivoca una frase... Si Menéndez y Pelayo hiciera tales cosas por pedantería de erudito y con el sólo objeto de saberlas, los artistas lo condecorarían con el nombre sacrosanto de imbécil. Pero, no... Su paciencia y su memoria son joyas que deslumbran y encantan á los artistas locos. Ellos bien saben que cuando este hombre gasta diez años revisando pol-

vorientas librerías y husmeando en mil poemas de lenguas fallecidas, es porque busca, con amor solitario, una belleza oculta en algún madrigal desconocido... ¿No os parece, pues, un hombre raro? Hallar en nuestros días un hombre como éste, es fenómeno extraño. Es un anacronismo. Yo creo que Marcelino Menéndez y Pelayo, se ha caído de un viejo monasterio del siglo quince, quedándose olvidado en nuestro siglo... Porque el alma de un ser tan singular y tan lleno de ciencia salomónica, no puede ser moderna. No... No lo creáis. No lo creáis aunque él mismo sea quien lo diga... El alma del holandés Erasmo fué su contemporánea... En la polémica Menéndez usa la aristocracia de las dagas florentinas. A menudo, le vemos hundir el puñal homicida en las carnes de los enemigos del arte,—que son sus enemigos. Pero, cuando hiere, es porque, como Cellini, sabe que su puñal es una refinada obra de arte, con mango de oro y hoja de Toledo. Mata con elegancia y con belleza. Ahora, ninguna madre da á luz almas tan cerebrales. Vivimos en una época de histerismo. Nuestros pies ya no andan. Vuelan... Escribimos con relámpagos. Pensamos en automóvil. Leemos entre dos platos. Razonamos aerostáticamente... ¿Cómo, entonces, este hombre incomparable ha podido resistir la fiebre del ambiente? Biografiar la existencia de Menéndez es hacer el elogio de la Santa Paciencia. Sus ojos, cual gnomos de fantasía, se han paseado por las páginas más secretas de los libros antiguos. Las bibliotecas no encierran para él ningún misterio. Todo lo sabe. Todo lo ha visto... Por una enfermedad de su cerebelo, recuerda en qué página y en qué libro hállase tal frase, tal soneto, tal nombre, tal idea... La paciencia manda en sus enegrías. A no haber sido sabio, sería relojero. Para comparar la enorme paciencia que lo santifica, es preciso valerse de la hormiga. Es el único símil.

* *

Ante hombres como Menéndez y Pelayo, los pueblos se arrodillan. No los aman. Pero los admiran... Los pueblos no pueden nunca ascender hasta ellos. Y ellos, á su vez, no saben como se desciende hasta la muchedumbre. Por lo común, la odian... Menéndez y Pelayo no la odia. Pero hace algo más bello y más honroso: la desprecia... Y no la desprecia por orgullo, como Zaratustra. No por vanidad, como D'Annunzio... La desprecia por olvido. Inconscientemente. La desprecia porque no sabe ni siquiera que existe...

Era razonable que yo acosara con mis preguntas inocentes, la paciencia de este célebre caballero andante de los libros... Su magnífico cerebro español tendrá cuando muera honras de mármol. Aunque ya las merece, nadie se las tributa... Sobre su tumba habrá que escribir un epitafio en el idioma del Mió Cid: "Oyd lo que dixo el que en buen hora nasco..." Y concluir el epitafio con puntos suspensivos...

✻ ✻

Menéndez y Pelayo no es un hombre afable. Y hace bien en no serlo. Es demasiado culto. Quien puede decirle á Horacio: "escribo epístolas en tu propio idioma"; y á Homero: "puedo leer en griego la Iliada y la Odisea", se ha conquistado el derecho de tirar piedras desde su balcón á la gente que pasa... Por eso tal vez sea tosco. Pero agrada. Es bueno. Es tímido... Me lo imagino en un salón de baile. Se desmayaría... Acostumbrado á pensar, habla muy poco. Lo primero que sorprende á quien le oye, no es su ciencia... ¡Oh, no! Cuando habla deja ver muy poco su sabiduría... Pero lo que sorprende en este hombre tan sabio y tan elocuente, es lo mismo que sorprendía en Alcibíades. Porque, sabed que Menéndez, cual Alcibíades,—según Plutarco,—es tartamudo... Sólo que su tartamudeo, como Aristóteles decía del hijo de Clinias, presta á sus palabras un realce ameno de lentitud digestiva... ("Cecea bellamente", claman los versos cómicos del payaso de Grecia...) Tal pudiera repetirse de Menéndez. El fuego de su palabra borra toda mala impresión. Habla poco. Al hablar dice mucho... Y lo más extraño es que siendo tan paciente y tan frío en los estudios áridos, sea tan lacónico y nervioso en su manera de juzgar lo que estudia. Sus juicios sobre obras de cincuenta volúmenes, caben en una frase. Oid un ejemplo. Quien lo cuenta es él mismo:

✻ ✻

—"Para escribir la Historia de las Ideas Estéticas de España, necesité consultar muy cerca de seis mil obras, desenterrando infolios y traduciendo jeroglíficos. Todas esas obras las leí por completo. Quince años duró mi trabajo. ¡Espantosa lectura! Muchos de esos libros eran de una formidable pesadez soporífera... Pues sepa usted que una vez leídos esos seis mil volúmenes, concreté mi opinión en una frase. ¿Para qué más? Esa conclusión, que puede usted leer en el

prólogo de mis "Ideas", es la siguiente: "La Estética es una de las ciencias más antiguas. Es también una de las más modernas. Y, sobre todo, una de las más atrasadas todavía..."

❊ ❊

Ya véis. ¿No es admirable? Pudo Menéndez y Pelayo vengarse de sus lecturas áridas, tirándonos á la cabeza un prólogo de diez volúmenes. Y, en cambio, ¿qué hizo? Escribió una sola frase... ¿No es, por cierto, un artista? Y este hombre paciente que conoce el camino de todas las literaturas universales, sígueme haciendo su profesión de fe. Conviene repetirla para que nuestros eruditos aprendan un poco de sentido común. Para que sean un poco más sintéticos.

❊ ❊

—"Alimento mi orgullo en cosas que para otros serán niñerías. Hay páginas en mis obras que me han costado el estudio de volúmenes íntegros. ¿Para qué? Para sentir el goce de encontrar en ellos alguna idea útil acerca de la belleza. O alguna idea bella acerca del arte... Pero no soy un erudito... En un prólogo he dicho hace tiempo lo que repito ahora: en España á todo trabajo serio se le designa con el nombre, sin duda infamante de "erudición"... Cada artista tiene su estética. Por eso los verdaderos artistas se ríen de las estéticas de seminario y de ateneo. Se ríen con la misma razón que tuvo Aníbal para reirse de aquel filósofo que venía á enseñarle el arte de la guerra..."

❊ ❊

Menéndez y Pelayo es intransigente en religión. En religión y en todo... Valera, al juzgar la Historia de los Heterodoxos, escribía: "Menéndez y Pelayo discurre sobre herejías, y siendo católico fervoroso, nunca deja de ensalzar la inteligencia de los egregios pensadores á quienes analiza. Aunque sean ateos, aunque maldigan á Dios, él los ensalza. Y los ensalza por amor á la filosofía. Por amor á la ciencia."

—"Mi sistema—murmúrame el maestro,—se puede resumir en una frase: renuncio gustoso á deleitar. Me contento con traer á la historia de la ciencia algunos datos nuevos... Nada más."

Pero, no es cierto. Menéndez y Pelayo no dice la verdad, pues no sólo aporta esos datos nuevos que menciona, sino que también nos encanta con su estilo. Y, lo que es raro, además nos instruye... Sus antologías valen por sus prólogos. Nunca por el texto ajeno que contienen... Sin empeñarse en ello, ha logrado hacer amena la pedantería de los eruditos. Con una sola línea destrozó el pesado andamiaje de Unamuno. Con cuatro líneas carcomió todo un libro de Groussac... Severo y fuerte, con su gran cabeza chata y hostil que asustaría á Lombroso, trabaja en la actualidad como si fuera joven. Su biblioteca no avergonzaría á Pericles, si aun Pericles imperara en Atenas... Hay en su estantería desde la "Poética", de Averroes, y el "Autodidacti", de Tofáil, hasta los últimos libros del Japón y Chascomús...

* *

Los más grandes amigos que ha tenido Menéndez fueron dos novelistas: Pérez Galdós y el ya muerto Pereda. Con ellos, en Santander,—su tierra,—solía pasear casi todas las tardes. Iban á pasos lentos. José María de Pereda, entre los otros dos. Era el más viejo. Paseaban por la Alameda 2a., desde el Reganche hasta Cuatro Caminos. Iban. Venían. Siempre con lentitud. Durante muchas horas. Y en silencio... De vez en cuando Galdós decía una palabra. A la media hora Menéndez ó Pereda contestaban con otra. Y el paseo continuaba en silencio... Sus polémicas eran de rumiantes.

* *

Sus distracciones son populares... A la calle sale rara vez. Va contra las paredes. (Mira siempre hacia arriba. Sin ver. Pensando...) Arrastra, pesadamente, sus pobres piernas. Piernas duras. Hinchadas por el reumatismo. Se le caen. Inútiles... Alguien le saluda:—Adiós, don Lino... Pero, Menéndez y Pelayo no contesta. Abstraído en sus pensamientos, no ha oído. Sigue... Sin embargo, el saludo le ha entrado en las orejas. Recién, después de un rato le llega al tímpano. Oye. Se da vuelta. El amigo está lejos. Sonríe. Sin ver. Y saluda al vacío:—¡Adiós!

El padre de don Marcelino era matemático. ¿Atavismo? Un hermano es médico. Escribe novelas. Su hermana es monja. Otro hermano está loco. Su manía consiste en hojear li-

bros con láminas. Don Marcelino al verle en su manía, se conduele. Y dice:—¡Pobre hermano mío!...



Los sabios y los locos suelen decir verdades sin quererlo. ¿El atavismo es fraternal? No sé... Pero el infeliz demente ha exclamado también ante don Marcelino:—¡Pobre hermano mío!

Madrid, 1908.



Alice en Buenos Aires.

LA HISTORIA DE UN LUSTRABOTAS

—¿Y después?

—. . . . . .

—Ya finalizo. He llegado al epílogo, señora. Aquel buen muchachito que lustraba botines en la plaza Lorea, está ahora en Turín. Allí lo he visto. Tiene veinticinco años. Es un pintor de mérito. Pinta cuadros hermosos. Sus telas le conquistan medallas. Aplausos. Y pensiones... Allá su nombre goza de alto precio metálico. Es argentino...

—¡Oh! ¡Qué historia tan rara! Parece una novela.

—En verdad, que sí, señora. Parece una novela. Felizmente no la pensé yo. No escribo folletines. No aspiro á Jorge Ohnet. Fué la realidad quien la escribió en la vida de ese joven artista... Y vidas novelescas hay como ésta, muchas. Cuando vais por la calle, las encontraréis muy á menudo. A simple vista no os llamarán, sin duda, la atención. Pero, deteneos. Interrogad á las almas que pasan. Preguntadles cuál ha sido su origen. Averiguadles de donde vienen. Inquirid-

les el horizonte á donde irán... Tal vez, si son grandes, ellas mismas no sepan responder. No es raro que ellas mismas se ignoren. El talento es así... Hubo un caballerizo que se llamaba Shakespeare. Y en los tiempos modernos hubo un sucio atorrante que ha de ser cuando muera, otro Shakespeare genial: Máximo Gorki.

Así terminé de contar en el Decamerón de aquella noche, la historia sencilla y complicada del pintor Alice. Es una historia que sólo puede contarse á gente de espíritu ele-



El pintor Alice, en su actual residencia de Turín.

vado. La multitud, generalmente, no comprende el heroísmo silencioso de ciertas almas locas. Locas con locura de sabios... La multitud cree que el talento reside en los bolsillos de los hombres ricos. Cree que la inteligencia busca para florecer, el ambiente de palacios suntuosos y el cerebro de señores correctos... Sin embargo, nadie ignora las preferencias del microbio artístico. Anda siempre en busca de pésimos rincones. Se esconde en los altillos. Come pan duro. Sufre dolores. Sien-

te latigazos. Suele ser esclavo de todos los caprichos... Conozco en Buenos Aires al portero de un poeta de fama nacional. Escribe versos mejores que su ilustre señor... En la calle Florida he visto caballos de talento, que debieran ocupar en el coche el sitio de sus amos... Son anomalías barométricas. Es cuestión de pañales. Cunas. Pesebres...

He olvidado narraros el principio de la historia de Alice. ¿Os interesa? Oidla. El me la contó con envidiable orgullo. Fué una noche. En Turín... Aquel muchacho soñador, tan suave y tan artista, gozaba en la evocación de sus años de niño. Ibamos por una obscura calle, en plena Italia antigua. De las ventanas surgían melodiosas canciones impregnadas de un espíritu triste pero cálido. ¡Bellas canciones! Bellas como esas mujeres piamontesas que dejan al pasar un calor de Vesubio. ¡Bellas! Bellas como ellas mismas... Y oid, si queréis, como empezó Alice á narrarme su historia:

—"Usted conocerá en Buenos Aires al doctor Cupertino del Campo. Es médico. Es literato. Es pintor... A él le debo mi carrera de artista. El me inició..."

—¿Cómo?

—"Mi padre tenía frente á la plaza Lorea, en Buenos Aires, un pequeño salón de lustra-botas. No hace mucho tiempo aún: hará nueve años... Con mi padre, lustrábamos el calzado de nuestra clientela. Ganábamos muy poco. Apenas podíamos vivir. Eramos tres: mi padre, mi madre y yo... En los momentos que encontraba libres, me ponía á dibujar. Borroneaba la pared. A falta de pinceles, usaba los cepillos. A falta de pintura, recurría al betún. Allí hacía paisajes. Bosques. Jardines. Hombres. Animales. De todo.... A veces, tomaba como modelo á los clientes del salón... Uno de éstos, era el doctor Cupertino del Campo, ó sea "José Bálsamo". Aún no se había recibido de médico, pero yo ni siquiera conocía su nombre... Un día, al verme dibujar en un papel mientras mi padre le lustraba los botines, me dijo:

—Oye, muchacho. ¿Te gustaría ser pintor?

—¡Ya lo creo!

—¿Y por qué no aprendes?

—No puedo, señor. Tengo que lustrar botines.

—Pero, de noche podrías ir á una academia...

—Es que no conozco á nadie...

El doctor del Campo, me prometió llevarme á casa de su maestro, el pintor Decoroso Bonifanti, pues él también estu-

diaba pintura. A los pocos días, fué otra vez á lustrarse, pero acompañado de Bonifanti. Yo les mostré unos dibujos, y, entonces Bonifanti me dijo que fuera á su casa... Fuí. Y desde aquella fecha el se constituyó en algo más que un maestro: Bonifanti es mi segundo padre... En aquel tiempo él me vestía. Me calzaba. Me daba de comer. Y luego, me enseñaba á pintar. A veces me llevaba con él á la sociedad bohemia. "El Bermellón", en donde veía con la boca abierta, cómo trabajaban los artistas. Recuerdo haber visto allí á Zavattaro, á Villar... En fin, hice algunos cuadritos que le gustaron mucho... ¡Bonifanti! A él le debo toda mi educación artística. Su corazón es grande como su inteligencia... En 1904 tuvo que venirse á Italia y me trajo con él. Aquí vivimos juntos. El gobierno nacional me otorgó después de mis primeros premios en la



El cuadro "Penosa Attesa", de Alice.

Academia Albertina, de Turín, una beca que pronto se me vence. Giovanni Grosso, director de la Academia Real, me dió lecciones. Concluí los cursos... Esa es toda mi historia..."

No es cierto. Esa no es toda la historia del artista argentino. Hay todavía algo más, que él, por modestia, calla. Es el éxito luminoso de sus obras. Posee ya varias medallas de oro. El cuadro "Estudio de una ciociara" ha sido adquirido por un rico y noble italiano. Otro cuadro, de méritos muy finos, es "Penosa Attesa". Cuadro sincero. Cuadro de dramática historia... Alice lo hizo en Italia. Para trazar la figura de esa escuálida madre que veréis en la fotografía, tomó como modelo á una pobre mujer. La infeliz vivía en el mismo in-

quilinato. Estaba en la miseria. Tenía un hijo. Un chico de pocos meses... Para no abandonarlo, ella servía de modelo con el hijo en los brazos. Y, los dos, se quedaban en "pose" varias horas al día. Naturalmente, la criatura no podía permanecer inmóvil. Lloraba. Se movía. Imposibilitaba el trabajo del artista... Entonces, ella, para no interrumpir al pintor, se sacrificaba dando el pecho al niño. De esa manera, se quedaba quietito... Mas, como esto ocurriera durante muchas horas, repitiéndose diariamente, el niño se indigestó... Falleció dos días después de que Alice concluyera su cuadro. ¿Entendéis ahora? Ved, en esa tela, el gesto crujiente de la pobre madre. Se adivina en su rostro el dolor de su carne marchita. Brota de sus ojos la angustia de una madre que presiente la agonía del hijo...

—¡La miseria!

—¡La miseria!... Yo la he conocido de muy cerca,—dice Alice sonriendo.—Tiene cara de mujer vieja. Es fea. Pero, á veces parece hermosa...

—¿Hermosa?

—Sí. Porque á veces viene acompañada de una muchacha joven. Encantadora. De ojos verdes...

—¿Alguna modelo?

—Sí. Modelo de virtudes: la señorita Esperanza. La primera madre de los niños y la última novia de los moribundos. ¡La esperanza!...

Bueno. Acabáis de oir palabras sinceras. Del corazón. Puras... Las confesiones de Alice revelan el mérito de su inteligencia. No es un artista rastacuero. No es de aquellos "niños de familia bien" que triunfan con cuatro ó cinco pinceladas precoces. Ni de aquellos que triunfan con la ganzúa del dinero. No. Nada de eso. El sabe, sin que nadie le enseñe, que para hacer obras de belleza exquisita no es necesario estudiar de memoria la cartilla del arte. Ni poseer un estudio lujoso. Ni amigos... Con un poco de pintura, con un pincel, con mucha alma, con paciencia y, por encima de todo, con talento, se puede competir, en la tierra, fácilmente con Dios. O con el Diablo... Admira ver la resignación con que este muchacho, lleno de juventud, pero repleto de experiencia, arremete contra los obstáculos. Pero... Escuchad las frases de sus labios. El tiene más derecho que yo para narraros, con verdad, su orgullosa miseria:

* *

—"Yo no tengo vergüenza de confesar mi origen. Hay personas que me aconsejan olvidar mi pasado. No puedo... ¡Cómo podré olvidar aquellos días encantadores! ¡Imagínese usted que apenas teníamos un pan duro en la mesa! No puedo... En la miseria, mis sueños hicieron mi porvenir. Gracias á ella me he acostumbrado á todo. Conozco por ella, la maldad de los hombres. Y, también, la bondad... Mi antiguo oficio de lustrabotas contribuye á enaltecerme ante mí mismo. Cuando veo uno de esos muchachos lustradores, pienso en las vocaciones fracasadas. ¡Cuántos de ellos no tendrán jamás su Bonifanti! ¡Cuántos estarán esperando, en vano, la llegada de un Bálsamo!..."

* *

Desde que hablé con Alice, miro con curiosidad á los lustrabotas... ¿Qué botines estará lustrando hoy el futuro Víctor Hugo de América? Tal vez, los vuestros, lector... Avergonzáos.

Milán, 1908.



El pintor Bonifanti, maestro de Alice.

De una caricatura de José M. Cao.

LA AGONIA DE TOLSTOI

—Telegrama: "Tula (Rusia), junio 23.—León Tolstoi se encuentra en agonía..."

¿Agoniza? Es justo. Era tiempo. Después de ochenta años de jesucristismo, la tierra necesita sus huesos. La glo-

ria necesita su nombre. Las multitudes necesitan su ideal... Por eso la atención del universo atraviesa los ambitos. Cruza los mares. Y, luego, se detiene, sin dolor, ante el lecho—blanco como la estepa,—donde el gran oso ruso retrocede á la infancia. Se muere sin rugir. Sin pensar. Sin ver. Sin cabellos. Sin dientes... Se muere como un niño. Su agonía interesa á la humanidad. Pero no la emociona...

Con todos los grandes hombres, siempre sucede así. El mundo sabe que su agonía no es un fin. Sabe que es un principio... En la muerte, los genios encuentran su apoteosis. O mejor: los genios recién llegan á serlo cuando se santifican con la tumba... ¿No comprendéis? La muerte es más noble que la historia. Engrandece las obras. Las idealiza. Las encumbra. ¡Acordáos de Cristo! Y, á los cinco minutos, de Cervantes...

La vida de Tolstoï,—bíblico leñador de conciencias,—es un alto ejemplo de virtud y de pecado... En sus confesiones aparece desnudo. Nos enseña sus llagas. Nos enseña sus bellezas. Nos predica por boca de sus propias heridas.

Nunca supo mentir. Su alma fué siempre una pobre loca llena de histerismos. Cuando joven, sus apasionamientos lo llevaron por caminos de alcoholes, de besos y de escarnios.

Oid su bella confesión. Es un hímnico Mea Culpa: "A los veinte años era yo el más borracho de todos los alumnos. Frecuentaba la universidad de Kasan. Mi profesor Saint-Thomas me enseñaba moral. Inútilmente... Yo no oía sus máximas. ¿Para qué? Tenía veinte años. Esos veinte años me cantaban al oído dulces versos de amor y amores de mujeres. ¡Las mujeres! Por ellas hice todo el mal que pude. Mi látigo autocrático de caballero noble, vibró sobre la piel de mis esclavos. Fuí borracho. Fuí asesino. Fuí ladrón... Yo me acuso, oh, Dios mío, de todas estas enfermedades que pudrieron mi carne y á las cuales agradezco la dicha de humillarme á tus pies!..."

Tal era. Cansado de pecar, Tolstoï huyó del ruido. Se fué á Isnaïa Poliana. Encerrado en su cuarto, se ató una soga al cuello. Quiso ahorcarse. Estaba arrepentido... El tirante al cual ligó la soga se quebró. No pudo matarse. Pero modificó su vida. A los 23 años de edad ingresó en el ejército como suboficial de artillería, tomando parte en la guerra del Cáucaso... Después tornó al campo en busca de virtud. Abandonó sus vicios. Dejóse crecer el cabello y la barba. Vistió el tosco sayal de campesino. Repartió su fortuna entre los pobres. Trabajó como zapatero. Vivió en una choza. Labró los campos. Sedu-

cido por la leyenda del mujik Sutayef, salió por la estepa á predicar moral. Sufrió la mofa de los trabajadores. Sus costillas conocieron el triunfo de las piedras. Y practicando una religión contraria á la de Zarathustra, no hizo nada más que imitarlo en su altivo desprecio á los honores. Fué siempre un orgulloso. Su modestia lo hacía delirar de orgullo... Su existencia tenía los caprichos de las nubes. Vivió todas las vidas. De ahí que sea el filósofo que nos ofrezca mayor cantidad de teorías diferentes. Sus libros se contradicen los unos á los otros. Entre la "Sonata de Kreutzer" y la "Resurrección", existe la distancia de un manicomio... En ciencia, era un ignorante sublime. Un empírico... En "Mi confesión", Tolstoï exclama con un bello gesto: " desde hace años, yo no leo nada más que en la fisonomía de los hombres y en mis propios libros..." Y dice verdad. Tolstoï fué siempre un enamorado de sí mismo. No miró nunca más allá de su alma. Fué un enfermo. Un cazador de estrellas. Su corrupción, su religiosidad y su arrepentimiento, fueron enfermedades que le dieron lucidez para analizar lo dramas de los hombres. Hasta en arte fué un enfermo. Un lunático. Un degenerado hacia arriba... Su esposa, la condesa Sofía Bechr,—dulce paloma que vivió entre las garras del gran oso,—lo afirma con ingenuidad. Ella ha escrito también sus memorias sobre la existencia de su esposo. Se publicarán cuando el maestro muera, junto con la obra póstuma que él deja inconcluída. Tendrá como editor al pobre millonario Pierpont Morgan... Es ésta una obra de corrupción y de vejez. El Tolstoï de los veinte años se rejuvenece al morir. En las páginas del libro del escritor eslavo se ve retoñar el alma del conde aventurero. Alma bravía. Con rojas barbas cual un fauno lascivo. Hay en esa novela un personaje simbólico. Es un anacoreta. Viejo y huraño, corre por los bosques. Huye de la carne. Se encierra en una ermita. Lo persigue una hermosa mujer. Bajo sus besos, él protesta, púdico... Para no amarla, se corta un dedo. Ella se horroriza. Lo deja... Por fin, una muchacha idiota va en busca del ermitaño. Es fea. Es horrorosa. Pero es mujer... La pobrecita quiere que el maestro la instruya en la verdad divina. El solitario, ciego de sí mismo, la instruye. ¡Sí!... Le da lecciones de verdad divina. ¡Pero son lecciones de amor! El apóstol cae. Y así,—pecando,—muere... Muere contradiciendo toda su propia vida. Al morir bendice su caída. ¡Esa caída,—horrible, encantadora, bárbara,—de la que tanto huyó...

Y todo esto es un símbolo.



CON EL SOCIALISTA FELIPE TURATI

—Milán. Portici Galleria, núm. 23. Frente al Duomo. Aquí es... Y entráis. Véis una chapa que os dice: "Critica Sociale". Recordáis que es el nombre de una revista de sólidas ideas que dirige el profesor Turati, Subís una escalera. Al final, otra chapa de porcelana os detiene. Os atrae los ojos: "Filippo Turati.—Avvocato." Y golpeáis. Golpeáis ya seguro de no haberos perdido en esta bella ciudad milanesa, donde el alma de los bulevares de París ha mandado en un soplo, á través de los

Alpes, muchos de sus encantos y no pocos, también, de sus mareos...

—*¿Filippo Turati?*

Y una mujer flaca os hace entrar. Usa amables modales. Miráis. Véis. Primero, un vestíbulo. Una percha. Repleta de sombreros. Muchos sombreros. Tantos sombreros que os imagináis que dentro de la casa debe haber, sin duda, una multitud de mil cabezas... Pasáis por una puerta. Cruzáis una salita. Véis una mesa. Detrás de ella, entre papeles, entre libros, entre diarios, una señora muy inglesa, muy rubia y muy roja, os mira. Os observa á través de sus anteojos.

—*¿Filippo Turati?*

Con un ademán, os señala otra puerta. El silencio que reina en la casa, os llena el espíritu de miedo. Y también ¿por qué no decirlo? y también de respeto... Véis que allí se trabaja. Véis que se lucha... Pero os interesa saber primero, en dónde están escondidas las cabezas de aquellos muchos sombreros que vistéis en la percha... Y proseguís la marcha. De pronto, os detenéis. A lo lejos, detrás de montañas de libros, detrás de cordilleras de diarios, detrás de Himalayas de papel escrito, véis que asoma una cara de hombre feo. Parece que surgiera como de un pozo de sabiduría .Esa cara, de asperezas hirsutas, la habéis visto en postales, en cuadros, entre banderas rojas... La habéis visto en la Boca del Riachuelo. La habéis visto en los Corrales. La habéis visto en los clubs de ideas socialistas que la policía persigue en Buenos Aires...

—*¿Filippo Turati?*

Y la cara, circundada por una barba tiesa, se agita detrás de los libros, diarios y papeles. Las grietas, casi obscuras, de ese rostro de sátiro triste, se iluminan con el resplandor de una sonrisa. Diríase que es como una pared vieja, á través de cuyas grietas se filtrara el sol. Y, por fin, preguntáis:

—*¿Filippo Turati?*

Y él os dice que sí con la cabeza. Os dice que sí con ojos afiebrados. Con esas pupilas rojas de hombre meditativo, de hombre sabio que ha quemado la juventud de sus pestañas en la vejez terrible de los libros odiosos... Y créeis que aquel hombre, os va á tirar por la cabeza su ostensible fealdad cual si fuera una piedra... Pero, no: Al contrario. Aquel hombre es Turati. Es socialista. Y, por encima de todo, es italiano... Recibe amablemente. Y su bondad os infunde valor. Le metéis vuestras manos en su corazón y de él sólo sacáis ternuras. Le introducís las manos en su cerebelo, y de él sólo

extraéis ideas de progreso, de fe, de trabajo, de paz y de igualdad... Y os dice:

—"Efectivamente, en Italia como en todo el mundo, el socialismo sufre una lógica espera. No es una crisis. No es que falten hombres. No es que hayan desaparecido los que antes luchaban. No es tampoco que las creencias socialistas pierdan su virtud curativa. ¿Sabe usted lo qué es? Es que el socialismo sigue la marcha natural de todas las religiones. Cuando ve usted en las carreteras un hombre sentado, junto á su carga, no piensa usted que ese hombre, por el hecho de estar sentado dejará para siempre de andar. ¡Oh, no! Al revés... Piensa usted que ese hombre descansa. Piensa usted que ese hombre se repone de las grandes fatigas que sufrió en el camino, y que, ahora aglomera fuerza musculares para seguir más tarde, con más vigor que antes su marcha al horizonte, al porvenir... Pues, eso ocurre actualmente con el socialismo .Acumulamos fuerzas... Y los que suponen que el socialismo pierde con su crisis orgánica, la fe que lo sostuvo, se equivocan. Ya verá usted la luz que ha de brotar de esta quietud aparente. Las ideas socialistas trabajan en la humanidad hoy más que nunca. ¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted!... Las creencias socialistas deben triunfar no por el ruido estruendoso de los discursos huecos,—que tanto mal han hecho al socialismo,—sino por la tranquilidad de las hondas paciencias que tan bello producto dan al hombre.."

Eso piensa Turati de la marcha actual del socialismo. Enemigo, por sistema, de otro socialista muy ilustre,—Enrique Ferri,—ha consagrado las horas de su vida al triunfo de sus ideales de regeneración social. Piensa. Escribe. Pero no grita... Y, hasta podéis afirmar, que este socialista sincero y sabio odia á la muchedumbre. La odia con odio de aristócrata... Le repugna, sin duda, como á vos y á mí, la chillería grotesca de la piara humana. Turati cree que más mérito tiene un silencio bien templado, que cien gritos que estén mal prorrumpidos. Sin embargo, Turati es el autor del "Himno de los trabajadores". Ese himno escrito para la multitud y que nuestros obreros criollos cantan con deleite en las huelgas. Ya véis. Es el enemigo de la multitud. Pero la comprende. En su bélica canción ha desnudado el alma de la plebe. Ha interpretado el dolor popular...

Actualmente Turati trabaja, con enérgicas teorías, en periódicos, en libros y hasta en el parlamento,—á fin de conseguir para las mujeres y los niños una disminución en las

horas de labor fabril. Hace poco sostuvo con Claudio Treves una polémica que derramó clara lumbre sobre el arduo problema. Turati observa con curiosidad las evoluciones nacientes del socialismo argentino. Cree que el doctor Palacios sigue, de muy cerca, las prácticas sonoras de Ferri. Lee muchos libros nacionales. Se hace traducir artículos de "La Vanguardia", y habla con entusiasmo de su antiguo director, el doctor Mario Bravo.

Turati sabe que influye en el temperamento del socialismo argentino. Es una influencia natural. Lógica. El socialismo argentino es casi italiano, como es casi español nuestro anarquismo.

Pocas veces se ve á Turati en las asambleas de los comités populares. Prefiere estudiar en el sosiego de su taller intelectual. Desde allí sus consejos salen, se aprecian y se aquilatan como monedas de oro... Italia puede estar orgullosa de tener un socialista de talento cual Felipe Turati. La tradición intelectual de la hermosa tierra de Carducci, se ha enriquecido con el nombre de este pacífico guerrero. Pacífico guerrero cuyos cañones no conocen á Krupp: son las letras de molde. Pacífico guerrero cuyas balas son de un metal más duro que las balas... y se llaman ideas...

Il riscatto del lavoro
de' suoi figli opra sarà,
O vivremo del lavoro,
o pugnando si morrà!

Filippo Turati

Estrofa del himno de los trabajadores, autógrafo de Turati



RAMON CASAS, SANTIAGO RUSIÑOL Y POMPEYO GENER

—"Había una vez tres hombres populares. Los tres tenían talento. Y los tres eran, á pesar de todo, muy amigos..."

No vayáis á creer que os quiero narrar un cuento inverosímil. No penséis, tampoco, en la historia cándida de tres santos de biblia. No se trata de almas de fantasía, de ilusión, de milagro. Se trata de un extraño fenómeno. Fenómeno carnal. Y humano... Quiero hablaros hoy de tres hombres que rea-

lizan en la tierra el prodigio de tener talento y ser amigos. Muy amigos. Tan amigos que parecen hermanos. Yo no sé si estos tres hombres son locos. Tal vez. No es posible concebir que en la tierra existan tres hombres de talento y sin locura, que se quieran tanto... A estos tres hombres no los une solamente el fervor de lo bello, ni el fuego del espíritu. Los une, además, la sangre del corazón, que es el cariño..... ¿Sabéis cómo se llaman? Esperad... Los haré desfilar uno por uno. No he hallado homenaje de justicia más noble que reunir estos tres ilustres catalanes en una sola procesión de artistas. Vedlos pasar. Ya vienen:

El primero es Ramón Casas. Es el pintor exquisito de las mujeres elegantes. Es el taumaturgo que transporta á la tela, con la varita mágica de su pincel ó de su lápiz, las curvas adorables de la más invencible raza de mujeres. De esas mujeres cálidas de España. De esas mujeres tórridas de Iberia, cuya raza proviene de alguna estirpe muerta de cisnes y de leones. Ante el retrato de una mujer de Casas, el fuego arde en las venas. Son mujeres tan reales, tan tentadoras; miran con ojos tan llenos de aristocracia, de inocencia y de abismo; tienen unos labios tan frescos de rocío, tan rojos de sed y tan sabios en besos, que, al verlas, uno piensa que no pueden ser figuras de imaginación, ni de pintura. Parecen seres reales. Cuerpos de carne. Con piel de terciopelo. Cuerpos con almas. Y almas radiantes que rebosan de vida. Diríase que están por escaparse de la tela. ¿Acaso esas mujeres no son las que atraviesan por los sueños ó son las que atraviesan por la calle, alzándose el vestido con audacia y mostrando la enagua, debajo de la cual enseñan un poco de la media? Barcelona está poblada de estas mujeres bellas, nacidas del pincel sensulista de Casas... ¿Queréis verlas? Si queréis verlas no vayáis á museos. En los museos hay pocas. En las pinacotecas de hombres ricos, no encontraréis muchas. Pero si las queréis hallar en abundancia y en todo el apogeo de su triunfo; si queréis contemplar esas mujeres en su pecado original, en su hermosura propia, en su belleza tibia, tenéis que... ¡Me da pena decirlo!... Tenéis que ir á contemplar los anuncios clavados en paredes y en escaparates de almacén.

Este pintor de tanta inteligencia y tan artista, posee el capricho comercial de hacer mujeres deliciosas para carteles de reclame. Si alguien desea poseer un cuadro de Casas, no tiene nada más que comprar un affiche... Sólo que cada affiche de éstos vale algo más que un cuadro. Se ha vendido hace

poco una mujer de Casas, en treinta mil pesetas. Era para anunciar la venta de un calzado alemán en Norte América... Y ahora, ved físicamente á Ramón Casas. En mangas de camisa, con la pipa en los labios, tiene el aspecto de un padre de familia. De un padre muy tranquilo. Muy prosaico. Y es todo lo contrario. Bajo la tranquilidad de su presencia, esconde la activa fuerza de un artista nervioso, muy lírico y muy noble.

Si trabaja en carteles de reclame, no penséis que lo hace por ganar dinero. No, sin duda. Lo hace por qué sí. Porque quiere hacerlo. Nada más. Pues tiene bastante talento y bastante fortuna para satisfacer sus más raros, sus más caros antojos, sin importarle un bledo la crítica mordaz del zapatero ó la frase insidiosa del vecino de enfrente. En su taller lo encontraréis, de tarde, trabajando. Digo que lo encontraréis, si es que el portero os deja penetrar. Porque Casas ya no quiere recibir á nadie. La popularidad lo molesta. Son tantas las mujeres aristocráticas y bellas que anhelan verse reproducidas en los affiches célebres de Casas que ya el pintor no necesita gastar plata en modelos... A su taller entran únicamente los privilegiados. Pero no creáis que es hombre de un humor tumultuoso, así como Mascagni... Es un hombre de esos que no abrazan á nadie. Que no gritan su cariño con frases. Que no cantan, con música, su afecto. Pero es de aquellos que al dar la mano dan también con ella el corazón. Tal es Casas.

Y ahora, ved pasar á otro artista. Miradlo. ¿Qué impresión os produce? Ya me imagino. Pensáis que con su gran cabeza de revuelta melena y su corbata enorme de poeta francés, debe ser algún pintor desconocido que pasea por las Ramblas su sonrisa apostólica. Pues, no. Si bien es un apóstol, no es un Fulano de Tal... Ese que véis pasar es un señor muy célebre. Se llama nada menos que Santiago Rusiñol. Su nombre domina en muchos pueblos y su literatura en muchas almas. Su prestigio ya no cabe en España. Hace tiempo que invadió la América. Y ahora está llenando la Inglaterra y la Francia. Yo había supuesto que Rusiñol, como todos los ironistas, era un hombre tosco, muy llorón y muy triste. Me equivoqué. Lo conocí en el Ateneo Barcelonés. Y aquella noche, con dos palabras, destruyó mis creencias. Hablóme con devoción de América y de los nuevos rumbos de su teatro. Conoce. Sabe... A este gran hombre la sonrisa no le muere jamás entre los labios. De todos los hombres célebres que conozco hasta ahora, es el más amable, el más bueno y el menos amigo de la pose

estudiada. Sus libros, sus dramas, toda su obra literaria, llena de dulces ironías, de bondadosas lástimas, de ideas raras, de frases caprichosas, de frases con luz, de frases breves, de frases atormentadas y febriles; todos sus cuentos, impregnados, como en "El Pueblo Gris" de melancólicas alegrías y de humorismo paternal; todas sus comedias dramáticas, temblorosas de demencia, de ardores, de nostalgia; todo su estilo y su prosodia personal y única, histérica, alocada, sin gramática y por eso más bella; toda su prosa repleta de savia juvenil—toda su obra de literato, de poeta y de artista,—y todos sus cuadros y dibujos de pintor fantástico que sueña como el Greco, en las lúgubres noches del delirio mental;—todo eso, en fin, y algo más todavía se encuentra condensado, vive, palpita, se sintetiza psicológicamente en el carácter de este hombre que os abraza y para el cual los triunfos son flores sin fragancia. No es necesario que yo os hable de la literatura de Santiago Rusiñol. Bastante se ha dicho ya. Además, ahí en Buenos Aires, Enrique Borrás ha puesto de relieve en el teatro, la brillantez y el oro de "El Místico" y de "Buena Gente". Los personajes de sus dramas son de carne y de hueso, de alma y de corazón. Aunque hablan en catalán piensan en todos los idiomas. Por eso se les entiende en todo el mundo. Si á veces hacen llorar, á menudo también hacen reir. Son muy humanos. Pero lo que yo debo deciros es la impresión física que causa Rusiñol. ¿Cómo hacerlo? La fotografía, más aceptada hoy que la literatura, os lo dirá mejor. Sin embargo, si queréis ver su rostro con relieves gráficos acordáos de la cabeza de Daudet. Con Rusiñol ocurre un fenómeno curioso. La cabeza del escritor catalán es idéntica á la del suave literato francés. Y no me refiero sólo al exterior. No hablo únicamente de la cabellera, de la barba, de los ojos, donde el parecido asusta, pues yo creí encontrarme en presencia de un muerto que conocí en efigie. Hablo también del interior. Del modo de pensar y de sentir. El estilo de ambos se parece muchísimo. Esto no significa imitación. Es un caso clínico de semejanza intelectual. Se parecen, pero son distintos. Son iguales, pero no son los mismos... Esta semejanza ha hecho que el hijo de Daudet,—León,—profese á Rusiñol un cariño entrañable. Lo mismo hace el autor de "El Pueblo Gris". Sobre el desorden de su mesa de artista, el retrato de "Poquita cosa", preside como un padre. Además, ha traducido al catalán el "Tartarín de Tarascón".

Rusiñol es, hondamente, un refinado. Es de aquellos que en los tiempos en que era imprescindible abrir caminos para

el avance de los tigres nuevos, asustaba la cobardía de los burgueses infecundos con sus caprichos y con sus anarquismos. Usó hace tiempo la morfina, ese precioso néctar que debiera ser obligatorio en los artistas. La usó con exceso de suicida, como Baudelaire, como Quincey, como Herrera y Reissig, como... (Callemos). Quería dar á sus nervios una tensión de cuerda musical. Lo consiguió sin lucha. Pero su organismo tuvo una fuerte sacudida. Fué un barreno en la piedra. Su cerebro se pobló de cuervos. Veía cosas negras... Lo llevaron á Francia. Vivió en un Sanatorio. Estuvo loco. De allí salió curado. Es decir, curado, no; salió con más ideas. Y sobre todo con ideas más sutiles, más bellas, más intensas, más bruscas, más hermosas... En Sitges tiene un museo de hierros con historia. Su casa, el hospitalario "Cau Ferrat", es una joya. Allí ha realizado cosas formidables. Con Casas, con Utrillo y con otros artistas, sorprendió una tarde á los pueblos vecinos. Entre todos, disfrazados de pruebistas, fundaron un circo. Y en un carro, recorrieron las inmediaciones. Hacían pruebas sobre caballos mansos y piruetas de tonnys que entusiasmaban á los campesinos. Daban limosna á los pobres en esterlinas de placer y de risa. Tal es Santiago Rusiñol.

Y, ahora, ved pasar al último. Es, de los tres, el último bohemio. Mirad... ¿Qué véis? Primero veréis un enorme sombrero. Un sombrero gigantesco... Y debajo de las tremendas alas, alcanzaréis á ver una cara de sátiro travieso. En seguida, dos ojos relampagueantes de viveza. Y en conjunto, una extraña y altiva cabeza de mosquetero. Debajo de la cabeza, os imagináis que debe haber un traje militar. Y una espada... Pero, no. Os encontráis con un traje cualquiera. Un traje de filósofo. ¿Quién es?

—Pompeyo Gener.

Y es claro. No es posible equivocarse. Pompeyo Gener, cuya fama en París es más notoria y mejor aplaudida que en España, es el autor de tanto libro sólido, de ciencia milagrosa, de penumbra y de luz. Sus ideas no son alfileres de oro fino como las de Rusiñol. Son hachazos de hierro. En su libro "Inducciones", y sobre todo, en "Literaturas malsanas" parece un leñador partiendo robles. Sólo que, á veces, parte leña con los ojos cerrados. Y se corta los dedos. Su estilo es algo duro. Inarmónico. Algunos de sus libros han vencido mi insomnio.

Su cerebro es fecundo. Además, como siempre ha vivido junto á grandes maestros se ha formado un criterio propio le

los seres, de las cosas y de los fantasmas. Conoce la vida y los milagros de todos los hombres célebres de su época. Sobre todo de Francia. Amigo de Víctor Hugo y compañero de Bartrina, habla de ellos como de hermanos viejos. Siendo un polemista feroz, es un hombre incapaz de tener por su gusto un enemigo. No habla mal de nadie. Ni siquiera habla mal de sí mismo. Es orgulloso. Dice las verdades en la cara. Pero es bueno. Sigue con entusiasmo á los literatos argentinos. Me preguntó por Roberto Payró. Por Carlos Reyles. Por David Peña. Y también por Alberto Ghiraldo.

Pompeyo Gener no tiene nunca domicilio fijo. Es un manojo de nervios. No sabe dónde vive. Hoy está en Roma. Mañana en París. Y pasado mañana en Barcelona, ó, como es moda, en el Japón. Corre. O mejor: vuela. Tiene el mal de los tristes. Sufre el deseo de irse y el deseo de volver... Al segundo día de conocerlo, tuve la suerte de encontrarlo en la calle Pelayo. Con la gentileza de su carácter caballeresco, me instó á que lo visitara. Yo saqué mi libreta para anotar su dirección:

¿Adónde?—le pregunté.

Me miró. Estuvo pensando un rato. Luego se asombró de no saber dónde vivía. ¡No sabía en qué hotel iba á dormir aquella noche!...

—¿Adónde vivo? Es cierto... Pues ¿adónde vivo? Ah... Yo estoy todas las tardes en la cervecería de la Maison Doré. En la vereda. Vaya usted á verme allí. En la tercera mesa...

Tal es Pompeyo Gener.

Ahora ya conocéis á estos tres hombres, cuyo talento no impide que entre sí sean los mejores amigos. Son tres cerebros fuertes. Son, además, tres almas solitarias. El arte español tiene en ellos tres sacerdotes de su culto. Cataluña, con razón, está orgullosa de cobijarlos con su cielo. Y Buenos Aires tendrá pronto el honor de recibir la visita de estos tres caballeros. Ante sus cabezas, la calle Florida sentirá revivir los tiempos en que la melena y la capa de don Carlos Guido se agitaban como banderas de belleza, de lirismo, de arte...

Barcelona, 1907.



AGUSTIN QUEROL

He aquí un hombre del cual no me es posible decir la menor ironía. Como diría Carlos de Soussens, he comido con él... Además es un artista. Bajo la modestia de su suave sonrisa esconde un gran orgullo mental. Hace bien... Pero no creáis que sea cierto lo que dicen los crueles. No creáis que sea un artista de "pose", en el gesto, en el ademán y en las arrugas de la frente. No penséis que como el gran Sorolla, pierda muchas horas ante los espejos para desarreglarse la corbata y sorprender al vulgo con sus snobismos de taller. Querol, no. Fuera de su trabajo es un hombre sencillo. Más no por esto es un artista acostumbrado á manchar la fama de sus compañeros con murmuraciones de rencor femenino. Pero queréis ver á Querol? Queréis conocer su modo de pensar, de vivir,

de sufrir, de luchar? Veníos á Madrid. Entrad á su taller. El os dirá:

—¡Adelante!

❊ ❊

Sí. Adelante... El mismo maestro os hará entrar. Su taller es enorme. Por él ha desfilado toda la nobleza. Mirad... Blancas moles de mármol se inmovilizan bajo el techo. Parece aquello un archipiélago de tierras fértiles é incultas que aguardaran, inmóviles, la mano cariñosa de un sabio sembrador. Lo primero que pensáis al entrar es, sin duda, en esa piedra muerta. Pensáis, luego, en el espíritu dormido de esos mármoles de fealdad mortuoria. ¡Mármoles fríos, tan ásperos, tan secos! Mármoles que florecerán, tarde ó temprano, en monumentos de belleza exquisita cuando el maestro, en actitud de padre, esgrima sus cinceles fecundos... A medida que vais entrando, vuestros ojos se acostumbran al ambiente marmóreo. Véis poco á poco destacarse en la sombra los bocetos de estatuas conocidas. En un rincón, el soberbio "Quevedo" os mira heroicamente. Los cabellos, la nariz, los lentes, la perita y el gesto, interpretan con arte, con luz y con verdad, el lirismo travieso del más divino cantador de hermosas suciedades que haya tenido España. Más lejos, contemplaréis á Juan Tenorio. Desde su blancura de almidón os quiere desafiar con la mirada. La tizona fuera de la vaina, os espera. Es él. ¿Sois, acaso, Mejía? Su apostura es un reto á los rivales... Y continuais, así, evocando viejos conocidos de la historia. El general Bolognesi, erigido en el Perú. Garibaldi, que irá á Montevideo. Modelos de cosas empezadas. Torzos. Piernas. Cabezas... Véis el tremendo grupo de "La Tradición". Es soberbio. Magnífico... Después, por entre los bustos de opulentas matronas de América y pecadoras princesitas de Europa, alcanzáis á ver sobre las mesas, en las paredes, en el suelo, en todas partes, modelos en yeso y en dibujo, de los proyectos para el monumento nacional de Mitre.

Vale más que no preguntéis á Querol que significa aquello. Los nervios enfermos del artista se ponen en tensión. Tiembla. Repica. Y habla... Os habla con un dulce tono madrileño en el que estalla de repente el tosco acento catalán. Cuando ayer estuve á verle en su taller, el maestro me acogió muy amable. Muy nervioso. Acababa de recibir de Buenos Aires un telegrama del doctor Calzada, una carta luminosa de

Torcuato Tasso y diarios argentinos. Todos ellos hacían referencia al monumento.

* *

Habla: "Perdone usted. Estoy algo agitado. ¡Ya ve usted! Me llegan de la Argentina noticias contradictorias. Unos dicen que el jurado aceptará mi monumento. Otros piensan que no. Afirman que será aceptado el de Coutan ó el de Calandra. Don Emilio Mitre me quiere á mí muy mal. Cuando estuvo en Europa, no quiso venir á visitarme. Yo lo invité á que viera todos mis proyectos. No vino..."

Y emocionado, Querol solicita opiniones. Quiere saber algo sobre los miembros del jurado. ¿Son inteligentes? ¿Saben algo de arte? Yo le doy datos terribles. Le digo que casi todos los miembros del jurado, entre los cuales está Schiaffino, son analfabetos en cuestiones de arte. Querol tiembla. ¡Pobre! ¡Pobres grandes artistas!

Estos seres geniales tienen una delicadeza demasiado sutil. Sufren. Todo les hace daño. Por eso pude ver en los ojos del artista, el brillo doloroso de su alma atormentada por la fiebre del sol. ¡De su pobre alma loca de belleza, de triunfo, de laurel! Es horrible poseer tanto talento para sufrir del corazón como cualquier imbécil. Oid sus frases cándidas:

—"Cada vez que presento algún proyecto sufro bárbaramente. Sufro mucho. Ya usted sabe que yo no trabajo por el dinero. No lo necesito. Tengo lo que deseo. Pero sepa usted que cuando comienzo un trabajo, pongo en él toda la fogosa rabia de mi espíritu. En el trabajo pongo toda mi vida. Pongo toda mi carne. Pongo toda la médula... Por eso me dolería que los argentinos no tuvieran un monumento de Mitre hecho por mí.

...Ahora pienso irme á Buenos Aires. Iré el año próximo. ¡Ah! ¡Pero qué miedo tengo! Soy un niño, ¿verdad?"

Ya véis. ¿No es una bella confesión? Cree ser un niño. ¿Acaso no lo es? Los artistas viven tan arriba de las nubes que no adquieren experiencia jamás. Viven tan arriba de las nubes que no ven la calle. No ven los adoquines. Por eso, cuando quieren salirse de las nubes, se caen sobre las piedras. Se rompen la cabeza. Querol rueda á menudo sobre los adoquines... Alguien le acusa de habilidad mundana para lograr sus éxitos. ¿Sí? ¿No?... ¡Qué importa! Sólo debemos saber que es un artista. ¿Qué más?...

Si recién lo eligen diputado no es porque él aspirase á ese honor callejero. Nacido en Tortosa (Tarragona), los labradores de su pueblo quisieron demostrarle su devoción de conterráneos. Lo votaron. Y triunfó... Observad la inocencia con que él juzga las bellezas de su diputación:

—Yo no soy político. Voy á renunciar. Cuando me eligieron, me incomodé bastante. Lo único que en los comicios me pareció sublime, encantador, fué el abrazo que una viejecita campesina vino á darme cuando supo mi triunfo. Yo pensé quién podría ser aquella aldeana. Más no la conocía... Entonces, ella, se apresuró á decirme: "Usted no me conoce. Yo he sido muy amiga de su madre. Usted cuando era niño se alejó de su casa para estudiar muy lejos. Ahora, como su pobre madrecita ha muerto, yo quiero darle en su nombre este abrazo..." Y me abrazó. ¿No vale este abrazo una diputación?

Querol se puso triste.

Madrid.

IRONIAS DE PARIS

ROMEO EN MENAGE
ou
LE MARI ARGENTIN

Dans la calle Florida, la rue à la mode de Buenos-Aires, à l'heure chic—huit heures du soir—les messieurs, adossés aux devantures des tiendas, regardent passer les femmes, éclatantes et caquetantes, jouant de l'éventail, du sourire et de la prunelle—d'ailleurs parfaitement honnêtes—il n'est jamais question làbas que de mariage.

La rue à la mode est étroite et les trottoirs n'ont pas un mètre: elles marchent, une à une, à la queue leu leu, en file indienne chère à leurs ancêtres, frôlant leurs admirateurs qui les interpellent: *Querida, ah que linda, que bonita!*, et joigment le geste à la parole. C'est de droit dans la calle Florida. On palpe et on pince. La galanterie s'exprime ainsi. Plus une femme constate qu'elle à de bleus, plus elle est flatée. C'est une preuve qu'elle à du succês.

Le défilé de Florida, et ses accesoires, est le grand plaisir de l'Argentine, à qui nul n'a jamais reproché d'avoir l'âme compliquée. C'est aussi sa plus grande affaire, car c'est là qu'elle fait des conquêtes et qu'elle rencontre un mari. „

Le célibataire pour qui mariage signifie repos, pantoufles et bonne chère fera bien de ne point chercher femme calle Florida. Celle qu'il y trouverait ne lui confecttionnera pas le moindre petit plat. Elle n'aura nul souci de son bien-être. Est-ce qu'on se marie pour cela? On se marie pour aimer. Amour, ardeur et passion, en revanche, ceux qui on rêvé, eux aussi, de toutes ces belles choses, seront servis à souhait. On ne leur servira même que cela.

La formule des faire-part de mariage est d'ailleurs très claire:

Don X... y doña X... tienen el honor de participar á Vd. el enlace.

> (M. X... et Mme. X... on l'honneur de vous faire part de leur enlacement.)
>
> J'ai vu des gens que cette formule choquait. Mai, je n'y vois rien à redire, sauf qu'on pourrait peut-être remplacer honneur par plaisir.
>
> Aux environs de Buenos-Aires, à Adrogué, les ménages argentins viennent passer leur lune de miel dans un hôtel symboliquement nommé Delicia. J'ignorais cette particularité. Autrement, croyez bien que je n'y serais pas allée. Quel tapage, et quels orages! C'est là que j'ai compris ce qu'eût été le sort de Roméo marié à Juliette, si Shakespeare n'avait eu le bon esprit de le faire mourir — temps!
>
> ... A trente ans, la Juliette incandescente est une grosse matrone en camisole et papilottes, entourée de marmots. Et Roméo a jeté tant de feux et flammes qu'à peine s'il lui reste une étincelle à offrir à la «china», la servante indienne qui traîne la savate dans les intérieurs argentins, et à qui c'est de tradition, le fils dédie ses premières armes précoces, et le pére, ses invalides prématurés.
>
> (De *Le Matin,* de París).

En París la Moral no es una santa. No tiene altares. Carece de iglesias... Yo no quisiera ofender la virginidad patriótica de Juana de Arco. Pero creo,—sacerdotalmente,—que su estatua de bronce, erigida en esta ciudad eiffel, es una ironía demasiado aguda. Por eso la doraron... Yo no veo que esta vida algebraica, pródiga, sonriente de París, pueda ser un pecado. Al contrario. Es una sólida virtud no guardar en el bolsillo nada para otro día. Siempre es bueno dar todo. ¡Todo!... El catecismo lo predica. Lo dice el padre Astete. Y el cándido Judas lo comprueba... El placer, como el arte, como el dolor, como el olvido, es un refinamiento de los nervios. Gozar, es ir... Gozar es perder el sentido de las asperezas terrenales. Gozar es desdeñar el prejuicio y tener un coloquio con las nubes. Gozar es arrodillarse ante Dios para dar, en la frente, un beso al diablo... ¿Comprendéis?

—No.

Bueno. No importa. La quietud de las sensaciones cubre de moho el cerebro. Dejad de sentir goces. Vuestra carne espiritual aumentará en gordura. Y, también, aumentará en pesadez... En Suiza, donde según he visto, la moral merece más respetos que el pan ,ocurre que la música, el amor y la poesía

cuentan con muy escasos jardineros geniales... En todo el país, cada mujer, cada hombre, es una pagoda de virtud. Trabajan todo el día. Se cansan. Se fatigan. Y, fisiológicamente, por la noche no sienten deseos de consultar la Biblia... Duermen. Por eso allí no es posible encontrar ni poetas, ni literatos, ni artistas, ni cuerdos que se maten. Los que existen, —pocos, muy pocos, poquísimos,—aprendieron á vivir en Francia... Días pasados con la ingenuidad de mi modestia felina, pregunté á un periodista de aquella tierra si las virtudes no estaban consideradas como una desgracia nacional... Se enojó. Me mandó los padrinos... A pesar del banquete en que lavamos su honor de toda mancha, no he podido comprender todavía la indignación de este noble joven chacarero. Estoy habituado á las ideas de París. No me parece feo lo que produce encanto. Si una cosa es "buena", ¿por qué ha de ser "mala"? Esta es la base de la filosofía parisiense. Los franceses piensan como yo. Se ríen de todo lo que pueda ser moralidad... Haré una advertencia. Los franceses que conocéis fuera de aquí, no son los mismos franceses de París. Ser "francés" es una cosa. Ser "de París", es otra... Un francés, cuando no está en París, ve con los ojos, con el cerebro. En París ve con la imaginación. Es decir, mira. Pero no ve. O por lo menos no sabe si mira para arriba ó para abajo. Por eso,—Víctor Hugo tuvo la suerte de pensar esta frase antes que yo:—"los parisienses confunden á menudo las estrellas con las marcas que dejan en el barro las patas de los gansos..."

Sin embargo, París como mal; París como pecado; París como fiesta de puntillas y de rasos; París como volcán de sombreros enormes y de bocas con sed; París como delito; París como fango y como cielo; París como París, es delicioso. Es magnífico... Los reyes que pierden su trono vienen á vivir en París. Es un error creer que la fecunda población de París disminuya. Hay que vivir en su vida nocturna... Sólo que no son los franceses los dueños de París. Los dueños de París son los que vienen de tierras muy lejanas, á pagar el tributo de su imaginación. Para saber cuantos parisienses hay en París, no leais estadísticas. Os bastará con ver el tráfico de las estaciones ferroviarias. Hay aquí hombres de todas las naciones, que son, indiscutiblemente, "parisienses"... Pero no son franceses.

De aquí resulta que no todas las ironías parisienses de los diarios locales, son francesas. ¿Un ejemplo? Tengo uno. Me lo remite el doctor Molina Salas, activo cónsul general en

Suiza. Es un documento de posteridad. Su autor debe ser algún sabio francés que heredó las ironías de Voltaire y las preferencias de Cambronne... Es un artículo que "Le Matin", el más leído de los periódicos de París, publicó el 2 de Septiembre. La colonia argentina se ha indignado. Las damas criollas han alzado los puños. Los hombres sus bastones... Todos dicen que ese suelto ofende la dignidad de nuestras damas, de nuestras niñas... Yo no sé si será cierto. Hay temas risueños que no merecen un sermón eclesiástico. Vale más un gesto indiferente de los hombros... Tal vez por ello ha sido que tanto el cónsul argentino en París, como el ministro, se han callado diplomáticamente...

Ya sabéis que "Le Matin" es un diario muy rico. Organizó la última carrera de automóviles "Pekín-París". Fué también quien mandó á América á monsieur Charcot, á quien la República Argentina prestó tantos servicios. Hasta le dió carbón, como un obsequio. Ahora bien: "Le Matin" con el humorismo parisién de Willy,—Claudina en todas partes,—ha querido agradecer las gentilezas argentinas, publicando el artículo que leeréis en francés, como epígrafe. En dicho suelto, su autor hace una descripción con tinta china, de nuestra original calle Florida. Dice que, por las tardes, las damas distinguidas pasean una detrás de otra,—en fila indiana,—entre los piropos agresivos de los jóvenes que las miran pasar. Y que estos jóvenes no se conforman con hablarlas. De acuerdo con ellas, recurren á manifestaciones poco honestas. Y que ellas aceptan complacidas esas pruebas de galantería, pues el mérito de la belleza de una mujer porteña se calcula según el número de pellizcos que reciba en la calle... La que logra muchos pellizcos obtiene un "succés"... Ahí está el suelto. Leedlo. Dice algo más grave de los hogares criollos... No quiero traducirlo.

Los pudibundos amigos del silencio, exclamarán que estas cosas dichas en París,—tan lejos,—no deben repetirse en Buenos Aires. Falsa idea... Es necesario ser alguna vez parisién. Es necesario tener altiveces de nipón. Es bueno que en América se griten las verdades. ¿No tenemos sangre de Quijotes? Hay que evitar que el entusiasmo de nuestros pueblos se prodigue. Que no se malgaste... Aprendamos. Mientras en Europa discuten á la Duse, en América le llenan el camino de flores y la escarcela de esterlinas... Sí. Aprendamos. Y cuando un diario como "Le Matin" nos mande á otro Charcot, no arranquemos los caballos de su coche para llevarlo á pul-

so por la calle Florida. ¡Por que, al fin, los parisienses, se burlan de nosotros! Se burlan como nosotros nos burlamos de la imbecilidad con que los monos imitan nuestros gestos! Aprendamos.

París, 1907.



Jean Richepin.

JEAN RICHEPIN, LAURENT TAILHADE, OCTAVIO MIRBEAU Y PAUL VERLAINE

He aquí un cuaderno de apuntes. Está lleno de manchas. Tiene muchos borrones. Y muchas gotas verdes... ¿Serán de Santos Vega ó de Verlaine? Mate ó ajenjo... No es un "libro de viaje", de esos que rige Cook... Al verlo se adivina que el rastacuerismo no violó la blancura de su ingenuidad. Es un pobre libro de artista. No ofrece nada de vulgar.

—*Es mío*—diría D'Annunzio.

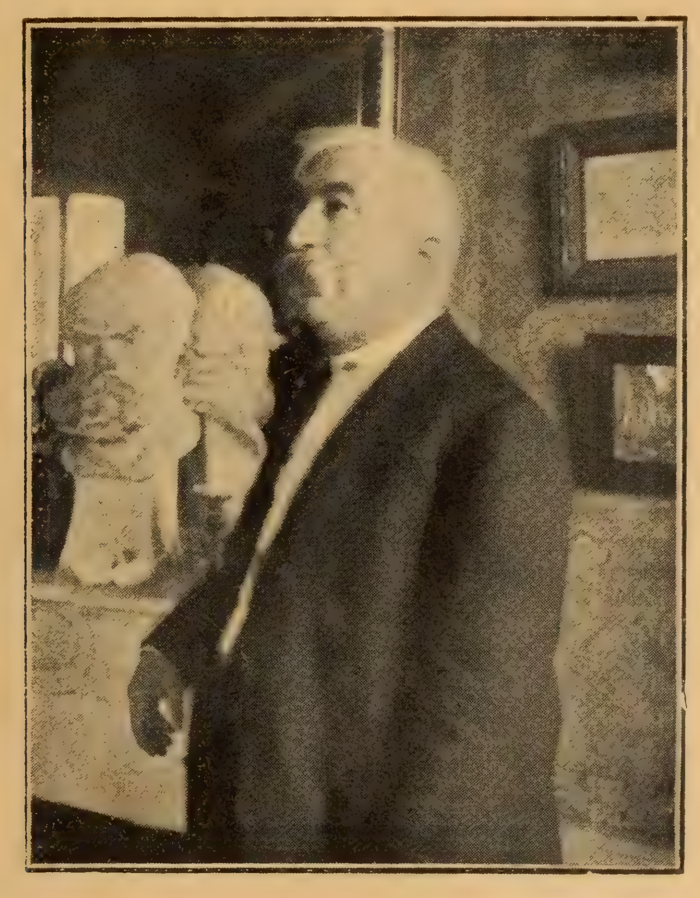
Pero, no... ¿Queréis leer unas páginas? Sus hojas, escritas en Europa mientras cruzaba campos, bulevares y océanos, tienen la desorganización de todo lo espontáneo. Nadie podrá encontrar en ellas reflexiones completas. Sus ideas, como la cola de los pavos reales, terminan siempre en puntos sus-

pensivos... Están escritas para los que investigan y para los que piensan: no para los que necesitan comer verdades hechas... Esta libreta ha sido amable compañera de viaje. En todas partes, hallábase dispuesta á guardar sensaciones periodísticas. Sirvió siempre para recojer en su blancura de mármol sepulcral, jeroglíficos que muy pocos pueden traducir... En ella se ha grabado la impresión producida por hombres, por bestias, por cosas, por mujeres, por perros y por gatos... En ella encontraréis, sin duda, mucha contradicción, muy escasa moral y ninguna paciencia. En cambio, veréis ingenuidad. Vuestros ojos se indignarán ante obscuras cosas incoherentes. Tropezaréis con la sapiencia de los viajeros que, como yo, son ignorantes por hastío, por aburrimiento, por desprecio y hasta por un loco capricho de los nervios. Debéis saber que en estas páginas lo que sobra, lo que abunda, es un poco de silencio y un poco ¿ó mucho? de maldad... Se han dejado caer en tales folios, pensamientos desnudos. No sintáis rubor... El desnudo solamente es inmoral cuando se oculta. (Hacedle un traje á la Venus de Milo. Ponedle pantalones á los pícaros ángeles de mármol que en Pompeya riegan los jardines con su...) El desnudo es sagrado. (¿No habéis visto niños en la cuna? ¿Y cadáveres en el anfiteatro?)



Son páginas quebradas. Escritas sin lógica. Páginas de mosaico en donde encontraréis trozos de palabras, astillas de frases y pensamientos rotos... En las páginas que os doy á conocer encontraréis anotaciones destinadas á servir de médula á varios reportajes. Seguramente no se escribirán. Pero esta esquema, este esqueleto os mostrará los entretelones donde lo repórters modernos, luchan y trabajan... Los periodistas de antaño se reirán de esta manera de interviewar á los cerebros y á las almas geniales. Y harán bien. Ellos perdieron la noción de la juventud. En su tiempo no conocían la rapidez del automóvil, ni el entusiasmo por el arte de interpretar pensamientos ajenos, en una forma nueva... Antes, el público exigía que los reportajes contuvieran las palabras auténticas, legítimas y verdaderas, con que los hombres ilustres contestaban á los interviewadores. Hoy sucede algo mejor. Y algo más difícil. Hemos progresado. O hemos retrocedido. Es igual... Lo cierto es que ahora el público, que aunque siempre sigue siendo público, es algo más imbécil que el de antaño,

exige que en los reportajes se repitan algo menos las palabras auténticas y que se diga lo que los hombres piensan cuando sus labios callan... "Para ser buen repórter,—decíame Catulle Mendés,—no es necesario poseer buena memoria..." Y es verdad. Para ser un repórter hábil y brillante, y atrayente, es necesario ser un buen psicólogo. Nada más. Las frases ocultan la verdad. Hablar es enmascararse. Un gesto, un visaje, un ademán, un beso, un puntapié, un abrazo, dicen muchas veces más que tres horas de conversación premeditada... En París, donde cada diario es una cátedra de ligereza y una escuela de aerostación, los periodistas apren-



Laurent Tailhade.

den de todo. Menos taquigrafía... Aprenden con amor, á interpretar la ciencia volátil de los gestos, la magia de los ojos y el enigma de los silencios alevosos. Ya el director de "Le Petit Parisien", tuvo la ocurrencia de preguntarle cierto día á un repórter:

—¿Cumplió usted mis órdenes? ¿Hizo usted el reportaje á monsieur Clemenceau?

—Sí, señor. Estuve hablando con él quince minutos.

—Qué le dijo?

—No sé. No puse atención. Pero, mientras me hablaba, rompió un tintero. Se llevó por delante una puerta. Saludó friamente al general Picquart. Puedo asegurar á usted, señor director, que el asunto de los armamentos se resolverá mañana, según la opinión de M. Falliéres. Y Picquart renunciará... M. Clemenceau está disgustado con la actitud del presidente...

—¿Pero M. Clemenceau le ha dicho eso?

—No, señor. Pero no era necesario. Un poco de análisis psicológico, bastóme para conocer la verdad... Se lo aseguro á usted.

* *

He aquí, pues, algunas páginas del cuaderno de apuntes. Están escritas en distintas fechas. En diferentes sitios. Pero todas en París. Algunas sobre la mesa de un café. Algunas de madrugada. Otras sobre las faldas. Aquí. Allá. Acullá... Por ello, os digo, no extrañéis si son páginas con algo de histerismo, y demasiado pálidas, y un poquito ojerosas... Han sido escritas bajo todas las luces, menos bajo la luz solar. En París el sol es un astro invisible para los extranjeros. (En París el sol arde de día. Y la mujer de noche...)

He aquí, pues, lo que dicen esas notas de viaje.

"Hora: dos de la madrugada. Está lloviendo. El café atestado. Los sombreros que usan las parisienses, parecen jardines en verano perpetuo. Entran y salen. ¿Adónde van? Lo sabré luego... Hoy he estado en casa de Jean Richepin, el bárbaro poeta turanio. Sus versos son terribles explosiones de dinamita fecal. Es un bárbaro, repito. Ha sido pruebista. Fué, también, marinero. Ha comido sesos de niño. Por placer íntimo se agregó á una caravana de ladrones. Canta, mejor que nadie, la melancolía de los vagabundos... Es un bárbaro... Ha sido gimnasta. Y cómico... Hoy estuve á visitarle. Una mujer joven salió á recibirme. Su cabellera tenía apariencia de oro. Los rulitos áureos huían por los bordes de la cofia. Con mala sonrisa, me preguntó:

—¿A quién busca usted?

—A...

—No está.

—Pero es que yo busco á...

—No está, señor.

—Pero, es que...

—¡Le digo que no está!

Y la honesta doncella, muy Juana de Arco, en mis propias narices me cerró la puerta. Quedé pensativo. ¿Qué hacer? Irme... De pronto, sobre mi cabeza, se abrió una ventana. Un hombre se asomó. Parecía un Otello cetrino. Estaba furioso. Mostraba los dientes por entre una diabólica barba de chivo. Me gritó:

—¡Eh, muchacho!... ¿Qué buscas?

—Señor, vengo de América. ¿Usted es Jean Richepin? Quiero conversar con usted.

—¿Vienes á conversar? ¿Nada más? ¿Estás seguro? Bueno. Sube...

Y, naturalmente, subí. Me dió un abrazo. Se reía á carcajadas. Sus carcajadas retumbaban como cañonazos. (Insis-



Octavio Mirbeau.

to: es un bárbaro.) Todo en él es bárbaro: hasta su corazón, hasta su talento... Richepin me había confundido con un acreedor. Y la muchacha, también. (Nota: la muchacha es sirvienta, secretaria, mucama, etc... Este *etcétera* no hay que analizarlo.) Richepin es un hombre encantador. Toda su apariencia de tigre desaparece bajo sus carcajadas de muchacho travieso. Más que la literatura de Richepin, lo que me deleita en este magnífico emperador de la poesía diabólica, es el traje que usa continuamente. Con su revuelta melena, su opalanda, su barba, sus ojos, sus dientes y su voz, parece un tigre

vestido de hombre... En sus labios, las palabras más dulces, los términos más suaves, suenan como blasfemias... ¡Pero qué arte exquisito, precioso, musical, para tejer con blasfemias himnos y letanías á Cristo!... Su talento original, lo lleva á las nubes del olvido humano... Me recitó un trozo del "Paraíso del Ateo"... Sentí deseos de tirarle á la cabeza un busto de Satanás que había en la mesa. Pero le di un abrazo muy sincero... (*La Etcétera* ha entrado varias veces á la habitación. Me ha mirado con miedo...) La habitación donde el poeta trabaja, es pequeña. Pocos espejos. Muebles raros. Un perro silencioso. Richepin me ha dicho:

—¿Sabes como se llama este hermoso animal?... Se llama Baudelaire... (Y al perro): Baudelaire: dile tu nombre al señor...

—Guau, guau, guau.

El "hermoso animal" estaba lleno de sarna...

* *

¿Vamos?... El café prosigue llenándose. Un... ¡Piernas!

Al fin he conocido en Francia un anarquista de talento: Laurent Tailhade. Cuando se nombra á Tailhade, todos recuerdan á Rabelais. Es, como Richepin, otro bárbaro. Tal vez Tailhade sea más artista que Richepin. De todas maneras, es menos poeta. Es un satírico. Su musa es satánica. Sus sátiras son de doble filo: hieren y hacen reir. Hieren, por lo tanto, dos veces. Vive: 83, rue de l'Assomption. Arriba. Sexto piso. Un departamento...

—¿Monsieur Tailhade?

Me hacen entrar. Una amable señora. (Es su esposa.) Una amable niña. (Es su hija...) Luego, él. Nervioso. De aspecto burgués. Apretón de manos... Una criada pasa delante de nosotros con una fuente. Observo. Es un guisado de papas...

—Quédese usted á comer con nosotros... ¿Sí?

Pero es una lástima. Ya he comido... Se sientan. Y hablamos. Es un hombre de una cultura superior. Le falta un ojo. (Ve mucho...) Cabellera blanca. Concluído el almuerzo, le hablo de hacerle retratar. Bueno. Con mucho gusto. Un momento. Se va. (Creo que desea lavarse.) Díceme que ya viene... Pero, al rato, aparece otro hombre muy parecido á Tailhade. ¿No es el mismo Tailhade? No. Al otro le faltaba un ojo. Este tiene dos...

—Estoy á su disposición,—vocifera el nuevo Tailhade.— Yo me asombro. Era el mismo. Se había puesto un ojo de vidrio... (Obsérvese: anarquista, coquetería y un busto de Verlaine sobre la cómoda.) En las paredes, retratos con autógrafos de Sarah, de Jean Lorrain, de Luisa Michel, de Severine... Le hablo de anarquismo. Y él me habla del "Moulin Rouge", donde ha obtenido gran éxito su "Revista de la Mujer". Es una especie de opereta, con frases muy bellas, cuya hermosura se recalca con pantorrillas de condesas ilustres. (En París son baratas.) El ojo que le falta á Tailhade lo perdió por efecto de una bomba de dinamita. En cierta re-



Paul Verlaine ante el ajenjo...

unión, según el sabido relato de Castelar, hallábase Tailhade elogiando á Vaillant, el famoso anarquista,—tan heroico, tan bravo,—cuando estalló á sus pies, una bomba... Los clavos de la bomba reventáronle un ojo. Era una bomba también anarquista. Más él no pensó en eso. Y gritó: "¡Al asesino! ¡Al asesino!" Desde entonces usa un ojo de vidrio. Y aumentó su anarquismo. Francia tiene pocos poetas grandes como éste... Entrará, cual Richepin, á la Academia. No hay duda. En París, sopla de continuo un viento saludable. ¡Hasta en los sótanos del arte! Entrará en la Academia. Lo llevarán sus Vitraux. Magníficos joyeles. Es un poeta que busca lo raro en lo sencillo. No es un poeta popular. Como prosista, es hombre callejero. Escribe insultos contra el catolicismo. Redacta "Je

dis Tout", nuevo periódico del bulevar. En el número de hoy leo su artículo: "Le Saint-Office de la rue Cadet". Habla de rinocerontes, de víboras, de monjas, de curas, de tigres, de renacuajos... Como prosista, es popular. Ya se ve... En verso, habla de ideas hermosas: sus libros poéticos no tienen compradores. Son demasiado finos para la multitud... En moral, Tailhade es... (En el manuscrito hay un borrón.)

—¿Un ironista? ... Después de todo, en fin... Son las tres de la mañana. Acabo de llenar el... (un borrón) y si pudiera matarlo, en esta noche sombría. Octavio Mirbeau, no me agrada. Es ásperamente vengativo. En sus obras, como en las novelas de D'Annunzio, hay un fondo grosero que se transparenta demasiado á través de la urdimbre literaria, muy melodiosa, muy sonora... Recuerdo "¡El inocente!". Mirbeau será un vengativo hasta que reciba nuevas órdenes. ¿También académico?... ¡Oh! No quisiera hablar con crueles adjetivos de la dulce venganza. El sol, por ejemplo, debe ser alguna indignación de Dios. De la indignación nace la venganza. Yo conozco—y alguna noche trágica escribiré un tratado,—un sistema nuevo de venganzas. La venganza irónica es la más poderosa porque se ríe de sí misma. Reirse de sí mismo es empuñar un arma florentina que hiere, con la risa á todos los demás. El sol es, pues, una venganza irónica... Su luz fecundiza, pero también mata. Un árbol,—me dice Pero Grullo,—no puede vivir sin pan de sol. No obstante, ese mismo sol absorbe las substancias de la tierra y hace enflaquecer el árbol, hasta matarlo... ¿Comprendéis? Así, la literatura de Octavio Mirbeau suele esgrimir venganzas parecidas... (Nota: Mirbeau ha nacido en el país de Barbey d'Aurevilly y de Flaubert: en la tierra normanda; en la tierra de los hombres robustos y de las cabezas soñadoras.) Después de Balzac, Zola... Después de tres puntos suspensivos, aparece, para cerrar el triángulo: Mirbeau. Es amable. Nadie diría que quien agotó el diccionario de los vicios franceses en "Les mémoires d'une femme de chambre", hable á los visitantes con tanta dulzura, con tanta bondad. Es un hombre bueno que se ríe de sí mismo para reirse en él, de todos los demás... Cuando se acaba de leer un cuento de Mirbeau, queda en el alma el sabor que siempre deja el vino al día siguiente de las bodas de Camacho... En el fondo, Mirbeau me confiesa su cristianismo humanitario. Ha crecido y florecido en un convento. Fué criado, como Voltaire, como Diderot, en las aulas de un seminario. Estudió con jesuítas. Acaso, bajo sus reticencias, me confesó

asimismo, que "Sebastián Roch" era él... ¿No? ¿Por qué no? El crimen cometido en el infantil sexo de Roch bien puede ser la fuente de esa extraña amargura sin consuelo, que llora siempre en la armoniosa pluma del artista normando... ¿No será una réclame? La virginidad vale tanto en París como la cola del perro de Alcibíades... Sea ó no sea, de cualquier manera, Mirbeau merece ser leído en América. Pero en América se le interpreta mal. Yo se lo he dicho. Los libros de Mirbeau se leen en Buenos Aires no como obras de arte. No para aprender bellezas de fondo. Se leen como se leen los libros de Paul de Kock. En la cama. A las doce de la noche. En invierno:

—Camarero: tráigame un porrón de agua caliente para



Verlaine durmiendo en el café.

los pies y "La dama de las tres enaguas" ó "La sirvienta"... de Mirbeau.

Mirbeau, al oirme, sonríe. Su espíritu es de París. ¡South América! Con los ojos, Mirbeau me ha preguntado si en América la gente sabe leer... Tuve deseos de decirle que no... (No hubiera mentido. ¿Verdad, Sicardi?) Uno de los antepasados de Mirbeau, bajo el reinado de Luis XIII, fué decapitado en la plaza Montagne. Su tío fué el célebre "Abate Julio", cuya vida sabiamente ha descripto. Sin hacer un solo gesto, me lo ha confesado. ¡El abate Julio! ¿Será cierto? ¿Réclame? Paciencia. Loco de Efeso.

¿Cómo he podido encontrar la tumba de Verlaine? Ha sido un problema. Ya muy tarde, casi de noche, he regresado al Barrio Latino, con una dama muy bella y muy enlutada,

radiante de esa tristeza alegre que usan las enlutadas de París... He ido á Batignolles. Ella conocía la tumba del pobre Lelián. ¡Delicioso artista que hizo con sus nervios un pentágrama, y que puso por notas sus dolores! Por eso, toda su vida fué una perpetua música... Ebrio siempre de ensueños, borracho de ajenjo, vibrante de pasiones carnales, fué un fauno violador de estrellas y un cisne de la lírica francesa... ¡Pobre Lelián! Lo calumniaron siempre. Cuando vivía, se le calumniaba porque desconocía las hipocresías de la moral. Rimbaud era un pecado. Y ahora que está muerto, cierto señor Lepelletier publica un libro para injuriar al pobre gran poeta, diciendo que era un hombre honesto, que no bebía alcohol,



Su tumba, en Batignolles.

que era probo, que era virtuoso y que la leyenda de su vida de veneno, de Rimbaud y de fuego, había sido una farsa de sus enemigos... Esto que ha dicho Lepelletier no me ha indignado tanto como lo que acabo de leer: es de Rubén Darío. ¡Horror! Rubén Darío, apoya y aplaude á Lepelletier. Cree que Verlaine era un hombre virtuoso. Honesto. Sin vicios. Que no amaba el alcohol. Ni las mujeres. Un poco más, y ambos afirman que Verlaine se confesaba los sábados, para recibir, el domingo, la hostia consagrada:

—¡Envidiosos!

He llevado á la tumba abandonada del infeliz poeta, un largo silencio mío y unas cuantas lágrimas femeninas de esa mujer de luto. Sin creer en Dios, ella,—siempre mujer,—rezó sobre la tumba. Una tumba que no luce más epitafio que un rítmico y glorioso nombre: Paul Verlaine. ¡Pauvre Lelián!...

* *

(Mientras escribo, el ruido del café del Pantheon, me aturde. Veo que vuela por el aire una fuente. Tras la fuente, pasa volando una botella. Un espejo se rompe... Gritos. Desmayos. Alaridos. Y, sobre todo, risas. Carcajadas. En seguida silencio... Es bueno que... (Hay una mancha). Verlaine era un... (hay un borrón...)"

París, 1907.



UN CRITICO TERRIBLE

Me había imaginado que Antonio de Valbuena era un oso. O, más bien, pensaba en algún perro de la mitología... En uno de esos perros que ladran sin motivo cuando la luz de la luna les molesta. A través de sus libros en donde los maestros literarios aparecen desnudos, luciendo al aire sus defectos, sus llagas, sus errores, yo creí adivinar la presencia de un espíritu malo, capaz de asesinar á un escritor para corregirle un adjetivo... El mágico Gómez Carrillo tuvo el buen acierto de quitarme con uno de sus reportajes, tal idea. También él habíase imaginado, hace ya tiempo, que Valbuena era un ogro atrabiliario. Quiso verlo... Antes de ir se aprendió un largo discurso en clásico lenguaje, á fin de recitarlo ante el tremendo comedor de escritores. Todos los preparativos le resultaron nulos...

—Don Antonio de Valbuena,—dice.—fué para mí la más grande de las decepciones. En vez del viejo truculento, hallé á un hombre sencillo, bondadoso, amable, casi tímido...

Pues bien. Lo mismo me acaeció á mí. Fuí temiendo encontrar las irónicas uñas de un viejo fauno loco, y, en cambio, encontré las manos cariñosas de un buen hombre. De un hombre demasiado modesto. Demasiado católico. . . Antonio de Valbuena es un hombre original del cual nadie ha podido hacer una semblanza fiel. Vive como un monje, recluído en una celda de la iglesia de San José, en Madrid. Vive con un sobrino suyo que es sacerdote. Muy pocas veces anda por las calles. Ya casi no hace nada. Escribe poco. Muy poco. . . Y no creáis que si escribe muy poco es por falta de aquellas antiguas energías con que escribió los "Ripios". . . No creáis tampoco que haya modificado sus rancias opiniones. No. Al contrario. . . Sus convicciones gramaticales se le han incrustado en el cerebro con más fuerza que antes. ¡Estos vetustos Moratines nunca cambian de pluma! No les tengáis lástima. . . Son felices. Toman en sus manos un manojo de versos y en vez de bañar su alma en las dulzuras de los suaves perfumes, se calan los anteojos y buscan con amor de químicos sapientes las materias venenosas que dan ese perfume, es decir, el error gramatical del punto y de la coma. . . Al subir la escalera de la iglesia donde vive Valbuena, la fragancia de las cosas seniles me molestó el olfato.

¿Lo he dicho? Pensaba encontrarme con un hombre de carácter agrio. Me encontré con un niño. Un niño amable. Bueno. . . Al verle, comencé á suponer que el terrible crítico que con tanta razón maltrató á algunos, no sabe hacer nada más que reir. Reir y sonreir. Sonríe buenamente, mansamente. Varias veces intenté hacerle hablar contra los literatos y contra la literatura de los jóvenes actuales. No pude. No pude. . . No me dijo ni una sola palabra en contra de ellos. Pero me escribió un artículo contra Lugones. . . Es un hombre que critica escribiendo. Nada más. Hablando, no hace otra cosa que decir, entre sonrisas, palabras afectuosas. Al sonreir se muerde siempre el labio inferior, en el cual, como Nakens, tiene una cicatriz. Pero de lo que habla con unción es de la iglesia.

—"Sin religión no puede haber verdadera grandeza en los sentimientos y verdadera hermosura en el estilo. Yo amo la verdad y la justicia con todo el ardor con que se puede amar, y á falta de otras buenas cualidades, tengo lealtad y franqueza, y un alma gracias á Dios, bien templada en el sacrosanto fuego de la fe. . ."

Mientras Valbuena vibraba en su entusiasmo de católico

célibe, yo me entretenía en contemplar las paredes desnudas de la celda, ¡tan desnudas, tan crueles! y en mirar el largo corredor donde este solitario combina sus combates contra la juventud.

Hubiese querido preguntarle por sus versos,—Valbuena también hace versos llenos de honestidad, acaso un poco fríos, acaso un poco ingenuos;—hubiese querido preguntarle por sus versos, pero no me atreví: me pareció una falta de respeto.

Este hombre,—cuyos artículos se pagan á precio de oro,—no debió nacer nunca en esta época de fiebre y de nervios. Debió nacer en siglos anteriores. Debió nacer cuando Moratín se desayunaba con las obras de Shakespeare y el abate Morellet mordía en la médula—con hambre de caníbal,—á monsieur Chateaubriand.

Tetuán.



El poeta Martín Goicoechea Menendez dos meses antes de morir

UN ATORRANTE LIRICO

Frente al cadáver de este atorrante lírico no es posible decir rezos vulgares, oraciones latinas, frases de cementerio... Sobre su tumba el silencio debiera marmolizarse. Sin embargo, el vagabundo encantador que ha muerto, bien merece un fresco ramo de palabras dulces, de palabras buenas, de palabras tristes. Es justo que este proscripto goce en la muerte lo que no pudo disfrutar en la vida. En la vida pecó. Sufrió. Y eso basta... El más bello mérito de un hombre no emana de las virtudes que practica sino del sufrimiento que le causa el pecado... Contar la historia de este raro devoto de la luna, es el mejor responso que necesita su alma. Pero es misión difícil... Narrar la vida de Goycoechea Menéndez, es historiar el curso de las nubes. Tuvo una existencia tan extraña, tan febril, tan inquieta, tan salvaje, tan loca, que nadie puede atreverse á contarla... Un viento de locura bohemia hacíalo correr por el mundo. La presencia de un ho-

rizonte lo martirizaba... Nacido en Córdoba, vino por primera vez á Buenos Aires trayendo, como fortuna, el oro de sus veinte años. Y el oro de su talento... Nada más. Y era mucho... Aquí su espíritu impregnado de versos, henchido de estrellas, repleto de mentiras, encontró ambiente para prosperar. Conseguía dinero milagrosamente. Con literatos, compartió á menudo las miserias filosóficas del Paseo de Julio. Fué amigo de Lugones. Con Rubén Darío aprendió el malabarismo de las estrecheces. Sus cenas tenían lugar en cualquier parte. Dormía en rincones, en bancos, en umbrales. Pero siempre soñando. Siempre viviendo una envidiable vida de ensueño. Además, se consolaba con las paradojas de Cyrano. Sus mentiras eran deliciosas, terribles, bárbaras, feroces...



Cuando era vigilante

Mentía con la altivez austera de un artista. Era un esteta de la farsa. Mentía con tal arte, que se sugestionaba con su propia mentira... Alberto Tena lo encontró una noche. Vestía ropas deshechas. Todo sucio. Trágico. Lloraba. "Hermano Tena, acabo de matar á un hombre. ¿Quieres prestarme dos pesos?..." Así era. Inventaba un crimen para pedir dos pesos. Sentía en la médula la voluptuosa necesidad de mentir... Colaboró en "Caras y Caretas" Mas, se eclipsó bien pronto. Sufría la embriaguez de las alas. Viajaba de incógnito en las bodegas de los buques y en los furgones de ferrocarril. En Tucumán trabajó de peón en el ingenio San Pablo. En Chile fué

barrendero. Cuando regresó á Buenos Aires paseábase por la calle de la Florida, de levita y galera de felpa. O de blusa, alpargatas y boina... Fué amigo de gente nefaria. También fué amigo de diputados y ministros. A todos los trataba como hermanos en Cristo... En Montevideo se empleó de vigilante. Habló de Zarathustra. Y lo echaron... Fundó una revista. Julio Herrera y Reissig llevóle á su torre de la calle Ituzaingó. En el café de Montefusco debutó como artista de habilidades japonesas. Dió una conferencia en público. Contó sus aventuras. Relató su artística peregrinación por países extraños. Países de maravilla, de sol, de encanto, de misterio, de hachich... Llevaba en la memoria un mapamundi. Tomó parte en la revolución saravista. Desde el campamento escribióle á Ingegnieros: "He experimentado una suprema voluptuosidad: la de degollar..." Vino otra vez á Buenos Aires. Con Monteavaro y Doello hizo revivir la bohemia de Rodolfo y Marcelo... En seguida tornó á desaparecer. De España anunciaron que estaba allí. Rastacuero. Rico. Muy rico, merced á la lotería... Escribió desde Austria, de Rusia, del Japón. Y, luego, de París. Durante una semana fué el héroe de los bulevares parisinos. Hace tres meses me mandó una postal en que decía: "Estoy casado con una princesa rusa..."

* *

Después, un gran silencio cayó sobre su nombre. De improviso el mes pasado, "La Nación" recibió este telegrama:—



Durmiendo en el Paseo de Julio

"Méjico: Ha fallecido Martín Goycoechea Menéndez..." Yo pienso en un suicidio. Es posible que su muerte no sea nada más que otra mentira suya. O, tal vez, lo contrario. Quizá no

satisfecho con la extensión del orbe, la tierra parecióle pequeña para su ambición de golondrina. Y quiso recorrer cielos extraños... Si ha muerto, cantemos á su muerte. Imitemos el rito de los griegos para quienes la fosa era el triunfo genial de los artistas... El alma de Goycoechea, llena de inocencia, llena de castidad, llena de Tartarín, fué siempre un manicomio. Fué un alma que vagó por la vida sin más deseo que cantar en el aire, como las calandrias y morir en plena juventud, como las mariposas...

Julio, de 1[illegible].



Regina Stella, en Milán, á los 18 años

LA VIDA TRAGICA DE UNA BAILARINA CELEBRE

—"Había una vez una bailarina..."

No. Así no... Hay historias de almas martirizadas por la pasión y por el crimen, que no deben contarse como cuentos humanos. Hay vidas dolorosas de mujeres proscriptas que reclaman un sitio en los libros de misa. Vidas que,—como la de Teresa de Jesús.—son sagradas por el amor que las llenó de fuego y de martirio. Vidas de milagro. Vidas de misterio. Vidas que al par que luminosas son obscuras como diamantes negros... Los idiomas no sirven para el relato de esta raza de vidas. La sabiduría de los labios es tan estrecha, tan prosaica y tan vacía, que ignora las palabras necesarias para contar esas trágicas vidas de leyenda. Vidas de feroces mujeres que penaron y gimieron de amor... Sin embargo... ¿Y por qué no decirlo? Sin embargo, es delicioso contar la vida de una mujer que ha sido bella, que ha sido feliz, que ha sido rica y que ya no es ni rica, ni feliz, ni bella... La venganza es hermosa. Es más noble que el odio. Es un goce hacer mal cuando nadie nos ve. Nuestro egoísmo se complace en la profanación de aquellas existencias que cual la de Regina deslumbraron con sus pecados y arrastraron al suicidio á muchos hombres, para luego ir á ocultarse en la sombra de la miseria...

¡Regina Stella! Su nombre despierta en las viejas me-

morias ensueños de veneno. Sueños de miel. Nostalgias. Pesadillas... Su recuerdo pone en muchos envejecidos corazones un temblor de sangre juvenil.

Pocos sabrán que esta bella bailarina, que hace treinta años producía con la magia exquisita de sus danzas, furiosas tempestades de amor, pide hoy limosna en el Paseo de Julio... Yo la encontré una noche. Al pasar, su mano me detuvo. Tiene una mano fea. Descarnada. Sucia... Pidióme una limosna. Fué tan amargo el lamento con que aquella mujer subrayó el pedido de su mano, que, como buen hombre, me detuve á gozar esa desgracia. Siempre se goza con el espectáculo grandioso del dolor ajeno. Después, la encontré en el dormitorio público del Ejército de Salvación. Estaba enferma. La acompañaban sus pequeñas hijas. Tres niñas. Mugrientas. Desgreñadas. Inmundas. Pero felices. Lindas... Tan felices y lindas que hasta tenían hambre... Y me contó su historia. Historia triste. Lamentable historia, contada en frases breves! Sus palabras hicieron desfilar ante mis ojos, en confusa batalla,



La ex-bailarina como vive actualmente

amores y riquezas; crímenes y martirios; placeres y congojas... Regina Stella es una mujer de un vasto refinamiento intelectual, pues ha gozado mucho y ha sufrido más... Oidla:

—"Tal vez ya nadie me recuerde. Pero es lo mismo. Quien, durante veinte años, hizo sonar su nombre en todos

los oídos, bien merece un silencio. El silencio del olvido en que estoy, me prepara á disfrutar de otro silencio que caerá sobre mí dentro de poco... Muy jovencita debuté como bailarina en las calles de Milán. Con una murga recorría los barrios bajos. Al principio, poco se me aplaudió. ¡Naturalmente! Mis piernas eran tan flacas, tan flaquitas!... ¡Pero también yo era tan niña!... Mi habilidad en las danzas fué creciendo... Verdad es que mis padres,—dos malos padres que me amaban mucho,—incitábanme á cruzar por ásperos montes de peligros. Del escenario callejero, subí á la escena de un teatrito de ebrios. Allí, á través de las embriagueces del alcohol, se me envolvió en aplausos. Allí me convertí todas las noches en blanca aparición de cuento de hadas. Allí fuí reina. Y mis pobres piernas escuálidas, mis pobres piernas infantiles, danzaron con encono, con rabia, con belleza, al son de músicas extrañas. Mezcla de carcajadas, de rugidos, de pataleos y de besos. ¡Oh, la música humana! Allí comenzó el triunfo de mis danzas. Mis hechizos derramaban sobre los espectadores algo que era como sol derretido... De ese pequeño teatro, pasé á otro mayor. Y luego, á otro. Y en seguida, á otro. Y así continué subiendo hasta la Scala, de Milán. Allí, cierta noche, el rey me mandó su saludo con un ramo de flores, y algo más... Estuve en América... Bailé en todas partes. En todas partes di lecciones de gracia, de encanto, de estética. Se me aplaudió hasta el espasmo. Fuí, á veces, la vengativa Salomé. Y como las de Salomé, mis danzas lúbricas, fueron á menudo el premio merecido de muchas degollaciones de bautistas... Por la inteligencia de mis pies, muchos hombres se batieron á muerte. ¡Son tan imbéciles! Otros, muy jóvenes, muy cándidos, muy lindos y muy rubios se quitaron la vida. Simplemente. Se mataban. Se ahorcaban. Algunos se arrojaban á las aguas del Po... Una noche, tanto me dolió el aplauso, tanto me hastió el amor, que quise proporcionarme un placer íntimo. Un placer de los nervios. Un placer del espíritu. Y al regresar del teatro maté en mi propia casa de Turín al hijo de un banquero: Montefusco. Lo maté. Sí... Jugando le coloqué el revólver en la frente. Y apreté el gatillo... No pude convencer á nadie de mi crimen. Hasta los jueces creyeron en un suicidio vulgar. ¡Sabios!... Creo haber dado al mundo una enseñanza inútil. Estoy satisfecha. Tengo tres hijas. ¿Cuál será su destino? No lo sé. Pero ansío que cuando sean grandes no se dejen seducir por la honradez, ni por la bondad, ni por la ternura. Que sean malas. Que sean

crueles. Que sean salvajes. Que cumplan en la tierra su misión humana.

Después la bailarina enmudeció. Me fuí, sin darle una limosna. No quise ofender su grandeza de leona... El domingo he vuelto á verla en el Paseo de Julio. ¿Sabéis lo que hacía? Algo muy criminal, pero muy bello. Enseñaba á bailar en la vereda á su hijita Marieta. Se vengaba... Sentí deseos de dar un beso á la niña y un puntapié á la madre...

Buenos Aires, 1907.



Su hijita Marieta



Dr. Adrián F. Méndez á los 30 años de edad

VIDA Y MUERTE DE UN PERSONAJE URUGUAYO

¿Era un loco? No... ¿Un enfermo? Tampoco... Un raro? Sí. Quizá. Un raro. Un raro que después de gustar los dulces besos de la inquieta vida del bullicio, sintió el agrio sabor de una vieja verdad. Comprendió que el placer espiritual y el goce de la mente, estaban en las profundidades del silencio. En ese suave silencio de las calles vacías y en esos horizontes tan lejanos, donde las obscuridades ofrecen al hombre amables, caritativos, deliciosos refugios. Y por eso abandonó la luz. Y esquivó los aplausos. Y se rió del laurel... Su trayectoria no describió curvas de laberinto. Fué

sencilla. Recta... Méndez era un hombre de acción, de lucha, de prestigio, de médula genial... Pero de pronto, acometido por un mal que era como una fiera ó como una virtud, quiso ser más de lo que era. Quiso ser más digno de sí mismo... Y para lograr su ensueño, tranquilamente, muy tranquilamente, se hizo atorrante. ¿Hizo mal? Calláos. No hay que compadecerlo. ¿Para qué? Ocultó la melancolía de su corazón y la luz de su talento, bajo la sucia tristeza de sus verdes harapos. Desde entonces sintió que la sangre charrúa corríale en las venas con más dulzura que antes... Gozaba. Por eso os digo que no fué digno de conmiseración. Era un alma cubierta de castos privilegios... Se llamaba Adrián F. Méndez. Desde la niñez, su nombre sonó en mi memoria como la campana de una iglesia fantástica y prohibida. Era un poeta, era un sabio, y era, además, un atorrante: tres bellas razones que, más tarde, exigiéronme la conquista de tan regia amistad. ¡Ser amigo de Méndez! Y lo fuí... ¿Por qué no decirlo? La amistad de los que no tienen amigos vale tanto como la enemistad de un enemigo... Con él, más de una noche conversamos del sol y hablamos de la luna. Entre un rayo de sol y un reflejo de luna, cierta vez contóme el cuento de su extraña vida. ¿Queréis oirlo? Es breve. Cuento para niños y mujeres miedosas. Me lo contó sin frases. Con orgullo. Este cuento os dirá que Méndez era hermano—homérica rama genealógica—de Albert Glatigny... Así hablaba:

—¿Mi historia? Bueno. Nací... Sí. Nací en Montevideo, en la calle Zavala, frente á la plaza. Discípulo del doctor Larrañaga, me doctoré muy joven. Abrí estudio. Atendí enfermos. Fuí médico del hospital de Caridad. ¿Curé?... ¡Huff! Es una historia demasiado vulgar ¿no es cierto? Más tarde, mis compañeros, llenáronme el ánimo de inútiles ambiciones patrióticas. Fuí revolucionario. Hablé á las muchedumbres. Y las muchedumbres me aplaudieron con el entusiasmo con que aplauden una explosión de pirotécnia. Fuí diputado. Hablé. Hablé mucho. Sufrí la terrible enfermedad que mata las ideas, que desnaturaliza á los loros y que corrompe á los pueblos: la elocuencia. Trabajé con candor por el triunfo de pudores desconocidos. Me aplaudieron. Me silbaron. Tuve amigos. Enemigos. Piedras. Aplausos. Flores Y más piedras...

Después quise ser sincero Abandoné todo. Me fuí... Ya conocía á los hombres. Los odiaba: ellos habían hecho de

mí un hombre. Nada más que "un hombre". Los odié, por eso, con el formidable y tranquilo desprecio que ellos merecen. Dejé mi familia. Llegué á Buenos Aires... Desconocido. Silencioso. Con el alma llena de zorzales, he cantado aquí versos á las estrellas. He vagado por los suburbios. Feliz siempre. Siempre feliz al condenarme, voluntariamente, á llevar sobre mi espíritu la dicha del silencio. Y aquí estoy... He escrito mis memorias. Se publicarán cuando yo muera. Serán saludables. Tengo la esperanza de que después de leerlas, muchos hombres adoptarán mi vida, ó se suicidarán, ó irán al manicomio, ó á la cárcel... Bueno. Y ahora que ya conoce estos secretos, váyase. No me estorbe. Váyase. Váyase..."

* *

Me tomó de un brazo y me echó lejos. Desde aquel día no le vi más. Le busqué en el Asilo Nocturno. No estaba. Pensé que en procura de nuevos horizontes habríase ido á una ciudad cualquiera. A otra parte. Pero, no. Ved: en la madrugada del día 20 de julio lo encontró la policía. Estaba acurrucado en una de las calles próximas al puerto. Con las piernas y los brazos encogidos, parecía muy enfermo. Helaba... Un vigilante lo tocó con el pie. Felizmente, su honor no recibió el ultraje de aquel pie. Ni siquiera tembló... El frío de la noche había compuesto con aquel cadáver, un hermoso epílogo para las "Memorias" de ese mártir de la sombra, que fué á la vez un amante de los astros y un predestinado del olvido. O, como él decía, un cisne degollado por los hombres...

Paseo de Julio ("Café de la Amistad"), año 1906.



El cadáver del Dr. Méndez en el Paseo Colón



Recitando la leyenda patria

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

—¿Es un poeta joven?

—No. Siendo católico no puede sentir devoción por el diablo. Luego, no es joven.

—¿Es, entonces, un viejo?

—No. Tampoco. No puede figurar entre los poetas con vejeces de Guido.

—¿Entónces?

No es viejo. Ni joven. Ni usa larga melena. Ni vive de la luna. Es,—como todos los poetas,—un poeta. Es,—como todos los cisnes,—hermano de los leones. Nada más... Pero es, tal vez, el último zorzal americano que nos queda en el monte. Es, por lo menos, el único poeta cuyos versos tienen sangre charrúa. Su musa no conoce modistos ni modas de París. Es una musa agreste. Es selvática. Es ruda. Es varonil. Y, hasta evangélica... Además, este poeta lleva un soberbio pedestal por nombre.

—¡Juan Zorrilla de San Martín!

Ya véis. Su nombre es formidable. Encierra la onoma-

topeya de una canción tudesca. Parece una bandera de combate. Simula un toque de clarines guerreros. Pronunciarlo, es quemar dinamita. Es animar el alma de los tristes. Es un nombre capaz de ser llevado por un emperador. O, más bien: es un nombre de artista. Así debió llamarse Napoleón. Y Víctor Hugo. Y Cambronne:

—¡Juan Zorrilla de San Martín!

¿Queréis conocerlo? Vamos. Subid. Vuestros pies hollarán una blanca escalera muy antigua que ha visto subir muchas grandezas. Y que, también, ha visto bajar muchas derrotas. Aquí vivió un ex presidente. Fué rico. Más que rico, fué pródigo. Hace poco falleció en la miseria. Esta casa es famosa. Las paredes guardan misterios que no se atreve nadie á revelar en voz alta. Sus techos cobijaron historias que hoy las abuelas cuentan en secreto. Sus patios sirvieron de escenario á cosas lamentables. En esta casa vivió Pedro Varela... Y vedla. Ahora está silenciosa. Callada. Es una casa muda. Aquí vive el poeta. Se diría que es la torre de un filósofo. De un filósofo amigo de los astros que quisiera vivir cerca del sol. ¡Es tan alta! Tan alta... Pero ¡ah! Subid. Os dejaba soñar en la escalera! Ya estamos. La puerta se franquea sin estorbo. Los poetas no usan antesala. La aristocracia del talento no conoce porteros. Adelante.

—¿Lo véis? Aquel es Juan Zorrilla de San Martín...

—¡Oh!

Sí. Asombráos. Ese hombre pequeñito, tan insignificante, os hiere con su aspecto de prosaico tendero. Es, en cambio, el padre genial de "Tabaré". Ese hombre que véis, allí, sentado, es quien hace temblar los corazones cuando su voz estalla en la tribuna. Ese hombre tan vulgar, de recia cabellera, de mirada sonriente, es el mágico cantor de "La Leyenda Patria." Y ahora que ya lo conocéis, miradle bien. Contempladlo mejor. Os mira. Os ve por vez primera. Pero ya es vuestro amigo. Se levanta. Viene hacia vos. Trae los brazos abiertos. Os abraza... Inquieto. Movible. Sonríe. Sonríe con sonrisa infantil. Habla. Se sienta. Pónese de pie. Acciona como un predicador. Sonríe nuevamente. No os conoce y ya os quiere. Es así. Es bueno. Es cándido. Es ingenuo. Es un niño. Y es, por cima de todo, un devoto sin mancha de Jesús. Es muy cristiano. Con fervores sinceros practica la doctrina católica. Y la defiende con la pluma, con la palabra, con la vida. Lucha sin rencores amargos. Lucha sonriendo. Lucha

con armas que duelen, pero que no lastiman. Sobre la pedana de la controversia sabe ser humano y ser apóstol... Y sabe transigir. ¿Queréis un ejemplo? Preguntadle:

—¿Qué piensa usted del señor Batlle y Ordóñez?

En seguida os dice lo que piensa. Y os dice que si el ex presidente combatió el clericalismo, no por eso dejó de ser un caballero. Un hombre inteligente. Y agrega:

—Ha sido un gobernante del cual no debemos quejarnos todavía...

Lo mismo elogia á Rodó. Especialmente por su defensa en pro de los crucifijos expulsados de la fría pared del Hospital. Pero no le habléis de temas tan amargos. Habladle de sus versos. Y veréis entonces su modestia salvaje. Modestia que lo perjudica para el vulgo. Pero es una modestia que lo eleva:

—Soy un hombre sin méritos. Mi país no ha necesitado nunca nada de mí. Hace tiempo que no escribo versos. ¿Para qué? Mis mejores producciones son mis hijos.

La voz del poeta tiene sonoras, suaves, dulces variaciones. En la conversación íntima, es un "causser" de diplomacia. Encanta. Habla de todo. De todo y profundamente. Su conversación tiene nerviosismos de histeria. Mientras lo escucháis véis que se mueve. Se mueve con inquietud febril. Camina por la sala. Toma un libro. Lo abre. Lo cierra. Alza en sus brazos cariñosos á su bella nietita. La besa con unción de abuelo... En tanto que juega con sus hijos, os habla sabiamente de Carlyle... Os golpea la espalda. Aunque no sepa quien sois, os brinda su amistad cual una joya. Si le decís vuestro nombre, de seguro no os conoce. Pero eso ¿qué importa? Es vuestro amigo. Y basta. Si queréis ver al desnudo su entusiasmo por las reliquias sacras, habladle de Jerusalén. Ha escrito un libro sobre el "Huerto Cerrado". Es un libro maravilloso. Bello por el estilo. Raro por su ingenuidad. Fértil por sus ideas. Habladle de arte:

—¡El arte es la verdad!—dice.

Después, pedidle que declame. Cuando recita es estupendo. Su voz es arpa. Es órgano. Es orquesta. Primero habla sus versos. Luego los canta. Los grita. Los llora. Los reza... Hace vivir las estrofas de "La Leyenda Patria" con una fuerza de vigor que domina, que arrebata, que subyuga, que arrastra. Teniendo una estatura tan pequeña, cuando recita crece. Se estira. Se agranda. Se enormiza. Y de jilguero se convierte en águila...

Salís. Y al iros, lleváis en los oídos el susurro de los sauces movidos por el viento. Creéis oir el lejano canto del sabiá melodioso. Y sentís hasta el perfume del resedá, del urucú, del trébol. Al salir, soñáis con epopeyas, con idilios, con tragedias, con amor, con odios. Véis en la imaginación el épico juramento de los 33 libertadores que rompen una férrea cadena en la Agraciada... Y, después, "Tabaré"... Véis cómo:—"¡cayó la flor al río!..." Véis á Blanca que se abraza con pasión y con delirio al cuerpo agonizante del pobre Tabaré... Y, en seguida, os precipitáis de las estrellas. Caéis. Os acordáis de una verdad terrible. Pero lógica. Pensáis que este hombre que os ha hecho sentir tanta belleza; pensáis que este hombre que es tan bueno y tan sabio desempeña un modesto empleo en una empresa comercial. En el Banco de la República. ¡En su misma patria! Oh, los profetas! Es vergonzoso. Los pueblos son ingratos con sus futuros ídolos. Hoy el silencio. Mañana los himnos... Ahora el olvido. Después las estatuas. ¡No hay que ser tan cruel con los zorzales! No olvidéis que si cantan, también comen. Es misión de los pueblos valerosos endulzar la vida de los condenados á la gloria del arte...

Zorrilla de San Martín es uno de ellos...

Montevideo, 1906.



EL ALMA VAGABUNDA DEL DIBUJANTE ARNÓ

—Me voy.

—¿A dónde?

—No sé. Me voy. Tal vez á España. Quizá á Inglaterra. O á Suiza. O al Polo... Me voy.

Y era verdad. Arnó se iba. El nebuloso hombre extraño que, con valor muy mío, pudo sostener en la ciudad porteña originalidades nunca vistas, se iba. Se iba el que, sin morir en manos de la gente honrada, pudo ostentar originalidades estupendas. Originalidades tentadoras para las piedras, las risas y las burlas de las pobres almas burguesas... Burlas, risas y piedras que son, para los hombres de talento, el honroso homenaje de las muchedumbres. Por eso Arnó gozaba in-

tensamente ante las ironías que lo circundaban. Ironías que lo perseguían sin morderlo.

—¿Y por qué te vas?

—Por que sí... Tal vez no vuelva nunca.

Lo vi partir. Fuí á la Dársena con el exquisito artista Juan Hohmann... Cuando la nave se alejaba del puerto, el raro personaje nos saludó desde la proa. Los demás pasajeros lo miraban. Lo examinaban. Lo escrutaban. Lo veían no sé si con asombro ó si con miedo. Su melena despreciativa de soñador rebelde, y toda su figura fantástica y sombría, surgiendo, moviéndose, agitándose entre los harapos y las blusas de los emigrantes, daban á la escena el reflejo de esas visiones tan bellas... ¡tan sagradas!... que ya sólo se ven en los cuadros simbólicos de pintores muy sabios que conocen de memoria la biblia.

Se fué. Y ahora que su modestia no lo puede impedir, hablaré de su vida. ¿De su vida? No. No puedo. De su vida sería fácil escribir un libro de capítulos trágicos, empañados de sombra. Pero ¿existe alguien, acaso, que conozca los rincones secretos de la vida de Arnó? Las calles nocturnas—en donde las ventanas son "harenes" de mujeres que llaman,—conocen de Alberto Arnó su traje negro, su negra melena, su apostura negra. Nada más... Los cafés, en donde nuestra bohemia literaria intenta reanimar todas las noches las leyendas azules de Rodolfo, de Colline, de Marcelo,—conocen solamente sus terribles paradojas cargadas de dinamita humanitaria, y conocen sus frases, vestidas como ramos de flores, de belleza casta. Nada más... Los pobres lelianes que con él hemos cantado himnos á las estrellas, y los que con él hemos hundido alguna vez los dientes en el sol, únicamente conocemos la exterioridad de sus enigmas. Nada más... El público conoce también algo de Arnó. Conoce sus dibujos. Conoce esa legión de títeres que hacía para "Caras y Caretas". Tal vez en sus dibujos sea el único sitio donde Arnó haya dejado caer algunos de los recónditos secretos de su alma vagabunda. ¡Su alma! Alma de sombra, de luz, de amor, de odio, de niño, de viejo... ¡Alma de artista!

Los dibujos de Arnó son de un socialismo combatiente. Entrañan una filosofía deliciosa. Más que deliciosa, vengativa. Vedlos. Tomad una de sus páginas. Una. Cualquiera. La que os venga á la mano. Y veréis... Todos los hombres y todas las mujeres, al brotar de su lápiz, llevan su exclusivo sello. La marca del creador. El estigma... Sus líneas rígi-

das, secas, duras, sin elegancia, dicen la psicología de cada personaje. Arnó es uno de los pocos dibujantes que tiene estilo propio. Con tres rasgos, os describe una nariz cuadrada. O unos ojos redondos. O una boca triangular. O una cabeza oblonga. O unas manos nudosas... Y con aquella nariz, con aquellos ojos, con aquella boca, con aquella cabeza, con aquellas manos,—con todo ese conjunto desproporcionado, cómico, triste, lamentable, os hace ver el alma ridícula y vertebrada de los fantoches vistos en la calle, en el café, en la redacción... Todas sus figuritas son seres de realidad. Son tipos psicológicos. Son espíritus. Son hombres. Son: el "hombre".

Arnó sobresale en el difícil arte de dibujar imbéciles ¡Oh, los "imbéciles" de Arnó!... Viendo esos dibujos, donde los cretinos de la aristocracia metálica proclaman el arte superfino de sus sastres y de sus peluqueros, siento un placer enorme, tan formidable, candoroso y tibio, que mis salvajes odios de charrúa creen manejar la flecha envenenada...

Una noche con Alberto Tena, vino á buscarme Arnó. Estaba contentísimo. Tenía cien pesos... Fuimos en procura de Evaristo Carriego para sentir el goce de alegrar el alma delirante del polifónico cantor entrerriano. ¿Cómo empezó la fiesta? No recuerdo... Recuerdo, eso sí, el final... Carriego, con su verba sonora y con su genial desfachatez de artista, nos recitaba versos encantadores. Al oirlo, Arnó, que nunca llora, lloraba como un niño. Carriego recitaba una de sus "Misas Herejes". Eran versos para mí. Me suenan todavía como aplausos de gloria. Decía:

"Compañero de Torre, altivo visionario
nunca he sabido como se agita el incensario
de los finos zahumerios, pero hay en mis rudezas
la síntesis amable de todas las bellezas.

Desfilan en el biógrafo del recuerdo entusiasta
los residuos amargos de la doliente casta:
tus vagabundos trágicos, tus tristes heroínas,
testas de manicomio, cuellos de guillotinas.

Tus asesinos bárbaros, apóstoles del crimen
Tus pobres Margaritas que nunca se rediment,
tus poetas borrachos, con hambre de apoteósis,
tus Nietzsches de presidios, en celdas de neuórosis.

Así, mantén tu lema: "fuerte como la muerte",
para siempre in eternum, porque ya de esa fuerte

raza de Don Quijote vamos quedando pocos:
no hablaron de los vientres los Zaratustras locos!"

Cuando Carriego hubo concluído, Arnó, con la melena revuelta, quiso cantar la Carmañola. Aquella noche hice mis primeras bombas de dinamita... Alberto Tena, que comprende á Wagner, también comenzó á hacerlas. ¿Acaso no éramos asesinos del sentido común?

* *

Otra noche, poco después, me encontré con Arnó. Escena: En un café cantante. Es de noche. Dos copas. Ruido. Canciones en el proscenio. Una mesa. El artista me escucha:

—Tus dibujos me agradan. Me encantan. Tu lápiz hace reir á los tontos porque ningún tonto se cree reproducido en ellos. Trabajas con escalpelo. Al dibujar, escribes. Psicologizas dibujando... Pero, ¿por qué no te dedicas á otra cosa? A escribir, por ejemplo. Prosa. Versos. Algo...

—"No. No quiero. Nunca he querido... Oyeme. Cuando llegué por primera vez á Buenos Aires comprendí que la luna no me alimentaría lo necesario. Y empecé á buscar un milagro que me diera oro. Que me lo diera sin trabajar. Sin tener que someterme al yugo de agacharme. Pensé en escribir. Pude ser periodista. Mas, no quise. Hubiera alcanzado un éxito sonoro. Pero era necesario, para lograr tal fin, trabajar mucho. Mucho... ¡Trabajar! El trabajo es la virtud de los que no tienen méritos suficientes para poder vivir sin trabajar... Los hombres de talento estamos por encima de las leyes... Comprendí que dibujando hallaría todas las noches en mi casa, sobre la mesa, un pan sabroso y sobre la almohada una boca febril siempre llena de besos... Y me hice dibujante. Vivo como quiero. Hago lo que se me antoja. Odio á los que están sobre mi estómago. Los odio porque creen que valen más que mi cerebro... En el dibujo, mis odios se desatan y rugen y crujen como fieras que ríen. Dibujando frentes chatas y cabezas de hospicio, me desahogo. Dibujo imbéciles. Me divierto... Y cuantos más imbéciles evoco, más siento la fruición del consuelo. De mi lápiz han brotado universos de idiotas. Es mi única venganza de anarquista. Mi lápiz abre las puertas del hospital humano... Por esas puertas salen á tomar el sol de las odiosas lástimas crueles, los que tienen marcado en la chatura de la frente, el precio de lo que valen."

Y es cierto. El talento de este muchacho tan raro, cuyos

bolsillos están, cual los de Petronio, repletos eternamente de verdades y de orgullos, se ha complacido siempre en el placer de la venganza. Y ha hecho bien. Sintiéndose extranjero en las atmósferas vulgares y sufriendo el pecado de poseer alma de artista, delicada, sensible, filosófica, blanca—se vengó... Y cuando se cansó de la venganza, consultó con el sol, con la luna, con Dios y con el Diablo. Y se fué á Europa.

* *

Arnó no es español. Ni americano. Ni italiano. Ni francés. Ni ruso. ¿Entónces? Nadie sabe de dónde proviene. Sus confesiones hacen suponer que sea moro. Es posible. Sus ojos y sus cabellos son—cual ojos y cabellos de moro,—raros y ne-



El entierro de Arnó

gros. Muy negros. Negrísimos... La misma taciturnidad de su espíritu y lo hermético de su carácter, confirman su origen moruno. Ojalá... Me gustaría que Arnó fuera moro... Así me explicaría yo ese bello gesto impasible con que paseaba su melena y el descuido de su traje, por la calle de la Florida. Bello gesto igual al de aquel magnífico sultán de Mauritania que, con su cetro inútil, se perdió como un niño, una noche, en el mar...

Sí. Alberto Arnó ha sido y será toda su vida, un impasible sultán de Fez, extraviado—con el cetro de su talento inútil,—en la noche del mar...

Vuele tras él mi envidia.

Buenos Aires, 1906.

Detalle. (Año 1907). Arnó ha vuelto de Europa. Está enfermo. Está muy grave. En una cama del Hospital Muñiz sufre crueles designios. Esperemos...



14 de Julio de 1908—Arnó ha muerto hoy. ¡Tuberculoso!... ¡Pobre hermano mío! Hombres de talento como el suyo, vamos quedando pocos....



CON EL PRIMER CARDENAL DE AMERICA

—¿Un santo? Sí. Un santo... Pero:

—¿Existen todavía santos en el mundo? Yo no sé. Sin embargo, creo, con fervor, en ellos. Mas no en los santos de los calendarios. Ni tampoco creo en los que la iglesia canoniza.

Creo en santos modernos. Creo en los hombres que hacen de su vida un apostolado de virtud despreciativa. Creo en los hombres que con hábito sacerdotal ó con blusa de obrero sufren la pena amarga de vivir sin orgullo, con amor, con fe y sin esperanza. Creo en estos buenos hombres porque son santos. Son santos revestidos de bondad angélica. Son santos que derraman el bien sin mirar hacia donde. Lo hacen con los ojos cerrados. Y lo hacen loca, ¡muy locamente!... Creo en ellos porque son los únicos santos que este siglo necesita y merece... Los santos de milagro ya son anomalías. Conociendo los entretelones de los almanaques, esos santos me parecen teatrales... Es una lástima para Dios y para el Diablo. Ya los santos cuyas existencias de sangre y de martirio pude ver historiadas en las magníficas vidrieras de Nuestra Señora de París, no ofrecen ni con mucho para mí, el dulce encanto que debieron tener para mi abuelo, el conde de da Souza...

* *

Aquellos santos trágicos; aquellos santos divinos; aquellos santos de ojos afiebrados y de manos científicas que con un bello gesto cicatrizaban las heridas del alma y las purulentas llagas de la piel,—esos santos se han ido para siempre. ¿Para siempre?... San Bartolomé, sin cabeza, no es lógico. Igual Santa Lucía, sosteniendo sus ojos en un plato. Y todos los demás. Igual... A despecho de las viejas viejecitas de los templos, los santos huyen de los castos breviarios. Huyen de las cabezas. Huyen del corazón... ¿A dónde van? Tal vez vayan al cielo. Tal vez cambien de formas. Y de trajes... Porque ahora tenemos otra clase de santos. Rachas de viento nuevo barren de la biblia las costumbres antiguas. Y los santos de antaño se nos van. Quedan, en cambio, otros santos. Hombres... Son,—sí,—son santos, pero también son hombres. Son hombres de una raza humana y á la vez celestial. No viven en cavernas. Como San Julián no se refugian, ciegos entre los peñascos, con un perro rabioso... No anulan las horas de su vida en el ostracismo de la oración estéril. No sufren, como San Antonio, la neurastenia de los iluminados. Viven como nosotros... Son santos que aman á Dios en Cristo, pero no á Cristo en Dios... No se les distingue por el traje. Se les reconoce por el corazón. O se les adivina por las maravillas de su espíritu santo... Pueden, ya os dije, vestir traje de crudo brin ó sotanas oscuras. Los santos de nuestro siglo, pueden ser socialistas. Pueden ser sacerdotes... Pueden lla-

marse Edmundo de Amicis ó Felipe Turati. Como también pueden llamarse Lorenzo Perosi ó Joaquín Arcoverde, cardenal de América...

—¡El muy ilustre cardenal de América!—Sí. De él os quiero hablar. Os quiero hablar de este santo caballero de todas las virtudes, que ocupando en la Iglesia Católica de América ,el más alto rango terrenal, es el más sencillo, el más modesto, el más evangélico de todos los curas de aldea que conozco... Muy poco se sabe en Buenos Aires de la vida y la obra de Su Eminencia don Joaquín Arcoverde que es, además de cardenal, arzobispo de Río. Sin tener todavía la blancura de las canas viejas, ocupa en el Brasil un sitio de patriarca. Es bueno. Y siendo bueno. su vida és un poema de milagrosa caridad cristiana... Al llegar al Brasil yo le escribí pidiéndole una audiencia. Se sorprendió de que le pidiera permiso para hablarle. Acostumbrado á las protocolares audiencias europeas, no recordé que estaba en tierra americana Y, sobre todo, en tierra del Brasil. Tierra donde la gentileza tropicalmente nace, como la orquídea... El cardenal vive en una quintita del Tijuca. Arriba. En la montaña... Allí fuí á verle. El mismo abrió la puerta del pequeño jardín. Se paseaba por entre sus verduras, por entre sus flores, con una apostólica tranquilidad de jardinero de almas... Concluía de cenar. Hízome pasar á su escritorio. Allí—¡oh, Vaticano!—allí sólo vi un sillón. Y cuatro sillas. Y una mesa llena de papeles. ¿Nada más? No. Presidiendo aquella cristiana soledad, un Cristo, en un rincón de honor, abría los brazos... Y hablamos. Yo quise enterarme de si el doctor Arcoverde sabía algo del próximo cardenalato de un obispo argentino.

Me dijo:

—"Yo no sé. Pero es posible. Lo merecen. He oído sonar los nombres de Padilla, de Romero... Mucho me alegraría. Conozco á varios ilustres sacerdotes argentinos y orientales. Algunos han sido condiscípulos míos en el Colegio Pío Latino Americano, de Roma. Hasta el actual arzobispo de Buenos Aires, doctor Espinosa, fué mi preceptor. También tuve por condiscípulo al arzobispo de Montevideo, doctor Soler. Y al capellán que estaba en la "Sarmiento", doctor Piaggio...

—Se decía en Buenos Aires que Su Eminencia haría una jira por las repúblicas de América...

—"Lo he pensado muchas veces. Pero, por ahora, no la realizaré. Es tan difícil abandonar la patria... Y además, tengo aquí mis ocupaciones..."

¿Sabéis cuales son las ocupaciones de este ilustre varón? Consultad á los vecinos. Os dirán que el cardenal emplea sus minutos en socorrer al prójimo. Así vive feliz... Los platos de su mesa son para los pobres que, tras la verja de su quinta, acuden diariamente á visitarlo... Figuráos que á menudo, viendo que los menesterosos son más que los de siempre, él regala su almuerzo. Se conforma con un trozo de pan... Ama á los niños. Cierta vez, vió que un hombre, lleno de miseria, castigaba con furor á un hijo suyo. Defendió al niño. Y regaló dinero al padre infiel. Supo comprender que la crueldad es un fermento del hambre... Llevó al hombre al jardín. Y le mostró un zorzal que daba de comer á sus pichones... Además no es raro que á media noche lo llamen para confesar á moribundos. Negros ó blancos. Sabe que son pobres. Pobrísimos. Pero aunque él es Cardenal y ellos son pobres, se apresura. Va. Entra en los conventillos. Anda á pie. No le asustan las miasmas hediondas... Y ¡oh, santos apóstoles! ¿Sabéis lo que ayer vi? Vi que el Cardenal tenía los zapatos muy limpios. Pero rotos...

Río de Janeiro, 1908.



Florencio Paravicini

LA LOCURA BOHEMIA

—¿Otro más? Pero...

Sí. Uno más. Y aun quedan muchos. Muchísimos... ¿Os parece muy raro? Pues es muy natural... Buenos Aires está repleto de estos bohemios de existencia lírica y de prosapia noble que viven locamente. Forman legión. Son seres de alma triste, vagabunda, nerviosa, atormentada. Almas llenas de la inquieta, de la dulce, de la infantil demencia de los pájaros. Son almas que navegan, sin saber hacia qué oriente, por mares de silencio, de sombra, de tempestad, de enigma... Son enfermos de ideal. El ensueño les impregna la sangre de celeste ponzoña. Su mal no tiene cura. Lo llevan en la médula. Es eterno... Por eso se equivocó Cané. Nuestra bohemia criolla no "murió con el suicidio de Matías Behety". Tampoco pudo morir con Goycoechea Menéndez. Y mucho menos ha de morir con Carlos de Soussens... Los conventillos ocultan todavía, bajo su roña hostil, á muchos adoradores de la luna. Los cafés literarios tienen aún cabezas pensativas que si ya no se en-

gríen,—cual las testas de antaño,—bajo el encanto de las melenas formidables, en cambio siguen siendo las mismas cabezas melenudas. ¡Melenudas por dentro!... Podrá la bohemia modificar sus vicios. Podrá mudar el traje á sus virtudes. Podrá dar más belleza á sus pecados. Pero, concluir? No. La bohemia nunca, jamás, podrá extinguirse... La bohemia es el refinamiento de los desgraciados. Y así como el acero se pule con las asperezas de la piedra, el cerebro se afina con las crueldades del dolor. Por consiguiente, mientras sobre la tierra el dolor se eternice no será posible hacer la biografía del "último bohemio"... Y no creáis que hablo del bohemio vulgar. No penséis que me refiero á esos rudos atorrantes sin inteligencia que se pasean con una bolsa llena de basura y la frente vacía de pensares. Hablo de esos bohemios que, según el decir de la hija de Dalmiro Costa, pertenecen á la "orden de los exquisitos". Hablo de esos misioneros que predican con sus propios ejemplos y que ambulan por la tierra sin códigos, sin leyes, llevando en cada bolsillo una quimera y en los ojos un resplandor de fuego de volcán... Florencio Parravicini es uno de éstos. Es, tal vez, el personaje más extraño, más peligroso, más terrible de toda la bohemia bonaerense. Yo creo que está loco. Pero no penséis que su locura esté por descubrirse... Parravicini no es un literato. Sin embargo, tiene talento. Es noble. Desciende de la vetusta casa austriaca de los Casanova de Parravicini...

La risa de este melancólico bohemio, sugestiona. Y es admirable ver la candidez con que él habla de su espantosa risa: Cuando desde el proscenio derrama sobre el público una de sus muecas macabras, la gente ríe con estruendo para no asustarse de sí misma... Hace ya tiempo, Parravicini díjome:

—Yo sé que mi risa no es agradable. Y por eso me gusta... Estoy enamorado de mi risa. La gente sufre sed de fuertes emociones. Por eso acude á verme con el mismo interés con que escucha en Palermo los rugidos del tigre. De noche, cuando después de la función me echo á llorar, mi cara debe causar mucha risa...

Cuando le oí decir esto, pensé en todos los que sufrimos idéntico castigo. Y con pena, vi su gesto diabólico. Lo lleva marcado en la comisura de los labios com una cicatriz que nunca ha de borrarse... Parravicini cursó estudios teológicos. Sentía irremediable vocación sacerdotal. Después sufrió un cambio enorme. Modificó sus creencias. Hijo del coronel Reinal-

do Parravicini, que fué director de nuestra penitenciaría, pudo saborear desde joven los besos del placer. Fué feliz. Gozó. Heredó de su abuelo, don Jacobo Parravicini, primer cónsul de Austria en Buenos Aires, una bella suma de esterlinas. Su caudal pasaba de un millón. En un año todo ese oro se derritió en la hoguera de su fogosa juventud. En ese tiempo vivió una vida de sultán. Fué rey de países de ensueño. En Monte Carlo dejó su última esterlina. No se suicidó... Regresó á París. Allí se hizo cantor de estilos criollos. Vino á Buenos Aires. En el Puerto Deseado empleóse con el subprefecto. Cuando se aburrió, se hizo pirata, á las órdenes del célebre Maine, capitán de la barca "Fazil Ferrara". Lo tomaron preso. Probó su inocencia. Trabajó como cicerone, como chauffeur, y como artista cómico en los cafés cantantes... Fué tirador. En el Casino de Montevideo, por imitar á Guillermo Tell, hirió de un balazo á su ayudante... Después, ha seguido rodando. Siempre febril. Sin rumbo. Riéndose de la vida, de la muerte y de los hombres... Ahora trabaja en el teatro Argentino, y con Alberto Zabalía compone romanzas para niñas bonitas... Ayer, cuando lo vi, me dijo: "¿Sabes lo que me pasa? Me estoy haciendo hombre tranquilo. Comprendo que debo vestir el hábito de fraile. ¿No crees que al fin, debo ser razonable?...

No pude contestarle. Pensé en el manicomio. Y lo miré como se mira á un muerto...



Julio Herrera y Reissig, bajo la influencia del opio

LOS MARTIRIOS DE UN POETA ARISTOCRATA

—Venga usted á verme. Estoy siempre en la torre. Ya nadie me visita. Venga...

Fuí... Verdad. Ya nadie lo visita. ¿Ese abandono será un presagio de laureles futuros? ¡Quién sabe! Tal vez, sí. Quizá, no. Sin embargo, Verlaine, nunca tuvo, en América, un hermano mejor. Baulelaire no ha podido dejar hijo más semejante. El diablo,—pero el Satanás artístico de Bois,—tiene en Herrera un devoto sincero. El niño Jesús puede hallar en él á un rey mago ferviente. Ya véis... Entretanto, el poeta más raro, el lírico más triste, el pecador más esteta, el jilguero de sangre más azul, el loco más ardiente, más fogoso, más bueno y más encantador que haya tenido el Plata, vive, solo, en su torre, allá, en Montevideo... Después de tanto ruido, vive solo. Muy solo. Más solo todavía que los muertos. Por eso, sobre la tumba,—petrificada de silencio y de olvido,—sobre la tumba donde su nombre duerme, ya cadáver,—vibra, —hermosamente porque suena á responso,—el amable latín

de los elogios fraternales. Elogios que serán solitarios y que harán reir, con lástimas inútiles, á los calvos sacerdotes de la literatura alcanforada... Es criminalmente alevoso que los perros de la envidia profanen con sus dientes el dulce corazón de este pobre corderito ciego que se muere por exceso de vida, y que vive, en perpetuo pecado, por desprecio á la muerte... ¿Queréis verlo? ¿Queréis oir su voz? Queréis saber lo que dice, lo que piensa, lo que sufre, lo que goza? Bueno. Es fácil. Subid conmigo. Trepemos por la vieja escalera del antiguo palacio. Subid, sin descansar. Por estas escaleras pasaron, hace tiempo, muchas rojas aristocracias fallecidas; muchas razas neuróticas ya extintas. De ellas proviene el extraño poeta que vais á conocer. Subid. Ya llegamos. Es aquí. Es esta la famosa Torre de los Panoramas. Entremos... Ved, ahora, cómo el poeta, en una ingenua explosión de bondad, nos recibe. Parece un niño enfermo. Al vernos, vibra todo entero cual una campana que tuviera nervios. Está en la cama. Pocas veces se levanta. Así vive feliz, aunque sufre. Nos habla... Habla de sus versos, de su prosa, de su vida. Y, por fin, nos habla de lo que deseamos que nos hable: del opio, del éter, de la morfina, de sus paraísos artificiales...

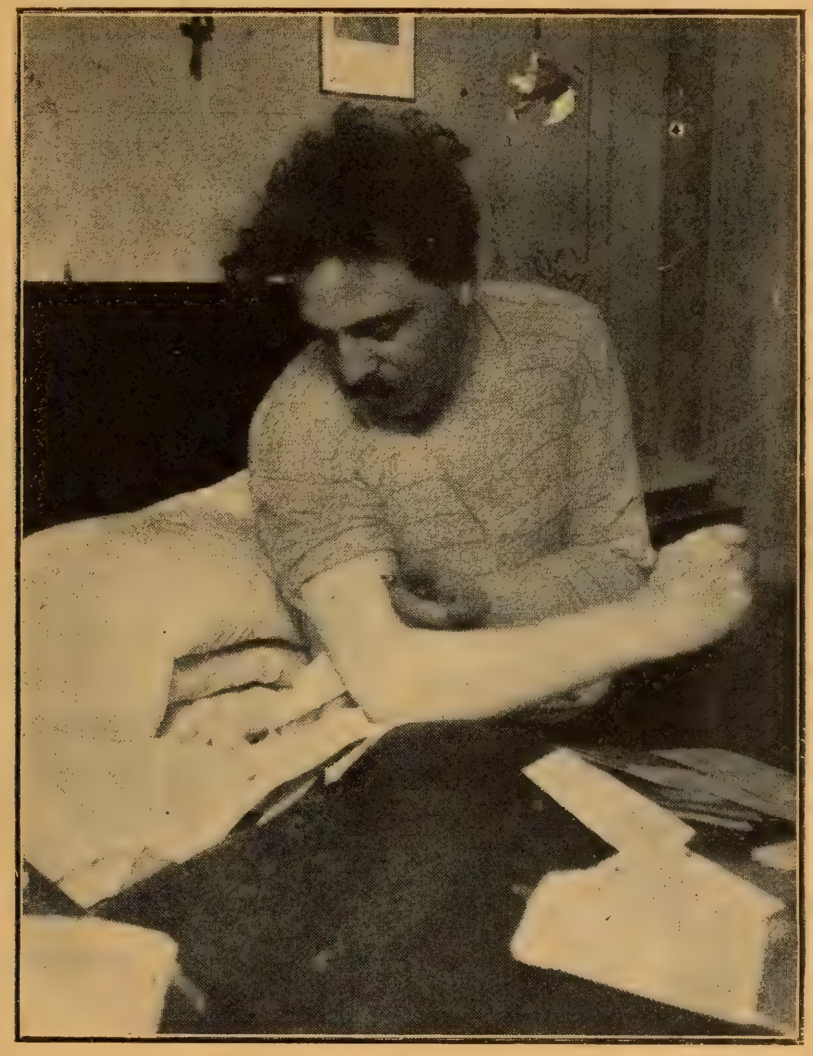
—"Yo no soy un vicioso. Cuando tengo que escribir algún poema en el que necesito volcar todo mi ser, todo mi espíritu, toda mi alma, fumo opio, bebo éter y me doy inyecciones de morfina. Pero eso lo hago cuando tengo que trabajar. Nada más... Se ha formado en torno mío una leyenda bárbara. No. No soy un vicioso. No soy un fanático. Los paraísos artificiales son para mí un oasis. Una fuente de inspiración... Además, la morfina y el opio me producen un sueño tan encantador, tan plácido, tan celestial y tan divino, que bien vale ese sueño un trozo de mi carne; de mi carne burguesa que conserva aún el asqueroso vicio de comer!... Me dirán que las agonías de Quincey, de Baudelaire y de tantos otros maestros, son buenos ejemplos para no abusar de los placeres del nirvana; pero á mí ¿qué pueden importarme los consejos de la gente normal que pesa las palabras, que mide las virtudes y que metodiza los espasmos de la médula?"

* *

Y yo creo que Herrera y Reissig tiene razón. ¿Qué puede importarle al artista la vida geométrica del que no es artista? He dicho artista. Y, en verdad, os repito, que lo es. Sus poesías,

—misteriosas como fantasmas,—sus poesías, obscuras como tormentas, se iluminan de repente por resplandores de relámpagos y por luces de rayos. Sus églogas son joyas. Su primera composición fué publicada en "La Razón", de Montevideo, por Carlos María Ramírez. Escuchad:

—"Por esa poesía cordilleresca, titulada "Miraje", se me llamó "genio", "imaginación hugoniana" y otros desatinos igualmente agradables. ¡Qué infamia! Eso me dió fama de



Dándose una inyección de morfina

gran poeta. En 1890 fundé esta Torre de los Panoramas, émula de las torres de Babel, de Alejandría, de Pisa, de Babilonia, de Eiffel. Por aquí pasaron todas las personalidades del país y muchas del extranjero. Yo era el Bautista. Mi gloria mayor consiste en haber revelado á Montevideo los refinamientos literarios de París. Tuve popularidad de poeta exquisito. Fuí un poeta de la aristocracia encajado en pleno campamento charrúa. ¡Esto no dejaba de ser un hermoso es-

pectáculo!... "Revue des revues", ha publicado varios trabajos míos. Aun no soy diputado. Ni siquiera cónsul... Vivo en plena lujosa miseria, comiéndome mis títulos aristócratas. El progreso no existe para los artistas en esta ciudad colonial, jesuítica, mongólica por excelencia. Así, ¿para qué escribir? El país, literariamente, es sordo-mudo. ¡Oh, paradoja de la literatura, en un cementerio de almas!..."

Y la voz del poeta, suave, melodiosa como la de un niño ó como el rugido de un león que está muy viejo, prosigue destrozando ídolos, estatuas, fetiches... Es un artista. Sangre de reyes españoles circula por sus venas. Adivínase que también los moros tuvieron algo que ver con su abolengo. Pero él dice:

—"Soy un bohemio. Por eso, todos los días converso un cuarto de hora con la muerte..."

Después, enmudece. No dice nada más, porque es innecesario....



LA CONDESA DE OROMI

—¡La condesa de Oromí!...

—¿Ha muerto?

—¿Vive aún?

Sí. Vive. No ha muerto. Ahí está. Vedla... Y decidme: ¿no sigue siendo hermana de todas las princesas de los cuentos azules?... Triste, solitaria, blanca, sueña lejos del triunfo que la cubrió de flores y de espinas. Inmóvil en su ostracismo impera en los recuerdos. Nada más... Allí perdura como reina sin trono. Supervive... El silencio la envuelve como una enorme mano cariñosa. Mano que la protege contra todas las tempestades de la envidia... Al saber que aun existe, muchas

almas que sufren la vejez de la vida, vibrarán en un temblor de sangre juvenil. Algunas sonreirán injustamente. Labios habrá que dirán oraciones. Otros se callarán...

He querido conversar con ella. Siento devoción por todo lo que está más allá de la luz. Por todo lo que vuela muy cerca de los astros. Y la he visto... Habita en una modesta casita de la calle Sarandí, 445. Ocupa dos piezas. El desprecio á la humanidad es un derecho legítimo de los seres caídos. Por eso, nadie con más razón que esta ilustre matrona debiera aborrecer la humanidad. Sin embargo, no. Ama con amor generoso á los que la flagelan con el hondo desprecio de los ricos. Los ama. Y, además, los perdona... Y sonríe... Sonríe eternamente. Su sonrisa consuela... Ella, que ha visto desfilar por sus salones las doradas aristocracias bonaerenses y que ha derramado con sus manos pródigas, el oro de sus éxitos, yace ahora sola, solita, sin más amparo que la benevolencia de los que saben cultivar la flor caritativa. Y no creáis que se queja. No... Sus labios, habituados á la frase gentil, no quieren pronunciar filosofías, ni amarguras, ni penas... Habla de su existencia como de un cuento raro. Y, en verdad, os lo repito: su vida fué siempre un cuento raro. Demasiado raro para nuestras costumbres de convento. En su existencia, el amor, el ensueño, la belleza y la luna ocuparon el sitio de la realidad. Es, por tal mérito, digna de respeto. Hija de padres nobles, poderosos, ricos, dominantes, su espíritu modelóse en las opulencias palaciegas. Seducida por el aplauso popular se congració los cariños del pueblo. Con su dinero levantáronse templos, se extinguieron hambres y se apagó la sed de muchas bocas. Si algo más hizo yo no quiero decirlo. No me gusta herir el pudor de los muertos... La juventud de la condesa de Oromí fué una campana de sonoro metal. Al paso de su regia apostura el sol de los caudales caía en todas partes con ceguera de lluvia, con delirio de fiebre, con cadencia de música. En las fiestas mundanas, en los corsos, en los bailes ella fué la más hermosa y la más envidiada.

Sus limosnas espléndidas y su cristiana devoción atrajeron la gracia de León XIII. En 1890 el pontífice la condecoró con la cruz y la banda del Santo Sepulcro. El arzobispo monseñor Aneiros, le hizo entrega de tan castas mercedes. El acto fué solemne. La prensa, y todo Buenos Aires, tributaron á la condesa un intenso homenaje de fervor religioso.

El escudo de la familia de Oromí es célebre. En un an-

tiguo pergamino borroso he leído su historia. Oidla, tal como fué escrita en 1782: "Adornan el escudo de los Oromí, un morrión ó celada de acero bruñido, puesto de perfil mirando al lado diestro en señal de su legítima insignia de caballero hijodalgo notorio, pieza la más honorable en armería, por la parte principal que defiende, abierta su visera con tres rejillas á la vista, claveteada de oro, guarnecida de buruletes y lambrequines correspondientes al campo, y adorno de plumas que en sus varios colores manifiestan diversas proezas de los hijos de tan noble casa, demostrando ilustración y acrisolada hidalguía, etc., etc., etc., pudiendo usar las citadas armas haciéndolas grabar, bordar, esculpir y pintar en sus sellos, anillos, reposteros, casas, capillas, cocheros, libreas, plata labrada y demás partes acostumbradas, etc., etc. Dado en la Imperial y Coronada Villa de Madrid, á 29 de Enero de 1782."

Y después de leer tal documento que tiene sabor de vino añejo, pensad en el contraste de la existencia actual de la condesa...

Antes vivía en un palacio de la calle Venezuela esquina Bolívar... El 16 de abril de 1855 contrajo enlace con don Mariano Casares. Está por lo tanto emparentada con Alberto Casares. Con don Carlos de Borbón fué madrina del Santo Sepulcro... Y, actualmente, ya la veis... Sin embargo, no sufre. No llora. Ni se queja. Ni protesta. Ni amenaza con su blanca mano á ningún dios. Vive de ensueños. Vive de remembranzas. Vive como una antigua flor en las hojas de un libro... Y sonriendo, dice:

—Yo fuí inspectora de la Sociedad de Beneficencia. Aumenté muchas veces el fondo de caridad para los pobres. Dí fuertes cantidades de dinero... Y, ahora, la misma sociedad me entrega mensualmente una cuota del citado fondo para pagar mis gastos modestísimos... ¿No le parece á usted que esto es muy original?

—Sí... Sí, señora condesa. Muy original. Pero muy humano. Y por eso, tal vez, muy doloroso...

—Y muy bello...,—agrega la condesa sonriendo.

Buenos Aires, 1906.



CON EL POETA OLAVO BILAC

—¿Un poeta? Los poetas se van... La humanidad no los precisa

—Perdonad, señora. Desgraciado del pueblo que no tenga un poeta...

—Ahora necesitamos aeronautas, chauffeurs y hombres de cálculo.

—Es cierto. Pero también se precisan poetas. Es decir, no se precisan... Los tenemos. Bajo todos los cielos y en todas las latitudes, los poetas existen. Existen siempre. Los

poetas viven aunque sea debajo de las piedras. Y viven, porque son necesarios...

—¡Oh!

—Insisto. Con sus versos no podrán hacerse prodigios de fortuna metálica. Pero ¿qué importa? ¿Qué importa el oro de las minas, junto al oro del alma?... Ya sabéis que el hábito sacerdotal ha dejado en mi espíritu la cicatriz de sus costuras. (San Antonio). Por eso, creedme: los pueblos podrán vivir sin hostias, sin cañones, sin automóviles, sin cretinos, sin globos... Pero no sin poetas. Los poetas son un reflejo, son una imagen, son un efluvio del alma de sus pueblos... Aún, entre los indios hay poetas que cantan las glorias salvajes del curare, del amor y del odio. Tabaré es un pseudónimo... Hasta entre los caníbales hubo un cantor de roja piel que era poeta. Enamorado de su reina, condenáronlo á morir. Murió. Pero al morir cantó sobre la hoguera una canción erótica... (Donde haya una mujer habrá un poeta...) En los tiempos actuales los poetas florecen como siempre. No los veréis lucir las melenas de antaño. No arrastrarán por las calles su melancolía de meditativos. No serán poetas como Cyrano. Ni siquiera locamente líricos como el bien soñado don Quijote. Ni sabios como Hugo. Ni tristes como Job. Ni ciegos como Homero. Ni batalladores como Byron... Pero,—pero en cambio, serán poetas. Poetas como todos los poetas. Igual á todos los que entre verso y verso, como en un pentágrama, pusieron el sonido musical de sus tierras, de sus árboles, de sus fieras, de sus bosques, de sus patrias, de sus médulas, de sus cerebros, de sus almas... Los poetas interpretan el espíritu de sus pueblos... Por eso, si queréis conocer hasta la entraña una nación cualquiera, no vayáis solamente á los libros de su historia. La historia sirve poco. Apenas si en ella encontraréis la fecha de las batallas y de los cataclismos. La historia nunca podrá daros la impresión sangrienta de los triunfos ni la magnificencia celestial de una bella derrota... Pero, los poetas, os infundirán en la sangre los espasmos de todas las visiones. ¡De todas! Ya sean reales. Ya puedan ser irreales!... No habléis, pues, tan mal de los poetas, señora! Ellos, en nuestro siglo, son los emperadores de un reino sin vasallos, sin esclavos, sin glorias. ¡Ranavalo! Sentados en el trono de su orgullo, ven pasar las feroces multitudes en marcha al porvenir... Son, en eso, hermanos de los pájaros que cantando en las ramas, ven como pasa,—muerta de hambre, y en nubes,—

la langosta asesina... Así. Por eso os digo. Si queréis analizar el alma de algún pueblo, no dejéis de beber sabiduría en la fuente de sus aguas líricas... Yo, en el Brasil, acabo de hacer esto. Los hombres políticos no podrán ser nunca imágenes de pueblos. No pueden ser casi nunca sinceros. Los poetas, sí. Lo son por necesidad física. Y hasta por necesidad sentimental... Especialmente en el Brasil, donde la naturaleza da lecciones de poesía selvática. Es aquella una tierra de espejismos mentales. En ella el sabiá todas las tardes llora las áureas agonías del sol, que está ya viejo, para luego cantar por la mañana, con igual belleza, la llegada del sol recién nacido. Tierra en la cual parece que el horizonte está siempre más lejos que la muerte. Tierra cuyas palmeras viven más que las hadas de los cuentos de brujas. Tierra que da en cada mujer una lira y en cada hombre un poeta... He dicho poeta. ¡Los poetas del Brasil! Oh, son muchos... No os hablaré, sin duda, de los que ya pasaron. Goncalves Dias fué tan grande que ya no se discute. Para él ha sonado la hora de los laureles silenciosos. Pero os quiero hablar del más luminoso, del más brillante, del más artista, del más vigoroso, del más esteta, del más nuevo y mejor y sonoro y genuino poeta del Brasil.

—Olavo Bilac!

—El mismo. Cultivador aristocrático de la forma. Devoto de la línea. Cantor de nuevas cosas... En fin, es el Rubén Darío del Brasil. Sus versos son templos de arte sereno. Sereno, pero no impasible. Cuando canta parece un caballero de Luis XV. Pero, por entre sus austeros é inconmovibles gestos de marqués, se ve la carne cruda del nativo corazón goteando... Oidlo: "Tengo frío y ardo én fiebre y ando tan diferente de mí mismo, que no sé si estoy vivo ó si estoy muerto..." Es él. Condenado á escribir en un idioma armonioso, pero pobre, Bilac sabe extraer, puliendo y modificando, mágicos juegos de sonido y de luz. Y, sobre todo, sin salirse de los altos rangos estéticos, sabe hablar el lenguaje de su pueblo. Sabe hacer llorar. Sabe hacer sonreir. Es suave, Es irónico. Es alegre. Y es triste... Su poesía es el alma de este nuevo Brasil. De este nuevo Brasil que se despierta para asombrar con su literatura, con su cerebro y con su músculo á todos los que no creyeron en la prepotencia de sus alas... No obstante ser Bilac un hombre joven, su obra es ya sólida. Es de hierro y de flores. Su libro de versos alzó sobre las antiguas ar-

monías catedráticas el estandarte de la escuela moderna. El Brasil necesitaba su advenimiento. Goncalves Dias (como Guido y Spano), cultivó un jardín cuyas corolas sólo pueden servir ya para adornar gloriosas sepulturas. Nada más... Por eso se precisaban jardineros que trajeran semillas de juventud. Armas viriles. Fuerza... Diréis que Bilac,—semejante á Lugones y también á Darío,—regó sus semillas con agua del Sena y con vino de Francia. No importa. La semilla era propia. El hijo es siempre un hijo... Si algo criticable ofrece este poeta es precisamente que nadie lo critique. Sin embargo lo merecería, pues tiene el talento de no ser perfecto... Pero, en cambio, es tan bueno!...

De la vida íntima de este gran poeta muy poco se ha dicho. Tampoco es necesario. Pero, sabed, señora, que Bilac, el artista melodioso, el mago de la frase, el orador de la armonía, el primer poeta del Brasil, no teme la sonrisa de nadie, y con bella franqueza me declara su humilde profesión de maestro de escuela. Ya veis que no sólo Sarmiento era maestro, y era grande... También en el Brasil se puede ser una gloria nacional de mármoles futuros, y maestro de escuela... Y también periodista. Por que Bilac, sin descanso, diariamente, escribe en "A Noticia" un artículo sobre todos los temas. Y allí es donde su alma vuela libre de trabas. Vuela. Vuela. Vuela... Es espontáneo. Y canta... En prosas ó en rimas, su talento es el mismo. Y, siempre veréis que el impasible caballero de Luis XV, muestra bajo la pechera de su camisa blanca, la carne cruda del corazón abierto... ¿Lágrimas? O sangre...

Río de Janeiro, 1908.



EL FILOSOFO DE LOS PERROS

—Adelante, señor... No muerden.—Y una legión de perros pone á nuestro alrededor un círculo de hocicos inquietantes que en husmeos febriles investigan quién sabe qué extraña metempsicosis. Son perros flacos, sucios, escuálidos, seniles. Son perros de pesadilla hidrofóbica, que hacen gestos humanos en sus caras de brujas. Son perros de atorrantes, grandes y chicos, cubiertos de mudos cascabeles de barro apelmazado.

* *

—Adelante, señor... No muerden.—Rodeados por la tribu canina, pasamos. El filósofo os interroga con un silencio amable. Llegamos. Sus ojos tienen un raro mirar de rata vieja. Hay en lo más hondo de sus turbias pupilas la melancolía que flota sobre los cementerios y sobre los baúles de recuerdos antiguos, en cuyo fondo yacen cosas extintas. Entre la mugre de sus harapos, entre sus tachos, entre sus perros y entre sus locuras, el hirsuto atorrante vive la legendaria vida de su hermano Roque,—el santo peregrino,—y de su hermano Job,—el triste lamentable... Lejos de la carcajada clownes-

ca que triunfa sobre la gran ciudad de los progresos; libre del roce de la gente que sufre la demencia de vivir cuerdamente; é inmune á los calambres que origina la sed de los deseos; así, prófugo del ruido, mira pasar las horas, una á una. Y las mira pasar con indiferencia patriarcal, indolente y sereno como un gato... Duerme á la intemperie, sobre trapos. Come las piltrafas de que le provee la basura del barrio. Y vive feliz, alimentando su alma con el placer de un amor único. El amor de sus perros. Ama á sus perros con pasión femenina. Oid. Nos habla:

—Vea, señor. Yo quiero mucho á mis perros, porque ellos han tenido para contigo la ternura que no tuvo ni siquiera mi madre... ¿Acaso sabe usted quién ha sido mi madre? ¿No? ¡Es gracioso! Yo tampoco lo sé... Pero ¿qué importa? Yo sé mucho. Y si nunca he sabido nada de lo que nadie ignora, en cambio sé mucho de lo que nadie sabe. Creen que estoy loco. Me miran, pero *no me ven*... Cada hombre piensa como dos hombres... ¿Se ríe usted? ¿Misterio? No. Un perro cualquiera,—mejor cuanto más viejo,—un perro que nunca haya leído lo que dicen los libros, pero que sepa revolver cajones de basura, sabrá más ciencia que el más sabio sabio... Sí ¡el más sabio sabio!... Pero sabe usted quien ha sido mi madre? ¿Cuántas estrellas hay en el cielo? ¿No? No importa. Creo que nunca tuve madre. Vivir con perros es como viajar. Es como soñar. Es como resucitar... Yo quiero mucho á mis perros. Vea usted esa perra grande. ¿La ve? Bueno. ¡Juana! ¡Juana! Dame la mano. Así... ¿Ve usted, señor, que lindos ojos tiene? Es vieja. Muy vieja. Más vieja que yo. Yo tengo dos dientes. Ella, ninguno. ¿Me quieres? Me quiere mucho. A veces digo: "tal vez sea mi madre". Cuando estoy enfermo, acostado en esos yuyos, solo, solito, ella me cuida, me acaricia, me besa. Es mi enfermera. Si tengo sed, va á ese charco, toma un buche de agua y me lo trae. Yo, entonces, lo bebo en su misma boca, como en una copa de cristal. Así el agua es dulce como miel, como vino... La otra noche me caí. Mi cabeza chocó contra una piedra. Me desmayé. Cuando, al día siguiente, abrí los ojos, me encontré rodeado de mis perros. No faltaba ninguno. Estaban tristes, desolados, gimiendo, llorando. Para reanimar mi cuerpo, helado por la frialdad nocturna, me transmitían, con sus bocas abiertas, el aliento tibio y misericordioso de sus pechos. Soplaban, soplaban, tiritando de frío, de sueño, de miedo... ¡Pobres hijos míos! ¿Nunca ha visto usted cómo lloran los perros?... Al abrir los ojos, me miraron con el estupor

de quien espera un milagro. Juana me pasaba la lengua por la frente, y el calor de sus babas aclaró mis sentidos Cuando los pobrecitos se dieron cuenta de que no había muerto, de que estaba vivo, comenzaron á saltar, con furiosa alegría, moviendo el rabo, y ladrando, con unos ladridos que eran como risas de muchachos contentos. Formaron una rueda y bailaron y bailaron como perros... Y yo también moví mis piernas y bailé con ellos, riendo y ladrando... ¿Sabe usted acaso quién ha sido mi madre?

Y el envidiable loco, con la incoherencia de su charla, aminora la longitud de las horas. Nos relata la historia de cada uno de sus perros... Y son historias de encanto superfino, tan rebosantes de caricias, de besos, de ternuras y de amores, que más que historias de perros, creemos que son historias de mujeres.

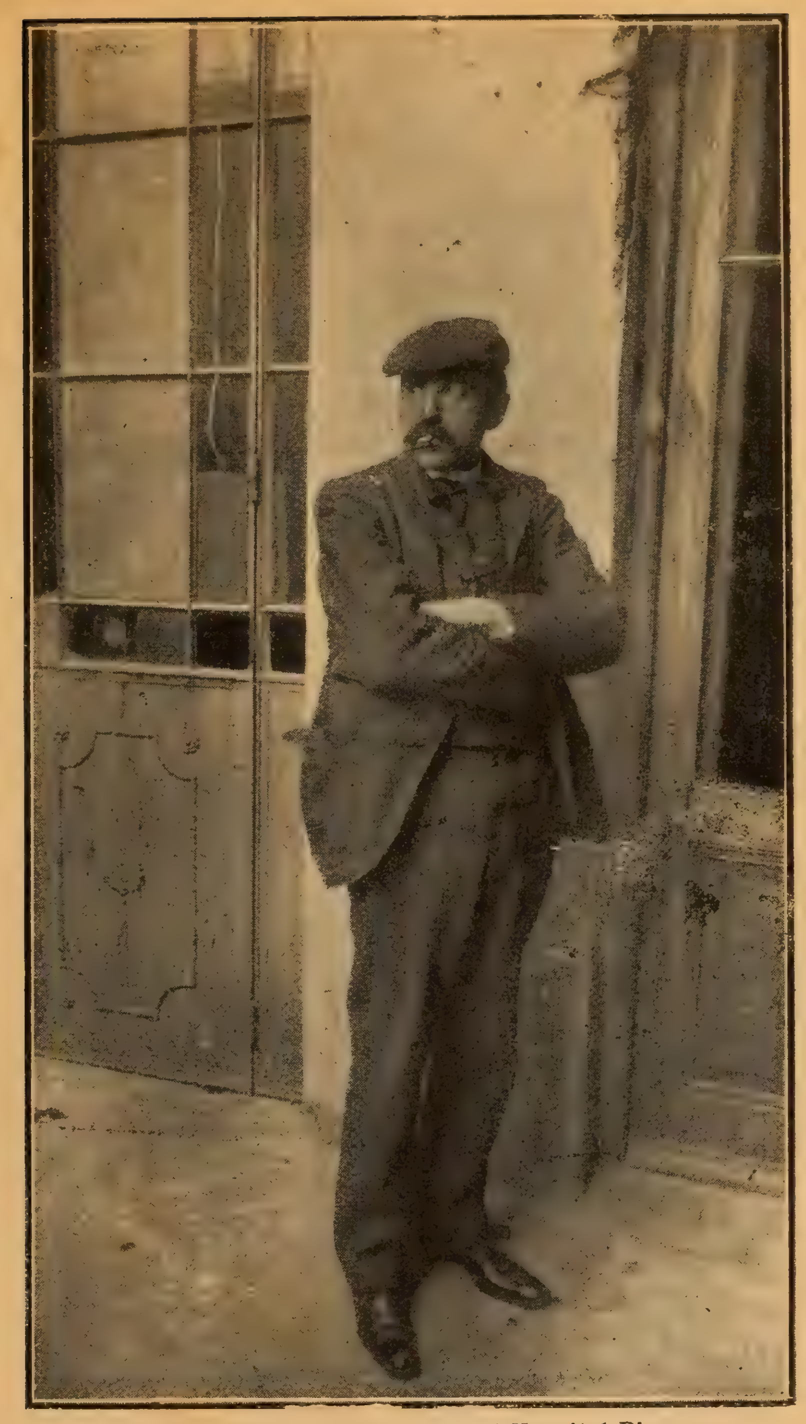
Nos vamos. El filósofo habla á su perra:

—Juana: despide cortésmente al señor.

Y Juana:

—Guau, guau, guau...

Flores. 1906.



El poeta Alfredo de Zuviría en el Hospital Pirovano

LAS CONFESIONES DE UNA VICTIMA DE LA NEURASTENIA

No penséis que este lírico sea un loco. No!... Menos un hombre cuerdo... Tales pecados de infecundidad no brotan en el cerebro de un artista. Y Alfredo de Zuviría es un artista

de la más bella raza, de la raza más griega, de la más desconocida de las razas... La enfermedd que le domina es de origen sagrado. Su mal es bíblico. Sabéis de qué mal sufre? Dejad que él nos lo diga:

—"¿Mis dolores?... Ah, pero... ¡Pero si mi carne no sufre enfermedad ninguna! Mi alma es la que sufre. Mi alma, mi pobre alma, mi deliciosa pedigüeña, mi vagabunda trágica... Sí. ¡Esa!... Esa es la que se está muriendo eternamente bajo la opresión de un pie homicida... Soy un poseso. Satanás me ha hecho suyo. El Diablo vive en mí... Yo lo respeto. Para él sueño mis versos. Para él los hago. Y á él se los dedico con la misma esclavitud del pájaro que canta al carcelero que lo encerró en su jaula... ¿También usted duda de que el diablo existe?..."

¡El diablo!... Yo no quisiera ofender la dignidad del diablo. Tengo para el Bajísimo una dulce devoción de niño. Una vieja devoción de sacristán... Por eso, cuando escucho su nombre, no pienso en cosas buenas. No miro cosas blancas... Pienso en cosas horribles. Miro cosas macabras... Así lo venero con justicia más justa... Cuando, con humildad serena, Zuviría me confesó su amor al diablo, yo incluí entre mis amigos al poeta... El, sin duda, como una recompensa y tal vez, y además, como un castigo, me confió la investigación de su neurosis... Pero yo la entrego á los hombres de ciencia. Los psiquiatristas, los psicólogos, los filósofos y los haraganes pueden analizarla. Estudien ellos, con tecnicismos crueles, la demencia de este espíritu errante. Miren con telescopio las estrellas de su noche mental... Yo me concreto á describir su extraña vida, desde donde la veo. Desde el hospital...

Ahí viene... Miradlo. Su aspecto es un contraste. El fulgor satánico de sus ojos llenos de demencia, no asusta. En cambio, su voz sí. Habla con sufrimiento. A cada frase su cuerpo se contrae. Sus dientes crujen. Y hasta sus huesos tiemblan... Por entre los labios,—torcidos en muecas de epilepsia,—deja caer armoniosas palabras. Palabras siempre dulces. Pero de una armonía tan extraña y de una dulzura tan de león, que imprimen á los nervios vibraciones de espanto. Más, su incoherencia agrada... Nació en el Rosario de Santa Fe. Su padre y su abuelo fueron patricios ilustres. Su madre era doña Clara García de Zúñiga. Bella matrona de Montevideo. Era rica. Perdió la razón siendo muy joven. Desde los balco-

nes de su palacete arrojaba á la calle puñados de esterlinas. Al recordar tales cosas, Zuviría dice temblando:

—"¡Mi pobre madre! ¡Era tan original!... Cuando murió, yo quedé en poder de mi abuela, doña Rosalía Elía de Zúñiga. Heredé la mitad de su fortuna. Casi un millón. Después, la enfermedad, el Diablo, uff! Soy neurasténico por autosugestión. Vivo en el Hospital Pirovano. Allí me cuidan... Roberto de las Carreras es primo mío. El doctor Luis Mongrell es mi cuñado... ¿Ve este sobretodo? Es de Rafael Fragueiro. Fué mi compañero de la infancia, allá en Las Piedras... El doctor Arturo Ortiz está casado con otra hermana mía. Siento necesidad de que los médicos me examinen. Que estudien mi caso. Yo me ofrezco. Que hagan de mi cerebro cuanto gusten. Que me lo arranquen. No estoy loco. Pero tampoco veo las cosas cual las ven los demás. Mi enfermedad se sintetiza en esta frase: "tengo la voluntad opuesta al fin que persigo"... Cuando quiero pedir, doy... Doy todo lo que tengo. Obro mal cuando obro solo. Cuando obro en comunidad, no. Nunca... El alcohol me produce la conciencia, aunque no soy alcoholista. Los espiritistas, los magnetizadores, las adivinas, los médicos del alma, tienen en mí un problema. Beber es ver... Mis versos impregnados de poesía carnal, lúbrica, envenenada, prueban la rareza de mi estado. ¿Baudelaire? Hable usted de mis versos. Acevedo Díaz los ponderó en "El Nacional". Igualmente Bernárdez, y también, Arreguine. En Paysandú, Eloy Legar quiso curarme. No pudo... Tá, tá, tá... De noche me acometen visiones horrendas. Se me eriza el cabello. Alfredo de Musset tenía una enfermera para espantar esos fantasmas. Yo no tengo á nadie. En mis vértebras anidan diez ratones. Son los dedos del Diablo que ejecutan en mi columna vertebral la rabiosa danza de Masoch. Soy masoquista... Soy un caso nuevo en la patología moderna. Los locos no creen que hacen locuras. Yo, obrando como loco, comprendo todo cuanto ejecuto. Sé que hago locuras. Obro bajo la influencia de otro yo. Dentro de mí residen dos espíritus. ¿No hay mellizos que teniendo los cuerpos unidos como las hermanas Siameses, poseen una sola alma? Si uno se muere, muérese el otro... Entonces, por un fenómeno de la gestación ¿no puedo ser yo un cuerpo con dos almas? Soy mellizo conmigo mismo..."

Después de oir estas sólidas creencias no pensaréis, sin duda, que se trata de un loco. Zuviría es un hombre inteligente. Su obra literaria no es dorada. Es de oro... Pero, ved

lo que Raúl Montero Bustamante me escribe desde Montevideo: "...En 1898, Zuviría asilóse por su voluntad en nuestro manicomio. Después, en "La Alborada", narró sugestivamente su aventura. A pesar de sus extravagancias, era hombre de talento..." Basta. ¿Para qué decir más? Tenía talento y todavía lo tiene. Ha publicado muchos libros de versos y millones de artículos en prosa. Sin embargo, Zuviría clama con voz suave:

—Aún me falta hacer algo más inútil...

—¿Qué?

—Morirme...

En el Hospital Pirovano, año 1906.



EL ARTISTA THEODORE CHALIAPINE—DE VAGABUNDO A HOMBRE CELEBRE

Ya está en Buenos Aires. Su bizarra figura de gigante ruso se pasea todas las tardes por la calle Florida, con la encantadora desfachatez de los hombres geniales. No habla una sola palabra en castellano y ya sabe cómo se hace el amor á las mujeres criollas. Es rubio. Rubio-rojo. Viste bien. Usa extrañas corbatas. Tiene ojos azules. Sonríe. Por eso, al pasar, las mujeres preguntan:

—¿Quién es?

—¡Chaliapine!

Y sienten una suave conmoción en los nervios. Mas no creáis que esa conmoción provenga de la roja hermosura de sus gallardías, aunque al verlo se piense en aquel formidable Monteagudo que maravillosamente nos pintara el doctor Ramos Mejía... Pasa. Y:

—¿Quién es?

—¡Chaliapine!

Y ellas, en seguida, recuerdan su leyenda. Traen á su memoria las novelas leídas sobre el célebre artista. Se emocionan. Y tiemblan... Pero no temblarían si lo vieran de cerca. De cerca es un gran niño bueno que no tiene nada más que sonrisas muy rusas, gritos sonoros y ademanes franceses. ¿Queréis verlo? Seguidme...

Os recibe monsieur Víctor Chalmin, que con su esposa, acompaña por el mundo, en carácter de amigo al tan célébre artista... Detrás, como un gigante, surge el gran Chaliapine. Con sonora voz viene cantando.

—*Bonjour, bonjour*... do, re, mi, fa...

Y os abraza. Os hace preguntas. Os felicita porque sois argentino, ó porque sois oriental, ó porque sois chileno. Os habla bien de todo. Os dice que la ciudad más hermosa del mundo es Buenos Aires. Os elogia el sombrero, los botines, el traje. Todo... Y lo más delicioso es que entretiene. Escucháis sus palabras con placer. Con gusto... No dice nada, pero el sonido de su voz os atrae. Cuando habla de sí mismo, conmueve. Citadle á Gorki. Responderá:

—"Lo quiero como á un hermano. Hemos sufrido juntos miserias espantosas. Anduvimos muchas noches caminando sobre la nieve de la estepa, con hambre, con sueño, con frío y con odio. Mas no crea usted que con odio triste ni salvaje. No... Todos los rusos tenemos en el fondo de nuestro corazón mucho odio acumulado. Es un odio que será venenoso, lleno de nihilismo, repleto de filosofía, pero, en cambio, alegre como yo... Una noche estuve preso con Gorki. ¿Por qué? Sentíamos hambre. Y como en Rusia el hambre es un delito, nos encarcelaron. Por eso..."

Ya véis. En Rusia, el hambre es un delito. Por eso Chaliapine tuvo que huir de aquella tierra que ha dado al mundo almas heroicas y cerebros fecundos. Dejad que él mismo os narre las peripecias de su juventud:

—"¿Interesa? Bueno... Toda mi vida la he consagrado al arte. Pero no al arte rígido de las academias. Valido de los medios de que la naturaleza me dotó, no he hecho nada más que poner mi alma en mi garganta... Y cantar... Yo era pobre. Mis padres,—infelices labradores,—no podían darme una instrucción digna de mis deseos. Por eso, una tarde, les coloqué en la frente un beso cariñoso, y salí, como en los

cuentos infantiles, á recorrer el mundo en busca de aquello que, sin saber, yo llevaba conmigo... En Rusia, hay cuentos populares muy bonitos. Uno de ellos lo tengo en la memoria. Es mío. ¿Quiere usted que lo cuente? Es breve. Oiga usted: "Había una vez un joven pobre, pobrísimo,—más pobre aun,—que se moría de hambre. Viendo que la fortuna no venía á buscarlo, resolvió ir en su busca. Se internó en la estepa. Cruzó bosques. Saltó precipicios. Sufrió dolores, rencores, amores... Siguió adelante. Caminó mucho. Y anduvo tanto, que envejeció. Habían pasado muchos años. Preguntó en todas partes por su amada Fortuna... Nadie supo decirle el domicilio. Entonces, cansado, abatido, viejo, resol-



Chaliapine con Máximo Gorki.

vió regresar para morir, al menos, bajo el pobre techo de su humilde cabaña. Regresó. Cruzó otra vez la estepa con su nieve y sus bosques. Y, por fin, se aproximó á su casa. Antes de llegar, se detuvo. Vió que alguien estaba en el umbral. ¿Quién era? Se acercó más. Y vió un cadáver. Era la Fortuna á quien él mismo no lograra encontrar en ningún sitio. Cansada de esperarlo, la pobre Fortuna habíase sentado en el umbral, y allí, la desgraciada había muerto de vieja". Tal es

el cuento. Se parece á mi vida, aunque yo tuve la suerte de regresar á mi casa antes de que mi Fortuna se muriera..."

Estos rusos, con sus cabellos rubios, sus ojos soñadores, sus grandes almas salvajes, sus ingenuidades de niños, sus líricos atorrantismos y sus cabezas geométricas, conquistan simpatías. De ahí la popularidad que en diez días se ha conquistado Chaliapine en Buenos Aires. Su prepotente voz de bajo, es en el teatro Colón una fiesta de arte, en donde la personalidad del genial vagabundo se despliega en formas diferentes. En él menos se admira al cantante que al artista. Sabe horrorizar en "Mefistófeles", sabe hacer reir en el "Barbero" y por fin espanta y hace poner los cabellos de punta con su espantosa mímica cuando encarna al asesino zar Boris Godunoff...

Y mientras Chaliapine cobra mil pesos oro por cada función, piensa con nostalgia y con tristeza en los tiempos pasados. Recuerda que en los barcos del Volga fué cargador de leña. Y recuerda que en Kazan fué zapatero... Sin duda por eso tiene alma de anarquista. Y por eso lleva, como escapularios, un retrato de Gorki y otro de Tolstoï...

Buenos Aires, Junio de 1908.



El doctor Penna y sus secretarios

ENTREVISTAS CON EL PRESIDENTE DEL BRASIL Y CON EL BARON DE RIO BRANCO

Río de Janeiro. Heme aquí... Son las tres de la tarde. Diciembre. El sol se derrama sobre la tierra lírica del sabiá milagroso. Es un sol que no tiene crueldades de volcán. Arde. Pero arde con sabiduría. No quema. No asfixia. No es el terrible sol ecuatorial que nos pintan los ciegos detractores del Brasil. Es un sol amable. Capricornio.. .Es hermano del

nuestro... Por ello es que me indigno contra los que no quieren á esta nación hospitalaria, que es fuerte porque es noble, y que es noble por atavismo... No he visto nunca una ciudad como ésta, tan parecida á Buenos Aires. El cielo inundado de luz. Las calles repletas de gente laboriosa que va, que viene, que corre, que se fatiga... Palacios por aquí. Fábricas humeantes por allá. Templos por todas partes. Mucha gentileza. Sonrisas de pueblo joven. Flores resplandecientes. Mujeres como flores. Hermosas mujeres. Con ojos negros. Ojos que al pasar iluminan con más fuerza que el sol... Basta. Un coche:

—Al palacio Cattete.

* *

¿Describirlo? No. Ya bien lo conocéis. Su frontispicio oculta en los salones riquezas de arte. Son mármoles y oros. Adelante. Bajemos. Un soldado. Un portero:

—Pase, señor.

Y un sirviente, con la fineza nacional que tanto placer causa al extranjero, llévame á un saloncito. Observo frente á mí un cuadro. Es un "Parreiras". ¡Parreiras! El artista inimitable. Gloria del Brasil. Son serranías... Aguardo. Pero, no aguardo mucho. Pronto aparece el secretario. Es el doctor Edmundo de Veiga. Es uno de los hombres más activos, y, —mejor que eso,—más buenos, de los muchos que he conocido por aquí.

—Venga usted... Venga usted. El señor presidente lo espera.

Y entro. Es una emoción. Los palacios suntuosos ya no pueden asustarme. Pero me emocionan. Es que me encantan... Atravieso un corredor. Una salita. Me detengo. Hay una biblioteca. A través de los vidrios, leo: Sarmiento, Alberdi, Ramos Mexía, Ayarragaray, Saldías... Son los libros regalados por el general Roca á Campos Salles... Sigo. A mi paso no encuentro porteros. Ni lacayos. Ni hombres inútiles. Ni oídos que espíen. Ni gente que estorbe... Los empleados trabajan. Silenciosos. En el ambiente una muda actividad se difunde... Llego. ¿Allí? Sí. Allí debe estar el presidente... Detrás de esa puerta. ¿Será un hombre hostil? Tal vez sea un hombre cruel. Entró. ¡Oh! Lo veo. Es el doctor Alfonso Penna. ¡El presidente! Es un viejecito blanco. Admirable. Sentado junto á la enorme mesa donde suelen reunirse los ministros, el doc-

tor Alfonso Penna, presidente de los Estados Unidos del Brasil trabaja como un modesto empleado que no tuviera más deseos que los de vivir en santa paz. Me hace sentar á su lado. Deja la pluma. Aparta sus papeles. Colócase los lentes, ligados al jaquet por una cinta negra. Y me habla con sencillez. Sin ceremonias. Con perfecto olvido de los protocolos...



El presidente con su nieto

Me habla con una franqueza de hombre honrado y con una conciencia firme de hombre inteligente. Así me explico que el pueblo brasileño adore al actual director de sus destinos, de sus ilusiones, de sus derrotas, de sus triunfos. Este hombre sabe ser presidente. Además, sabe ser hombre. Y, sobre todo, sabe ser presidente americano... Es de aquellos cerebros que no inventan una mentira ni por necesidad. En la inge-

nua vejez de sus ojos, en la tranquila firmeza de sus juicios y en el claro timbre de su voz varonil, trasparéntase el alma de un patriota y la fe constante de un picapedrero... Yo le hago preguntas molestas. Lo hostilizo. Sonríe. Y dice cosas breves. Concisas. Concretas. Habla como los hombres que antes de hablar piensan sobre los libros y sobre las almohadas de las blancas vigilias. Es un meditativo. Habla:

—"El Brasil no puede tener envidia de nadie. La envidia no nos sirve. ¿Sabe usted por qué progresamos? Porque imitamos lo bueno que vemos en las demás naciones. Y hacemos algo más: tratamos de superarlas. Pero no por envidia, repito. Es por emulación. Por placer íntimo. No nos concretamos á imitar á las ciudades europeas. ¡Son tan viejas! Además, no siempre copiamos. Algo sacamos de nosotros mismos... En Buenos Aires algunos diarios hacen propaganda en contra del Brasil. He leído inculpaciones muy injustas. Que vengan sus redactores al Brasil. Que nos visiten. Que nos conozcan. Verán que no hacemos nada más que trabajar. Para que nuestro país adelante, no tenemos necesidad de ofender á los otros, y menos á la Argentina. Se ha dicho que el Brasil paga en Europa comisiones para que desvíen la emigración que va á Buenos Aires... No. ¡No, por Dios! Me da risa... Nosotros abrimos nuestras puertas y dejamos que vengan aquí quienes quieran venir. A todos los tratamos con la simpatía que merecen, ofreciéndoles facilidades para que no se vayan. Ahora mismo confecciono un proyecto en ese sentido. Como sucede en Buenos Aires, muchos inmigrantes, en cuanto poseen un ahorro metálico, regresan á su patria, llevándose el dinero americano. Conviene retenerlos en el país... Para eso trato de hacerlos propietarios, fundando colonias y entregándoles tierras, que después de unos años, pasarían á ser propiedad de ellos. Y así todo quedaría en América. Digo América y no Brasil, porque la América es de todos nosotros. Las costumbres, la naturaleza, el clima, todo contribuye á que las naciones sudamericanas formen una sola región confraternal. Cuando alguien me pregunta:—"¿Dónde nació usted?" Yo no le digo:—"En el Brasil..." Pero, contesto: "Nací en América..."

Estas frases del sabio presidente os darán idea del prestigio que se ha captado como estadista y como gobernante. Su actitud le granjea cariños y ovaciones. Hasta en familia, el doctor Penna es siempre el mismo. Lo he visto. Su es-

posa sostiénelo con su afecto de madre, los hijos con su apoyo intelectual y las hijas con su gracia gentil de suaves palomitas.

Otro hombre que goza en el Brasil de una gloria popular muy merecida es el barón de Río Branco. También estuve á verle. Con una carta elogiosa para mis travesías literarias, el ex ministro y famoso escritor doctor Assis Brazil tuvo la



El reportaje á Rio Branco

galante bondad de presentarme al primer canciller americano. La personalidad de Río Branco es conocida mejor en Buenos Aires que en cualquier otra parte. Ya sabéis que su palabra no se discute. Habla. Y á su voz las voluntades se doblegan. Los periodistas no logran nunca arrancarle declaraciones graves. Siendo hombre de mundo, sabe callar á tiempo. Conoce la ciencia de los diplomáticos y de las teologías. Sin embargo, es tan caballeresco, que accedió á todos mis pedidos. Me dijo:

—"Ciertos diarios argentinos y otros brasileños, son los únicos responsables de que ambos pueblos no se amen como debieran amarse. Es necesario combatir esas propagandas... Yo quiero mucho á las tierras del Plata. Creo que un conflicto internacional sería una verdadera demencia. Es imposible... Yo estoy muy vinculado á Buenos Aires. Tengo allí viejos amigos. Estimo mucho al general Roca. El actual ministro doctor Julio Fernández y el doctor Mario Ruiz de los Llanos son también mis amigos."

—¿Y conoce usted al doctor Zeballos?

—Muy poco.

Después, el ilustre diplomático, desviando la conversación, háblame de los adelantos edilicios de Río. Yo le manifiesto mi febril admiración. Y soy justo... La bella ciudad carioca ha hecho y está haciendo maravillas. Sus avenidas y palacios, Botafogo, el teatro, la biblioteca, son progresos que revelan la fe, la constancia y la energía del pueblo brasileño.

El barón es un infatigable trabajador. Lo secundan su inteligente hijo Raúl y su perspicaz secretario doctor Federico de Carvalho. Apenas tiene el gran patricio tiempo para comer y menos para dormir. Todos lo saben. Por eso celebróse alegremente en Río la ocurrencia chispeante de Manuel Bernárdez, al afirmar que Río Branco, entretenía sus "ocios" matando moscas con gotas de estearina caliente...

—¿Matarlas? No puedo matar moscas. No tengo ni siquiera tiempo de verlas...—díjome.

Así es, sin duda. Por eso, de noche, de día, en Itamaraty ó en Petrópolis, trabaja á todas horas.

Los expedientes lo persiguen y la popularidad lo corona de aplausos. Pero él no se inmuta. Sano de espíritu y de cuerpo, trabaja. Trabaja. Trabaja... Es un símbolo humano. Simboliza el alma nueva, fecunda, activa, luchadora y vibrante del Brasil... Es otro Sarmiento.

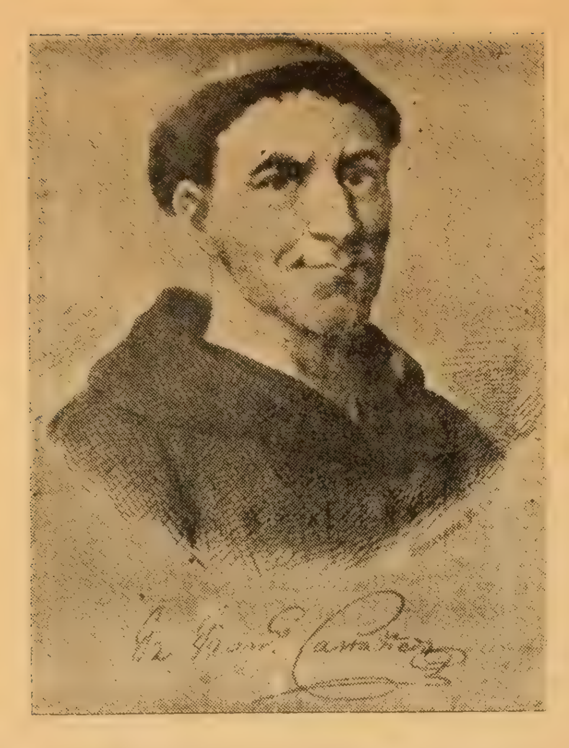
Pero lo que más llama la atención en el gran canciller, sereno y rubio, no es solamente su constancia férrea en el trabajo. No es tampoco su alegre buen humor. Ni sus luces mentales. Ni su movilidad llena de fiebre... Lo que admira, lo que despierta adoraciones, lo que obliga al pueblo del Brasil á mirarlo como á una estatua viva de Carrara, es su modestia. Es su sencillez. Es la loca despreocupación social de su existencia... Es un hombre con el raro don,—rarísimo,—de apre-

ciar el talento en los demás y no en sí mismo... El horario de su vida es un termómetro. No posee horas fijas. Va. Regresa. Piensa. Medita. Vive. Nada más. Y es mucho... Come en cualquier parte. Ayer, lo he visto entrar de levita y galera de felpa á una modesta fonda donde el patrón, al conocerlo, rompió tres platos y derramó la sopa... El infeliz fondero estaba emocionado. Y yo creí ver en el temblor de ese buen hombre la bella sinceridad del pueblo brasileño.

Río de Janeiro, 1908.



En su casa particular de Rio de Janeiro



EL PADRE CASTAÑEDA

—El padre Castañeda...

—Sí. Ya sabemos. Era un loco...

—¿Un loco? Es posible. ¿Por qué no? El padre Castañeda era un loco. Pero, oid. Era un loco que tenía formidables altiveces y virtudes de león. Llevaba su demencia hasta el delirio. Frente á una injusticia era salvaje. Le hervía en las venas sangre de Moreira. En el corazón tenía latidos de Vicente de Paúl. Andaba siempre armado. Sus armas eran las muy obscenas verdades del barquero... Si alguien lo provocaba, él esgrimía la daga de las frases. Pero eran frases llenas de agudeza, de veneno, de hiel. Vivía en su época. Además, era muy inocente. Era muy cándido. Empleaba la mitad de su vida en instruir á niños miserables. Les enseñaba á leer, á escribir, á contar... Ya véis. ¿No era un loco?... Sí. Era como Sarmiento. Pero un loco de locura tan sublime, que supo ser poeta, que supo ser maestro, que supo ser patriota...

Castañeda "fué quien creó en Buenos Aires ese poder que se llama la prensa"... Sin embargo, la historia lo recuerda con rencores amargos. Pocos se inclinan con devoción ante el ejemplo de su voluntad. Era un espíritu con mucho de Dios y

mucho de Luzbel. Nuestros periodistas ignoran que él fué quien esparció en el surco la semilla del pan que hoy ellos comen. Por eso la reivindicación de Castañeda es un espectáculo de belleza católica... Saldías la realiza. Era tiempo... Su pluma, como pincel bien hábil, evoca hermosamente la vida de este fraile terrible, cuyas manos estaban siempre derramando caricias y cuyos labios no dejaban nunca de rugir... La vida de Castañeda es tormentosa. Hay en ella truenos. De vez en cuando, rayos que son como quejidos. Nunca el silencio. Ni el reposo.

Nada más difícil que trazar aquí un retrato moral de este fraile soberbio. ¡Era tan complicado! ¡Tan sencillo!...

Saldías lo compara con Rabelais. Y tiene razón. Los dos fueron franciscanos. Los dos emplearon la sátira para fustigar al enemigo. Los dos eran únicos... Castañeda poseía cualidades de escritor original. Era fecundo. Hacía varios periódicos á un tiempo. Sostenía polémicas rabiosas, con cinco periodistas á la vez. Su abolengo venía de Don Quijote y de Quevedo. A los 22 años ya era fraile. El obispo Moscoso lo ordenó sacerdote. En Córdoba obtuvo por oposición la cátedra de filsofía. Después se vino á Buenos Aires. Era un virtuoso. Un justo. Y á veces, un injusto. Su carácter rebelde lo empujaba á la lucha. Escribió artículos de combate. Arremetía como un toro. Predicó verdades tan desnudas, que en poco tiempo se hizo popular. Compuso versos. Sus versos son muy malos. Pero son hermosos, que es mejor. Bajo la grosera contextura de sus bravas estrofas, se puede ver flotar el alma recién nacida de un artista. Su opúsculo sobre los brutos, es simplemente encantador... Pero más que poeta, era patriota. Tal fué la causa que le conquistó heroicas represalias. Cuando las autoridades le clausuraban los periódicos, el púlpito servíale de imprenta. En lugar de escribir un editorial, pronunciaba un sermón... Una vez lo probó públicamente. En 1815, para celebrar el aniversario de la revolución del año 10, no se encontró un sólo sacerdote que se atreviera á hacer el acostumbrado panegírico. Todos se excusaron—dice Adolfo Saldías,—alegando que Fernando VII ocupaba el trono de la metrópoli. En semejante circunstancia, era imprudente provocar su enojo. El Cabildo acudió al padre Castañeda. El habló... Su panegírico tuvo el estallido de la dinamita. Espantoso.

Siendo un constante luchador, sus enemigos se multiplicaban. Era un fraile patricio. Por eso la calumnia lo per-

seguía á todas partes. Pero él sonreía. Hacía bien. Iba. Continuaba su vuelo hacia el ideal... Teniendo un temperamento tan volcánico, se le suponía vicioso. Y no lo era... ¿Es raro? Su corazón no sintió nunca el romanticismo de un amor femenino. Hay hombres que nacen predestinados para no sentir ese bello pecado.

En cierta ocasión, Castañeda recibió un anónimo. Era una caricatura. Representaba á un fraile colgado de una horca. Para probar que se reía de sus impugnadores, hizo publicar dicha caricatura, como epígrafe del "Desengañador". Lo desterraron varias veces, acusándolo de obsceno. Eligiéronlo diputado á la legislatura de Buenos Aires, y no quiso aceptar. Daba limosna de su bolsillo. También la daba de su corazón.

Era así. Sus nervios, repletos de inquietud, lo agitaban. Era un poseso del Espíritu Santo. Su alma tenía las dimensiones de la pampa. Y, como en la pampa,—corrían en ella los bufadores potros pasionales. En 1832 fué al Paraná. Allí fundó varias escuelas... Los indios lo adoraban. Para ellos era, al mismo tiempo, médico y maestro; protector y dios... Su epílogo fué trágico. Tuvo una muerte bárbara Una tarde salió al campo. Lo acompañaba un indiecito... De repente, los pies del sacerdote tropezaron con un enorme perro cimarrón. El perro dormía. Al sentir que lo tocaban, despertóse. Se paró. Y con enfurecimiento de hidrofobia, arrojóse sobre Castañeda. Los dientes del perro se clavaron con odio en la carne marchita del viejo luchador... Y así murió.

Narrar la muerte del padre Castañeda es hacer su epitafio. El que vivió mordiendo, rugiendo, sufriendo, murió como vivió. Su tumba necesita laureles. Por eso Saldías le tejió una corona con su libro. Y yo este comentario...

Buenos Aires, 1907.

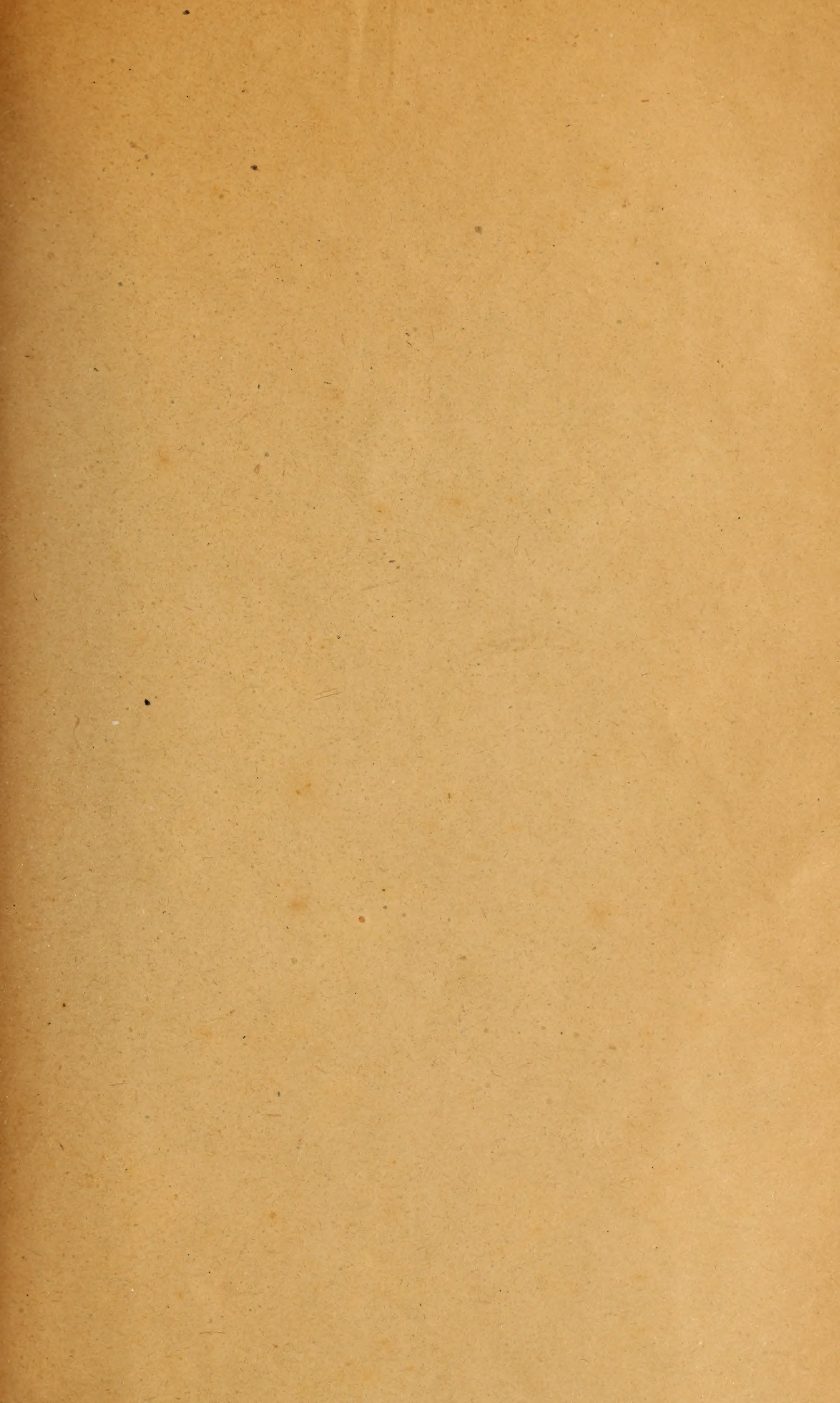


INDEX

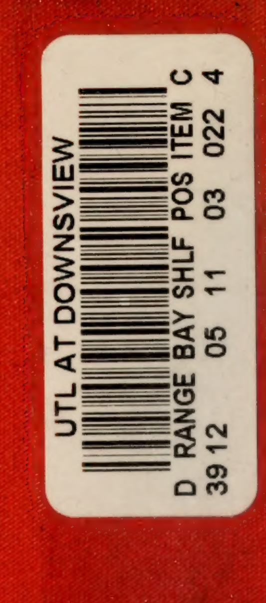











UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 05 11 03 022 4